



ZEN CHO

BLACK WATER SISTER

Finalista de los
premios World Fantasy,
Locus e Ignyte

minotauro

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
UNO
DOS
TRES
CUATRO
CINCO
SEIS
SIETE
OCHO
NUEVE
DIEZ
ONCE
DOCE
TRECE
CATORCE
QUINCE
DIECISÉIS
DIECISIETE
DIECIOCHO
DIECINUEVE
VEINTE
VEINTIUNO
VEINTIDÓS
VEINTITRÉS
VEINTICUATRO
VEINTICINCO
Agradecimientos

Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del
libro
y en nuestras redes sociales:



Sinopsis

Cuando Jessamyn Teoh comienza a oír una voz en su cabeza, lo achaca al estrés. Armarizada, arruinada y sin trabajo, vuelve a Malasia con sus padres, un país que no veía desde que era una niña. Pronto, descubre que la voz no es ni siquiera suya, sino del fantasma de su distante abuela. En vida, la Ah Ma era una médium espiritual, el avatar de una misteriosa deidad conocida como la Hermana de las Aguas Negras. Ahora, está decidida a ajustar cuentas con un magnate empresarial que ha ofendido a la deidad, y ha resuelto que Jess la ayude, independientemente de los deseos de su nieta.

Arrastrada a un mundo de deidades, fantasmas y secretos familiares, Jess descubre que cerrar tratos con espíritus caprichosos es peligroso, y que tratar con su abuela es igual de complicado. Sobre todo cuando la Ah Ma intenta meter las narices en su vida personal, amenaza con compartir sus secretos con su familia y utiliza su cuerpo para cometer delitos.

Mientras Jess lucha por vengarse en nombre de su Ah Ma, también necesitará recuperar el control sobre su propio cuerpo y destino, o de lo contrario la Hermana de las Aguas Negras acabará con ella para siempre.

Una cautivadora novela de fantasía contemporánea ambientada en Malasia donde una médium descubre que los lazos que nos unen pueden desencadenar un peligroso poder.

Black Water Sister

Zen Cho

minotauro

*A mi madre, a mi padre y a Peter, por hacer
que todo fuera posible*

UNO

Lo primero que el fantasma le dijo a Jess fue: «¿Ya sabe tu madre que eres una *pengkid*?».

La intención del fantasma era asustarla. Por desgracia, no había llegado a contemplar la posibilidad de que Jess no supiera a qué se refería. Jess entendía casi todo lo que le decían en hokkien, pero sus únicos interlocutores eran sus padres, así que había ciertas lagunas en su vocabulario.

Jess apenas prestaba atención al fantasma. Tal vez la habría preocupado algo más si no hubiera estado siempre tan liada, pero, en cierta manera, llevaba oyendo voces desaprobatorias en la cabeza toda la vida. Normalmente oía la voz imaginada de su madre reprendiéndola en hokkien, pero el fantasma no sonaba tan distinto.

De todos modos, la voz de aquel fantasma se le quedó grabada en la mente. Al día siguiente, seguía repitiéndose la misma frase, con la persistencia de la cancioncilla de un anuncio que has oído de pasada.

Estaba esperando al tipo de la empresa de mudanzas acompañada de su madre, quien hurgaba en las bolsas de trastos que Jess había marcado para tirar, examinando cada objeto y apartando los que quería conservar. Jess se había pasado horas organizando sus cosas; aquel segundo repaso era totalmente innecesario.

Pero se recordó a sí misma que su madre lo estaba pasando mal. No era ninguna tontería tener que marcharse del país a su edad, por mucho que ella y su padre afirmaran estar volviendo a casa. De vuelta a Malasia, decían, como si los últimos diecinueve años hubieran sido una anomalía, y no la vida entera de Jess.

—Quedamos en que limitaríamos nuestras posesiones —le

recordó Jess.

—Ya lo sé —respondió su madre—. Pero ¡mira qué preciosidad de cinta! —Sacudió una cinta de un rosa centelleante frente a Jess—. ¿No te la pones, Min?

—Papá me la regaló cuando tenía diez años —contestó Jess—. Ahora ya tengo la cabeza demasiado grande.

Su madre torció el gesto y soltó la cinta, pero no fue capaz de volver a meterla en la bolsa de la basura. Siempre había tenido una cierta tendencia a acumular cosas y se había visto agravada por su delicada situación financiera. Era como si le doliera físicamente tirarlas.

—A lo mejor se la puede poner tu prima Ching Yee —masculló.

—Ching Yee es mayor que yo —dijo Jess.

Sabía que estaba empezando a hablarle con sequedad. La paciencia no era precisamente uno de sus dones. Debía cambiar de tema.

La frase volvió a venirle a la cabeza. «Ya sabe tu madre que eres una...» ¿Una qué?

—Mamá —dijo Jess en inglés—, ¿qué significa *pengkid*?

Su madre dejó caer la cinta y se giró de repente hacia ella.

—¿Qué? ¿Dónde has aprendido esa palabra?

Sorprendida por el éxito de su plan, Jess respondió.

—No sé, la he oído por ahí. ¿No me la dijiste tú?

Su madre enderezó la espalda como un gato ofendido.

—Tu madre no dice esas palabras —replicó—. Si te lo ha dicho alguna amistad, no quedes tanto con ella. No es una palabra bonita.

Jess no pudo evitar reír.

—Mamá, no tengo amigos que hablen hokkien.

—Es una palabra malaya —continuó su madre—. Y yo la conozco porque una compañera me la dijo un día. En hokkien no decimos esas cosas.

—¿No existen tacos en hokkien? —preguntó Jess con escepticismo.

—No es un taco... —Su madre se interrumpió, consciente de

que ya había dicho demasiado, pero Jess se aprovechó de la situación.

—Y, entonces, ¿qué significa *pengkid*?

Tuvo que insistir bastante antes de que su madre tirara la toalla y se lo contara, y, sin embargo, hablaba con tanta vaguedad y circunloquios («pues, a ver..., son las personas que... tienen un estilo de vida concreto...») que a Jess le costó un buen rato saber adónde pretendía llegar.

—¿Una lesbiana, dices? —preguntó Jess.

La expresión de su madre reflejó todo lo que necesitaba saber. Tras unos instantes, Jess soltó una carcajada.

—Y yo que empezaba a pensar que era una cosa horrible pero de verdad.

Su madre seguía en modo institutriz mojigata.

—No es bonito. Por favor, no digas esas cosas delante de la familia.

—No sé por qué te preocupas tanto —dijo Jess con sorna—. Si se parecen a ti, no voy a poder decirles nada. No me van a dejar hablar.

—Eso —contestó su madre—. Para decir esas cosas, mejor no digas nada.

La cinta seguía olvidada en el suelo. Jess la empujó discretamente hacia la bolsa de la basura.

—Venga, céntrate —le ordenó—. No vamos a acabar nunca. Acuérdate de que vienen a las cuatro.

—¡Ah, tu madre no es eficiente! —exclamó su madre.

Con todo, y a pesar de reconocerlo, siguió al mismo ritmo de caracol que antes, rebuscando en las bolsas como si, con el esmero suficiente, los restos de la infancia de Jess pudieran ocultar algún tipo de tesoro extraordinario.

Fuera cual fuera el tesoro, no reflejaría a la Jess actual. De niña, todo presagiaba que conseguiría lo que se propusiera. Sacaba notas ejemplares, iba a clases avanzadas, había entrado de cabeza en una de las universidades de la Ivy League...

Quién te ha visto y quién te ve. Hacía siete meses que había terminado la carrera, estaba en paro y no tenía planes a corto

plazo. Todos sus conocidos de la universidad estaban ya metidos en un posgrado pijo o en alguna empresa grande y lucrativa del sector tecnológico. Mientras tanto, los padres de Jess se habían quedado sin blanca y allí estaba ella —su único seguro, su único plan B— gorroneando todavía de ellos.

—¡Ah! —gritó su madre, como si hubiera hallado la piedra Rosetta—. ¿Te acuerdas de esto? Ya de pequeña pintabas de maravilla.

El dibujo se le debía de haber traspapelado con otras hojas mucho menos interesantes, porque, de lo contrario, Jess no lo habría tirado. Su madre había guardado todas y cada una de las obras de arte que Jess había hecho en su vida, y trataba con la misma reverencia sus bocetos de infancia que las creaciones de su primera —y última— exposición fotográfica durante su penúltimo año de carrera.

El papel parecía frágil, amarilleaba y se había ondulado con los años. Jess percibió un aroma a ceras cuando se lo acercó a la cara y sintió un intenso acceso de nostalgia.

Aparecía una persona larguirucha frente a una casa, alineada casi a la altura del tejado. A su lado, había una figura más pequeña, con el rostro surcado por unas líneas paralelas de lágrimas negras. Estaban pintadas de naranja, porque Jess tenía problemas de niña para encontrar ceras que encajaran con el color de piel de las personas chinas.

Ambas figuras tenían los brazos levantados. En el cielo, en la esquina superior izquierda del dibujo, se alejaba el avión del que se despedían.

Jess no recordaba haber pintado aquel dibujo, pero sabía qué representaba.

—¿Cuántos años tenía?

—Cuatro —contestó su madre. Los ojos se le vidriaron al recordarlo—. En aquella época, tu padre todavía no podía trabajar en Estados Unidos. Menos mal que un amigo le pidió que lo ayudara en su empresa, en Kuala Lumpur, pero tu padre tenía que ir volando de un sitio a otro. Cuando volvía, se quedaba allí dos o tres meses. Tu profesora de la guardería me preguntó: «¿El padre

de Jessamyn está en otro país?». Y luego me enseñó esto. Yo pensé: «*Alamak*, esto no está bien, Min acabará teniendo algún complejo». A punto estuve de llevarte de vuelta a Malasia, de olvidarnos de los Estados Unidos y a la porra las tarjetas de residencia. Lo más importante era que la familia estuviera unida.

Jess tocó el dibujo y siguió con los dedos las lágrimas de la niña. ¿Cuándo había llorado por última vez? Seguro que no fue cuando se despidió de Sharanya, sin que ninguna de las dos supiera cuándo volverían a verse. Le había contado un chiste malísimo que la había hecho reír y Sharanya la había llamado «imbécil» con lágrimas en los ojos.

Jess debió de llorar cuando su padre se llevó el susto del cáncer. Pero tampoco se acordaba. Lo único que recordaba eran las horas carentes de lágrimas en salas de espera, agotada hasta la extenuación, mirando por encima de la cabeza de su madre mientras esta lloraba.

—¿Por qué no volvimos? —dijo Jess.

—Al final, tu padre consiguió un empleo —respondió su madre—. Lo de los viajes duró muy poco. Ni que fueras una niña abandonada. Estabas conmigo. Has salido bien.

Con aquellas palabras parecía estar más bien buscando consuelo, aunque el tono fuera de una extraña indiferencia, como si estuviera ensayando una defensa que hubiera repetido muchas veces.

—Has salido bien —repitió su madre, antes de quitarle el dibujo a Jess, alisarlo y colocarlo sobre el montón de objetos que quería conservar.

—Sí —dijo Jess.

No tenía claro a quién estaban tratando de convencer.

Después de aquello, el fantasma la dejó un tiempo tranquila. Aunque, de todas formas, Jess tampoco tenía tiempo de preocuparse por las voces que le erraban por la cabeza. Dirigir una mudanza intercontinental le ocupaba todos los pensamientos. Su madre era una persona a la que todo le parecía igual de importante, conque habría podido encargarse si le hubieran dado

tres años. Puesto que solo tenían tres semanas, dependía de Jess tirar del carro.

Su padre se había adelantado y se había marchado a Malasia para empezar en el puesto de trabajo que le había ofrecido su cuñado. En las videollamadas se le veía cansado. Había dejado de teñirse el pelo después del susto del cáncer; tenía la cabeza prácticamente gris. Al verlo, Jess se fijó por primera vez en la piel que le colgaba de la garganta, surcada de arrugas. Le daba un aspecto senil.

En ese momento, la asaltó un pensamiento inquietante y repentino: «Lo han conseguido. A base de insistir, se han salido con la suya». Tras años de insultos grandes y pequeños, de malentendidos con su acento, de menospreciar sus capacidades, de ponerle la miel en los labios para luego negársela... Los Estados Unidos al fin habían podido con él.

Jess se lo quitó de la cabeza. Su padre era un cincuentón. Asia estaba al alza. La mudanza a Malasia no era un fracaso, ni para Jess ni para sus padres. Era un nuevo comienzo.

Su subconsciente no las tenía todas consigo. Durante las vísperas de aquel trasiego de mudanza, había comenzado a tener unos sueños vívidos sobre Malasia.

O, vaya, al menos daba por hecho que se trataba de Malasia. Los sueños estaban bañados por una luz solar cegadora, un intenso destello que no había visto en ningún otro lugar. Identificaba el calor húmedo constante y la vegetación verdísima de sus visitas. Pero no había nada más que le resultara familiar.

Casi siempre estaba inmersa en algún quehacer mundano: fregando los cacharros, colgando una colada desgastada en una cuerda, lavándose con un cubo que había llenado del agua helada de un depósito. A veces la ponían al cuidado de un bebé que no parecía que pudiera dejar de llorar. Le miraba la carita arrugada con un rencor calculado y lo odiaba, a pesar de saber que no había nada que hacer.

En un sueño, estaba al aire libre, observando cómo su propia mano trazaba líneas en el tronco de un árbol con la ayuda de un cuchillo. Un líquido lechoso fluía de los cortes. Ante ella se

extendían filas y filas de árboles.

Había empezado de madrugada, aún a oscuras, notando una brisa fría y suave sobre la piel. El ambiente iba ganando calor y brillo a medida que trabajaba, iluminado por una luz plateada y, luego, dorada. Cuando dejaba las herramientas, el calor ya lo dominaba todo y el sol caía a plomo.

Cargaba con lo que había recogido hasta el río, donde se dedicaba a echar algo de agua en el líquido blanco, lo justo para que el administrador no se diera cuenta cuando pesara la cosecha. Y, aun así, seguía pagándole menos de lo debido. Todo el mundo sabía que el administrador era un estafador y él sabía que la gente intentaba engañarlo, así que todos eran víctimas de su propia hipocresía.

Recibir su salario implicaba que pudiera ir a la tienda a comprar carne y que pudieran comer algo más que arroz blanco. Cuando llegaba a casa, estaba cansada hasta los huesos, pero ponía el arroz a cocer y empezaba a cortar las verduras. Debía tener la comida lista antes del crepúsculo, antes de que cayera la noche, antes de que...

Pero Jess nunca llegaba a descubrir qué ocurría esa noche. Se despertaba en su saco de dormir, sola en una habitación a oscuras.

Durante un instante, no sabía dónde estaba. Habían enviado o vendido todo lo que había en el apartamento. Su habitación vacía parecía un lugar distinto, con ángulos y sombras alterados. Tal vez aún estuviera soñando.

—Mamá —le dijo más tarde—, ¿sabes cuando estás delante de un árbol y le haces cortes para que salga la savia? ¿Eso existe? ¿Es algo malasio?

Se arrepintió de la pregunta al instante. En su cabeza tenía todo el sentido del mundo, pero en cuanto las palabras tocaron el aire, le pareció un disparate. Con todo, su madre se limitó a asentir, como si fuera la pregunta más normal del mundo.

—¿La extracción de látex? —respondió—. Malasia sigue produciendo muchísimo, pero no tanto como antes. ¿Por qué?

—Vi un vídeo no sé dónde —contestó Jess.

No recordaba haber visto ni oído nada sobre la extracción del

látex, pero su madre debía de habérselo contado en algún momento. El murmullo y la paz entre los árboles, el bebé de rostro sonrojado, sus propias manos endurecidas por el trabajo con las que debía mantener limpias las habitaciones de desconocidos... Todo perdía veracidad a la luz del día.

No eran más que sueños, se dijo Jess, el resultado de que su cerebro estuviera procesando la mudanza a Malasia. La extracción del látex debía de representar su ansiedad acerca de sus expectativas de empleo, la nostalgia por una época en que la vida era más simple, aunque tal vez más dura. Probablemente el bebé fuera su madre. Un psicólogo habría hecho su agosto con ella, pensó Jess con ironía, y se olvidó por completo de los sueños.

A Jess y a su madre las recibió en Bayan Lepas lo que parecía ser casi la mitad de la población china de Penang. Jess abrazó a su padre mientras el alud de familiares engullía a su madre.

Su padre apenas habló, pero tenía mejor aspecto que en las videollamadas, reanimado por el placer de la reunión. Olía como siempre, a una mezcla reconfortante de colonia Brut y jabón.

«Saldremos adelante —pensó Jess—. Tengo que conseguir que salgamos adelante.»

—¿Esta es Jessamyn? —le preguntó una visitante—. ¡Sí que has crecido! ¡Guapísima! La última vez que te vi eras así, ¿sabes?

Se hospedaban en casa de la hermana de su padre, en un barrio pudiente de las afueras. Su madre lo llamaba *bungaló*; por lo visto, los malasios utilizaban esa palabra para referirse a cualquier casa grande, aunque en este caso se tratara de una vivienda de dos plantas. Más allá de la cancela de hierro forjado de la entrada había un jardín repleto de unas buganvillas extravagantes, de color magenta, melocotón y rosa palo. La casa, con sus muros color crema y tejado marrón, databa de los años setenta; el exterior tenía un aspecto algo maltrecho que ocultaba la prosperidad de la familia.

Dentro, la casa estaba limpia y se respiraba comodidad y vida, y era tan poco pretenciosa como sus propietarios. Los únicos lujos eran detalles sutiles: suelos de mármol en la primera planta, teca

indonesia en la segunda. Todas las habitaciones tenían aire acondicionado y había ventiladores de techo por todas partes; estaba diseñada para aprovechar al máximo hasta la más mínima brisa, gracias a los agujeritos de ventilación que habían abierto en la parte superior de los muros externos.

Los hijos de Kor Kor se habían emancipado: la mayor trabajaba en Sídney y los dos pequeños estaban en una universidad de Melbourne. Los padres de Jess se quedaron con la habitación de la hija, mientras que a Jess le asignaron la que compartían los varones.

Su madre y su padre habían rechazado la invitación de Kor Kor a alojarse con ella hasta que encontraran casa propia (y esas habían sido sus palabras, aunque todos sabían que lo que realmente quería decir era «hasta que podáis permitir os otra cosa»). Había hecho falta una cierta insistencia por parte de Kor Kor para desgastarlos. Durante una interminable videollamada, su madre al fin había balbucido:

—Mi madre murió hace unos meses. ¿Cómo vamos a quedarnos en tu casa? Para cuando lleguemos, ya casi será el Año Nuevo chino.

—*Aiyah*, no te preocupes. Soy cristiana —le dijo Kor Kor—. Yo no le tengo miedo a todos estos *pantang*. Si os quedáis conmigo, nos lo pasaremos mejor. Mis hijos están en el extranjero y no volverán para el Año Nuevo. Tengo lo del nido vacío. ¡Ay, la soledad!

A partir de ese momento, Jess se había imaginado que la casa de Kor Kor sería un lugar tranquilo. Sin embargo, y aunque hubieran llegado a Penang semanas antes del año nuevo lunar, la casa estaba siempre hasta los topes. Jess no podía doblar una esquina sin tropezar con algún visitante, o con su aburrida prole.

Su tía estaba jubilada y era una persona sociable, pero no todos eran amigos suyos. Para sorpresa de Jess, resultó que los visitantes iban a ver a sus padres.

No se había imaginado que sus padres aún conocerían a tanta gente de Penang. De hecho, no creía posible que tuvieran

conocidos en ningún lugar. Siempre los había visto como dos personas introvertidas a las que su entrega al trabajo y la familia no les dejaba espacio en sus vidas para una relación tan frágil como una amistad.

Ahora veía que aquel era uno de los cambios forzosos que habían soportado sus padres por el hecho de ser inmigrantes, después de haber cedido a la presión que ejercía sobre ellos. Entre amigos y familiares, gente con la que compartían idioma, acento, valores y preocupaciones, su madre y su padre eran dos personas distintas: seguras, gregarias e ingeniosas. Era Jess quien se sentía como pez fuera del agua, navegando por aguas que le eran desconocidas.

Sus charlas con los visitantes eran más bien interrogatorios dominados por las decisiones vitales que había tomado, pero por suerte no siempre esperaban una respuesta activa por su parte. Los conocidos eran perfectamente capaces de mantener una conversación con Jess sin ningún tipo de expectativa de que llegara a abrir la boca.

—¿Aún en el paro? Ah, una graduada de Harvard como tú no tendrá problema para encontrar algo.

—Estará esperando a la oportunidad adecuada —decía otra señora—. Los jóvenes de hoy día son exigentes. No se conforman con cualquier cosa.

—Lo que os pasa es que sufrís de abundancia —le espetó un visitante, y, satisfecho con la sentencia, repitió—: Sufrís de abundancia. —Le dirigió a Jess una mirada crítica con unos ojillos pequeños y brillantes—. En mi época valorábamos más tener trabajo. Daba igual cuál. Puedes conseguir lo que sea si trabajas duro, sea lo que sea.

Jess esbozó una media sonrisa. Aquella era su táctica habitual cuando tenía que enfrentarse a hombres nocivos de cualquier edad. Pero su madre se encendió.

—¿Y por qué no va a ser exigente? Te pasas casi toda la vida trabajando. Lo mejor es que encuentre algo que le guste.

—No vale la pena ser la empleada de nadie, trabajar para otros —añadió la tía de Jess—. Lo mejor es que Min monte su

propia empresa.

Kor Kor recogió un diario de la mesilla auxiliar y se lo mostró a la madre de Jess.

—Como este muchacho. Estudió en Oxford, trabajó en los Estados Unidos y volvió aquí a montar un negocio. Ahora tiene una cadena, le va muy bien. Ching Yee me llevó un día a una de sus cafeterías. ¡Veinte ringits por un café pequeño! Y no te pienses que era *kopi luwak*, ni mucho menos. ¡Un café normal!

—¿Cómo va a pagar la gente veinte ringits por un café? —preguntó una señora escéptica, pero Kor Kor insistió:

—Acércate y lo verás. Los jóvenes van ahí. Les gusta el estilo. Es hípster.

Pronunciaba «hípster» como si de una palabra de una lengua extraña se tratara.

—Veinte ringits por un café —repitió su madre, impresionada—. Los jóvenes de hoy día sí que saben cómo ganar dinero.

Le entregó el diario a Jess con un gesto esperanzado, como si con la presión moral suficiente pudiera persuadirla de unirse a las filas de esos jóvenes que tanto sabían cómo ganar dinero.

En el periódico aparecía un chaval de veintitantos años, vestido con el típico uniforme de milenial exitoso: camisa azul almidonada, tejanos grises y Vans blancas. Tenía la piel algo tostada y buen aspecto, sofisticado pero accesible. Parecía exactamente el tipo de persona que fundaría una cadena de cafeterías hípsters.

El tipo del «sufren de abundancia» estaba sacando la cabeza por encima del hombro de Jess, así que el «¡ja!» que exclamó a viva voz se lo soltó justo al lado del oído.

—Por favor, explícanos el chiste —le espetó Jess con mordacidad, al límite de su paciencia.

El visitante la ignoró.

—¿Ng Wei Sherng? ¡Esa es la última persona a la que debería imitar tu sobrina! —le dijo a Kor Kor—. Da igual lo bien o mal que vayan sus cafeterías. ¿No sabes quién es su padre? —Le dio unos golpecitos al rostro sonriente del joven—. Es el hijo de Dato' Ng Chee Hin.

—¿Qué me dices? —Su madre echó un vistazo por encima del hombro de Jess al periódico con un interés renovado—. Sí que es verdad, se parece a él. El chico es tan oscuro que ni me había dado cuenta.

—Su madre es india —apuntó el visitante con conocimiento de causa.

Su madre lo iba pisando, con ese estilo tan suyo.

—Pero ¡si es jovencísimo! Ng Chee Hin debe de tener setenta y tantos años, ¿no?

Una voz que no había oído hasta entonces repitió con sequedad: «¿Ng Chee Hin?».

Era la voz rasposa de una fumadora habitual, extrañamente familiar, aunque Jess no la reconocía. Echó un vistazo alrededor para ver quién había hablado, pero era incapaz de identificar cuál de las señoras lo habría dicho. Todo el mundo siguió hablando como si no hubieran oído aquella voz.

—Bueno, pero no está mal —comentó Kor Kor—. Que su padre sea rico no implica que sus hijos tengan éxito. La mayoría de los niños bien son unos ociosos, no les gusta trabajar.

—El problema es su padre —dijo el señor—. Ng Chee Hin es hijo de un extractor de látex. Pregúntate cómo ha podido hacerse tan rico que hasta el ministro va a su casa. —Sacudió la cabeza—. Mejor que tu sobrina se busque otro modelo.

—*Aiyah*, ¿y quiénes somos nosotros para juzgar? —replicó Kor Kor—. A lo mejor de joven era distinto, pero hoy día Dato' Ng es un tipo muy decente. Kok Teng tiene un contrato con su empresa y dice que Dato' Ng es muy religioso, que siempre dona dinero a causas benéficas.

El señor resopló.

—¿Tú sabes por qué el chaval es tan joven? —le dijo a la madre de Jess—. Porque es el hijo de su tercera esposa. La mujer tenía veintitantos años cuando se casó con Dato' Ng, y él ya iba por los cincuenta. ¡Mira qué piadoso este Ng Chee Hin!

«¿Qué hacéis hablando de Ng Chee Hin?», preguntó la voz rasposa.

Los visitantes continuaron chismorreando sobre los ricos y sus

pecadillos, habiéndose olvidado por completo de los planes laborales de Jess, salvo por Kor Kor, quien se escabulló de la charla general, algo incómoda.

—Lo único que me preocupa es que te acabes aburriendo, Min —le dijo a Jess—. Si estuvieran por aquí los niños, aún podrías entretenerte. Pero nos hemos quedado solos los viejos. No hay nada para jóvenes como tú.

—No te preocupes, se me da de perlas no hacer nada —respondió Jess, ausente.

Estaba intentando identificar a quién pertenecía aquella voz rasposa. No era capaz de relacionarla con ninguna de las mujeres sentadas alrededor de la sala de estar de Kor Kor, pero ¿por qué le resultaba tan familiar...?

Un recuerdo le reptó hasta la superficie de la mente. La misma voz diciéndole: «¿Ya sabe tu madre que eres una *pengkid*?».

Jess se estremeció, muerta de miedo.

En el mundo exterior, su madre comentaba:

—¡No hacer nada no está bien! ¿Por qué no ayudas a Kor Tiao?

—Tengo que ir al lavabo —respondió Jess, cortándola.

En el baño, se lavó la cara y se la secó, prestando atención a su propia respiración.

El estrés la estaba sobrepasando y le hacía creer que estaba oyendo cosas. Tampoco era razón para perder los nervios. Había tenido que gestionar muchas cosas a lo largo de las últimas semanas, y que la sermonearan constantemente unos desconocidos no ayudaba. Necesitaba bajar el ritmo, cuidarse un poco más. Podría pedir cita para una manicura o algo...

La voz atravesó todos esos pensamientos como una navaja.

«¡No has respondido a mi pregunta!»

Era como si el emisor estuviera a su lado. No podía verlo, pero era imposible dudar de que era real.

Se agarró al lavamanos y clavó la mirada en su reflejo aterrorizado en el espejo.

«¿Se puede saber qué miras? —preguntó la voz con impaciencia—. ¿Qué hablabais de ese cabronazo inútil?

¡Cuéntaselo a tu Ah Ma!»

DOS

—¿Qué coño...? —gritó Jess.

El sonido de su propia voz le resultó reconfortante, normal, presente en su realidad.

Era obvio que se había imaginado aquella voz en la cabeza. Ella era la que tenía el control de su cerebro. Mientras siguiera recordandoselo, la voz acabaría por irse...

«No hables así delante de tu Ah Ma», dijo la voz.

—Tú no eres mi Ah Ma —replicó Jess, a pesar de todo—. Está muerta.

La muerte de su abuela materna el año anterior había quedado eclipsada por todas las mierdas que le estaban pasando en aquella época. Su padre se estaba recuperando, pero debía enfrentarse al hecho de haber perdido todo por lo que tanto había trabajado. Jess había estado intentando ganar algo con trabajillos como fotografía autónoma mientras enviaba solicitudes a puestos de trabajo que nunca contestaban y mantenía una relación clandestina a distancia con Sharanya, una chica que vivía con su familia en la otra punta del país.

Su madre, en cambio, había sido un completo desastre. Una mañana le dijo a Jess: «Anoche falleció tu Ah Ma», y a Jess le había costado recordar a quién se refería.

No habían vuelto a ver a su Ah Ma desde que se mudaron a los Estados Unidos, a pesar de haber visitado a su familia paterna siempre que regresaban a Malasia. Jess ni siquiera había pensado en preguntarle a su madre por qué veían tan poco a sus familiares hasta su última visita a Malasia, unos años atrás.

—A tu Ah Ma no le gusta ser la anfitriona de nadie —le había respondido su madre—. Lo mejor es visitar a quien le guste recibir invitados.

Sharanya no podía creerse que Jess no hubiera insistido.

—¿Y no te pica la curiosidad, ni un poco? Tu madre lleva dos décadas sin ver a su madre. Muy normal no es.

—Mi madre dice que ahora forma parte de la familia de mi padre —le dijo Jess—. Es una tradición china. Cuando la mujer se casa, es como si abandonara su familia y se uniera a la del marido.

—Claro, como en la India —replicó Sharanya—. Antes de que inventaran Skype. ¡Que estamos en el siglo xxi!

—Tampoco creo que haya mucho misterio. Seguramente mi abuela sea una capulla —arguyó Jess—. Igual que mi tío. Solo da señales de vida cuando quiere pedirle dinero a mi madre. Es como si estuviéramos en el siglo xix y se pensara que nos marchamos a la Montaña Dorada y que ahora somos millonarios mientras allí en el viejo país, aún comen mijo. Y mi madre sigue dirigiéndole la palabra, así que mi abuela debe de ser todavía peor.

La voz le dijo: «Pues claro que tu Ah Ma está muerta. ¿Cómo te crees que te estoy hablando? Tu madre no me llamaba nunca».

El lavabo parecía encogerse en torno a Jess. No había dejado de sudar desde que habían puesto un pie en Malasia, pero ahora notaba el sudor frío en la piel.

Los fantasmas no existen, se dijo. El subconsciente le estaba jugando una mala pasada. Sí, de una forma aterradora y sin precedentes, pero tampoco tenía tiempo de perder los nervios por algo así.

—Contrólate, Teoh —le ordenó a su reflejo—. Sal ahí y pórtate bien con las visitas...

«No salgas todavía —le susurró la voz—. Hay demasiado ruido. ¿Por qué tiene que abrir tu tía la casa todos los días? ¿Qué se cree, política? Quédate aquí y cuéntale a tu Ah Ma qué decían sobre Ng Chee Hin.»

—Tú no eres mi Ah Ma —insistió Jess—. ¡No eres nadie! ¡Son imaginaciones mías!

«No grites —le dijo la voz—. Si quieres hablar, hazlo aquí dentro. No tienes por qué abrir la boca. Así no te oirá nadie.»

«Aquí dentro» no significaba en el lavabo, sino en la cabeza de Jess.

¿Qué pensarían las visitas que había en la sala de estar de Kor Kor si la oyeran hablando con una voz imaginaria? Tampoco es que a Jess le importara lo que opinasen, pero puede que decidieran joder a su madre con el tema.

Sin abrir la boca, dijo: «Si eres mi abuela, mi abuela muerta, ¿cómo es posible que me estés hablando mentalmente?».

«Soy como los buenos hermanos —respondió la voz, con la paciencia que mucha gente reserva a niños e idiotas—. No todo el mundo puede oírlos, pero en nuestra familia tenemos esa capacidad.»

«¿Y eso qué significa? —preguntó Jess—. ¡Yo no tengo hermanos!»

«¿Tampoco conoces a los “buenos hermanos”? —exclamó la voz—. ¿Tu madre no te ha enseñado nada de nada?»

«Esto es de locos —dijo Jess, o lo pensó. Era imposible que estuviera dirigiéndose a alguien que no fuera ella misma. Era la única persona de la estancia. No podía estar hablando con nadie más—. No sé qué es esto, pero de aquí no pasa. Bastante tengo ya con todo lo demás. No puedo empezar a alucinar con que estoy charlando con un fantasma que se cree mi abuela muerta...»

«¿Cómo que “alucinar”? —le espetó la voz—. Si no soy real, ¿quién te crees que te he estado enviando todos esos sueños?»

Un golpe en la puerta la hizo dar un respingo y su madre, desde el otro lado, preguntó:

—¿Min, estás ahí? No te encuentras bien, ¿verdad?

«Espera —dijo Jess—. ¿Sueños?»

Su madre volvió a golpear la puerta.

—¿Min?

Jess reconoció los primeros temblores de pánico en la voz de su madre. Renegó para sus adentros y abrió la puerta.

—Estoy bien, mamá. ¿Qué pasa?

—Hace mucho rato que la señora Poh Eng quiere irse —le respondió su madre, antes de mirarle con detenimiento la cara—. ¡Tienes los labios blanquísimos! —Le cogió las manos y se las apretó entre sus cálidas palmas—. ¡Y qué fría estás! ¿Estás mareada? Si no te encuentras bien, tienes que decírselo a tu madre.

No sufras en silencio.

La expresión de su madre arrancó a Jess de su ensimismamiento; siempre había sido una persona muy hipocondríaca, pero desde el cáncer de su padre tenía la ansiedad desbocada. Era como si estuviera esperando a que el médico anunciara el diagnóstico de Jess.

—Estoy bien —repitió Jess—. Sigo con *jet lag*, ya está. Me voy arriba a echarme una siesta.

—Vale —contestó su madre, pero se la veía afectada—. ¿Sigues con mareos después de una semana? Eres jovencísima, no debería costarte tanto recuperarte. Creo que te falta hierro en la sangre.

Rendirse solía ser la forma más rápida de librarse de aquellos accesos de darle la lata.

—Sí, comeré más espinacas —respondió Jess—. Discúlpame con Kor Kor, ¿quieres?

Echó a andar hacia las escaleras mientras hablaba, puesto que rendirse no siempre funcionaba, pero en ese momento se le ocurrió algo. Se detuvo en el primer escalón y se volvió.

—Mamá, si te digo «buenos hermanos» —lo pronunció en hokkien, con las mismas palabras que había usado el fantasma—, ¿qué te viene a la cabeza?

—¿*Ho hia ti?* —repitió su madre—. Significa «buenos hermanos». También puede significar «buenos amigos». Tu padre y el tío Fahmi son *ho hia ti*, así. ¿Por qué?

—Por nada —zanjó Jess.

Al día siguiente, la marca que le había dejado la voz se difuminaba. La había ayudado poder hablar con Sharanya. Le parecía surrealista ver su rostro en la pantalla del teléfono, pero también reconfortante. Hacía un par de semanas que no hablaban. Jess había empezado a pensar que tal vez se hubiera inventado a Sharanya, como si nunca hubiera tenido novia.

Y así se lo contó a Sharanya, y ella arrugó los ojos.

—¿Cómo va por Penang?

Jess se encogió de hombros, aunque por su postura el

movimiento fue algo extraño. Estaba apoyada en los codos sobre la cama, con la sábana por encima de la cabeza para amortiguar el sonido.

—Como siempre. Aunque no te creas que he visto Penang. Me paso el día en casa de mi tía.

—Pues igual que yo en Singapur —dijo Sharanya—. No veo la hora de tener la oportunidad de explorar. Cuando tengamos casa propia, será la hostia.

Jess no estaba tan convencida como Sharanya de que podría mudarse a Singapur en otoño, momento en que Sharanya empezaría su doctorado allí. Para que fuera posible, Jess tendría que encontrar un trabajo en Singapur... y abandonar a sus padres.

—¿Le echaste un ojo al curro de gestora de contenido que te envié? —le preguntó Sharanya, antes de que Jess pudiera cambiar de tema—. Creo que se te daría de maravilla.

Jess podría haber fingido que tenía pensado enviar una solicitud, pero siempre había intentado ser honesta con Sharanya. Mentirle a su familia ya se había convertido casi en una costumbre y no quería que le ocurriera lo mismo en su relación.

—Sí, lo vi —contestó Jess—, pero no sé si ahora es el mejor momento. Acabamos de llegar, mi madre todavía se está adaptando... Tengo que estar con ella y con mi padre.

Sharanya torció el gesto.

—Me encanta que apoyes tanto a tus padres —le dijo con seriedad—. Pero tienes que vivir tu propia vida, Jess. No puedes depender siempre de ellos. Tus padres no querrían que renunciaras a tus sueños por ellos.

Y tampoco querrían que se mudara a Singapur con una novia a la que ni siquiera conocían. Pero Jess no lo verbalizó. No quería seguir hablando de sus padres; siempre que salía el tema, acababa mal con Sharanya. Miró alrededor en busca de alguna distracción.

—He estado teniendo unos sueños rarísimos —comentó.

Le contó a Sharanya todas las malas pasadas que le había estado jugando el cerebro durante las últimas semanas. Sharanya se interesó más por la voz que por los sueños.

—¿Has estado oyendo voces?

—Una voz, solo una —respondió Jess.

Sharanya no la estaba escuchando. Como su familia ya sabía que estaba saliendo con Jess, estaba haciendo la videollamada desde el portátil, sentada en su escritorio con la puerta abierta a sus espaldas. Su hermano pasó por delante y saludó a Jess.

Sharanya estaba escribiendo y examinando la pantalla con el ceño fruncido, concentrada.

—En esta página dicen que el estrés puede provocar alucinaciones auditivas.

Jess había hecho las mismas búsquedas rápidas por internet por posibles causas de la voz.

—Esperemos que sea eso y no un tumor cerebral.

—Estoy casi segura de que es estrés, amor —insistió Sharanya—. O sea, mira qué vida llevas. A lo mejor deberías hablar con alguien.

—Ya estoy hablando contigo. Y ya me encuentro mejor.

—Ya me entiendes. Hablo de un profesional cualificado.

Jess la miró apesadumbrada. Sharanya estaba escribiendo otra vez, probablemente buscando profesionales cualificados que pudieran visitar a Jess.

—¿Crees que me estoy volviendo loca? —le preguntó Jess—. No puedo permitirme estar majara. Mis padres ya tienen suficientes problemas mentales para toda la familia.

Sharanya finalmente levantó la cabeza, aunque al estar mirando el rostro de Jess en la pantalla en lugar de la cámara, sus ojos no acababan de cruzarse. Tener una relación a distancia era una puñetera mierda.

—Estás llevando muchas cosas adelante, Jess. —Su expresión era tierna, olvidada ya la tensión anterior en medio de la preocupación. Jess se preguntó, y no era la primera vez, cómo había podido encontrar a alguien como ella—. Esto te ayudará.

—¿Qué tiene de malo la represión y la negación? —masculló Jess—. Hasta ahora me ha funcionado.

—El hecho de que estés oyendo voces indica que no, no está funcionando —replicó Sharanya—. Oye, hay una clínica psiquiátrica en George Town. ¿Lo tienes cerca?

—Estoy en Penang —respondió Jess—. Aquí está todo cerca.

Consiguieron juntar una lista de lugares a los que llamar, aunque era difícil escogerlos. Apenas había información disponible en línea sobre ninguno de ellos.

—¿No puedes pedir alguna recomendación? —le dijo Sharanya—. Quizá tu tía...

Jess no podía preguntárselo a nadie sin que sus padres se enteraran, y su madre y su padre ya tenían bastante con lo suyo. No había ninguna necesidad de que descubrieran que Jess estaba perdiendo la cabeza, aunque solo fuera un poco y ya estuvieran intentando solucionarlo.

—Ya se me ocurrirá algo —contestó Jess.

La llamada con Sharanya le había sentado bien a Jess y le había puesto los pies en el suelo. Por descontado que no había estado hablando con un fantasma. Los fantasmas no existían.

Tenía intención de llamar a las clínicas que habían encontrado juntas, pero apenas tenía oportunidad de hacer llamadas privadas durante sus horarios de apertura. No tenía coche, conque estaba aislada en casa de Kor Kor, a menos que su tío, su tía o su padre la llevaran. Podría pedir un taxi, pero no sin provocar reproches a viva voz por parte de Kor Kor, quien parecía tomarse como una ofensa personal que Jess no quisiera tratarla como a su chófer.

Era como volver a ser adolescente durante unas extrañas vacaciones de verano. Sin clases ni trabajo que la ayudaran a organizarse el tiempo, los días se le antojaban interminables y no lo suficientemente largos como para hacer todo lo que debía hacer. No había ninguna necesidad de que su madre ni Kor Kor se preocuparan por que pudiera estar ociosa. La gestión le ocupaba todo el tiempo. Tenía que encargarse de guardar todos sus bártulos en un almacén, ayudar a sus padres a buscar algún piso que pudieran alquilar en Penang y, de algún modo, encontrar tiempo para buscar trabajo entre todo lo demás.

Esa última faena era la peor. Se sentía culpable cuando buscaba puestos de trabajo en Singapur, e igualmente culpable

cuando optaba por mirar en Malasia. Siempre que hacía clic en el anuncio de un trabajo, era como si le estuvieran obligando a escoger entre su familia y su novia.

No ayudaba que Kor Kor creyera que Jess estaba de vacaciones y que, por tanto, necesitaba que la entretuvieran. La idea que Kor Kor tenía del entretenimiento consistía en sentarse en la sala de estar con otro montón de jubilados y hablar sin descanso de personas que conocían y de las propiedades que poseían con una taza de té Lipton en la mano. Jess no podía escaquearse, puesto que tampoco tenía a nadie con quien quedar ni lugares a donde ir.

Lo único bueno de aquellas tertulias era que los amigos y las amigas de Kor Kor vivían en un mundo completamente distinto del que constituía la realidad. Y eso, a veces, la entretenía.

—Ahí había algo oscuro —comentó la señora Grace, haciendo un gesto hacia el techo. Hablaba en inglés, así que Jess podía seguirla sin problemas. Se defendía en hokkien, pero no podía seguir el ritmo de las conversaciones de los mayores—. Lo vi hace unos días.

La señora Grace era la nieta de la amante del bisabuelo paterno de Jess. De hecho, no estaba relacionada con la familia de su padre, puesto que era el producto del primer matrimonio de la amante con otro hombre. A la bisabuela de Jess no la había entusiasmado la existencia de la amante ni de sus hijos, lo que había provocado un cierto distanciamiento durante generaciones, un distanciamiento que no había podido sobrevivir a la hospitalidad infinita de Kor Kor. La señora Grace era ahora una visitante regular de la casa.

—Lo vi con el rabillo del ojo —continuó—. No me atreví a mirarlo directamente. Pero era como una nube negra que flotaba por ahí.

Un escalofrío recorrió a los presentes. Los mayores eran todos muy supersticiosos, y no lo ocultaban. Hablaban de lo sobrenatural con la misma mezcla de aceptación pragmática y precaución con la que discutían sobre política, y prácticamente por la misma razón: las paredes oían, y nunca sabías quién podía haber al otro lado.

Kor Kor, dueña del techo maligno, se removió en su asiento. Era evidente que no la entusiasmaba para nada que insinuaran que su sala de estar estaba encantada.

—Quizá era mugre —apuntó su madre, en un intento por ayudarla—. Malasia es muy húmedo, es fácil que aparezca moho.

Todos los presentes alzaron la vista hacia el techo. Era de un blanco impoluto.

—Nosotros no tenemos moho —le espetó Kor Kor, antes de volverse hacia Jess y, con una despreocupación afectada, decirle—: ¿Cuándo tienes la entrevista con la empresa estadounidense? ¿Tendrás que volar a los Estados Unidos?

—No —respondió Jess—. La haremos por Skype. Es para un trabajo en la sucursal que tienen en Kuala Lumpur.

—No era moho —soltó la señora Grace, ignorando el intento de Kor Kor por cambiar de tema—. Yo notaba que había algo raro.

—*Choy* —exclamaron los presentes, dirigiéndole a Kor Kor una mirada condescendiente.

—Si notabas que había algo raro, ¿por qué no me lo dijiste? —le recriminó Kor Kor.

—Porque no estabas —respondió la señora Grace, ojiplática—. Te habías ido a hablar del retrete con el contratista. ¡Me quedé sola y estaba asustadísima! No me atrevía a moverme. Me agarré a la cruz... —se tocó el crucifijo de plata que llevaba colgado del cuello con una cadena— y recé un padrenuestro. Lo repetí varias veces y ya sentí la estancia más ligera. —Extendió las manos, como si indicara la disipación de una presencia—. Cuando miré, la sombra ya se había ido.

—¿Cuándo se construyó esta casa? —preguntó uno de los visitantes—. ¿En los setenta? Yo siempre se lo digo a mis niños: no compréis casas viejas. Nunca sabes lo que te puedes encontrar dentro.

—La semana pasada tu marido estuvo con fiebre, ¿no? —le dijo la señora Grace a Kor Kor—. Hay algo que no funciona, eso está claro. Le puedo pedir a mi pastor que venga a veros. Cuando el padre Cheah reza, ¡sientes de verdad la presencia de Dios!

—Yo también puedo pedírselo a mi pastor —replicó Kor Kor

—. Pero no hay ningún motivo para que nos asusten estas cosas. Aquí todos somos cristianos.

—No, todos no —la corrigió la señora Grace, y le lanzó a la madre de Jess una mirada suspicaz.

En cuanto Dios había entrado en la conversación, su madre se había salido. Estaba debatiendo con un tipo sobre el mercado de valores y no mostraba signo alguno de haber oído a la señora Grace.

La señora Grace no se amilanó, y levantó la voz.

—Oye, Poey Hoon, tú todavía no eres cristiana, ¿verdad?

—Poey Hoon es una librepensadora —respondió Kor Kor.

La señora Grace asintió con prepotencia.

—Cuando te quedas en medio, ni aquí ni allí, es más probable que atraigas ese tipo de cosas. ¿No has sentido una presencia siguiéndote?

Su madre contestó con frialdad:

—He tenido suerte. No he sentido nada de eso.

Jess había estado disfrutando de la conversación, pero el disfrute desapareció ante la expresión de su madre.

—Cuando habla de atraer cosas, ¿a qué se refiere, señora Grace? —preguntó.

Se había percatado de que todos evitaban nombrar al objeto de la conversación. Efectivamente, la señora Grace parecía incómoda.

—Tú ya me entiendes... —La señora Grace miró a su madre, pero no la ayudó. Pasó del inglés al hokkien—. *Lasam eh mikia*. Cosas sucias.

—Pero has dicho que no era suciedad —le dijo Jess en inglés.

—No, no es suciedad —contestó la señora Grace—. Lo que digo es que no es bueno hablar de esas cosas. No quieras tenerlas en tu casa.

Jess frunció el ceño.

—¿Moscas?

La señora Grace comenzaba a aparentar desesperación.

—No, moscas no. Hay quien lo llama *aoboey kong*.

—No es eso —discrepó un señor—. *Aoboey kong* es distinto.

Aoboey kong es un dios. La gente reza al *aoboey kong* para alejar esas cosas.

—¿Qué significa *aoboey kong*? —preguntó Jess, rebuscando entre su oxidado vocabulario de hokkien—. ¿El dios de atrás?

—Sí, es un dios —respondió el señor—. Se sienta junto a la puerta trasera y protege la casa. Las cosas buenas entran por la puerta delantera, ¿sabes? Por la trasera entra lo malo, lo que flota. Necesitas un guardián que te proteja de ellas. El *aoboey kong* es el guardián.

—Hay gente que le dice *aoboey kong* a otras cosas —insistió la señora Grace—. Es bueno decirlo.

—Puede ser, puede ser —intervino otra señora con dulzura—. Hay gente que le da otros nombres. Hay quien lo llama *ho hia ti*. Significa lo mismo.

Jess se enderezó, olvidando que debía aparentar inocencia.

—¿Es normal llamar «buenos hermanos» a los fantasmas?

La palabra «fantasmas» provocó que los presentes se estremecieran. Kor Kor le dirigió a Jess una mirada grave.

—Da menos miedo decir «buenos hermanos», ¿sabes? —contestó Kor Kor—. A la gente no le gusta hablar abiertamente de los espíritus. Pero en esta casa no hay nada de eso, así que no tenéis por qué preocuparos.

El tono le indicó que la discusión había terminado. Jess decidió no tentar a la suerte; además, ella misma estaba algo inquieta.

Aquello no cambiaba nada, se dijo a sí misma. Debía de haber sabido que en hokkien se referían a los fantasmas como «buenos hermanos», por mucho que no lo recordara conscientemente. La voz rasposa no le había dicho nada que no supiera porque era imposible que una voz de su cabeza perteneciera a alguien que no fuera ella misma.

Teniendo en cuenta cómo era su familia, no le sorprendía que su cerebro hubiera decidido interpretar sus alucinaciones auditivas provocadas por el estrés como los desvaríos de un fantasma. Era cierto que ni su madre ni su padre hablaban nunca de fantasmas o espíritus. No eran especialmente piadosos y solían cuidarse de

acercarse a gente que lo fuera. Su aproximación a la religión consistía en dejar a los dioses tranquilos, con la esperanza de que ellos les devolvieran el favor.

Pero su visión del mundo se cimentaba sobre la superstición. La creencia básica en lo sobrenatural había impregnado la casa en la que Jess había crecido. A pesar de la aculturación occidental, era una de las cosas que había absorbido de manera pasiva desde la cuna, como el gusto por la comida picante o la familiaridad con los estándares del cantopop. Oficialmente, no creía en fantasmas, pero había una parte de ella que no las tenía todas consigo.

A lo largo de los días siguientes, aquella inquietud fue desapareciendo. La voz no volvió a hacer acto de presencia y ella se encontraba bien. Había conseguido convencerse a sí misma de que la voz había sido una consecuencia única y rara del *jet lag* cuando regresaron los sueños.

Con todo, no eran como los que había tenido otras veces. En estos nuevos sueños, era ella misma, sin más cargas que las suyas, ni bebés llorando ni tareas domésticas. Se habían acabado las plantaciones de látex y los baños clásicos con tinas de agua en lugar de duchas. En su lugar, se veía siempre en casa de Kor Kor.

Y, sin embargo, no era igual que su ser de vigilia. Tenía la visión borrosa y el equilibrio alterado. Se tambaleaba entre habitaciones que deberían resultarle familiares, rozándose contra los muebles, chocándose los pies con las puertas. Era como si hubiera olvidado cómo estar en su propio cuerpo.

Apenas hacía nada en esos sueños. Se limitaba a deambular por la quietud de la casa a oscuras, tocando cosas, a veces levantándolas con sumo cuidado. No quería romper nada ni revelar su presencia. Necesitaba aquel tiempo para descubrir qué estaba ocurriendo.

Siempre se despertaba exhausta.

Recordaba el momento en que la voz le dijo: «¿Quién te crees que te ha estado enviando todos esos sueños?». Pero descartaba el recuerdo, reprimiéndolo junto con el pánico que lo acompañaba.

No había ninguna necesidad de darle una explicación esotérica a los sueños. Despierta, Jess se sentía como una cría de

ciervo renqueando por todas partes, siempre al borde de joderlo todo y que no hubiera solución posible. En sus sueños, la confundían las cosas que conocía, incapaz de controlar su propio cuerpo. No hacía falta ser Freud para establecer la conexión.

Aun así, después del tercer sueño errando por la casa, Jess finalmente llamó a los números que Sharanya había encontrado y pidió cita. No tenía seguro médico, pero había ahorrado algo de dinero con los encarguillos de fotografía y sus padres se negaban a tocarlo, y la había favorecido el cambio de divisas. Al menos podría permitirse una sesión. Ya pensaría más tarde cómo pagaría las siguientes y cómo se las apañaría para acudir a la cita sin que su familia lo descubriera.

TRES

Jess se levantó temprano para la entrevista de trabajo del día siguiente. Se estaba recomponiendo con una taza de Milo cuando su tía entró desde el jardín.

—Min, ¿ya te has despertado? —le preguntó Kor Kor, echando un vistazo al reloj.

Empezaba a trabajar en el jardín a las seis y media de la mañana, cuando ni siquiera había rayado el alba, para dedicarse a la jardinería todo lo posible antes de que comenzara a hacer calor.

—Tenía la entrevista por Skype. —Jess se frotó los ojos. El sueño de la noche anterior había sido especialmente largo y tedioso. Estaba agotada, a pesar de haberse ido a dormir a las nueve—. Había un chaval de Kuala Lumpur y su jefe de California.

—¡Ay, la entrevista! Me había olvidado de que la tenías hoy —exclamó Kor Kor—. ¿Cómo ha ido? Te has hecho un Milo, ¿no? ¡Muy bien! —Lo decía como si verter agua caliente sobre chocolate en polvo fuera toda una gesta gastronómica—. ¿Quieres una galleta de pollo? Poh Eng las trajo de Seremban.

»Tienes que comer algo. Te dará energía —le dijo cuando Jess hizo ademán de rechazarlo—. No es normal que aún estés con *jet lag*. ¿Cuánto hace que volvisteis? ¿Dos semanas?

—Casi, sí —respondió Jess.

Tenía la sensación de que había pasado más tiempo. Sus días en Malasia parecían un sueño. No acababa de creerse que no fuera a despertarse de un momento a otro y pudiera seguir con su vida real en los Estados Unidos.

Había algo que la escamaba. ¿Qué había dicho Kor Kor?

—Lo que tengo no es *jet lag* —dijo Jess, pero estaba tan confundida que una sombra de duda se cernió sobre ella—. ¿No?

—Con el tiempo que hace y sigues despertándote a las dos de

la madrugada —le contestó Kor Kor—. Menudo susto me has dado. Pensaba que era un ladrón. Si no, ¿qué haría nadie paseándose por la casa en mitad de la noche?

Jess no se había movido hasta que le había sonado la alarma a las cinco.

—No me he levantado a las dos.

Pero Kor Kor tenía esa característica tan propia de las señoras de una cierta edad, a quienes se les da mejor hablar que escuchar.

—¡No sabía yo que hablabas tan bien el hokkien! —exclamó—. Mucho mejor que tus primos. Kor Tiao y yo les hablábamos en inglés cuando eran pequeños. No queríamos confundirlos. Pensábamos que el inglés era mejor... Podrían leer libros, ver la tele y demás. Ahora dicen que lo mejor es que los niños aprendan varios idiomas desde pequeños... *Aiyah*, ¡en aquel entonces no se sabía eso! —Suspiró—. Ching Yee y los otros lo hablan, pero solo saben pedir comida y direcciones. No tienen tu nivel.

Jess hablaba hokkien con muchas dudas, mezclándolo constantemente con el inglés y solo con sus padres. Lo primero que pensó fue que Kor Kor debía de haberla confundido con otra persona.

—No lo hablo tan bien —dijo, pero se percató de que Kor Kor se había tomado aquella autocrítica casi como una convención social, algo esperado y vacío de significado—. Esto... ¿Cuándo hemos hablado en hokkien?

—Anoche, cuando te levantaste —le contestó Kor Kor—. ¿No te acuerdas?

—Anoche no me levanté —insistió Jess, pero esa certeza se vino abajo ante el gesto de sorpresa de Kor Kor.

Una imagen borrosa le vino a la mente. De sus pies, bajando las escaleras, escalón a escalón... Pero eso también había formado parte del sueño, ¿verdad?

¿O tal vez no? Comenzó a recordar otras sensaciones. Atravesando una habitación a oscuras, pasando la mano por una encimera, notando las frías baldosas bajo las plantas de los pies. Alguien había encendido una luz y se había asustado ante el repentino destello. La voz de Kor Kor, diciéndole: «¿Estás

despierta, Min? ¿Por qué no has encendido la luz?».

Jess se pasó una mano por la cara, desconcertada.

—Me había olvidado.

—¡Hemos estado hablando un buen rato! —le dijo Kor Kor—. Te habrás vuelto a la cama luego, seguro. Eso es bueno. A tu edad no deberías tardar tanto en adaptarte. Mis hijos ya están bien a los pocos días, nada de mareos.

Jess no era capaz de recordar nada de la conversación que supuestamente habían mantenido. Ser consciente de esa laguna en su memoria era una sensación extraña, como toquetearse con la lengua el espacio que ha dejado libre un diente.

—¿De qué hemos hablado?

—Bueno, sin más —contestó Kor Kor—. Hemos hablado de cómo debe de ser trabajar para la empresa de Kor Tiao, cuánto cuesta esta casa, cosas así.

Jess soltó un grito ahogado.

—¿Te he preguntado cuánto os costó esta casa?

Kor Kor la miró fijamente a los ojos.

—Es verdad que no te acuerdas, ¿eh? Estarías sonámbula. Es normal que tanto estrés acabe afectándote al sistema.

Se había acercado demasiado a la verdad. Jess sintió cómo reculaba y se forzó a sonreír.

—¿Qué estrés? —preguntó—. Si me paso el día en casa de mi generosa tía sin nada que hacer más que divertirme.

La respuesta ingeniosa siempre funcionaba con su madre y su padre, pero Jess se había olvidado de que no estaba hablando con ellos. Kor Kor le dio unos golpecitos en el brazo.

—Mira que has aprendido a hablar en los Estados Unidos, ¿eh? —le dijo con indulgencia—. No tienes por qué preocuparte tanto. Tu madre y tu padre pueden apañárselas solos, ya lo sabes. Eres una buena chica, pero no tienes que pensar solo en ellos. ¡Yo siempre digo que hay que dejar que los hijos vivan su vida! Pero no me hace caso nadie.

Jess no se esperaba aquello, ni la reacción que le provocó. Agachó la vista hacia la taza y reprimió unas lágrimas imprevistas. Contuvo un acceso de ira irracional, provocado por la sensación de

saberse descubierta y, a la vez, de que Kor Kor no hubiera acertado con nada.

—No me preocupan mi madre y mi padre. Sobre todo me preocupo por mí —contestó con una cierta ligereza.

Kor Kor asintió, como si Jess le hubiera dado la razón.

—Correcto. Lo mejor es que pienses en ti —le dijo—. Los viejos os damos consejos porque queremos ayudaros, pero a veces nos pasamos de la raya. Tienes que plantarte. Tienes que decirme: «¡Kor Kor, yo no quiero abrir una empresa! Tus ideas de bombero te las quedas para ti».

Jess, esta vez con una sonrisa genuina, contestó:

—No sé si impresionaría mucho a mis padres si te hablara así.

—Así me habla Ching Yee —dijo Kor Kor, con una mezcla de desaprobación y orgullo—. Ella no ha crecido en los Estados Unidos, pero contesta de maravilla. Si hubiera estado aquí, me habría gritado delante de todo el mundo: «*Aiyah*, mamá, no hables tanto del hijo de Ng Chee Hin. Si quieres que tus hijos sean como él, ¡haberte casado con Ng Chee Hin!».

Jess soltó una carcajada.

—Lástima que no se me ocurrió.

—Cuando te hablé de Ng Wei Sherng el otro día era por darte una idea —continuó Kor Kor—. Hui dice que lo mejor es no imitarlo. La familia Ng está metida en negocios turbios. ¿Que cómo lo sé? Porque Ng Chee Hin es uno de los clientes grandes de Kor Tiao. Kor Tiao dice que ahora es muy decente, pero antes..., ¿quién sabe?

Negó con la cabeza.

—*Hai*, Malasia es así. No hay manera de ganar dinero si eres una persona completamente honrada. Eso es así. Tienes que tomar tus propias decisiones. ¡Estudiaste en Harvard! Yo soy una mujer de *kampung*. ¿Cómo voy a decirte lo que tienes que hacer? Incluso lo de ayudar a Kor Tiao con el negocio... Si no quieres, dínoslo.

Era evidente que habían abarcado mucho en la conversación que Jess había olvidado. Tenía la sensación de ir a la deriva.

—No te preocupes, no tenía pensado imitar al hijo de Ng Chee Hin —respondió—. Pero... ¿a qué te refieres exactamente con

lo de «ayudar a Kor Tiao»?

—Menos mal —la interrumpió Kor Kor—. Me preguntaste tantas cosas sobre el muchacho que pensé: «*Cham liao*, ya he preocupado a Min».

—Espera, ¿qué? —dijo Jess—. ¿Te hice preguntas sobre el hijo de Ng Chee Hin? ¿Cuándo?

—A las dos de la madrugada, cuando hemos hablado. ¿No te acuerdas? Me preguntaste cuántas cafeterías había abierto Ng Wei Sherng, y qué parte del negocio es del padre. Mira si estarás estresada que hasta dormida me preguntas esas cosas. Olvídate. No pasa nada. Tu padre ya se ha recuperado. Rezaré por todos vosotros.

Jess dejó la taza con cuidado sobre la mesa con manos temblorosas. Confiaba en que Kor Kor no se hubiera percatado.

—Claro —contestó—. Gracias, Kor Kor.

—Tú ganas. — Jess se rindió—. Eres real. Me estás acechando. ¿Qué quieres?

No hubo respuesta. En condiciones normales, no le habría sorprendido, puesto que no había nadie más allí. Jess se había encerrado en el baño porque allí fue donde la voz que afirmaba ser su Ah Ma le había hablado por última vez.

Se miró en el espejo, pálida y sudorosa. Tenía claramente el aspecto de alguien que estuviera a punto de perder la cabeza. ¿Y quién mantendría la cordura si le hablara un fantasma?

Una parte de ella seguía resistiéndose a la idea, aferrándose a un mundo en que los fantasmas no existían. Sí, había tenido sueños vívidos de lugares que jamás había visto, repletos de detalles de cosas de las que no tenía la menor idea. Probablemente se trataba de todo lo que había ido absorbiendo de pequeña, le decía la parte racional de su cerebro. Impresiones y experiencias que había ido guardando en el subconsciente de forma involuntaria.

Y respecto al hecho de que hubiera mantenido una conversación entera con Kor Kor y no recordara ni una sola palabra, no era nada del otro mundo, le decía esa misma parte del cerebro. Era sonámbula. Había gente que podía charlar mientras

caminaba dormida y luego no se acordaban de nada.

No había ninguna necesidad de buscarle una explicación sobrenatural al hecho de que hubiera estado preguntándole a Kor Kor por el hijo de Ng Chee Hin. Jess había buscado a Ng Wei Sherng en internet después de oír hablar de él. Solo tenía cuatro años más que ella, pero eran totalmente distintos: era hetero, tenía éxito y las ideas muy claras sobre sus objetivos vitales. Había estudiado en Oxford y Stanford. Y sí, su familia era rica, pero él estaba ganando dinero de manera legítima con las cafeterías; la prensa económica de Malasia lo dejaba muy claro. Además, estaba saliendo con una heredera guapísima tan realizada y glamurosa como él, según los varios reportajes que les habían dedicado en el *Tatler* malasio.

Jess no aspiraba lo más mínimo a esa vida, aunque no le habría dicho que no a la heredera. Pero le habían defendido a Ng Wei Sherng como un modelo a seguir, así que era natural que su sentido de la inadecuación se hubiera fijado en él.

Con todo, y a medida que repasaba mentalmente todas las razones por las cuales lo que le había ocurrido no era obra de fantasmas ni maldiciones, inclinó el espejo hacia ella.

—Venga, por favor —dijo en voz alta—. He dicho que creo en ti. Deja de esconderte.

Algo no iba bien. Jess no se lo estaba imaginando. La voz de su cabeza no era producto del estrés; era real. Era una certeza que sentía en lo más profundo de las entrañas.

«*Wah*, no puedes ir por ahí dándole órdenes a tu abuela. Ya te dije que no hacía falta que gritaras. Habla para tus adentros y basta.»

Jess dio un respingo. Era como si la voz le hubiera hablado al oído. Seguía siendo la única persona que veía en la estancia, pero ya no estaba sola.

Era inequívoco que había una nueva presencia. Casi podía sentir la calidez de su cuerpo. Una mezcla de olor a humo de cigarrillo y polvos de talco le llenó la nariz.

«Te he dicho que me creía que existías —respondió Jess, ignorando la terrible opresión que sentía en el pecho—, no que

creyera que eras mi abuela.»

«¿Quieres que tu Ah Ma te demuestre quién es? —Era difícil discernir si la voz hablaba con sorna o irritación—. ¿Por qué no le preguntas a tu madre por los sueños?»

En ese momento, le vinieron a la memoria imágenes inconexas de los sueños. Prendas ajadas colgadas de un tendedero, el frío aire de la mañana entre los árboles del látex, los llantos del bebé mientras cortaba verduras para la cena...

«¿El bebé era mi madre?», preguntó Jess.

«Solo tuve una hija, aunque ella no haya sabido agradecérselo a su madre —respondió la voz—. Ya lo has visto. Tu Ah Ma no tuvo una vida fácil.»

«Me mostraste sueños de tu vida... —dijo Jess lentamente. Eso explicaba la vívida especificidad de los sueños, la extrañeza y, al mismo tiempo, la familiaridad que le transmitían—. ¿Por qué?»

«Para que entendieras a tu Ah Ma —contestó la voz—. Tu madre no supo comportarse como una hija. Ni siquiera te trajo para que te viera antes de que os marcharais a los Estados Unidos. Y te vi en tu primera luna llena porque Ah Ku me llevó, que si no... Si hubiera dependido de tu madre, ¡ja! Es que ni me avisó de que ibais a celebrarlo.»

Ah Ku era el hermano de la madre de Jess, el que siempre intentaba pedirle dinero prestado.

La historia cuadraba, por lo poco que Jess sabía de su familia materna. Hasta ese momento, no le había parecido necesario saber nada más que lo que su madre había decidido compartir con ella. Por primera vez, Jess deseó haber presionado un poco más a su madre en busca de respuestas.

«¿Por qué no quería verte mi madre? —le preguntó—. ¿Habíais reñido?»

«¿Que si habíamos reñido? —La voz estaba cargada de condescendencia—. ¿Cómo iba a reñir con mi hija? ¿Qué derecho habría tenido ella? Yo soy la madre. Su deber es escuchar, no responder.»

Aquello sonaba claramente a algo que diría una capulla. A Jess la colmó una sensación de orgullo. «¡Te lo dije, Sharanya!»

Se recompuso. La voz todavía no había demostrado su identidad. Hasta donde Jess sabía, la estaba persiguiendo un espíritu cualquiera haciéndose pasar por su abuela difunta para alcanzar sus perversos objetivos de fantasma.

¿Qué podría saber su abuela que el fantasma desconociera?

Debía empezar por lo básico.

«Si eres mi abuela, ¿cuándo moriste?», le preguntó Jess.

La voz soltó una risotada. A pesar de sonar mucho más ronca y vieja, la risa se parecía inquietantemente a la de su madre.

«Cuando mueres, todo es distinto. No es como cuando estás viva. No hay relojes ni calendarios. No sabría decirte día ni hora. Ah Ku me llevó al hospital el séptimo mes; se celebraba el Festival de los fantasmas hambrientos. Después de aquello, no sé nada más.»

Su Ah Ma murió el septiembre pasado, así que era posible que la ingresaran en agosto. Eso coincidía con el séptimo mes según el calendario lunar chino. Jess lo sabía porque en agosto estaban pasando por una racha especialmente mala y se había gastado todo el sueldo de una sesión fotográfica corporativa en un día de *spa* con su madre, un caprichito más que merecido.

No había sido un éxito, todo sea dicho. A su madre no le gustaba pasar calor, así que no había aprovechado ni la sauna ni la sala de vapor, y se había negado a meterse en una piscina pija porque era el mes de los fantasmas hambrientos, una época en la que se decía que daba mala suerte cualquier cosa que, por ejemplo, pudiera comportar riesgo de ahogamiento.

«Bueno, vale —contestó Jess, estrujándose los sesos para dar con otra pregunta—. ¿De qué moriste?»

«No me acuerdo —respondió la voz—. Pero ¿tanto te sorprende que se muera una vieja? De hecho, mi destino no era gozar de una vida larga. Tendría que haber muerto mucho antes. Cuando tenía tu edad, cogí la culebrilla. ¿Tú sabes lo que es esa enfermedad? Te salen ronchas por todo el cuerpo. Duele muchísimo. Las ronchas se van extendiendo por la cintura hasta que se encuentran, y luego te mueres. Eso me pasó a mí.»

La voz debía pertenecer a una persona mayor, teniendo en

cuenta lo mucho que le gustaba contar batallitas.

«Pero ¿sobreviviste?», preguntó Jess.

«La diosa me salvó», respondió la voz.

Conque el fantasma era religioso, pensó Jess. ¿Sería posible que el espectro oyera los pensamientos que le había dirigido expresamente? Era improbable, o lo más seguro era que hubiera saltado cuando Jess le había llamado «capulla».

Por descontado, tenía pruebas que demostraban lo contrario. Jess recordó lo primero que le había dicho la voz: «¿Ya sabe tu madre que eres una...?».

Le resultaba extraño lo mucho que le costaba verbalizar aquel pensamiento. El fantasma ya lo sabía y, con todo, Jess se sentía tremendamente expuesta. El corazón le martilleaba en el pecho y las palmas le sudaban, y dijo:

«Mi abuela no sabía que soy... lesbiana.»

«No lo sabía antes de morir —respondió la voz—. Lo descubrí cuando eché un vistazo a las fotos de tu móvil. Hay un montón de fotos tuyas con la muchacha india.»

«¿Me has cotilleado el móvil?», preguntó Jess.

Sabía que era ridículo sentirse invadida por algo así. Tenía aquella voz dentro de la cabeza. Pero se había dado cuenta de que, a pesar de todo, había dado por supuesto que habría un lugar sagrado, íntimo, un espacio cerrado de su alma al que el fantasma no podría acceder. Ver aquel convencimiento hecho añicos le hizo sentir como si el suelo temblara bajo sus pies.

«Contrólate», se ordenó. El fantasma no conocía todo lo que ella sabía, o de lo contrario no le habría preguntado qué habían estado hablando los invitados sobre Ng Chee Hin.

Era algo importante para el fantasma. Afirmaba ser su Ah Ma, pero no se había preocupado por intentar hablar con la madre de Jess, su propia hija, a la que hacía años que no veía. En cambio, había utilizado a Jess para interrogar a Kor Kor sobre los Ng.

Estaba claro que algo se traía entre manos, pero antes debía descubrir cuánto sabía el fantasma y de qué era verdaderamente capaz. Debía poder ver y oír solo parte de lo que Jess veía y oía, porque, si no, no se habría enterado de la conversación sobre las

cafeterías hípsters de Ng Wei Sherng. Y era capaz de tomar el control del cuerpo de Jess, e incluso de hablar como ella, sin que Jess lo supiera. Por un lado, estaba esa conversación que había mantenido con Kor Kor a las dos de la madrugada, pero ¿habría hablado con alguien más? ¿Qué más habría estado haciendo el fantasma con su cuerpo que Jess no recordara?

Notó un acceso de pánico, pero lo reprimió. Quienquiera que fuera el dueño de la voz era una persona de la que claramente tenía que encargarse.

«¿Cuándo viste las fotos?», preguntó con la mayor naturalidad posible.

«Mientras dormías», respondió la voz.

Tal vez el espectro solo pudiera controlarla cuando estuviera dormida. Tendría sentido. Había estado tan liada a lo largo de las últimas semanas que se habría percatado si hubiera perdido períodos de tiempo durante el día.

«Si no quieres que tu madre descubra lo de la chavala, ten más cuidado —prosiguió la voz—. Tu Ah Ma es más vieja que andar de pie e incluso yo he podido encontrar las fotos. Si yo puedo, ya te digo yo que tu madre también. Lo mejor es que te deshagas de ellas.»

Jess estaba intentando no ofender al fantasma antes de poder descubrir lo que necesitaba saber, pero no pudo evitar una nota de frialdad en la voz al responder.

«He estado ocupada. Las iba a borrar igualmente.»

«¿Por qué? —La voz parecía interesada—. Tú y la muchacha india lo habéis dejado, ¿a que sí?»

De hecho, iba a borrarlas porque había decidido empezar a tomar algunas medidas de ciberseguridad, ahora que vivía con su familia sin trabajo, vida social ni coche que le permitieran salir de casa. Sus padres no eran las personas que más respetaban su privacidad. Jess se los imaginaba cogiendo el móvil por algún motivo inocuo y topándose con las fotos sin comerlo ni beberlo.

Pero no era eso lo que iba a explicarle. Jess no estaba dispuesta a hablar de Sharanya con ningún miembro de su familia, vivo o muerto, y mucho menos con un fantasma de dudosa

procedencia.

El fantasma sacó sus propias conclusiones a partir del silencio de ella.

«Bueno, es que estas aventuras son así —dijo—. Las mujeres que van con mujeres no duran mucho. Que no es que no seas guapa. Deberías poder encontrar un novio sin problema.»

«No has dicho nada que demuestre que eres mi abuela», le espetó Jess.

El fantasma perdió la paciencia.

«Serás... ¡Aunque te cortaran la cabeza, le pedirías a Tai Su Yah que demostrara que estás muerta! Si necesitas más pruebas, ¿por qué no le preguntas a tu madre su edad? Dile que te enseñe su CI. Ahí tendrás la prueba. ¡Cómo te atreves! Si no quieres contestarme, dímelo. A mí no me gusta quedarme donde no se me quiere.»

Jess podría haberle señalado las mentiras, pero solo habría conseguido enfadar aún más al espectro. En su lugar, con la ingenuidad que siempre coge desprevenidas a las figuras de autoridad, dijo:

«¿A qué te refieres? ¿Qué es un CI?»

«¿Tampoco sabes lo que es un CI? Es una tarjeta. Tiene tu foto, el nombre, la dirección, esas cosas. Todos los ciudadanos tienen uno. ¿En Estados Unidos no existen?»

Lo último que quería Jess era acabar discutiendo sobre los documentos de identidad de los Estados Unidos.

«Ya le pediré a mi madre su CI —respondió—. Tengo otra pregunta.»

«Ya me has preguntado muchas cosas —le soltó la voz con sequedad—. Tu Ah Ma está harta de responder. Deberías hablar menos y escuchar más.»

«¿Por qué te interesa tanto Ng Chee Hin?», le preguntó Jess.

Tras una breve pausa, la voz contestó:

«Porque es el enemigo de la diosa.»

Hubo algo en la voz que hizo que Jess se estremeciera. Era como si alguien hubiera abierto una ventana y dejado entrar el aire helado del inframundo.

«¿Qué diosa?», dijo Jess.

Se produjo un silencio lo bastante largo como para que Jess empezara a plantearse si el fantasma se había enfadado o se había marchado a otra parte. ¿Era acaso capaz de marcharse a otra parte? ¿O estaría siempre metido en la cabeza de Jess?

Jess volvió a intentarlo.

«¿Qué fue lo que ocurrió para que quisieras permanecer en este mundo? —le preguntó—. ¿Por qué me rondas?»

«Para poder poner en su sitio a ese cabrón inútil —respondió el fantasma con un tono sutil de sorpresa—. ¿Para qué si no?»

CUATRO

Jess no fue capaz de conseguir que el fantasma le explicara a qué se refería con lo de «enemigo de la diosa». Dependía de ella llevar a cabo sus propias pesquisas.

Le resultó de ayuda que el fantasma no hubiera escogido a un cualquiera como centro de sus rencores de ultratumba. Dato' Ng Chee Hin era el quinto hombre más rico de Malasia, según la revista *Forbes*. Al buscar su nombre en un motor de búsqueda, aparecían cientos de resultados, muchos más que cuando Jess había buscado a su hijo por internet.

Debías poseer una fortuna neta de 250 millones de dólares para figurar siquiera en la lista *Forbes*. Lo primero que hizo Jess tras descubrir aquello fue comprobar si había alguna vacante en la empresa de Ng Chee Hin, pero no había nada para lo que estuviera cualificada, y, en cualquier caso, exigían de tres a cinco años de experiencia.

Después de eso, no le habría disgustado encontrar pruebas de los trapos sucios de la empresa, pero, hasta donde sabía, Sejahtera Holdings estaba limpia. Había una extensa cobertura de la corporación y su propietario en prensa, pero ni rastro de los negocios turbios que el amigo cotilla de Kor Kor había mencionado. Ng Chee Hin parecía pasar la mayor parte del tiempo cortando cintas en actividades benéficas. Hacía muchísimas donaciones a organizaciones budistas y taoístas. No era precisamente el comportamiento de un «enemigo de la diosa».

El señor cotilla sí había acertado en algo: Ng Chee Hin tenía una relación estrecha con el gobierno. Jess podría haber hecho un *collage* de un tamaño decente con todas las fotos de Dato' Ng estrechando manos con políticos varios. No parecía haber sufrido las consecuencias del cambio de régimen. Cuando eres tan rico, es

probable que todos los partidos políticos quieran ser amigos tuyos.

Hasta que no se le ocurrió a Jess probar a buscar Sejahtera Holdings junto con la palabra clave «diosa» no encontró nada prometedor: un artículo breve con fecha del año pasado y el titular «Solicitan detener la demolición de un templo».

Los devotos urgen a las autoridades que intervengan para salvar de la demolición el Templo de la Fortuna Celestial de Air Itam. A pesar de ser un templo humilde, puede presumir de una disposición única entre los templos de Penang, y es reconocido por la higuera sagrada de su patio, que cobija altares dedicados a distintos dioses. Se dice que el impresionante árbol tiene más de cien años.

Los promotores enviaron al comité del templo una orden de desahucio después de que Sutera Sejahtera Sdn Bhd, una filial conjunta entre Sejahtera Holdings y el grupo Sutera Makmur, adquiriera los terrenos.

«Confiamos en que los promotores no tomen ninguna decisión precipitada», anunció el presidente del comité del templo, Barry Lim. «Estamos dispuestos a negociar con ellos para llegar a un acuerdo que beneficie a todas las partes, pero no tenemos miedo de enfrentarnos a ellos en los tribunales. Sus acciones demuestran muy poca sensibilidad por los sentimientos religiosos de los devotos».

No ha sido posible contactar con los promotores para conocer su opinión.

Jess no fue capaz de encontrar más informes sobre lo ocurrido. La búsqueda del nombre del templo no le proporcionó resultados relevantes. Había montones de noticias sobre las dos empresas que se mencionaban en el artículo, Sejahtera Holdings y el grupo Sutera Makmur, pero nada al respecto de la filial conjunta. Se le escapaba qué relación podría haber entre eso y su supuesta abuela materna.

Tal vez el fantasma fuera uno de los devotos que querían salvar el templo. No le parecía una razón de peso para permanecer en la tierra, pero, de nuevo, tampoco es que Jess fuera la más adecuada para juzgar las prioridades de su Ah Ma. No recordaba la

última vez que se habían visto, literalmente.

Aunque, claro, había una persona que podría contarle más.

Tuvo que esperar varios días antes de poder hablar con su madre en privado. El momento llegó cuando estaba llevando a su madre por Penang en el vehículo de Kor Kor. Habían dejado a su tía en casa de una amiga y la recogerían al final del día; su madre había decidido aprovechar el tiempo y el acceso al coche para hacer algunos recados.

—Mamá, ¿la Ah Ma era religiosa? —preguntó Jess.

Su madre estaba de los nervios.

—¿Eh? ¿Que si es religiosa quién? ¡Cuidado con la moto! Tienes que ir con más cuidado. No te puedes fiar de los conductores de Penang. ¿Y si le haces algo al coche de Kor Kor?

—No me toques el volante —le espetó Jess irritada, apartándose de ella—. Al final nos vas a acabar matando. Sé conducir, mamá. Tranquilízate.

Aquello fue un error. Su madre detestaba cualquier referencia a la muerte. Jess tuvo que aguantar una perorata sobre lo importante que era vigilar la lengua de uno, rechazar la costumbre norteamericana de decir lo primero que se te pasaba por la cabeza y, en definitiva, purgar todos los elementos de mal agüero de la mente antes de poder repetir la pregunta.

—¿La Ah Ma? —dijo su madre—. ¿Te refieres a mi madre?

—Sí, a tu madre —dijo Jess—. Mi abuela. ¿Era religiosa? Es decir, ¿le rezaba a algún dios o visitaba algún templo a menudo?

—Bueno —empezó su madre con cautela—, los mayores suelen interesarse por la religión. A esa edad, empiezas a pensar en la otra vida.

Jess reconoció en ese gesto la forma que tenía su madre de ocultarse tras una niebla de vaguedad, a la que recurría para defenderse de la incomodidad que le producía no poder revelar la verdad al completo.

«Interesante», pensó Jess.

—¿Por qué? —preguntó su madre.

Jess se encogió de hombros.

—Por nada en especial. Estar aquí me ha hecho ver que no sé

tanto sobre vosotros como debería. No tenía ni idea de que papá había sido un malote hasta que Kor Kor me enseñó aquellas fotos.

—A tu padre le gustaba ir en moto y tenía el pelo largo, pero ya está —la corrigió su madre—. La verdad es que era un buen chico. Pregúntale a Kor Kor. Siempre tenía cuidado de lo que les decía a sus padres.

Era evidente que seguía pensando en el «al final nos vas a acabar matando». Antes de que pudiera volver a tirar por ahí, Jess se apresuró a decir:

—Pero no sé casi nada. No conozco a mi familia materna.

—No hay nada que conocer —contestó su madre, y se contradijo de inmediato al añadir—: Tu Ah Ma vivía la vida a su manera. Yo tampoco estaba al tanto de dónde rezaba ni de lo que hacía... Era una cría. Además, ella era una persona muy celosa de su intimidad, no le contaba nada a nadie. Si le hablas a la gente de tu vida, seguro que hacen comentarios. No le gustaba que la gente comentara.

Suspiró.

—Tu Ah Ma era distinta. No era como los demás.

Jess la miró de reojo. Había echado la vista por la ventana y tenía un gesto distante.

Jess se preguntó cómo debía de haber sido para ella tener una madre tan reservada. Tal vez su madre no hablara demasiado de su familia, pero había compartido con Jess prácticamente todo lo demás. Jess a menudo deseaba que su madre se contuviera un poco más, pero, en todo caso, no habría querido a una madre diferente.

—¿La...? —Jess vaciló—. ¿La querías?

No tenía claro qué respuesta esperaba, pero era como si le hubiera preguntado a su madre si la quería a ella. Su madre respondió sin vacilar, sin dudarle:

—Claro. Era mi madre. Pasara lo que pasara, ¿cómo no voy a quererla?

Al volverse hacia ella, Jess se percató de que tenía lágrimas en los ojos. Alargó un brazo y le dio unos golpecitos en la mano.

—Lo siento, mamá.

Su madre le apretó la mano y las dos se sumieron en un breve

silencio. Estaban parando en un semáforo cuando su madre volvió a hablar:

—Min, te voy a dar un consejo. No te enfades conmigo.

Aquella era la fórmula estándar de su madre que precedía a un comentario no solicitado sobre la vida y las decisiones de Jess, ya fueran triviales o fundamentales. Tanto podía recomendarle que cambiara de marca de desodorante como decirle que se matriculara en Derecho.

—No te prometo nada —contestó Jess—. Dime.

—Cuando empieces a trabajar el lunes, no te deslomes —le dijo su madre—. Que Kor Tiao sea tu tío no significa que tengas que trabajar duro. Además, no te van a pagar. Haz lo mínimo, lo suficiente.

Por suerte, aún estaban esperando a que el semáforo se pusiera verde, porque de lo contrario Jess probablemente habría girado el volante de tal manera que le habría dado a su madre un motivo legítimo para perder los nervios.

—Perdón... ¿Qué?

—Que tampoco voy a hablar mal de Kor Tiao y Kor Kor —continuó su madre—. Nos han acogido en su casa. Por supuesto que les estoy agradecida. Pero, al final, la gente siempre pone sus intereses por delante de los de los demás, sean familia o no. Tienes que pensar en ti.

—¿De qué me estás hablando? —dijo Jess—. No empiezo a trabajar el lunes. No tengo trabajo.

Su madre parpadeó.

—Por eso. Como no trabajas, puedes ir a ayudar a Kor Tiao en su empresa. Necesitan a alguien que les diseñe los panfletos, la página web, esas cosas. El diseñador que tenían dimitió hace unas semanas y todavía no han podido encontrarle un sustituto. Le dije a Kor Kor que estas cosas se te daban muy bien. Están muy contentos.

—¿Ah, sí? Qué maravilla. De lujo —contestó Jess, levantando la voz—. ¿Cuándo pensabais decírmelo? ¿El lunes por la mañana?

—Si te lo dijimos —protestó su madre—. Kor Kor me dijo que estuvisteis hablando de esto hace unos días. Al principio no tenía

claro si querías hacerlo o no. Me dijo: «Min estudió en Harvard, ¿cómo va a querer trabajar para nuestra empresa? Es una pyme. Un negocio familiar». Me contó que te dijo que si no querías, ningún problema, pero que te pareció bien.

—¿Cuándo le he dicho yo eso? —empezó Jess, pero en ese momento le vino a la cabeza el recuerdo de la conversación que había mantenido con Kor Kor a primera hora de la mañana.

¿Qué le había dicho Kor Kor? «Incluso lo de ayudar a Kor Tiao con el negocio... Si no quieres, dínoslo.»

Se había distraído demasiado al descubrir que había estado charlando dormida con su tía como para indagar nada más. Por lo visto, entre todo lo que el fantasma había hecho, había comprometido a Jess a aceptar un trabajo en el negocio de electrodomésticos de cocina de su tío.

Jess se frotó las sienes.

—No le estaba prestando atención —se defendió—. O sea, que empiezo el lunes. ¿Y no me pagan?

—Kor Tiao se ofreció a pagarte el mismo salario que al otro diseñador, pero tu padre le dijo que no —respondió su madre—. Después de todo, estás ayudando a Kor Tiao, pero ellos también te están haciendo un favor. Lo puedes poner en el CV. Cuando tengas un trabajo de verdad, ya no tienes por qué trabajar allí. Kor Kor y Kor Tiao lo entenderán.

Jess clavó la mirada en la carretera.

Diseñar panfletos sobre neveras no era precisamente lo que había pensado que acabaría haciendo el día en que por fin se marchó de casa camino a la universidad. Incluso ahora, después de que a lo largo de los dos últimos años hubiera visto hechas añicos las ideas que tenía sobre sí misma y su futuro, tenía otros planes sobre cómo dedicar el tiempo en Penang. Buscar trabajo ya era, en sí mismo, como un empleo a jornada completa. Además, había planeado un proyecto de fotografía de cosas viejas por George Town. El material le sobraba: edificios, señales, pasarelas peatonales, muros pintorescos a medio derruir con la pintura desconchada...

Por si fuera poco, se suponía que había quedado con Sharanya

el lunes por la mañana, aunque no era algo que pudiera utilizar como excusa. La idea de quedar para llamarse a primera hora de la mañana era que su familia no se enterara.

El silencio estaba incomodando a su madre.

—Min, entiéndenos. Tu padre está muy *paiseh*. Kor Kor es su hermana pequeña, pero estamos viviendo en su casa y comiéndonos su comida. Y además, Kor Tiao le está pagando un buen sueldo.

Jess podría haber dicho que no. No tenían ningún derecho a que trabajara gratis para ellos. Tenía algo ahorrado, así que si el problema era pagar el alquiler y contribuir a los gastos de la casa, se podría haber ofrecido a ayudarlos.

Pero sabía que no sería eso lo que le dijera. Que el fantasma hubiera aceptado el trabajo en su nombre importaba bastante menos que el hecho de que sus padres se hubieran comprometido a que lo haría. Contradecirlos implicaría dejarlos en ridículo delante de Kor Kor y Kor Tiao. No podía hacerles eso. A sus padres les quedaba poco más que sus caras.

—La verdad es que a mí tampoco me convence mucho —le dijo su madre—. Fue idea mía. Cuando Kor Kor me dijo que le preocupaba que te aburrieras, se me ocurrió. Ya sabes cómo es tu madre. Pero luego me arrepentí. ¿Cómo vas a trabajar para la empresa de Kor Tiao gratis? ¿Qué eres, una esclava?

Su madre en estado puro: de cero a sesenta en un nanosegundo. Jess, dividida entre el rencor y la carcajada, contestó:

—Mamá...

—Kor Tiao es un buen cuñado y un buen tío, pero eso no significa que sea un buen jefe —añadió su madre—. Me preocupa tu padre, ¿sabes? Kor Tiao sabe que no está en condiciones, que lo suyo es que no se agobie mucho. Y encima va y le pide a tu padre que sea instalador. Si Kor Tiao quisiera ayudarlo, que le hubiera dado un trabajo en una oficina, sentado. Pero no: tu padre sale a la calle en las horas de más calor, cargando con los aparatos hasta las casas de los clientes. Y no me parece bien, ¿a que no?

Aquello la hizo pensar. Su padre hablaba muy poco de lo que

hacía en el trabajo, así que ella apenas se había ido enterando de algunos detalles distraídamente. No parecía infeliz en el trabajo, pero tampoco es que pudiera hablar mal de la empresa cuando estaba viviendo bajo el techo de su jefe, ¿no?

—Papá ha estado trabajando muchísimas horas —dijo Jess.

Su padre solía llegar a casa pasadas las ocho, tan agotado que apenas cenaba. Trabajaba incluso los sábados, pero Kor Tiao también, así que Jess había dado por supuesto que sería algo malasio, pero aun así...

—¡Demasiadas! —exclamó su madre—. Min, a lo mejor no te gusta el plan de trabajar en la empresa de Kor Tiao. Pero, estando allí, podrías echarle un ojo a tu padre. Asegúrate de que nadie abusa de él.

Aquello le arrancó una sonrisa involuntaria.

—No creo que nadie se atreva a abusar de él.

Era más callado que su madre pero igual de tozudo.

—Eso tú no lo sabes —contestó su madre—. Tu padre ha cambiado.

Su madre se equivocaba. Sí lo sabía. Por suerte la gente ya no moría cuando le rompían el corazón, porque, si no, su padre estaría en las últimas.

Así las cosas, su padre no era el de siempre, y llevaba así mucho tiempo. Jess tenía la esperanza de que su situación cambiara al regresar a Malasia y conseguir un trabajo.

Sintió una punzada de culpa en el pecho. Le había costado mucho menos tener esa esperanza que hacer algo de verdad. Había llegado el momento de que dejara de tocarse las narices e intentara ayudar.

—Lo haré —concluyó, como si en algún momento hubiera existido la más mínima posibilidad de que dijera que no.

Jess llevó a su madre al mercado y a la oficina de correos. Recogieron algunas prendas que su madre había dejado en el sastre para que se las arreglaran y luego se fueron a un restaurante que tenía ganas de probar.

—Kor Kor dice que la *kway chap* es famosa. La sirven con

pato.

Pasaron por un templo de camino, y Jess recordó el plan original de sonsacarle información a su madre.

Era improbable que tuviera una mejor oportunidad que aquella a corto plazo, sobre todo si a partir del lunes iba a estar encerrada en una oficina de nueve a cinco. Merecía la pena intentarlo.

Como quien no quiere la cosa, Jess le preguntó:

—¿Alguna vez fuiste a ese templo con la Ah Ma cuando eras pequeña?

—¿Qué templo? ¿Aquel? —El lugar ya se difuminaba en la distancia. Su madre se giró, esforzándose por verlo—. Qué va, *lah*. Ese templo es tailandés. Nosotros solíamos ir a templos chinos.

—¿Ibais cambiando? —dijo—. ¿No ibais siempre al mismo?

—Los templos no son como las iglesias —le explicó su madre—. La mayoría de los cristianos van a la misma iglesia todas las semanas. Pero los taoístas rezan a muchos dioses, y a ellos no les importa.

Pero su madre se estaba guardando algo. La niebla de vaguedad volvió a alzarse a su alrededor.

Jess le preguntó, suspicaz:

—Entonces, ¿no había ningún templo que la Ah Ma prefiriera o...?

—¿Tienes algo que hacer mañana? —le soltó su madre, como si no la hubiera oído—. Podrías llevarme a la policía. Tengo que ir por la mañana, si voy más tarde me tocará esperar mucho. Tengo que cambiarme el CI. El nuevo es biométrico, tiene un chip dentro. Cuando vayas a Kuala Lumpur puedes usarlo para coger el MRT.

Jess no tenía ni idea de qué estaba hablando, pero si le preguntaba estaría cediendo al claro intento de su madre por cambiar de tema. Jess estaba abriendo la boca para contestarle cuando un recuerdo le puso el pelo de punta. El fantasma le había dicho que le preguntara a su madre por el CI.

—El CI es el carné de identidad, ¿verdad? —dijo—. ¿A ver el tuyo? Nunca he visto uno.

—¿Mientras conduces?

—Digo luego, *lah* —contestó Jess, porque el *manglish* con su acento siempre hacía reír a su madre. Y aquel día no fue una excepción.

El local al que fueron a comer era un establecimiento clásico de Penang, una vivienda con tienda en la planta baja y mesas repartidas por la carretera. La comida se servía desde un puesto situado en la parte delantera, con carne y vísceras amontonadas en una mesa de metal y dos cocineros sudorosos repartiendo sopa de unas enormes ollas. Solo ofrecían un plato: un cuenco de anchos fideos de arroz con un sabroso caldo oscuro que olía a canela y anís estrellado, repleto de carne de pato guisada, intestinos de cerdo y otras vísceras que Jess no supo identificar.

Era el tipo de comida que le habría costado explicar si la hubiera llevado en una fiambreira a la escuela, pero eso ya pertenecía a otra vida, a otro mundo. Allí, no faltaba quien apreciara lo que ofrecía el restaurante. Jess y su madre se unieron a una cola de hambrientos penangitas y turistas, atraídos por blogs de comidistas y recomendaciones compartidas a través de las redes de señoras de una cierta edad.

Después de conseguir una mesa y que les tomaran nota, Jess escrutó el carné de identidad de su madre. En la foto tenía el aspecto de una joven desconocida, intacta aún de los rigores que soportaría en los Estados Unidos durante años.

Para ocultar lo mucho que la emocionó la foto, Jess dijo:

—Menuda permanente más desafortunada llevabas.

—En aquella época eran el último grito —se defendió su madre, ausente. Estaba ocupada observando a las personas que hacían cola en la parada, como si sospechara que alguna estuviera interesada en su *kway chap*.

—Un momento. Aquí pone que naciste en 1963.

—Creo que tenemos que ir allí y esperar a que nos sirvan —dijo su madre, e hizo ademán de levantarse.

—Siéntate, ya voy yo —le ordenó Jess—. Esto está mal, ¿no? Naciste en 1962.

—Uy, eso —contestó su madre—. Mi padre tardó en inscribirme, así que en mi partida de nacimiento y en el CI pone

1963. De hecho, nací en 1962, el año del tigre. Pero mis padres le decían a la gente que había nacido un año más tarde, en el año del conejo. Según decían, las niñas nacidas bajo el año del tigre eran más fieras, les costaba encontrar marido.

—Ah, o sea, ¿no lo sabe nadie más?

—Solo tú y tu padre —respondió su madre—. No tiene nada de malo que la gente crea que soy más joven, ¿no? Min, ¿no te parece que deberías ir ya? A ver si nos van a quitar la comida. Estos singapurenses no perdonan ni una.

—Sí, mamá —suspiró Jess. Se puso en pie y le devolvió el carné—. No te preocupes.

«¿Se puede saber qué te pasa con Ng Chee Hin?», preguntó Jess.

La voz respondió:

«¿Por qué siempre quieres hablar con tu Ah Ma en el baño?»

«Mi madre no llama antes de entrar en la habitación —replicó Jess—. ¿Es por lo del templo?»

El fantasma contestó:

«¿Y tú cómo sabes lo del templo?»

«Busqué en Google la empresa de Ng Chee Hin —dijo Jess, antes de recordar que el espectro, su Ah Ma, era una persona mayor—. O sea, que lo busqué en la red. Hay una cosa que se llama internet, puedes escribir una palabra y saber...»

«Conozco Google —la interrumpió su Ah Ma—. ¡Que me morí el año pasado! ¿Escribieron en internet sobre lo que el malnacido está intentando hacer con el templo? ¿Qué decían?»

«Encontré una noticia del junio pasado en la que explicaban que Sejahtera Holdings había comprado un terreno con un templo —continuó Jess—. ¿Te referías a eso cuando me dijiste que Ng Chee Hin era el enemigo de la diosa?»

«¿Se publicó en junio? —inquirió su Ah Ma—. ¿Qué ha ocurrido desde entonces?»

«No lo sé», contestó Jess, y sintió cómo la presencia se alborotaba.

«¡Que ni se te ocurra tomarme el pelo! Tu Ah Ma es más lista que el hambre a la hora de descubrir la verdad. Ya viste que

incluso sé cosas que tu madre cree que desconozco.»

«No te estoy tomando el pelo —protestó Jess—. No sé lo que pasó. No encontré nada más en internet.»

Hubo un breve silencio.

«Y solo un artículo, ¿no? Y luego no se dijo nada más —dijo la Ah Ma—. Puede ser. Los reporteros de los diarios le tienen miedo.»

«¿Por qué?»

No hubo respuesta, así que Jess insistió:

«Si quieres que te ayude, necesito entender todo lo que está pasando.»

«Ah, ¿que quieres ayudarme?», le soltó su Ah Ma.

«¿Vas a salir de mi cabeza si no te ayudo?», replicó Jess.

«Todavía no puedo morir —contestó el fantasma—. Aún me quedan cosas por hacer en esta vida.»

«Pues venga, manos a la obra —dijo Jess—. Eres mi abuela. Supongo que, en cierta manera, estoy obligada a ayudarte a seguir adelante.»

«Ah, ¿ahora me crees? —le preguntó su Ah Ma con sorna—. La última vez parecías la policía, no dejabas de pedirme pruebas.»

«En el CI de mi madre no figura su fecha de nacimiento correcta. Tenías razón.»

«¿Se lo preguntaste?»

Su Ah Ma parecía algo sorprendida. Jess arqueó las cejas, aunque no tenía claro que la Ah Ma fuera capaz de verla.

«Me lo dijiste tú.»

«Mmm —masculló su Ah Ma, pero estaba satisfecha—. No sabía yo que fueras tan *guai*.»

Todos los familiares de Jess sabían que era una persona *guai*, es decir, buena, obediente, sumisa, respetuosa, de las que nunca da un problema a sus padres. Se había dado cuenta de que así todo era mucho más fácil.

«Pues ya lo sabes —dijo con suavidad—. Soy tan *guai* que pienso hacer lo que me digas. Pero necesito que me devuelvas el favor.»

«Me lo veía venir —suspiró su Ah Ma—. Quieres que te diga

el número de la lotería, ¿verdad?»

«Eh... No, no me refería a eso —contestó Jess, e hizo una pausa—. Un momento, ¿puedes ayudarme a ganar la lotería?»

«No —respondió su Ah Ma—. Si alguien te dice que puede proporcionarte los números ganadores, ya sea un dios o un fantasma, no lo creas. ¿Tú crees que los corredores de apuestas no saben rezar, ah? Todos rezan al espíritu del cedazo del arroz. El espíritu evita que la gente deduzca el número.»

«¿El espíritu del cedazo del arroz? —Jess se preguntó si su hokkien la había fallado—. ¿Te refieres al cacharro en el que se lava el arroz?»

«Sí. Es un espíritu poderosísimo.»

«Ya —dijo Jess. No podía permitirse que la distrajera, se recordó a sí misma—. No hablaba de favores. Tenemos que establecer unas reglas básicas si vas a seguir rondándome la cabeza. Es justo, ¿no te parece?»

«¿Qué reglas?» —preguntó su Ah Ma con cautela.

«Regla número uno: si quieres tomar el control de mi cuerpo, tienes que pedirme permiso.»

«¿Hasta de noche?», dijo la Ah Ma.

Así que la noche sí era distinta, pensó Jess.

«Sobre todo de noche —respondió con firmeza—. Me has estado controlando mientras dormía, ¿verdad?»

El silencio le dio la respuesta que esperaba.

«Y nada de hablar con los demás cuando esté dormida —continuó Jess—. Si quieres hablar con alguien, pídemelo. Pero no puedes utilizarme para hablar a través de mí cuando te plazca. ¿A qué vino lo de decirle a mi tía que me parecía bien trabajar para mi tío?»

«Ni que tuvieras algo mejor que hacer. No tienes trabajo. Vives en su casa. Ayudarlos con el negocio es lo mínimo que puedes hacer.»

«Esa no es la cuestión —le recriminó Jess—. Si sigues haciendo estas cosas, nos van a acabar pillando. ¡Yo no hablo hokkien con fluidez!»

«Solo he hablado con tu tía una vez. Te pregunté muchísimas

veces y no me quisiste decir nada sobre Ng Chee Hin. Si me hubieras atendido, no habría tenido que preguntarle a nadie más. No se me ha perdido nada hablando con tu tía. No soporto a los chinos que huyeron y ahora se dedican a rezar al dios de los blancos.»

«Vale, que sí —dijo Jess—. ¿Estás de acuerdo con la regla? No se habla con nadie a través de mí. Y se acabó lo de levantarse y hacer cosas mientras estoy dormida.»

«¿Y también tengo que preguntarte si solo quiero dar una vuelta?»

«Sí —respondió Jess—. Es mi cuerpo. No puedo estar haciendo diez mil pasos por la noche, ¡me agota! Y si la gente me ve caminando a las tres de la mañana, me harán preguntas. Empezarán pidiéndome cita con un doctor, pero vete a saber si no acabo viendo a un exorcista.»

Con aquello consiguió convencerla.

«Vale —refunfuñó su abuela—. ¿Qué más?»

«Nada de mirarme el móvil o el ordenador, ni rebuscar en mi armario o cosas por el estilo.»

«No puedo hacer nada, ya me lo has dicho.»

«Sí, pero no cotillees cuando esté mirando el móvil o lo que sea. Y nada de escuchar mis conversaciones.

«Eso no puedo evitarlo —dijo su Ah Ma, contenta por haber encontrado una excusa para no cooperar con ella—. Yo veo y oigo lo que tú ves y oyes. Tus ojos son los míos. Tus oídos son los míos.»

«¿En serio? ¿Experimentas todo lo que yo experimento? —preguntó Jess—. ¿Y no duermes de vez en cuando o algo?»

«Estoy muerta. ¿Para qué voy a dormir?»

Jess pensó en la primera vez que se había percatado de que su Ah Ma estaba hablando con ella, en la sala de estar de Kor Kor, con los invitados charlando sobre Ng Chee Hin y su hijo.

«Si oyes lo mismo que yo, ¿por qué tuviste que preguntarme qué decían los amigos de Kor Kor sobre Ng Chee Hin?»

«A veces me distraigo, *lah*. ¿Te crees que tu vida es tan interesante?»

«Entonces puedes desconectar cuando esté haciendo cosas

personales, ¿no?»

Jess estaba perdiendo crédito con el fantasma a marchas forzadas.

«Mira que eres picajosa —le espetó su Ah Ma, molesta—. ¿Alguna regla más que quieras imponerme?»

«Solo una más —contestó Jess—. Si te hago una pregunta, tienes que respondérmela. Y debes decirme la verdad. ¿Entendido?»

Se produjo una pausa, hasta que su Ah Ma dijo:

«Hay cosas para las que debes estar preparada antes de que pueda contártelas.»

«Ponme a prueba.»

«¿Tienes alguna pregunta ahora?»

Tenía tantísimas que ni siquiera sabía por dónde empezar.

«¿Qué tiene de especial ese templo? —preguntó al fin—. ¿Por qué es tan importante?»

La Ah Ma suspiró.

«Es muy difícil de explicar. Sobre todo en tu caso. No sabes casi nada.»

Jess frunció el ceño.

«¿Y yo qué culpa tengo?», empezó, pero su Ah Ma la cortó.

«¿Quieres conocer la historia del templo? Lo mejor es que te lo muestre.»

CINCO

Llevar a su Ah Ma al día siguiente al templo le despejó cualesquiera dudas que aún pudiera conservar sobre si la voz pertenecía o no a su abuela. En el coche, el fantasma era igual de molesto que su madre.

«Gira a la izquierda después del McDonald's —le dijo, y luego —: ¿Por qué no has girado a la izquierda? Tenías que girar a la izquierda ahí, por esa calle. ¡Ya te has equivocado!»

«¿La calle antes del McDonald's? Me habías dicho después — contestó Jess—. ¿Adónde voy ahora?»

«¿Y a mí qué me explicas? —le espetó su Ah Ma—. Si hubieras girado a la izquierda, te lo diría. Aquí ya no sé. ¿Por qué no utilizas Waze? Ah Ku siempre usa el Waze.»

«He buscado el nombre del templo en Waze —respondió Jess, apretando los dientes—. No aparece. No lo han incluido.»

«Va muchísima gente a rezar. Es imposible que no esté en Waze —le rebatió la Ah Ma—. Escribiste el nombre en inglés, ¿no? Tienes que escribirlo en chino.»

«¡Que no sé chino!»

«¿Cómo es que tu madre no te ha enseñado a escribir en chino? ¿No eres china?»

Se pararon en un semáforo, y Jess empezó a decir:

—No me ha enseñado chino porque ni ella sabía leerlo, y cuando nos fuimos a los Estados Unidos no le dio por pensar que lo necesitaría, ¡porque no tenía ni idea de que me acabaría persiguiendo el fantasma de mi abuela muerta!

Sin embargo, cuando el hombre del coche que tenía al lado la miró con cara de extrañeza, Jess cayó en la cuenta de que estaba hablando en voz alta. Se tragó la irritación a duras penas.

«Mira, voy a volver al McDonald's, ¿vale?», dijo, esta vez para

sus adentros.

Le dirigió una sonrisa tranquilizadora al tipo y aceleró en cuanto el semáforo se puso verde. No hubo más desventuras. Cuando su Ah Ma se lo indicó, aparcó en un espacio abierto junto a un patio de puestos de comida ambulante. Había una taquilla en la entrada ocupada por un chaval nepalí somnoliento, pero, por lo demás, no se habían esforzado demasiado por distinguir el lugar como un aparcamiento. No estaba pavimentado, el suelo estaba repleto de baches y no había luz. En uno de los extremos, se extendía una concentración oscura y amenazante de árboles, una selva virgen, supuso Jess. Cuando cayera la noche, la única luz sería la del patio de comida.

Su madre la mataría si llegaban a asesinarla allí, pensó. Salió del coche y lo cerró.

«¿Seguro que es aquí? Tiene pinta de sitio donde la mafia traería a la gente para liquidarla.»

«Venía a este templo todos los días —respondió la Ah Ma—. ¿Tú crees que no sé dónde está? ¿Y qué es “la mafia”?»

«Ah, pues gánsteres —contestó Jess—. Como los de *El Padrino*, ¿sabes?»

«Pero ¿qué tontería estás diciendo? —exclamó su Ah Ma—. Un templo es un lugar sagrado. La gente va a rezar, no a pelearse ni a hacer maldades. A ver si aprendes a respetar y a no hablar porque sí.»

«Vale, vale, lo siento —se disculpó Jess—. ¿Dónde está el templo?»

«Allí.»

«¿Dónde?»

«Allí —repitió su Ah Ma, con el tono que adoptaba cuando creía que Jess no carburaba del todo. De hecho, y si lo pensaba, era el tono con que le hablaba casi siempre—. Lo tienes delante.»

Se refería a la jungla.

Había, de hecho, un cartel. Cuando Jess se aproximó a los árboles, vio una puerta roja, como una versión más humilde de los arcos de entrada a los barrios chinos. La puerta contaba con un tejado

curvado en los extremos, como los de los templos chinos, y un tablón negro con caracteres dorados en chino que Jess supuso que rezarían el nombre del templo. A pesar de todo ello, la grandeza que en algún momento hubiera podido tener se había desvanecido; el baño de oro había desaparecido de varios de los caracteres y la pintura roja de la puerta se estaba desconchando. Más allá del arco, un sendero conducía hasta un tramo de escalones maltrechos, también pintados de rojo.

Los signos de vida humana deberían haberla reconfortado y, sin embargo, Jess no era capaz de quitarse de encima el convencimiento de que corría peligro, de que se dirigía a un lugar al que no debería ir. Los árboles que bordeaban el camino ofrecían un agradable olor a vegetación, pero también una sensación de opresión; la oscuridad parecía arremolinarse a su alrededor. Atravesó la puerta con los pelos de la nuca erizados. No dejaba de echar la vista por encima del hombro para comprobar que no la estuvieran siguiendo.

«¿A qué le tienes tanto miedo? —se preguntó a sí misma—. Ya estás maldita.»

Su Ah Ma era un fantasma tan prosaico que era difícil considerarla una presencia amenazadora, pero indudablemente debía ser mucho más aterradora que lo que Jess pudiera llegar a encontrarse a lo largo del camino.

Seguía habiendo algo de luz, pero el crepúsculo estaba al caer. El fulgor del final de la tarde se había apagado y el color del cielo, suavizado. Pronto, la luz pasaría a ser azul. Jess echó con anhelo la vista atrás, hacia el patio de comida, que ya iba cobrando vida con los primeros clientes que acudían a cenar. Parecía representar todo lo humano y ordinario, alejándose de ella a cada paso que daba.

En la parte superior de las escaleras, el camino desapareció, engullido por la hierba alta. Ni siquiera había edificios. Un enorme árbol se cernía sobre una extensión de matorros, hierbas y bananeros silvestres que crecían con una profusión tropical.

«Esto no es más que selva», le dijo Jess a su Ah Ma.

En ese momento, la música comenzó a sonar.

Aunque era más bien un ruido, un tintineo cacofónico superpuesto a los graves toques de un tambor. Era como si se estuviera celebrando una danza del león o algo por el estilo. Captó un aroma a incienso arrastrado por una suave brisa de aire.

«Es un jardín —la corrigió la Ah Ma—. ¿Tú te crees que un árbol así de grande crecería en cualquier parte? Es el árbol bajo el que meditó Buda. Es especial.»

Jess volvió a mirar el árbol. Debía de ser la higuera sagrada que mencionaba el artículo, la centenaria. Era como si hubieran unido varios árboles más pequeños hasta formarla. Enredaderas enmarañadas colgaban de las largas ramas. Con cautela, Jess pasó por encima de raíces nudosas que sobresalían del suelo.

Ahora que contemplaba el lugar con atención, era evidente que se trataba de un jardín, de un espacio dispuesto por humanos. Algunas de las plantas, por descuidadas y selváticas que parecieran, estaban puestas en tiestos. A través de las altas hierbas se distinguían caminos de baldosas agrietadas.

«Están detrás del árbol», dijo su Ah Ma.

La voz de su cabeza sonaba impaciente, así que Jess se dirigió hacia el ruido, y se encontró con un grupo de personas reunidas en el claro que había al otro lado de la higuera. Jess mantuvo una cierta distancia para que no la vieran, pero la multitud parecía estar absorta en la celebración.

Era indudable que llevaban un tiempo allí. Los músicos eran dos hombres que tocaban un tambor y un gong, respectivamente, y estaban sudando. Pero no era una danza del león.

En el centro del claro había un chino escuálido con unos pantalones amarillos de satén haciendo kung-fu, o eso parecía. Apretaba entre los dientes una espada y llevaba una bandera en la mano. Tenía el torso descubierto salvo por una pechera satinada anudada al cuello.

El público estaba formado sobre todo por hombres y mujeres de mediana edad, casi todos chinos. Sus expresiones, graves y de un ligero aburrimiento, le otorgaban a la escena un aire surrealista de mundanidad.

Había un puñado de altares repartidos bajo la higuera

sagrada; estructuras pequeñas y de tejados rojos, como casas en miniatura, que cobijaban estatuas de dioses. Un incensario hasta los topes de barritas de incienso descansaba frente a los altares, inundando el aire de humo. Un acceso de tos le vino irremediablemente a la garganta, y Jess no pudo hacer nada por reprimirlo, a pesar de sus esfuerzos.

Uno de los asistentes se volvió hacia ella y la vio. Parecía algo sorprendido por la presencia de una muchacha acechando entre los arbustos.

—¿Buscas al dios? —le preguntó en inglés—. Puedes esperar aquí. Todavía no ha empezado con las consultas.

Jess emergió con cautela y se sumó al círculo de observadores. Ahora que lo veía mejor, el intérprete le resultaba familiar. Lo había visto antes, ¿pero dónde?

El tipo que la había invitado a unirse al círculo le sonrió. Llevaba unas gafas de sol espejadas y una gorra roja estampada con la palabra AirAsia escrita, pero, al observarlo de cerca, Jess se percató de que era más joven que el resto de los presentes; debía de rondar su edad. Era difícil ubicar su origen; por su tono de piel, podría haber pertenecido a cualquiera de los grupos étnicos, más o menos grandes, que residían en Penang.

—Mira que es raro, ¿eh? —le dijo.

Tenía acento estadounidense, algo que no esperaba encontrar en un lugar así.

—Pues sí... —contestó Jess—. A mí no me va mucho.

—Ni a mí —contestó el tipo. Se había inclinado ligeramente hacia ella, y le hablaba en ese tono a medio grito al que se recurre para pedir copas y lugar en las ruidosas discotecas de todo el mundo. La asociación lo hizo parecer aún más incongruente—. Mi padre me pidió que viniera. No soy demasiado religioso.

—¿Qué está..., mmm...? —Una señora los estaba mirando. Jess bajó la voz—. ¿Qué está haciendo?

—¿El médium, dices?

El hombre al que todos estaban contemplando profirió un grito indistinto. Agarró la espada por la empuñadura y comenzó a cortar metódicamente el aire.

Nadie parecía alarmarse con su comportamiento. La señora que los había mirado empezó a grabarlo con el móvil.

—Ha entrado en trance y Kuan Kong se ha apoderado de él —le explicó el chaval de la gorra de AirAsia—. El dios de la guerra, ¿lo conoces?

El gesto de Jess debió de servirle por toda respuesta.

—Hay un altar dedicado a él en todos los restaurantes chinos —continuó el AirAsia—. Es el que tiene barba y la cara roja. Es un general poderoso. Por eso el médium lleva esa espada.

—Entonces, ¿está actuando como el dios?

El AirAsia frunció el ceño.

—No. Ahora mismo es el dios. Luego empezará a responder preguntas. —Miró a Jess a la cara; no cabía duda de que debía de estar transmitiendo todo tipo de emociones—. No eres de por aquí, ¿verdad?

«No te he pedido que me trajeras para que pudieras *pak tor* con chicos —le dijo su Ah Ma—. Dile al dios que estoy aquí.»

«¿Qué? ¿Que hable con ese? —preguntó Jess, volviéndose hacia el intérprete—. No puedo interrumpirlo. Lo está mirando todo el mundo.»

El médium se giró, clavó la mirada en Jess y torció el gesto, antes de cargar directamente hacia ella, gritando.

Jess reculó.

—¡¿Qué demonios...?!

«¡Dile que pare! ¡Dile que soy yo! —gritó su Ah Ma con un tono de pánico—. ¡Rápido!»

—No te preocupes —le susurró el AirAsia—. Se está deshaciendo de los malos espíritus. No va a atacarte...

El médium agarró a Jess de la camiseta mientras blandía la espada por encima de su cabeza. La señora que lo había estado grabando se alejó chillando.

—¡Eh! —gritó el AirAsia.

Un par de hombres con sendos polos a juego se separaron del círculo de observadores y se apresuraron hacia el médium.

Jess estaba levantando las manos para apartarlo cuando sus miradas se cruzaron. Se quedó de piedra.

Fuera lo que fuera que estuviera mirando a través de los ojos del médium, no era un hombre. No era humano.

«¿Qué haces? —exclamó su Ah Ma—. ¡Dile al dios quién soy! Cuando lo sepa, se calmará.»

Jess no era capaz de articular palabra. El terror que sintió por el ente que había dentro del médium fue inmediato y visceral, hasta tal punto que le inmovilizó todos los músculos del cuerpo y le paralizó los labios.

El AirAsia agarró al médium del brazo antes de que la espada descendiera.

—¡Oiga, señor, relájese!

El médium, el hombre, la cosa se desasíó del AirAsia, pero antes de que pudiera hacer nada más, los de los polos se lo llevaron a rastras.

Jess forcejeaba, se lanzaba a sí misma hacia el muro de la parálisis, hasta que apareció una grieta por la que escapó su voz, frágil y temblorosa por el pavor.

—Por favor —masculló—. No vengo sola. Quiere verte. Es...

Ahí fue cuando cayó en la cuenta de que no conocía el nombre de su Ah Ma. Su madre siempre se había referido a ella así, Ah Ma. Su nombre de pila jamás se había mencionado.

Mientras balbucía, la cosa que había dentro del médium vio a través de ella y preguntó:

—Ah, ¿has vuelto?

Era una voz sorprendentemente grave que no parecía provenir del raquíptico pecho del médium. Hablaba hokkien con un acento extraño.

El médium se liberó distraídamente de los hombres de los polos. No parecía haber hecho el más mínimo esfuerzo, a pesar de que los otros dos estuvieran haciendo todo lo posible por sujetarlo.

—¡Haberme dicho que eras tú! Pensaba que era un fantasma malvado. ¿Quieres que llame a la Hermana Pequeña?

«No, no —dijo su Ah Ma sin perder un instante—. Dile al dios que solo vengo a hablar con mi familia. Pregúntale si puedo hablar con Ah Soon.»

Jess abrió la boca, y la Ah Ma añadió:

«¡Y díselo con educación! A los dioses hay que hablarles con respeto.»

—Dice que quiere hablar con Ah Soon, por favor —anunció Jess—. ¿Es posible?

—¿Ahora mismo? —gruñó la cosa—. Acabamos de empezar. ¿No podéis volver mañana?

—No —respondió Jess antes de que su Ah Ma le dijera lo que debía contestar.

Su Ah Ma podía decir misa, porque Jess no estaba dispuesta a regresar jamás a aquel lugar.

El médium frunció el ceño, pero la cosa que llevaba dentro dijo:

—Está bien. Pero no habléis demasiado. Esta gente está esperando.

Le hizo un gesto al AirAsia y a los demás devotos, que miraban boquiabiertos a Jess. Ella les dirigió una media sonrisa.

De repente, el médium se desplomó.

«¡Ayúdalo!», le gritó su Ah Ma.

Jess consiguió sujetar al hombre antes de que tocara el suelo. La barbilla le cayó pesadamente sobre el pecho y los brazos se le quedaron inertes. Los de los polos la ayudaron y recogieron la bandera y la espada de las manos yertas del médium.

—¿Está bien? —preguntó Jess, vacilante.

Tenía la impresión de que los de los polos no estaban satisfechos con que hubiera interrumpido los actos, pero no dijeron nada, sino que se limitaron a mirarla brevemente antes de apartar la vista. Jess tardó unos instantes en comprender que le tenían miedo.

Y eso era lo que seguía procesando cuando el médium abrió los ojos y levantó la cabeza. Parpadeó varias veces y miró alrededor, como si le sorprendiera encontrarse donde estaba.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está el dios? —le preguntó a los de los polos.

Cuando vio a Jess, puso los ojos como platos.

—¿Ah Min? —dijo.

Jess entendió por qué aquel hombre le resultaba tan familiar.

Había visto la forma que tenía de girar la cabeza cientos de veces. Porque era lo mismo que hacía su madre. Y tenía sentido, porque era su hermano.

—Ah Ku —contestó ella.

SEIS

Ah Ku y Jess se adentraron en el jardín, lejos de la multitud. Mientras caminaban, Jess vio de reojo la estatuilla de una diosa, asomando por uno de los santuarios que había bajo la higuera sagrada. Era una estatuilla de factura tosca, con detalles eliminados casi por completo por el paso del tiempo y las condiciones meteorológicas, pero estaba vestida de satén amarillo, como una emperatriz. Aún podían distinguirse parte de los rasgos: unas cejas finas que delimitaban unos ojos abiertos e inexpresivos, una boca recta y estrecha. Era como si la estuviera mirando fijamente.

Un escalofrío le recorrió la columna y apartó la vista, incómoda.

—Decídes a los demás que esperen —les había dicho Ah Ku a los de los polos, que parecían ser sus asistentes—. Esta es mi sobrina de América. Tengo que hablar con ella.

—Son casi las siete —objetó uno de los dos polos—. Los devotos se quejarán.

—Si quieren quejarse, que se quejen al dios —le había espetado Ah Ku—. Él es el que quiere que hablar con mi sobrina. De lo contrario, no me habría liberado.

—El dios le ha dicho que no hablara demasiado —replicó el otro—. La familia puede ir a verte a casa.

Aquella última parte la había mascullado entre dientes, y Ah Ku lo ignoró.

—Vamos, muchacha —le dijo a Jess.

Siguió a su tío dejando atrás altares ocultos por la vegetación, y luego a través de un puente que cruzaba un estanque marrón lleno de tortugas.

En la parte trasera del jardín, se alzaba una estructura desvencijada: un tejado de zinc sobre varas de metal y

fluorescentes atados al techo. Dentro, se amontonaban viejas mesas de altares, velas y otros bienes destinados a la oración, así como sillas y —por alguna razón— una mininevera y una estantería llena de aperitivos. Ah Ku le ofreció una silla de plástico rojo a Jess y le dio un brik de té de crisantemo.

Mientras Jess se peleaba por sacar la pajita del envoltorio de plástico, él se sentó y se encendió un cigarrillo.

Jess entendió por qué los asistentes estaban tan preocupados. Su tío tenía el aire de alguien a quien no le gustaba ir con prisa.

—Hacía muchísimo que no te veía —le dijo—. ¿Cuándo fue la última vez que tu madre te trajo a visitar a Ah Ku? ¿Once, doce años? No eras más que una cría.

Jess apenas se acordaba de aquella visita. Se retorció en un sofá de polipiel, pegajoso por el calor, mientras, a su lado, su madre rechazaba sin sonreír toda la comida, bebidas y simpatías que Ah Ku les ofrecía. De camino al coche, Ah Ku le había pedido dinero a su madre.

—¿Cómo me has reconocido? —le preguntó Jess.

—Uy, porque Ah Yen me enseñó una foto tuya en Facebook —contestó Ah Ku.

Jess se había olvidado de que tenía a su prima en Facebook. Yew Yen se dedicaba sobre todo a publicar memes en chino que Jess no entendía.

—¿Quién iba a decir que serías tan guapa de mayor? —se maravilló Ah Ku—. Con lo gorda que estabas la última vez, y esas gafas que llevabas. ¿Ya tienes novio?

«Pregúntale qué ha pasado con los promotores —le siseó su Ah Ma—. ¿Qué ha estado haciendo ese cabronazo?»

Jess seguía inquieta por el encuentro con lo que fuera que se hubiera apoderado de su tío. Tal vez solo creyera haberlo visto, igual que se había medio imaginado un destello de inteligencia en los ojos de la estatuilla bajo el árbol.

Por otro lado, estaba en un jardín invadido por la naturaleza viendo cómo la noche avanzaba por el cielo solo porque la voz de su abuela muerta la había enviado allí. Cuanto antes hiciera lo que tuviera que hacer y se marchara, mejor.

—Todavía no —contestó Jess—. Oye, Ah Ku...

—¿Cuánto tiempo lleváis en Penang? —la interrumpió Ah Ku, y no mostró ninguna sorpresa cuando ella le respondió que habían llegado hacía dos semanas, aunque el hecho de que aún no se hubieran visto no dejaba de ser algo extraño—. Estáis con la familia de tu padre, ¿no?

En ese momento, Jess cayó en la cuenta de que tal vez su madre no quisiera que Ah Ku supiera dónde se alojaban. Ni siquiera sabía si habían hablado desde que habían llegado a Malasia.

La pausa había durado demasiado.

—Tu madre está sensible, ¿eh? —dijo Ah Ku—. No te preocupes, que no voy a ir a molestarla. *Hai*, ¿te crees que no entiendo lo que significa que no me haya invitado a su casa? No estoy enfadado —añadió con tono conciliador—. No conoces a tu tío. Soy muy *cincai*. La Ah Ma era distinta. No estaba nada contenta con que tu madre no diera la cara. Y yo le decía: «*Aiyah*, Ah Chee se ha casado y ahora pertenece a la familia de su marido. No tiene tiempo de venir a atenderte. Debe cuidar de la familia de su marido, ¿o no?».

«¿Cuándo ha mirado por la familia de tu padre? Tu madre solo piensa en ella —le dijo su Ah Ma—. Pregúntale a Ah Ku por el templo.»

—¿Trabajas aquí, Ah Ku? —le preguntó Jess.

Por lo que sabía, Ah Ku tenía un taller propio, pero podría haber cambiado de empleo sin contárselo a su madre. Era evidente que la comunicación entre los hermanos no pasaba por su mejor momento.

—¿Que si trabajo aquí? —Ah Ku parecía sorprendido por la pregunta—. No, tengo una empresa. Arreglo coches. Viniste a mi taller de pequeña. ¿No te acuerdas?

—Me acuerdo del taller —contestó Jess—. Pero no sé, al ver lo que estabas haciendo ahí atrás...

—Soy el presidente del comité del templo —dijo Ah Ku.

El artículo sobre el templo había mencionado a un tal Barry Lim, recordó Jess. Lim era el apellido de su madre, pero era tan

común en Malasia que ni siquiera le había llamado la atención al leer la noticia. Nunca había oído a su madre referirse a Ah Ku por otro nombre que Ah Soon, la abreviación de Beng Soon, pero la gente a menudo adoptaba nombres ingleses además de los chinos.

—Esto no es un trabajo —continuó diciendo su tío—. Todo esto... —Hizo un gesto hacia el jardín, los altares y los devotos que aguardaban a que reprendiera la ceremonia pospuesta—. Esto es para ayudar a la gente. Vienen a pedir consejo a los dioses.

Hablaba completamente en serio, igual que el AirAsia cuando le había dicho a Jess que su tío era el dios de la guerra.

Jess no tenía claro cómo reaccionar. Por suerte, Ah Ku no esperó respuesta.

—El cometido de un médium es salvar el mundo —prosiguió—. No lo hago buscando una recompensa. ¿Crees que los devotos nos dejan grandes *angpow*? Apenas nos llega para cubrir los costes de mantenimiento. Además, eres mi sobrina. No te preocupes. Dile a Ah Ku lo que necesitas. Te prometo que le pediré al dios que te ayude.

Jess entendió que su tío pensaba que había acudido al templo buscando una bendición, como los hombres y mujeres que esperaban una consulta con el dios.

—No, no... —dijo, avergonzada—. Gracias, Ah Ku, pero no he venido a pedirte nada. Quiero saber lo que está ocurriendo con este lugar.

Ah Ku frunció el ceño.

—¿Qué está ocurriendo?

«Pregúntale por Ng Chee Hin —le dijo su Ah Ma—. Ah Ku lo suspendía casi todo en el colegio. No capta las indirectas.»

—He oído que unos promotores quieren demoler el templo —apuntó Jess—. Y que está involucrada la empresa de Ng Chee Hin. ¿Puede ser?

El nombre sirvió como estimulante. Ah Ku estaba relajado, con una actitud amistosa, y a punto de sacar otro cigarrillo del paquete. Sin embargo, en ese momento se levantó de golpe, como si Jess lo hubiera pinchado con una aguja, y lanzó el paquete de tabaco al suelo.

—¡Cabrón malnacido! —gritó—. ¿Dónde has oído hablar de él?

—En un artículo de *The Star* —contestó Jess—. Se decía que su empresa había intentado comprar los terrenos y deshacerse del templo. Pero era antiguo. No encontré nada más sobre el tema.

—Lo viste en internet, ¿verdad? Es de hace muchísimo tiempo. —Ah Ku se relajó—. Solo se habló una vez, en *The Star* y *Sin Chew*. Luego, los periódicos ya no quisieron seguir informando. ¡Hicimos muchísimo ruido! Pero después de que ese mamón hablara con los peces gordos, ya no quisieron escucharnos.

—Pero ¿qué pasó? —insistió Jess—. ¿Van a comprar los terrenos o...?

—Mientras yo siga aquí, pobre de ese cabrón si se atreve a tocar el templo —gruñó Ah Ku—. Puede que los de los diarios le tengan miedo, pero nos da igual. ¡Tenemos a los dioses de nuestra parte!

«El chaval no sabe lo que dice —le susurró su Ah Ma—. Pregúntale qué es lo que está pasando de verdad. Nos dijeron que denunciarían el templo y le pedirían al juez que nos echara. ¿Ganaron?»

—¿Qué pasó con la querella? —preguntó Jess.

—Pues ahí vamos —respondió Ah Ku—. El abogado nos ha dicho que ahora toca esperar la sentencia. Hasta entonces, los promotores no pueden hacer nada. Si quieren construir algo, tiene que ser alrededor del templo. —Entrecerró los ojos—. ¿Cómo sabes lo del juicio? Cuando nos demandaron, se lo contamos a todo el mundo y no sirvió de nada. No quisieron escribir al respecto.

Jess vaciló.

«¿A qué viene tanta timidez? Dile que te lo ha dicho la Ah Ma.»

«Pero si estás muerta», dijo Jess.

«Ah Ku es médium —replicó su abuela—. Cuando has llegado, danzaba por Kuan Kong. Nadie está más acostumbrado que él a los asuntos de dioses y espíritus. Díselo y verás.»

—Pues... —comenzó Jess—. Fue la Ah Ma quien me habló del caso. Está, esto... —Jess hizo una pausa antes de decir—: Está

persiguiéndome. Me ha estado hablando.

Ah Ku se quedó ojiplático.

—¿La Ah Ma está aquí?

Miró a Jess con un respeto renovado. Su Ah Ma tenía razón. No había ni rastro de escepticismo en el rostro de su tío. Estaba escrutando a Jess como si tratara de percibir algún rastro de su madre en su rostro.

—Ella fue la que me pidió que viniera —dijo Jess.

Ah Ku dijo algo, pero su Ah Ma no paraba de hablarle a Jess en la cabeza, comentándole lo que debía preguntarle. Jess sacudió las manos como si pretendiera espantar a un mosquito, deseando que hubiera una forma más sencilla de deshacerse del inquieto espíritu de su abuela.

—Un momento —dijo en voz alta—. ¡Poco a poco! Ahora se lo digo. —Y, centrándose en Ah Ku, continuó—: La Ah Ma está preocupada por el templo.

Ah Ku echó un vistazo alrededor para comprobar que no los pudiera oír nadie. Estaba oscureciendo y las profundas sombras que proyectaban árboles y arbustos se extendían por el jardín. Se puso en pie y encendió la luz antes de volver a sentarse e inclinarse hacia ella.

—¿Qué ha dicho la Hermana Mayor?

Utilizó la palabra *Ah Chee*, la misma que usaba para referirse a la madre de Jess, pero, en este caso, Jess tuvo la sensación de que no estaban hablando de su madre.

La Ah Ma le transmitió la respuesta, y añadió:

«Y no hables tan alto. Cuando se habla de los dioses, lo mejor es susurrar.»

—Ah Ma no se lo ha preguntado —le dijo a Ah Ku, bajando la voz hasta el murmullo que le habían indicado—. Pero la Hermana Mayor debería estar satisfecha, ¿no? Este es su lugar. La Ah Ma quiere cuidarlo.

Ah Ku se hinchó como un pavo real.

—Dile a la Ah Ma que no tiene de qué preocuparse. Que yo me encargo. El caso ya ha terminado, ahora solo queda esperar al fallo del juez. El abogado dice que tenemos posibilidades. La Ah

Ma debería pensar en ella. La vida y la muerte son el destino de los humanos. Cuando morimos, debemos seguir nuestro camino hacia la otra vida. No es bueno permanecer en esta.

—Exacto —respondió Jess, dando, en cierto modo, su opinión. La Ah Ma tenía una opinión muy clara sobre los hijos que presumían de educar a sus madres cuando ellas sabían muchísimo más que ellos sobre los caminos del destino—. Pero la Ah Ma no puede marcharse hasta que termine la operación. Dice que no se puede confiar en Ng Chee Hin.

—Eso también es verdad —convino Ah Ku.

—Dice que necesitará un médium.

Ah Ku pareció alarmarse.

—No, no puedo. El dios se disgustará. Y la Ah Ma lo sabe. No a todos los dioses les gustan los...

Carraspeó en lugar de pronunciar la palabra.

—¿Los buenos hermanos? —apuntó Jess.

Ah Ku asintió.

—Si la Ah Ma se introduce en mí, el dios se enfadará.

«Ah Ku no puede hacerlo —coincidió su Ah Ma—. Debe conservar la pureza de su cuerpo. De lo contrario, ofenderá a Kuan Kong. Pero ¿qué pasa con Yew Ping?»

Jess le comunicó el mensaje a su tío, quien esbozó un gesto de preocupación.

—¿Mi hijo? —preguntó.

—Ah Ping es un muchacho despreocupado —continuó Jess—. Pero debería saber lo que debe hacer un médium. Lleva viniendo al templo desde que era un crío. Conoce todos los ritos y ceremonias. La Ah Ma cree que, con su ayuda, será capaz de hacerlo.

Ah Ku negó con la cabeza.

—La Ah Ma no lo sabe... Ah Ping está en el Reino Unido. Se dedicaba a vender DVD, pero lo arrestó la policía.

—¿Cómo? —preguntó Jess—. ¿Qué estaba haciendo?

—Vendía DVD —repitió Ah Ku.

Su Ah Ma no pudo contenerse.

«Habla de DVD piratas. Está prohibido venderlos.»

—Y le dio por pegarle al policía —prosiguió Ah Ku—. Tuve

que darles dinero para que no lo encerraran. —Suspiró—. En esa época, la Ah Ma ya estaba en el hospital y no se enteraba de las cosas, así que tampoco valía la pena contárselo. Después del funeral, enviamos a Ah Ping al Reino Unido para evitarle problemas. Ahora trabaja en un restaurante.

Estuvo pensando unos instantes, dándole caladas al cigarro.

—Tenemos a las chicas. ¿Qué le parece Yew Ling? ¿O Yew Yen?

—La Ah Ma no quiere a una mujer de médium —contestó Jess—. Dice que no valen para nada. Una vez al mes tienes que hacer una pausa y quedarte de brazos cruzados unos días.

—A ver si nos modernizamos, mamá. —Ah Ku le hablaba directamente a su madre, como si Jess ni siquiera estuviera allí—. Hoy día hay poca diferencia entre hombres y mujeres. Un chaval que no sea de fiar no vale para nada ningún día del mes. ¿No será mejor una muchacha que sea de fiar?

»Las dos niñas son muy responsables. No te las encuentras... —empezó con un punto de amargura en la voz—. No te las encuentras pegándose con la policía. Ah Ling está trabajando en Kuala Lumpur, pero Ah Yen es bastante grande, dieciocho años tiene ya.

«¿Ah Yen no va a la universidad? —preguntó la Ah Ma con sequedad—. No la quiero. Tendría que estar estudiando, no hablando con espíritus. ¿Qué pasa con la sobrina de tu mujer, Ah Tat?»

Jess se lo transmitió, pero Ah Ku no la escuchaba. Había tenido una idea.

—¿Por qué no usas a Ah Min? —preguntó—. Ya te has metido en ella. Y puede oír tu voz, lo que significa que puede hacerlo.

—¡No! —exclamó Jess, horrorizada—. ¡Y ahora estoy hablando yo!

La reacción de la Ah Ma no fue distinta.

«Ah Min no sabe nada. Ha crecido en los Estados Unidos. Ni siquiera sabe hablar en condiciones.»

De hecho, Jess se había estado dando golpecitos en el hombro por lo bien que hablaba últimamente el hokkien. Ya fuera por la

influencia de la Ah Ma o por los efectos de la inmersión, su hokkien era mejor que nunca. Era innegable que aún lo mezclaba con el inglés cuando no recordaba alguna palabra, pero todo el mundo en Penang hablaba un hokkien heterogéneo, un batiburrillo de malayo, un dialecto a caballo entre el chino y el inglés.

Pero aquel no era el momento de ponerse a la defensiva sobre sus capacidades lingüísticas.

—A la Ah Ma no le parece buena idea —contestó Jess con firmeza—. Dice que no sé nada. ¡Y tiene razón!

Ah Ku frunció el ceño, pero antes de que pudiera discutirlo, oyeron voces encendidas provenientes del otro extremo del jardín. Ah Ku se puso en pie, angustiado.

—Serán los devotos, que la estarán pagando con mis asistentes —dijo—. ¿Es que ya no se respeta a los dioses?

Se oyeron pasos acelerados y uno de los hombres de los polos emergió de entre los arbustos. La luz del fluorescente le proyectó un alivio contenido sobre el rostro, salpicado de sudor y marcado por el miedo.

—Maestro, han llegado unos hombres, están intentando *halau* a los devotos —anunció—. Les hemos pedido que se marchen, pero se niegan. Llevan cuchillos. ¿Qué hacemos?

Ah Ku y la Ah Ma gritaron al unísono.

—¡Será cabrón!

—¿Hay algún problema, amigos? —preguntó Ah Ku con la afabilidad del anfitrión que ha organizado la fiesta.

Su llegada interrumpió una discusión entre los devotos y un grupo de extraños. Los devotos estaban asustados e indignados, pero los desconocidos parecían dispuestos a hacer su trabajo. Tenían el aspecto de alguien que hubiera venido a arreglar las cañerías, salvo por los machetes que llevaban, los *parang* que se utilizaban para despejar los intrincados tramos de selva.

—¿Tú eres el jefe? —le preguntó uno de los hombres en malayo. No era más alto ni robusto que los demás, pero:

«Ese es el cabecilla», le dijo su Ah Ma.

«¿Cómo lo sabes?», le preguntó Jess. El tipo ni siquiera

llevaba un *parang* como los demás. Tenía las manos vacías.

«¿Eso también me lo tienes que preguntar? —le replicó su abuela con desdén—. Salta a la vista, deberías saberlo. Tiene un *angin* diferente. Nada que ver con el de los demás.»

«Uy, perdóname por no saber distinguir a los matones —se defendió Jess—. ¡Como si tuviera experiencia!»

Ah Ku no parecía amedrentado por los cuchillos.

—Soy el médium —explicó—. La ceremonia acaba de empezar. Si queréis hacerle una consulta al dios, debéis esperar. Esta gente va primero.

Ah Ku había estado a punto de ponerse una camiseta antes de enfrentarse a los desconocidos, pero la Ah Ma lo había interrumpido.

«Déjate las prendas del dios —le había dicho—. Esa será la única forma de asustarlos.»

Pero el cabecilla de los matones no parecía intimidado por los pantalones y la pechera satinados de Ah Ku. Aunque Jess tampoco podía culparlo. Probablemente ni siquiera creyera en los dioses chinos. Le costaba identificar su origen, algo a lo que no ayudaba que hubiera caído la noche y el jardín apenas estuviera iluminado, pero se había dirigido a Ah Ku en malayo, así que descartó que fuera chino.

El resto del grupo estaba formado por una mezcla de etnias, y algunos parecían recelosos. No solo los chinos ojeaban con nerviosismo el altar y el incensario humeante.

—Debéis marcharos, todos —anunció el cabecilla de los matones—. Comunícaselo al resto.

«¿Con qué derecho se presenta en este templo y le dice a la gente que se marche? —bramó la Ah Ma—. ¿Quién lo envía? ¡Pregúntale!»

«No pienso preguntarle nada a ese tipo —contestó Jess—. No sé si te habrás dado cuenta, pero ¡sus amigos van armados todos con cuchillos! Y, además, yo creía que sabías quién lo ha enviado.»

«¡Quiero oírle decir el nombre de ese cabrón!»

—Jefe, estamos en mitad de una oración —dijo Ah Ku—. No nos conviene dejarla a medias. Los espíritus se enojarán.

Un devoto se unió a la discusión:

—*Abang*, deberías respetar las creencias de los demás. —Era el AirAsia. Parecía inquieto y hablaba con un malayo macarrónico, como si no estuviera acostumbrado a hablarlo, pero no se achantó—. Es una cuestión delicada. Si interferís, se recibirá como una ofensa.

Aquello aumentó el nerviosismo de los matones, aunque probablemente lo que más les preocupaba era la posibilidad de enfadar a los espíritus, y no tanto ofender los sentimientos religiosos. Uno de ellos le susurró al cabecilla:

—A lo mejor deberíamos dejar que terminara la ceremonia.

Pero el cabecilla lo ignoró. Dio un paso al frente y se enfrentó a Ah Ku. Debía reconocerle a su tío que no se asustara ni reculara, aunque desde donde estaba hubiera percibido cómo tragaba saliva.

—Estas tierras no son vuestras. Las estáis ocupando ilegalmente —bramó el cabecilla—. ¿Os vais o no?

—No queremos —contestó Ah Ku, extendiendo los brazos—. Pero tenemos derecho a estar aquí. Este templo es muy antiguo. Preguntadle a quien queráis, los vecinos os lo dirán. Por ley, podemos quedarnos hasta que el juez dé la orden de...

El cabecilla le dio un puñetazo en la cara a Ah Ku, y mientras la cabeza se le caía hacia atrás, le propinó otro en la barriga.

Los devotos chillaron y se dispersaron. Ah Ku se desplomó sobre el suelo y el matón comenzó a darle patadas en el estómago con el mismo gesto impasible de antes.

«¡Ah Soon!», gritó la Ah Ma.

Jess tenía la garganta atenazada por el miedo. Echó un vistazo alrededor en busca de ayuda, pero la mayoría de los devotos se habían esfumado. El AirAsia no había sido una excepción. Los hombres que tocaban el tambor y el gong seguían allí, así como los asistentes de los polos, pero se habían alejado, vacilantes.

«¡Ayúdalo! —le ordenó su Ah Ma—. ¡Detenlo!»

Todo dependía de Jess.

—Déjalo —dijo con una voz patéticamente frágil. Se aclaró la garganta—. ¡Déjalo en paz!

El cabecilla la ignoró. No había fibra en su cuerpo que en ese momento no le urgiera a dar media vuelta y echar a correr.

«¡Ah Min, haz algo!», la apremió la Ah Ma.

Jess se precipitó hacia su tío antes de que el cuerpo pudiera rebelarse contra el sinsentido de órdenes que le estaba enviando el cerebro. El cabecilla había dejado de ensañarse con Ah Ku para secarse el sudor de la frente. Jess se agachó, pasó las manos por debajo de los brazos de Ah Ku y lo alejó del matón.

—Basta —dijo—. ¡Es médium! Si lo matas, ¿qué crees que hará su dios contigo?

Si hubiera dependido de él, probablemente el cabecilla la habría apartado de un empujón y habría seguido con la paliza a Ah Ku. Pero sus palabras consiguieron su propósito entre los otros matones. Un par de ellos intercedieron y se llevaron al cabecilla.

Los del polo le quitaron a Ah Ku de las manos y su tío se retorció, gruñendo, así que al menos no estaba muerto.

La Ah Ma había perdido los estribos.

«¡Cabronazo! Ni esperar quiere. Sus hombres no se marcharán hasta que el templo desaparezca. Tú misma lo has visto. ¡Ese perro estaba dispuesto a matar a Ah Ku!»

La ira y el pavor de su abuela la envolvieron, pero no la tocaron. Lo veía todo con claridad. Jess sabía que estaba asustada, pero era como si todas sus emociones estuvieran recluidas bajo varias capas protectoras. Sentía una calma casi preternatural.

Alzó la vista hacia los de los polos.

—Tenemos que llevar a mi tío al hospital.

Los hombres se miraron mutuamente, dubitativos.

—Si nos vamos, destruirán el templo —contestó uno de ellos.

—¿Preferís que se carguen el templo o a nosotros? —les espetó Jess entre dientes—. ¡Podéis mudaros! ¡Reconstruidlo en otro sitio!

Era como si se hubiera lanzado de cabeza contra un muro. Los devotos no despegaron los labios, ni falta que hizo. Irradiaban negación.

«Temen que los dioses se enfaden —le explicó su Ah Ma—. Los dioses son como los humanos. Algunos los perdonarían, no lo

tendrían en cuenta. Otros no mostrarían ese respeto. Si no están satisfechos, lo notarás.»

El cabecilla se dirigió a sus hombres.

—Nos han encargado vaciar este lugar. ¿Se puede saber qué hacéis? ¡Perder el tiempo, nada más!

—Si matamos a alguien, nos meteremos en problemas —protestó uno de los matones.

—¿Y quién ha hablado de matar? —preguntó el cabecilla—. Zurrar no es matar. ¿Tú crees que se atreverán a denunciarlo? ¿A quién acudirían? La policía no los ayudará.

«Ah Min», le susurró su Ah Ma.

«Ahora no», respondió Jess, y se volvió hacia los devotos.

—Por favor. Tenemos que irnos.

«Ah Min —repitió la Ah Ma—. Yo me encargo.»

«¿De qué?»

«De estos hombres —contestó su Ah Ma—. Cuando mueres, te vuelves más fuerte que los vivos. No les tengo miedo. Pero necesito un cuerpo.»

Jess notó una presión en la cabeza. Era como el preludio de una migraña, o la opresión que ejerce sobre ti las nubes bajas de la tormenta que se avecina. Se resistió casi por inercia, e intentó reprimirlo.

«No te entiendo», dijo.

Sí, sí la entendía. A la perfección. El problema era que la aterraba lo que implicaría decirle que sí.

«No tienes que entenderme —le respondió su Ah Ma—. Yo me encargo de todo. Pero tienes que dejarme entrar.»

—*Abang* —dijo Jess en voz alta, llamando al cabecilla «hermano mayor», igual que el AirAsia poco antes—. ¿Por qué no nos vamos todos a casa y esperamos a la decisión del juez? Si decide que el templo va fuera, estoy segura de que el comité del templo lo aceptará. ¿Verdad?

Se giró hacia los de los polos, pero, antes de que pudieran responder, el cabecilla la agarró del brazo y le dio un bofetón. Luego, la cogió del pelo y le tiró la cabeza hacia atrás.

—¡Idos ahora mismo! —gritó, y empezó a sacudirla a un lado

y a otro—. ¿Tú te crees que puedes decirme lo que tengo que hacer? ¡Putal!

Los otros devotos estaban abucheándolo, pero era todo lo que se atrevían a hacer. El cabecilla le bramaba y la zarandeaba con el rostro rojo de ira, salpicándola de saliva. No era capaz de distinguir lo que le estaba diciendo; el mundo que la rodeaba no era más que un borrón. Se hizo un corte en la boca con los dientes y notó el sabor de la sangre.

«Ah Min, déjame entrar. —La voz de la Ah Ma era una presencia calma dentro de la cabeza de Jess, un punto de apoyo al que sujetarse—. Puedo deshacerme de ellos. Permítemelo.»

Bajo la calma del espectro, Jess oyó algo que reflejaba sus propios sentimientos; una furia purulenta que llevaba enconándose desde mucho antes que ella naciera.

«Vale. De acuerdo», contestó Jess, apenas manteniendo el control. ¿Qué era lo que quería decirle a la Ah Ma?

Ah, sí.

«Pero tienes que prometerme una cosa», añadió.

«¿El qué?»

Esta vez sí notó un deje de impaciencia en la voz de su abuela.

«Que vas a joderle la vida», respondió.

Se dejó ir y permitió que la subsumiera la presión de la cabeza.

Una luz cegadora lo inundó todo. Un ruido blanco le ocupó la mente, voces que jamás había oído, rostros que nunca había visto, recuerdos que no eran suyos. Alguien le giró la cabeza con facilidad, como si el cabecilla no estuviera tirándola del pelo. Y alguien habló a través de su boca:

—Ah Hock —le dijo a uno de los asistentes de los polos—, marchaos ya. Llevad al maestro Lim con el doctor Rozlan. Nada de hospitales, ¡que no se os olvide! Yo me encargo de esto.

Un gesto de confusión atravesó el rostro del cabecilla, mientras que la fascinación y el temor se apoderaban del asistente.

Jess pensó: «Así es cómo deben sentirse los dioses».

Y luego todo se sumió en esa luz.

SIETE

Alguien le estaba toqueteando el ojo y le dolía. Jess se sacudió.

—¡No!

Estaba en su habitación, en casa de Kor Kor, sentada en el escritorio con un espejo frente a ella. Aún era de noche, pero la luz estaba encendida y el aire que entraba por la ventana abierta olía a mañana.

No estaba sola. Había una presencia reflejada en el espejo, de pie junto a ella.

Jess tomó la mala decisión de girarse de golpe. Una punzada de dolor le atravesó la cabeza. Se llevó la mano a las sienes, gimoteando.

—A ver quién te ha mandado moverte —le recriminó su Ah Ma.

—Espera. ¿Cómo es que puedo verte?

Si le hubieran preguntado cómo se habría imaginado a su abuela, habría pensado en una vieja cascarrabias, pero lo cierto era que el aspecto del fantasma no dejaba de cambiar. En un momento dado, la Ah Ma era una mujer de mediana edad, como las señoras que inundaban la sala de estar de Kor Kor, aunque no tan bien vestida; las amigas de Kor Kor llevaban vestidos bonitos, faldas y pantalones capri, todo de buena calidad, con un aspecto flamante. La Ah Ma de mediana edad llevaba una camiseta rosa desgastada y unos pantalones cortos negros, el tipo de ropa barata que compras en un *pasar malam*.

Sin embargo, un instante más tarde, el rostro le brillaba y se volvía joven, de la edad de Jess. Esta vez llevaba ropa de trabajo: un sombrero de ala ancha, una camiseta de manga larga y unos pantalones. Tenía la piel tostada por el sol, de un marrón oscuro, pero, más allá de eso, le resultaba familiar. Parecía una versión de

Jess, aunque algo más bajita y peor alimentada.

Era ciertamente inquietante, pero por suerte no duró mucho. Jess parpadeó y su Ah Ma volvió a ser una anciana. La piel rolliza dejó paso a las arrugas, y el pelo negro se le puso cano.

Lo único que no cambió fue su expresión, que era exactamente la que Jess habría esperado. Tenía el aspecto de alguien a quien se le hubiera metido un palo por el culo y hubiera muerto en 1953, y nunca hubiera llegado a superarlo.

—Quieres despertarte, ¿eh? —le dijo su Ah Ma—. No he terminado.

Le resultaba extraño oír la voz fuera de la cabeza, que le dolía. De hecho, le dolía todo el cuerpo, y le pasaba algo en la visión. Cerró los ojos y los abrió de nuevo; acto seguido, y como experimento, cerró primero uno y luego el otro.

Veía dos imágenes distintas a la vez. Por el ojo izquierdo veía la habitación, los viejos pósteres de sus primos con coches de carreras y jugadores de fútbol en las paredes, y a la Ah Ma mirándola ceñuda. Por el derecho, veía la misma habitación, incluidos los pósteres..., pero no a su abuela.

La Ah Ma la observaba suspicaz.

—Tienes pinta de querer vomitar. Déjame entrar y voy a por la papelera.

Se acercó a ella con gesto de determinación. Jess comprendió que la Ah Ma pretendía meterse en ella y controlarle el cuerpo. Jess reculó hasta que chocó de espaldas contra el escritorio.

—¡No! —exclamó—. No voy a vomitar. Estoy bien.

Lo cierto era que sentía náuseas, pero habría preferido precipitarse por la ventana antes de dejar que la Ah Ma volviera a poseerla.

Cerró el ojo derecho, y eso la ayudó. Seguía encontrándose como un trapo, pero ver una única versión del mundo le estabilizó el estómago.

—¿Qué está pasando? —preguntó—. ¿Qué ocurrió anoche?

—¿Que qué ocurrió? Que el cabronazo envió a su *samseng* a darle una paliza a tu tío. Ya lo viste.

—Digo luego —añadió Jess—. Después de que... —Tragó

saliva—. Después de que te dejara entrar.

—Ah, pues que me deshice de aquellos matones —respondió su abuela—. Ya te dije que me encargaría de ellos.

Levantó un puño en un gesto que debería haber parecido divertido. La Ah Ma era una retaca, apenas le llegaba por el hombro. Pero no le hizo ni pizca de gracia.

—¿Te pegaste con ellos? —continuó Jess, antes de caer en la cuenta de que su abuela había estado utilizando su cuerpo, así que...—. ¿Me pegué con ellos?

—Con ese tipo de hombres no se puede negociar —dijo su Ah Ma—. No le tienen miedo a nada. Hay que zurrarlos para que no se te suban a las barbas.

—No me lo creo. ¿Cómo iba yo a...? ¡El tío me sacaba varias cabezas!

—¿No me crees? Mírate las manos.

Jess agachó la cabeza. Se acercó la mano derecha a la cara y, con cuidado, estiró los dedos. La magulladura de los nudillos estaba pasando ya de rojo a púrpura.

—Por muy grande que sea el *samseng*, no deja de ser un humano —le explicó la Ah Ma—. Yo soy un fantasma. No es lo mismo.

—No —dijo Jess—. Ya lo veo.

—¿Ya estás bien? Déjame entrar. Me falta el otro ojo.

Jess se alejó de ella, pero luego recordó que la Ah Ma no podía poseerla sin su consentimiento cuando estaba despierta.

—¿De qué hablas? ¿Qué me has hecho en los ojos?

—¡No te lo toques! —le espetó la Ah Ma—. Puedes verme porque te he abierto los ojos. He acabado con uno, pero luego te has despertado y no he podido terminar.

Jess se estaba inspeccionando en el espejo. Al cerrar el ojo izquierdo y abrir el derecho, la Ah Ma se desvaneció, pero se vio un gran punto encarnado en el párpado izquierdo. Un rotulador rojo descansaba sobre el escritorio, y también tenía manchas de tinta roja en los dedos.

—¿Tú me has dibujado esto?

—Sí, para que pudieras ver —le contestó la Ah Ma—. Mira,

cuando tienes un ídolo nuevo de algún dios, está vacío. Tienes que abrirle los ojos para que el espíritu pueda entrar. Ahora mismo, tú eres como ese ídolo nuevo, ciego, inútil. ¿Cómo vas a ser mi médium si no eres capaz siquiera de ver a los espíritus?

Jess se quedó mirándola fijamente, olvidándose de cerrar el ojo derecho y, por tanto, viendo los dos mundos a la vez. El mundo sin la Ah Ma, un remanso de paz, y el mundo real, el más jodido, en el que la rondaba el peor fantasma posible.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo se supone que voy a ser tu médium?

—En teoría, hay que usar la sangre de una deidad para abrirte los ojos —le dijo la Ah Ma—. Pero como no tenemos sangre de deidades, he utilizado un rotulador rojo. Ah Ku siempre ha creído que tienes que comprar cosas especiales para los rituales. No me hace caso. Si quieres hacerlo, si tienes la fuerza necesaria, puedes. No necesitas nada caro.

Jess la ignoró.

—No pienso ser tu médium.

Su Ah Ma esbozó un gesto paciente que no le encajaba en absoluto.

—Tu Ah Ma ya te ha dicho que sin cuerpo no puedo hacer nada. Ya lo viste. ¡A aquel mamón le da igual! Está dispuesto a pegarle a la gente incluso en el templo. Ah Ku es un buen hombre, pero no puede enfrentarse a ese cabrón. Si no les echo una mano, ya podemos despedirnos del templo.

—Si Ah Ku no puede enfrentarse a él, ¿qué te hace pensar que yo sí?

—¡Que tú no tienes que hacer nada! —La Ah Ma ni siquiera parecía molesta por que Jess se resistiera. Era como si fuera una cría protestando a la hora de irse a dormir—. Tu Ah Ma se encargará de todo. Tú relájate, como anoche. Ven, déjame entrar y que te acabe los ojos. Luego llamaremos a Ah Ku y le diremos que no tiene de qué preocuparse, que la Ah Ma se encargará de todo.

Jess no podía evitar pensar que debía haber una solución más sencilla a los problemas del templo que enfrentarse con el quinto hombre más rico de Malasia.

—¿Y no podéis mover los altares y ya está? El templo no tiene por qué estar donde está, ¿no?

La Ah Ma, con una voz que le recordó a la de una persiana cerrándose, contestó:

—Lo mejor es que no hables de las cosas que no entiendes. Hazle caso a tu Ah Ma y sanseacabó.

—No —dijo Jess—. No quiero ser tu médium.

Se preparó para recibir regañinas, chantajes emocionales, que la hiciera sentirse culpable... En definitiva, todas las herramientas a las que acostumbraban a recurrir los mayores asiáticos para presionar a sus retoños descarriados.

Pero la Ah Ma soltó una carcajada.

—¿Te crees que es tan fácil? ¿Que puedes negarte y ya está? Nadie quiere ser médium. Un médium tiene que sufrir. Si se pudiera escoger, ¿quién lo haría? Pero la elección no es tuya.

—Esto es ridículo —le espetó Jess.

Sus amigos asiáticos siempre la habían considerado una persona afortunada por tener unos padres a los que apenas les preocupaba la carrera que escogiera. Su madre y su padre ansiaban que no se metiera en problemas y que sacara unas notas decentes en el instituto, pero, comparados con algunos de los progenitores de sus amigos, no la habían presionado. Se alegraron cuando entró en Harvard, a pesar de que la noticia los cogiera por sorpresa.

—¡No sabía yo que eras tan lista! —le había dicho su padre con más candor que tacto.

Se acabó su suerte, pensó Jess apesadumbrada al caer en la cuenta de que había podido evitar que la forzaran a estudiar derecho solo para verse obligada a convertirse en un recipiente para los muertos.

—Tu Ah Ma era como tú —le dijo la fuente de sus males—. No quería hacerlo.

Jess parpadeó varias veces.

—¿Tú también fuiste médium?

Tenía todo el sentido del mundo. Debería habérselo imaginado. Por eso la Ah Ma estaba tan obsesionada con el templo del jardín. Era el negocio de la familia.

—Ya te lo dije. Cogí la culebrilla —contestó su Ah Ma—. Estaba incluso dispuesta a morir, pero la diosa me salvó. A cambio, debía servirla. ¿Qué iba a hacer? Estos asuntos son cosa del destino. Por eso tú también puedes ser médium, porque eres mi nieta.

Jess estaba intentando procesar toda aquella información.

—Tú eras médium, Ah Ku también. ¿Mi madre...?

Era un pensamiento profundamente inquietante. Por descontado que Jess era consciente de que, en teoría, su madre había vivido toda una vida antes de tenerla a ella, pero le costaba creerlo de verdad.

La Ah Ma resopló.

—¡Ja, tu madre! No, *lah*. Es una inútil. Ni ve ni oye. Las mujeres no sirven para médium. Cuando manchas, en esos días del mes, a los dioses no les gusta. Si un espíritu entra en ti y se da cuenta de que no estás limpia, se marcha, sin más. Y luego nunca sabes si tu alma regresará o no al cuerpo. Es muy peligroso.

—Así no me vas a convencer —replicó Jess.

—Si pudiera elegir a otro médium, lo haría —le espetó la Ah Ma—. Pero no tengo otra opción. Ahora lo entiendo. Cuando morí, me desperté y tú estabas ahí. Yo tampoco sabía qué estaba pasando. Pero seguro que la diosa me envió hacia ti.

Jess estaba jodida si aquello se convertía en un dictado divino.

—¿Y eso cómo lo sabes? ¿Te lo dijo la diosa?

No hubo respuesta, pero Jess vio un destello de esperanza.

—Debe de ser un error —continuó—. ¿Qué sentido tendría que la diosa me nombrara tu médium? No soy nada idónea. Tú misma me lo dijiste. Ni siquiera hablo hokkien en condiciones.

La Ah Ma hizo un gesto con la mano.

—Trivialidades, *lah*. Con lo poco que hace que me comunico contigo y ya lo hablas mejor. Ya viste que pudiste hablar con Ah Ku y lo entendiste todo. Y ahora también te las apañas con el malayo, ¿no? Seguiste todo lo que dijeron aquellos *samseng* ayer.

Jess estaba a punto de rebatírsele, y también de decirle a su abuela que se fuera a tomar por culo. Pero luego se acordó del

cabecilla, y de esa expresión de aburrimiento que rayaba en el fastidio cuando le dijo a Ah Ku: «Debéis marcharos, todos».

En malayo. Toda la interacción con los intrusos del templo había sido en malayo. Y Jess la había entendido por completo.

Pero no sabía hablar malayo. No era como el hokkien, que había sido su telón de fondo auditivo incluso cuando se mudaron a los Estados Unidos. Y el malayo lo entendía casi tanto como un perro listo el lenguaje humano.

Jess entrelazó las manos hasta sentir sus propios huesos contra las yemas de los dedos. No gritaría ni vomitaría.

—¿Qué me has hecho?

—Adrede, nada —contestó su Ah Ma—. Pero cuando compartes el mismo cuerpo, el corazón también cambia. Yo también he mejorado mucho el inglés —añadió con orgullo—. Ahora entiendo toda esa jerga vuestra.

—¿Ah, sí? ¿Esto lo entiendes? Que te den.

Creía que su abuela se enfadaría, pero aquel rostro cambiante —extrañamente familiar a veces, por completo desconocido en otros momentos— sonrió.

—Ni tu madre se atrevía a hablarme así —dijo la Ah Ma—. Por eso sé que la diosa te eligió.

Había una inquietante nota de satisfacción en su voz.

—Eres como tu Ah Ma —continuó—. Se te da muy bien estar cabreada.

Jess no supo qué decir.

En ese momento, mientras se miraba fijamente en el espejo, tomó conciencia de que su Ah Ma era el único miembro de la familia que conocía esa parte de ella. Y se sintió sola.

Jess telefoneó a Ah Ku, en parte por sacarse a la Ah Ma de encima, y en parte porque quería asegurarse de que estuviera bien. No era capaz de quitarse de la cabeza el recuerdo del matón apaleándolo en el suelo.

No respondieron. Eran las siete de la mañana, así que probablemente Ah Ku siguiera dormido, le dijo Jess a su abuela.

Por suerte, Ah Ma se sabía el número del doctor al que lo

habían llevado. Las dos aguardaron inquietas hasta que el médico lo cogió.

Su tío tenía un puñado de costillas rotas, pero ninguna dolencia grave, les explicó el doctor Rozlan. Lo había mandado a casa a reposar. El doctor le prescribió analgésicos y que evitara a ciertas personas de mala reputación.

—Siendo justos, fueron las personas de mala reputación las que fueron a buscarlo —le dijo Jess.

—Pues entonces le diría al señor Lim que evitara ciertos lugares, por su tendencia a atraer personas de mala reputación. — Por alguna razón, el doctor Rozlan tenía acento británico, superpuesto sobre una base de señor malasio—. Espero que aconsejes a tu tío en consecuencia. Ahora que tu abuela ya no está, a lo mejor te hace más caso. Sé que los deseos de la anciana son importantes para él, pero, a fin de cuentas, los huesos son más importantes que los ladrillos y el mortero, ¿no te parece?

—Pues... sí —contestó Jess.

Ah Ma resopló cuando Jess le comunicó el mensaje del doctor.

—Es musulmán. ¿Qué sabrá ese de templos?

—Y, a todo esto, ¿quién es? —le preguntó Jess—. ¿El doctor de la familia?

La Ah Ma la ignoró.

—Quiero ir a casa de Ah Ku. Yo te digo cómo llegar.

—Hicimos un trato. Yo te hago una pregunta y tú me respondes. Teníamos unas reglas, ¿te acuerdas?

—¿Y para qué quieres enterarte también de esas cosas? —le espetó su Ah Ma, irritada—. Ah Ku ayudó una vez al hermano de ese chaval malasio. Ahora le ofrece descuentos a Ah Ku cuando necesita medicinas. ¿Suficiente? Venga, vámonos.

—No —replicó Jess—. Ya he llamado y Ah Ku está bien. Tengo que ir a trabajar.

Su Ah Ma hizo ademán de protestar, pero Jess se le adelantó:

—¿Te acuerdas de que fuiste tú quien aceptó el trabajo?

Y cerró la puerta del baño tras ella. En principio, las puertas no deberían haber sido un problema para su Ah Ma. Jess no tenía

claro lo que haría su abuela si la siguiera al lavabo, probablemente empezaría a tirar cosas, pero, para alivio de Jess, se contuvo, de modo que pudo disfrutar de media hora de paz para prepararse y dedicar tiempo a maquillarse.

Cuando terminó, nadie habría podido imaginar que se hubiera pasado la noche metiéndose en altercados con gánsteres y llevando a cabo misteriosos rituales para abrirse los ojos a sí misma. Abrió la puerta, cerró el ojo derecho y examinó la estancia con el izquierdo.

La Ah Ma no estaba a la vista. Tal vez se hubiera ido a ver cómo estaba Ah Ku por su cuenta. ¿Sería capaz de algo así?

Qué más daba. Lo último que quería Jess era cuestionarse su buena fortuna.

Su padre ya estaba desayunando. Tuvo que mirarla dos veces cuando la vio llegar.

—¡Qué guapa estás! —exclamó, con una sorpresa poco halagadora, y entrecerró los ojos—. ¿Te has cortado el pelo?

Jess había optado por ponerse sombra de ojos para ocultar el punto rojo que tenía en el párpado izquierdo. Era una elección algo excéntrica a aquella hora del día, pero supuso que ni su padre ni Kor Tiao llegarían a percatarse.

—Me he maquillado, papá —dijo.

Quizá también se debiera al hecho de que tuviera que ir a la oficina y hacer un esfuerzo, por mínimo que fuera, por arreglarse un poco. Menos mal que Sharanya la quería por cómo era, teniendo en cuenta la poca atención que le había estado dedicando últimamente a su aspecto.

Debía responder al último mensaje de Sharanya para volver a planificar una videollamada. Aquel no era el momento, no con su padre rondando, pero esperaba tener la oportunidad de hablarle por WhatsApp en privado cuando llegara a la oficina.

Su padre gruñó, pero no parecía impresionado.

—No te olvides de la cámara. Kor Tiao quiere que le saques fotos a los aparatos.

El ambiente no era tan insoportablemente húmedo como lo que vendría más tarde, pero cuando se montó en la furgoneta, Jess

subió casi por instinto el aire acondicionado al máximo.

—Hace calor, ¿eh? —le dijo su padre, ya con gotas de sudor en la nariz y el labio superior, pero giró los dos conductos que los separaban hacia Jess, y un aire fresco la envolvió.

Había pensado preguntarle a su padre qué le estaba pasando en la oficina, pero un «oye, ¿qué es eso de que Kor Tiao te esté obligando a hacer trabajos físicos?» no le parecía el mejor enfoque, y su padre estaba tarareando una balada china de la radio, antes de pasar a cantarla ya a pleno pulmón al llegar el estribillo.

Hacía un tiempo que no oía a su padre cantar. Tenía una voz inesperadamente hermosa, profunda y cavernosa. Jess no era una persona demasiado musical, a pesar de que sus padres la hubieran obligado a asistir a clases de piano hasta la universidad porque creían que la ayudaría con las matemáticas.

Le reconfortaba estar en la furgoneta. Su padre no esperaba que hablara a menos que le apeteciera, no la fastidiaba ni le exigía que gestionara sus sentimientos.

La cabeza le bullía con pensamientos que rebotaban como globos. Si su padre hubiera podido contar con los recursos que se había gastado en ella, pensó medio dormida, tantos años de piano, los profesores de música que claramente se recordaban a sí mismos que debían ser pacientes mientras ella la cagaba con las escalas... ¿Qué habría sido capaz de hacer? ¿Cómo habría sido su padre si hubiera podido hacerle un hueco en su vida al arte?

Cayó dormida con el aire acondicionado soplándole a plena potencia en el rostro, sintiéndose a salvo.

OCHO

Cuando Jess se despertó, su padre ya estaba aparcando la furgoneta. Por la ventana, vio unas vallas de señalización temporal en la carretera, una fila de paneles verdes que reflejaban los brillantes rayos del sol. Estructuras a medio construir se alzaban más allá de las cercas. A no demasiada distancia, una grúa torre se erigía hacia el vasto cielo azul.

Jess se frotó los ojos.

—¿Esto es la oficina de Kor Tiao?

Se había imaginado un lugar algo más desarrollado.

—No, este es el lugar de las obras —le contestó su padre, antes de rebuscar algo entre sus pies hasta dar con una barra antirrobo para el volante—. Acabamos de pasar por la oficina, pero seguías dormida.

—Tendrías que haberme despertado —bostezó Jess—. ¿Qué hacemos en un terreno en obras?

—Tengo que instalar unos aparatos en el piso piloto —le dijo su padre—. Kor Tiao quiere que les saques unas fotos cuando los instale. Serán pisos con una tecnología muy avanzada. Son unos bloques carísimos. El promotor nos dijo que podremos usar las fotos para hacer publicidad y demás. —Miró a Jess con preocupación—. Anoche te acostaste tarde, ¿no?

Jess se retorció para echar un vistazo a la parte trasera de la furgoneta. No había ninguna caja que pareciera especialmente cómoda de llevar, pero su padre se ponía de los nervios incluso si intentabas cogerle un maletín.

—Las vamos a llevar juntos, ¿no?

—No hace falta —respondió su padre—. El otro manitas, Ah Chong, también viene. Hemos quedado aquí.

Jess rebajó a Kor Tiao de «clarísimo explotador de mi padre»

a «posible capullo encubierto».

—Si quieres dormir más, quédate en el coche. Deja el aire pero abre la ventana, creo que estarás bien.

—No, no —dijo Jess, reprimiendo otro bostezo—. Voy contigo.

El calor era prácticamente insoportable, y solo eran las nueve de la mañana. Salieron de la furgoneta y dejaron atrás el letrero de la promoción. Rexmondton Heights, se llamaba, que era ni más ni menos el nombre pijo y repelente que Jess habría esperado.

En el cartel aparecía la representación artística del supuesto futuro de las estructuras vacías que había más allá de las barreras; una urbanización con una inexplicable fuente en el centro. Había personillas diminutas solazándose en un exuberante jardín, como si existiera algún malasio que quisiera pasar tiempo al aire libre antes de que se fuera el sol.

Jess siguió a su padre hasta una oficina temporal baja junto a las obras. Avistó un pequeño altar hacia la parte trasera del edificio, como los del jardín del templo.

Era habitual toparse con ese tipo de altares por toda la isla, en cunetas, callejones, aparcamientos, en la parte trasera de los restaurantes. Pero había algo impactante en aquel en concreto, con el verde de las vallas de las obras detrás y la grúa cerniéndose sobre él. Daba para una foto magnífica.

Jess dejó la idea para más tarde y entró en el edificio. Una ráfaga de aire frío les dio la bienvenida y le recorrió la parte trasera del top. Era de poliéster y ya se le estaba pegando a la piel; se había vestido para pasarse el día entero metida en una oficina con aire acondicionado, no deambulando por unos terrenos en obras bajo un sol de justicia.

Su padre llevaba un polo de algodón y unos pantalones caqui. Derrochaba seguridad y competencia, aparentaba tenerlo todo bajo control, como si aquel fuera su hábitat natural.

Y así debía ser, supuso Jess. Le dolía pensar que lo había visto en situaciones poco ventajosas para él durante toda su vida.

—¿Señor Ho? —le dijo a la única persona que había allí, un hombre chino vestido con ropa de oficina—. Vengo de parte de

Eurasia Appliances.

El tipo se puso en pie.

—Has venido a instalar la campana y eso, ¿verdad? La unidad está ahí atrás.

Habían montado apartamentos piloto en la parte trasera del edificio, pensados para ofrecerles a los compradores una idea del paraíso que los esperaba como residentes de Rexmondton Heights. Mientras el hombre le mostraba a su padre la cocina, Jess le echó un vistazo al móvil. Sharanya le había enviado un enlace y una nota de voz.

—Papá —comenzó Jess cuando el señor Ho los dejó a solas en el piso piloto—. Voy a salir un momento a hacer una llamada, ¿vale? Es por una solicitud de trabajo que envié.

Su padre dejó lo que fuera que estuviera haciendo con los armarios de la cocina para volverse hacia ella.

—Vas a salir, ¿no? Lo mejor es que no te acerques a las obras. No es seguro. El suelo está lleno de clavos y vete a saber qué más, ve con cuidado.

—No voy a meterme en las obras, no te preocupes —le prometió Jess—. No tardo nada.

Fuera, la luz del sol la cegó durante unos instantes. El alero le ofrecía una cierta sombra, aunque Jess tuvo que apretarse contra la pared para evitar el sol. Rodeó el edificio hasta estar sola, fuera de la vista de todo el mundo salvo del dioscecillo del altar.

Tuvo que subir el volumen para oír la nota de voz de Sharanya por encima de los martilleos y chirridos distantes de la maquinaria. Ante ella se extendían los terrenos de las obras, un lugar incompleto de tierra naranja y los cimientos de varios edificios. En uno de los extremos, comenzaba un tramo de selva verde oscuro bajo la luz del sol. O bien habían decidido detener allí la promoción o aún no habían empezado a arrasar la vegetación.

Se alegraba de poder oír la voz de Sharanya en el oído. El enlace que le había enviado llevaba a una oferta de trabajo en la universidad a la que iría en otoño.

«Podrías enseñar a los de primero a escribir redacciones —le

decía Sharanya—. Sé que la enseñanza no es lo tuyo, pero podrías buscar otras oportunidades cuando estés allí.»

«Y buena suerte con tu primer día, amor. Espero que no hayas oído más..., bueno..., voces. No me puedo creer que tu familia te haya obligado a trabajar en la empresa de tu tío con toda la mierda que tienes encima. Hablamos pronto, ¿vale? Te quiero.»

Jess grabó la respuesta, mirando distraídamente hacia la grúa. La correa de la funda de la cámara se le hundía en el hombro. Debería haberla dejado en el edificio, pero se había escabullido lo más rápido posible para que su padre no tuviera tiempo de detenerla.

Había cancelado la cita con el psicólogo que Sharanya le había encontrado, pero Jess le dijo que lo tenía todo lleno y que hasta el mes siguiente no podía darle hora.

—Pero tranqui, no he oído nada más desde que hablamos. Sería el estrés de la mudanza.

No mencionó a la Ah Ma ni el jardín del templo. Sharanya vivía sumida en el mundo racional, ponía los ojos en blanco ante la astrología, las cartas del tarot y los mensajes de WhatsApp de dudosa procedencia reenviados por los padres por igual. No había forma de que creyera lo que estaba viviendo Jess. Y lo último que le hacía falta era que su novia perdiera los nervios al pensar que Jess se estaba volviendo loca.

Estaba pegajosa por el sudor, incluso a la sombra. Estaba a punto de volver con su padre cuando alzó la vista y vio el altar.

A su padre aún debía de quedarle un rato, y ella llevaba la cámara encima.

El altar cobijaba la figura rosada y sonriente de un anciano con unas espesas cejas blancas y un bigote del mismo color. Era como una versión china del coronel Sanders. Incluso iba vestido de blanco, con botones dorados recorriéndole la parte delantera. La mitad inferior estaba oculta por un sarong dorado.

Alguien le había cubierto el cuello con una guirnalda. A los pies, junto con el incienso protocolario, había una pequeña pirámide envuelta en papel marrón y hoja de banano.

—*¿Nasi lemak?* —dijo Jess en voz alta.

El *nasi lemak* era lo más parecido a un plato nacional de Malasia, y uno de los pocos platos malasios que su familia comía con regularidad, así que no era la primera vez que veía aquel tipo de pirámides. Dentro, habría arroz envuelto en hoja de banano junto con *sambal*, medio huevo cocido y otro puñado de cosas que Jess no fue capaz de recordar en aquel momento.

Le parecía una ofrenda extraña. Tal vez alguien hubiera estado rezando y se hubiera dejado el almuerzo allí.

Levantó la cámara y tomó varias fotos.

El calor era verdaderamente insoportable. Jess no veía el momento de volver a meterse en el edificio, pero vaciló. Por alguna razón, le parecía irrespetuoso marcharse sin darle nada a la estatua a cambio. Rebuscó en el bolsillo y sacó un par de pañuelos —no, claro que no— y medio paquete de caramelos de menta.

Dejó los caramelos en la base del altar, junto al *nasi lemak*. Estaba a punto de marcharse cuando una voz le dijo al oído:

—¿Se puede saber qué haces?

Jess dio un respingo y a punto estuvo de tirar la cámara. Por el ojo izquierdo, vio a la Ah Ma atravesándola con la mirada.

—¡Avísame antes de hablarme! —le recriminó Jess.

—A casa de Ah Ku no quieres ir, pero aquí bien que has venido.

—Es por el trabajo —se defendió Jess—. ¿Dónde has estado?

Su Ah Ma no respondió. Estaba mirando alrededor, inquieta, como si esperara que las emboscaran de un momento a otro.

—¿Qué haces aquí? ¿Para qué quieres esa foto? No es más que un Datuk Kong.

—¿En serio? —Jess tenía pensado preguntarle a su padre por el ídolo, pero ya que la Ah Ma sacaba el tema...—. ¿Qué es un Datuk Kong?

—Es el espíritu que *jaga* la zona. Le rezan para que no haya problemas con las obras —le explicó su Ah Ma—. Pero te digo yo que no vale de nada rezarle si la diosa está de mal humor. Y cuando la diosa está de mal humor, yo tampoco quiero estar aquí. ¿A qué has venido?

—Ya te lo he dicho, por el trabajo —insistió Jess—. ¿Qué

problema hay por estar aquí?

En ese momento, fue como si lo único que evitó que la Ah Ma le diera un bofetón fuera la corporeidad de Jess.

—No sabes nada, ¿eh? —Se volvió y señaló el bosque que Jess había visto poco antes—. ¿Ves eso? Ahí está el templo. No se ve porque los árboles lo tapan. —La Ah Ma hizo un gesto hacia las obras—. Los edificios y todo lo demás son propiedad de la empresa del cabrón.

—Espera —dijo Jess—, ¿esta promoción es de Ng Chee Hin?

Las dos dieron un respingo cuando oyeron la voz de un hombre.

—*¿Siapa kacau aku?* —gruñó.

La voz pertenecía a un anciano malasio con el rostro arrugado por la ira bajo la gorra. Estaba de pie junto al altar, vestido con un *Baju Melayu* blanco y dorado, como si se dirigiera a una boda. Era una imagen extraña, teniendo en cuenta dónde se encontraban, pero las rarezas de aquel tipo no acababan ahí.

—¿Por qué me habéis llamado? —preguntó—. ¿Qué queréis? ¡Estoy ocupado!

—No te ha llamado nadie —contestó la Ah Ma—. Si estás ocupado, ¡vete por ahí! Estoy hablando con mi médium.

—No soy tu médium —la corrigió automáticamente Jess.

Parpadeó varias veces, pero aquello no solucionó nada. Por el ojo derecho veía el altar con la estatua del coronel Sanders chino, con sus ojos entrecerrados y una sonrisa beatífica, y nada más. Según su ojo derecho, estaba completamente sola.

Pero el izquierdo contaba una historia muy distinta; veía al anciano malasio perdiendo los estribos con la persona terrible que tenía por abuela.

—Si tu médium no quería llamarme, ¿para qué me ha ofrecido nada? —El anciano señaló los caramelos que Jess había dejado en el altar—. No quiero este tipo de ofrendas, aunque no haya ningún problema. Además, hay un *hantu* atacando a la gente, ¿y tú te crees que voy a querer comerme esto? A ver si enseñas a tu médium a pensar en los demás. ¡Y a dar mejores ofrendas! ¡El paquete está medio vacío!

—¿Qué es lo que está atacando a la gente? —dijo Jess.

Ambos espíritus la ignoraron.

—¿Está la diosa aquí? —le preguntó la Ah Ma, y pareció dudar de sus siguientes palabras, que acabó diciendo en un susurro —: ¿La Hermana de las Aguas Negras?

Pronunció el nombre en hokkien, no en malayo, pero el anciano, o, mejor dicho, el Datuk Kong, pareció entenderla. Se estremeció.

—¡No lo digas en voz alta! ¿Quieres atraer su atención o qué? —Miró alrededor furtivamente—. Esa maldita mujer está esperando a que baje la guardia. Si no voy con cuidado, se colará. Quiere dar caza a los humanos. Si no estuviera conteniéndola, ya los habría matado.

—En vez de luchar, deberías marcharte y esconderte en alguna parte —le aconsejó la Ah Ma—. ¿Tú crees que un espiritucho como tú puede vencer a la diosa? No tiene reparos con nada. Si puede devorar cien almas, lo hará.

—¿Crees que quiero luchar? —le espetó el Datuk Kong—. Hace poco que soy el Datuk, desde que el que había aquí se marchó a otro lugar. Si pudiera correr, correría. Pero ¿qué quieres que haga? Los humanos aquellos —dijo, y señaló las obras— me ofrecen *nasi lemak* todos los días. Y no todos son ricos. Son obreros, de Bangladés. La mitad de ellos no tiene ni permiso. ¿Tú crees que el chino les paga mucho? ¿Cómo no voy a protegerlos?

Aquello cogió a la Ah Ma por sorpresa.

—¿Son bangladesíes y te rezan a ti?

—Cuando tienes miedo, le rezas a cualquiera —contestó el Datuk Kong—. Antes de que empezaran a dejarme ofrendas, hubo muchos accidentes. La grúa se negaba a funcionar. La viga de metal cayó y estuvo a punto de *kena* a los humanos. Con todo lo que ocurría, se quejaron, pero al chino le daba igual. Los quería calladitos, y que terminaran el trabajo.

—¿Quién es ese «chino»? —preguntó Jess—. ¿Habláis de Ng Chee Hin? ¿Es él quien está contratando a migrantes sin papeles?

—Se refiere al contratista —respondió la Ah Ma entre dientes —. El cabrón es el promotor, pero su empresa no se encarga de la

construcción. Han llamado a un contratista. Ah Ku solía trabajar en la obra, por eso lo sé.

—Pero es que todo eso está pasando en su obra —dijo Jess. Había estado sintiéndose como una forastera, tropezando con conversaciones que no acababa de entender, una marioneta arrastrada por las cuerdas que controlaba su Ah Ma. Pero en ese momento sintió la misma oleada de triunfo que la colmaba cuando hacía una fotografía perfecta—. Existen medidas de seguridad y las está ignorando.

La Ah Ma no la entendía.

—Todos los contratistas son iguales, *lah* —soltó con impaciencia—. No les valen excusas. Quieren hacer su trabajo y que les paguen. —Se giró hacia el Datuk Kong—. Hasta ahora, ¿cuántas personas han muerto?

—De momento, ninguna —respondió el Datuk Kong con un tono glacial—. Pero porque me han tenido a mí protegiéndolos. Mientras yo esté aquí, que esa mujer se olvide de incordiar a los humanos...

Se interrumpió y aguzó el oído.

A lo lejos, por encima de los distintos chirridos de la obra, les llegó el sonido de voces humanas alteradas.

—Ya está aquí —anunció la Ah Ma.

Jess tardó un instante en reconocer la expresión en los rasgos cambiantes de su abuela. Era algo que no le había visto jamás: miedo.

El Datuk Kong había empezado a maldecir de tal manera que ni siquiera el nuevo dominio del malayo que había adquirido Jess la ayudó a seguir el hilo.

—¿Lo veis? ¡Me habéis entretenido y ahora ella estará haciendo vete a saber qué! Debo regresar.

—Tendríamos que irnos —le dijo la Ah Ma a Jess—. Rápido, dile a tu padre que nos vamos a casa...

Pero Jess se volvió hacia el Datuk Kong.

—Me voy contigo.

—¿Has perdido el juicio? —le escupió su Ah Ma—. No sabes nada. Hasta el Datuk Kong le tiene miedo a la diosa.

—Muchísimo —coincidió el Datuk Kong.

—Quieres morir, es eso, ¿no? —insistió la abuela.

Morir estaba en uno de los últimos puestos de cosas que Jess quería hacer, y acompañar al Datuk a enfrentarse a una diosa capaz de dejar lívida a su Ah Ma no estaba mucho más alto. Pero ser inmigrante y luchar contra todo lo que eso había supuesto conformaba el setenta por ciento de su personalidad. No compartía mucho más con los hombres que habían dejado ofrendas a un dios extraño, con la esperanza de que los protegiera donde los capataces habían fallado. Pero sí podía hacer algo por respetar lo que compartían.

—¿Quién te crees que eres para enfrentarte a la diosa? —le recriminó la Ah Ma—. No podrás hacer nada, olvídate.

Jess se ajustó la correa de la funda de la cámara y se la acomodó en el hombro. Tenía la corazonada de que quizá la necesitaría.

—Si no puedo hacer nada —contestó—, al menos seré testigo.

Miró al Datuk Kong, cerrando con fuerza el ojo derecho para poder verlo con claridad.

—¿Nos vamos?

La Ah Ma acabó cediendo, aunque no dejó de quejarse en ningún momento.

—No conoces a esta diosa —siguió diciendo mientras seguían al Datuk Kong y rodeaban las vallas de la obra—. Si la conocieras, le tendrías miedo.

—Bueno, ¡pues explícamelo! —le soltó Jess—. ¿Quién es esta diosa? —Recordó la discusión que habían mantenido su abuela y el Datuk Kong—. ¿Se llama «Hermana de las Aguas Negras»?

La Ah Ma le siseó para que se callara.

—No puedes decir su nombre y quedarte tan pancha. Di «diosa», y nada más. O puedes llamarla «Hermana Mayor». Conozco a esta diosa como la palma de mi mano. Yo era su médium.

—¿Tú eres la médium? —le ladró el Datuk Kong.

—¿Estoy hablando contigo? —le espetó la Ah Ma—. ¡No te

metas donde no te llaman!

—¿Por qué le tienes tanto miedo? —le preguntó Jess—. Si eres su médium, ¿no podrías hablar con ella?

—A la diosa no se la puede contestar —respondió la Ah Ma—. Cuando tu padre y tu madre se enfadan contigo, ¿tú les contestas?

Jess estaba a punto de responder que, de hecho, solía contestarles. Pero habían llegado a un espacio entre las vallas, oculto por unos arbustos descuidados. El Datuk le hizo un gesto a Jess para que entrara, y ella pasó a través, pero el metal se le enganchaba en el top.

Mientras trataba de liberarse, alzó la vista y vio a los espíritus atravesar la valla como si no estuviera ahí. Aquello sí fue extraño.

—Cuando los dioses te hablan, escuchas —prosiguió la Ah Ma—. Ella les dijo: «Marchaos y no construyáis en mis dominios. Marchaos y no perturbéis mi templo». Si la gente no le hace caso y se hacen daño, es su culpa. Ella ya los avisó.

—Pero es que los obreros no fueron los que decidieran molestarla —dijo Jess—. Ha sido la empresa que ha decidido construir aquí. Los trabajadores no tienen poder de decisión sobre eso. ¿No es injusto castigarlos a ellos?

—¿Desde cuándo los dioses se preocupan por lo que es justo o injusto? —replicó la Ah Ma.

Jess no comprendía la función de los dioses si no era, precisamente, defender la justicia. Antes de que pudiera decirlo, hubo un griterío un poco más adelante.

Provenía de un grupo de hombres, casi todos de tez oscura, del Sudeste Asiático, la mayoría con cascos y chalecos reflectantes. Estaban discutiendo con un tipo chino.

—¿Dónde estará esa maldita mujer? —le dijo el Datuk Kong a la Ah Ma—. Siento su presencia. Tú eres la médium. ¿Puedes verla?

—Estoy muerta, ¿cómo voy a ser la médium de nadie? —le contestó la Ah Ma—. Y, aunque pudiera verla, no querría. Para empezar, yo no quería venir aquí.

—Nadie te ha pedido que vengas —le recordó Jess—. Eres libre de marcharte cuando quieras.

—Si me voy y te pasa algo, ¿qué? ¿A quién me busco yo como médium?

El Datuk Kong seguía buscando a la diosa. No dejaba de correr de un lugar a otro, y regresar haciendo círculos y mascullando:

—No hay manera, no hay manera. ¿Dónde se ha metido?

Jess estaba más interesada en los humanos. Había algo en la discusión que la preocupaba, una energía desagradable en los tonos y gestos de los hombres. Se acercó al grupo, impelida por una oscura sensación de urgencia.

Una nube de polvo se levantó frente a ella. Los hombres echaron un vistazo alrededor, suspicaces. Jess jamás se había sentido tan fuera de lugar, y eso que, antes de aquel instante, habría afirmado que en su existencia se habían sucedido algunos momentos bastante impactantes en los que se había sentido fuera de lugar.

Hacía tantísimo calor que le costaba pensar. Hacía rato que ya estaba sudando, pero notó las palmas de las manos transpirándole con un sudor nuevo, provocado, simple y llanamente, por el miedo.

Pero sus pies eran más valientes que su cabeza, y por eso siguieron hacia delante, y se oyó a sí misma hablar con una voz firme y segura.

—¿Qué está pasando aquí?

Había cambiado instintivamente al inglés. Los hombres se quedaron mirándola como si se hubiera bajado de un ovni y hubiera empezado a hablarles con pitidos.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó el chino.

—Me envían de Sejahtera Holdings —contestó Jess, infundiendo su tono con una sorpresa tal que incluso él debió de preguntárselo—. ¿Es usted el contratista?

Con el nombre de la empresa casi habría bastado, pero el acento también la ayudó, así como el modelo de oficinista. Vio la expresión del tipo cambiar progresivamente, suavizarse el ceño que se le apuntaba en la frente, y también percibió cambios sutiles en su postura.

—Sí —respondió el tipo con gesto grave—. Soy el señor Yong.

Jess ocultó la funda de la cámara con lo que esperó que fuera un gesto discreto.

—¿Y cuál es el problema aquí, señor Yong?

—Ninguno —contestó, fulminando con la mirada a los otros hombres—. Estoy charlando con los trabajadores.

Los trabajadores deliberaban entre ellos con voces quedas. Jess no reconocía el idioma, pero supuso que sería bengalí.

—Dicen que se niegan a operar la grúa —le dijo el Datuk Kong—. Tal vez la diosa esté allí.

Y se desvaneció. Jess no acababa de acostumbrarse a esa manera que tenía los espíritus de ir y venir sin previo aviso. Confiaba en que el señor Yong no se hubiera dado cuenta de cómo le había flaqueado la sonrisa.

—Me parece haber oído que hay un problema con la grúa —dijo—. ¿Está averiada?

—¡No le pasa nada! —exclamó el señor Yong—. Lo único que quieren es *cari pasal*. Y más dinero por hacer su trabajo, por eso dicen que la grúa está mal.

Los otros hombres parecieron haber tomado una decisión. Uno, que debía de tener unos cuarenta años, habló.

—No queremos dar problemas, señora —le dijo. Su inglés era significativamente mejor que el del señor Yong—. Hay un *hantu* estropeando las máquinas. Últimamente ha habido muchos accidentes. Nos preocupa nuestra seguridad, ya está. Si la máquina es segura, trabajaremos.

—Ya veo —contestó Jess—. Informaré a mi jefe. —Se volvió hacia el señor Yong—. Le sugiero que mande a alguien a revisar la grúa. Al señor Ng no le hará ninguna gracia que haya accidentes laborales en esta obra.

Cuando el hombre abrió la boca para protestar, añadió:

—No quiere que se haga mala publicidad de esta promoción. ¿Cree que la gente comprará los apartamentos si creen que el lugar está encantado?

El señor Yong optó por protestar de todas formas.

—A la máquina no le pasa nada. No haga caso de estos extranjeros, hablan porque...

Un grito desgarrador ahogó la voz del señor Yong.

—¡Señora! ¡Ayuda, señora!

Era el Datuk Kong. Había echado a correr hacia ellos, aguantándose la gorra.

—¡Ya viene! —le gritó a la Ah Ma—. Tienes que hablar con ella, señora. ¡A mí no quiere escucharme!

—¿Ahora quieres correr? —le preguntó la Ah Ma—. ¿No habías venido hasta aquí para enfrentarte a ella?

El señor Yong empezaba a mirar a Jess con extrañeza. «¡Haz el favor de callarte!», le dijo mentalmente a su abuela, pero fue entonces cuando vio a la diosa.

La Hermana de las Aguas Negras estaba demasiado lejos como para distinguir sus facciones. Lo único que podía afirmar era que la diosa era una mujer, probablemente china, y que tenía el cabello corto y negro.

Y, con todo, Jess la reconoció. Era la diosa que había visto en el jardín del templo, la estatuilla maltrecha vestida con satén amarillo bajo la higuera sagrada.

Jess no habría podido decir por qué sabía que la estatuilla representaba aquella diosa y no otra. No había nada místico en ella. Era como percibir olor a humo y saber que había un fuego, o ver un relámpago y pensar en la lluvia.

Sí recordaba haber tenido la impresión de que los ojos de la estatuilla la observaban. Ahora sabía que la Hermana de las Aguas Negras la había visto, y se acordaba de ella, y que en ese momento la contemplaba con determinación. Y la mera idea le resultaba aterradora.

—¿Lo ves? —le siseó la Ah Ma—. Te he dicho que corrieras y no me has hecho caso. ¡Ahora verás!

No parecía que los hombres pudieran ver a la diosa. Jess oyó al señor Yong decir:

—¿Señorita?

Pero el miedo le había secado la saliva de la boca. Estaba convencida de que ya creía en los espíritus. Era difícil negarlo cuando tenía una presencia tan escandalosa como su Ah Ma rondándole la cabeza. Sin embargo, ahora comprendía que hasta el

momento no había sabido lo que significaba creer. Por algo los cristianos lo llamaban tenerle «temor a Dios».

La diosa alzó una pálida mano. Jess no podía moverse. No había músculo en su cuerpo que no estuviera agarrotado por el horror.

La diosa se precipitó adelante, pero no hacia Jess. Los obreros se dispersaron entre gritos. La espantosa atención que había paralizado a Jess se atenuó y la dejó exhausta, aunque aliviada.

Pero el alivio fue efímero.

—Oye, ¿qué haces? —gritó el señor Yong—. ¡Para!

El bangladesí que había estado hablando con Jess se tambaleaba como si estuviera ebrio, y sacudía la cabeza como si tratara de sacarse agua de los oídos. Los demás discutían con él e intentaban retenerlo, pero él se los quitó de encima y se liberó.

Acto seguido, se dirigió a los edificios a medio construir, corriendo como si huyera de una pesadilla. La diosa había desaparecido.

—La diosa ya se le ha metido dentro —dijo la Ah Ma.

—¿Quieres decir que lo ha poseído? —preguntó Jess—. ¿Por qué? ¿Qué pretende?

—Esta diosa es muy fiera —contestó la Ah Ma. Parecía resignada, como si ya supiera lo que iba a ocurrir—. Si la enfadas, se te come. Ya deberían saberlo a estas alturas.

—Debemos ayudarlo —decidió Jess. No tenía claro que fuera lo bastante fuerte como para retener al hombre, pero tenía a un fantasma a su lado que había demostrado con creces poder concederle poderes sobrenaturales—. ¿Puedes poseerme, igual que anoche?

—¿Quieres que me enfrente a la diosa? —se burló la Ah Ma—. ¡Ni lo sueñes! Esto no me concierne. Si quieres luchar, apáñatelas tú sola.

—Vale, muy bien, pues que te jodan —le espetó Jess, y salió corriendo detrás del hombre.

Él había empezado con ventaja, pero ya no corría a la misma velocidad. Tenía unos andares extraños, renqueantes, como si la diosa no estuviera acostumbrada al cuerpo. Tal vez el hombre

estuviera resistiéndose al espíritu.

Si ese era el caso, no había ganado. Jess estaba apenas a unos metros cuando el tipo se puso a correr y se coló entre los andamios que cubrían los cimientos de un edificio. Vigas de acero y cemento sobresalían violentamente de los andamios, desnudas del yeso, la pintura, el vidrio y la madera que convertirían la estructura en un lugar habitable.

Los andamios temblaron, como si un escalofrío hubiera recorrido las varas de metal que lo conectaban todo. A Jess se le cayó el alma a los pies.

—¡Mierda!

Aceleró el paso, como si realmente pudiera hacer algo para ayudar al hombre, fuera lo que fuera. Pero luego se encontró con el rostro de su abuela de frente, bramándole:

—¡Da media vuelta, chiquilla estúpida!

Le dio un golpe a Jess en el pecho, que ella notó como si la embistiera una ráfaga de aire diminuta pero muy concentrada. Mientras Jess caía, el Datuk Kong pasó a su lado a toda velocidad con un gesto grave de determinación.

Se oyó el agudo chirrido que emitía el metal al ceder. El ruido era apocalíptico, y tan potente que ahogó todos los demás sonidos. Jess había caído de culo al suelo, y pudo sentir las vibraciones del desastre ascendiéndole por el cuerpo, estremeciéndole los huesos. Los ojos le escocían por el polvo.

Cuando por fin recuperó la visión, los andamios no eran más que una maraña de cemento roto y metal dentado. Y el hombre estaba dentro.

Las expresiones en los rostros de los trabajadores eran casi lo peor. No parecían tristes, enfadados u horrorizados. Tenían el aspecto de alguien que sabía que aquello acabaría pasando.

—Tenemos que... —comenzó a decir Jess, pero la voz le surgió casi como un croar mudo. Carraspeó y volvió a intentarlo—. Tenemos que avisar a alguien. A los bomberos. ¿Cuál es el número de emergencias?

El señor Yong la miraba impertérrito.

—El número de emergencias —repitió—. ¿Cómo llamáis aquí

a la policía?

Se volvió hacia su Ah Ma. En aquel momento, no le importaba lo más mínimo que la vieran hablando con un fantasma. Nada parecía importarle nada, salvo hacer algo por el hombre sepultado bajo los escombros.

Casi esperaba que la Ah Ma se pusiera hecha una furia y le soltara un «te lo dije», pero, por lo visto, su abuela era capaz de tomar conciencia de las situaciones.

—Es el 999. Pero aquí el amigo no va a llamar.

—¿La policía? —dijo el señor Yong, volviendo a la vida—. No hace falta avisar a la policía. —Ladró algunas órdenes urgentes en chino por un walkie-talkie, y añadió—: Nosotros nos encargamos.

Jess no sabía qué cara debía de estar poniendo, pero la satisfizo, aunque con una cierta indiferencia, que el tipo cediera ante sus efectos.

—Ahí dentro hay un ser humano —le recriminó. Tenía la sensación de que, si se enfadaba más, le saltaría por los aires la tapa de los sesos—. Puede que esté gravemente herido, o muerto. Esto es una emergencia y hay que avisar a los servicios de emergencias.

Sacó el móvil y marcó el 999.

Un silencio conmocionado flotaba entre los hombres. El ruido de fondo de las máquinas había cesado, como si quisieran mostrar respeto por lo que acababa de pasar. Así que todos pudieron oír la voz cuando emergía de entre los escombros, entrecortada pero clara:

—¿Hola? ¿Hola? ¡Ayuda, por favor!

NUEVE

El chaval se llamaba Rijaul y no tenía ni un solo rasguño.

No hizo falta más que una breve charla con él para confirmarlo, aunque tardaron bastante más en sacarlo de debajo de los escombros.

El señor Yong y sus colegas parecían esperanzados ante la posibilidad de que aquello no saliera de allí. Jess tenía bastante claro que a la postre se verían obligados a aceptar que no podrían ocultar el incidente; era algo complicado esconder un montón de andamios desplomados.

Pero no tenía la menor intención de esperar allí a que cambiaran de opinión. Mientras el señor Yong le gritaba al walkie-talkie, ella se escabulló e hizo una llamada.

Fue todo un desafío comunicar la información necesaria al operador de la línea. La recepción no era para tirar cohetes, los dos estaban teniendo problemas con el inglés del otro y la Ah Ma no dejaba de aullarle al oído.

—¡La policía no moverá ni un dedo! —le gritaba la Ah Ma—. Lo único que quieren es dinero.

—Pues... estamos en Air Itam —dijo Jess—. Un momento, que pido la dirección... —Bajó el móvil y le soltó—: ¿Quieres hacer el favor de darme un segundo?

—¿Tú crees que los obreros quieren que llames a la policía? —le respondió la Ah Ma—. Si no tienen ni visado, la policía los detendrá. Y luego ¿qué? Malasia no es como los Estados Unidos, nunca sabes...

—Mira, que sí. En los Estados Unidos también tenemos problemas con la policía. Pero ese chaval está debajo de una puta tonelada de metal y cemento, alguien tiene que sacarlo y no me fío un pelo del señor Yong y sus coleguitas. ¿Qué quieres que haga?

—Es que esto no es cosa tuya —insistió la Ah Ma—. ¿Quién te ha pedido que seas tan metomentodo? Si te metes, empeorarás las cosas, nada más.

Jess puso los ojos en blanco y se tapó el oído libre con un dedo. La Ah Ma seguía hablándole en la cabeza, pero al menos bloqueó el ruido de fondo de las obras.

Jess había terminado con la llamada y había regresado a los andamios derruidos para hacer algunas fotos discretas cuando alguien a sus espaldas le preguntó:

—*Awak ambul gambar?*

Era uno de los obreros. Jess echó un vistazo alrededor, pero el señor Yong no estaba presente.

—Pues sí —contestó. Negarlo no parecía tener demasiado sentido; a fin de cuentas, llevaba en las manos una cámara enorme—. Estoy haciendo fotos.

Le resultaba extraño oír aquellas palabras salir de sus labios, un regalo de la desagradable presencia que le habitaba la cabeza. Cerró el ojo izquierdo para no tener que ver a su Ah Ma, fingiendo que lo hacía para protegerse del sol.

—¿Cuántos amigos tienes en Facebook? —le preguntó el obrero.

—¿Que cuántos... qué?

—Si las cuelgas en Facebook, ¿cuánta gente las verá? —repitió el obrero—. ¿Cuatrocientas personas? ¿Quinientas?

—Mmm. Cincuenta, a lo mejor —respondió Jess—. La verdad es que no uso Facebook...

—¿Cincuenta? —exclamó el obrero, despechado—. ¿Qué sentido tiene publicarlas entonces? Para eso, dame a mí las fotos. —Bajó la voz—. Tengo un amigo que tuvo que ir al hospital y no puede trabajar, pero la ONG lo está ayudando. Puedo contactar con él.

—Yo tenía pensado enviar las fotos a la prensa, no colgarlas en Facebook —le explicó Jess—. Pero también te las puedo enviar a ti. Dime tu número.

El obrero se llamaba Kassim. Le escribió el número en el móvil y echó un vistazo por encima del hombro para comprobar

que no los estuviera vigilando nadie.

—Muy bien, envíasalas al periódico. Y cuélgalas también en Facebook, si te parece. Cincuenta personas son mejor que nada. Los jefes nos quieren callados, que no se sepa. Ve y muéstraselo a todo el mundo.

—Vale.

Las únicas personas que la seguían en Facebook eran sus familiares, pero era imposible discutir con aquel tipo; su tono urgente obligaba a darle la razón.

—No es la primera vez —continuó Kassim—. Este *hantu*... volverá, seguro. Y, entonces, ¿qué? No podemos seguir así. Tenemos derecho. Díselo al mundo. Enséñales las fotos. ¿Sí?

—Sí —contestó Jess—. Te lo prometo.

No sabía qué más podía decirle, pero aquello era todo lo que quería de ella. Asintió y dio media vuelta.

Jess lo observó retirándose hasta que oyó el lejano quejido de las sirenas. Se puso en marcha y se dirigió a la entrada para recibir a bomberos y paramédicos.

—El accidente ha sido allí —dijo, señalando con el dedo—. Están intentando sacar al hombre que ha quedado atrapado. Está consciente y puede hablar. Dice que está bien, que no tiene heridas.

Dicho esto, siguió andando a lo largo de la carretera, de vuelta a las oficinas de ventas donde su padre, con suerte, no habría perdido demasiado los nervios ante su ausencia.

—¿No vas a quedarte? —le preguntó su Ah Ma, echando la vista atrás, hacia las obras. Parecía desconcertada.

—Va a estar bien cuidado, ¿no? —dijo Jess—. El espíritu está con él, el Datuk Kong.

Por el ojo izquierdo, vio a su abuela asentir.

—No es mal tipo este Datuk —admitió de mala gana—. Ayuda a la gente. Los Datuk son igual que los humanos, de algunos no te puedes fiar. Al menos este es capaz de plantarse ante la diosa y proteger a los bangladesíes.

Aquello la cogió por sorpresa.

—Pensaba que estabas de parte de la diosa.

Su abuela resopló.

—Cuando tu madre era pequeña, solía ir a plantar verduras a una parcela vacía para poder comer. ¿Tú crees que la *cangkul* estaba de mi lado? Cuando la diosa te elige como médium, no estás a favor o en contra de ella. Solo eres una herramienta.

—Ah Ma —dijo Jess—. ¿Quién es de verdad Ng Chee Hin? ¿Por qué lo odias tanto?

La Ah Ma resolló.

—Pregúntale a tu tío, al cuñado de tu padre. Él debería conocer a ese cabrón, que para eso hace negocios con su empresa.

—Tú eres la que quieres que sea tu médium —le recordó Jess.

—¿No me habías dicho que no querías?

Jess se detuvo en la acera, a pesar de que el sol calentara con tanta fuerza que le dolía la cabeza. El aire temblaba con el calor.

—Mira, ahora ya he visto a tu diosa. —Sintió un escalofrío, aun con aquel calor intolerable—. Sé de lo que es capaz. Si salvar el templo de las obras es lo único que la aplacará, te ayudaré. Antes no lo entendía. Pensaba que era, pues eso, un sitio más. No imaginaba que pudiera hacerle daño a las personas.

»Pero debes contarme la verdad —continuó Jess—. Si no, esto no va a funcionar.

La Ah Ma la observaba con una expresión opaca.

Era extraño no ser capaz de saber qué estaba pensando su abuela. Y más extraño aún le resultó tomar conciencia de que comprendía tan bien a su Ah Ma.

—Ng Chee Hin es un *samseng* —contestó la Ah Ma—. Es el mayor delincuente de Penang. Por eso ese cabrón no le tiene miedo a nadie. Ni siquiera la policía se atreve a enfrentarse a él.

Jess suspiró. A eso se refería Kor Kor con los de los «negocios turbios» en los que estaba metida la familia Ng.

—¿Por qué no me lo habías dicho hasta ahora?

—Pensaba que lo sabrías, tan lista que eres que hasta fuiste a la universidad. ¿También tengo que decirte que en Malasia hace calor y el chili es picante?

Jess reprendió la marcha.

—Me parece a mí que ayer me podrías haber contado que era

posible que nos encontráramos con criminales peligrosos en el templo. ¡Creo que es información relevante, sí!

—¿Peligrosos? ¿De qué? La Ah Ma te protegió.

—La diosa no es como la policía —prosiguió Jess. El aullido de los andamios al derrumbarse seguía resonándole en los oídos—. ¿Por qué no le tiene miedo?

—Porque no ha aprendido a tener miedo —contestó la Ah Ma—. Este tipo de hombres se creen por encima de todo. Ni siquiera respetan el cielo. Si ese mamón construye aquí una urbanización y la vende, ganará mucho dinero. Es lo único que le importa.

Tenía sentido. Era improbable que pudieras entrar en la lista *Forbes* de los más ricos si permitías que te intimidaran con facilidad.

Giraron hacia la carretera principal. Las furgonetas de su padre y de Ah Chong seguían aparcadas fuera de la oficina de ventas.

—¿Y qué hace aquí el templo? —preguntó Jess—. Si el comité no es el propietario de las tierras, ¿quién lo construyó?

—Esto antes era una plantación de látex —respondió la Ah Ma—. Los recolectores construyeron el templo para poder rezar. Esta diosa lleva aquí mucho tiempo. Los humanos ya se han ido, pero a los dioses no es tan sencillo echarlos.

Miró a Jess de reojo.

—Si estás dispuesta a ayudar a tu Ah Ma, después nos iremos a casa de Ah Ku, ¿verdad?

—No. Nos vamos a la cafetería de Ng Wei Sherng.

Su padre no parecía haberse preocupado lo más mínimo por la ausencia de Jess. Pasaba tanto tiempo con su madre que casi se había olvidado de que su nivel de paranoia paterna no era ni medio normal.

Su padre se limitó a echar un vistazo a la hora y decir:

—Menuda llamada larga, ¿no? ¿Te han dado el trabajo?

—Era una entrevista telefónica. Me han dicho que en un par de días me dirán si paso a la ronda siguiente —mintió Jess—. ¿Habéis acabado?

Mientras su padre y Ah Chong lo recogían todo, tomó fotos de los aparatos que habían instalado: una cocina, una campana y una nevera. No eran las instantáneas más alucinantes que había hecho en su vida, pero le dieron tiempo para pensar.

La Ah Ma había desaparecido en cuanto había puesto un pie en el piso piloto. Sospechaba que el fantasma estaba evitando a su padre.

Casi esperaba que, de un momento a otro, alguien estallara y le exigiera explicaciones sobre el accidente de las obras, pero no ocurrió nada de eso. Cuando atravesaron la oficina de camino a la salida, el tipo que los había recibido al llegar estaba al teléfono, hablando con una voz grave pero urgente. Les ofreció una sonrisa tensa y los despidió con la mano, pero no dijo nada.

El camión de bomberos estaba aparcado en la carretera que había justo al otro lado de las obras, pero la ambulancia se había marchado. Jess esperaba que aquello significara que habían podido sacar a Rijaul.

—Algo habrá pasado —dijo su padre, y echó un vistazo a las obras, pero desde donde estaban no alcanzaban a ver el desastre de los andamios—. Un accidente o vete a saber qué.

Habría sido el momento idóneo para contarle lo que había sucedido. Pero Jess vaciló, y cuando su padre entró en la furgoneta, la oportunidad se esfumó.

No hubo más canturreo en el camino de vuelta. Su padre estaba callado, centrado en la conducción durante la hora punta.

Jess le dijo:

—¿Estás bien, papá?

—¿Eh? —Su padre la miró de reojo, como si hubiera olvidado que estaba allí—. Sí, claro. ¿Qué tal te ha ido trabajando para Kor Tiao?

Jess trató de examinarlo sin que fuera demasiado obvio, algo que había aprendido a hacer con maestría cuando él había estado enfermo.

Lo veía bien. ¿Estaría fingiendo? Gestionar los sentimientos de su madre le consumía tantísima energía emocional que raramente le quedaba algo para su padre. Siempre había sido más

fácil tratar con él. Incluso cuando cayó enfermo, siguió guardándoselo todo para él, pidiéndole a su madre y a Jess lo mínimo imprescindible.

Se había pasado la tarde haciendo esfuerzos físicos. Probablemente estaba agotado. No era el momento de interrogarlo, pero la pregunta surgió casi como si tuviera vida propia.

—Papá, ¿por qué te tiene Kor Tiao haciendo esto?

—¿Eh? ¿El qué?

—Que, cuando dijiste que ibas a echarle una mano con el negocio, yo pensaba que serías consejero de estrategias comerciales, contable o algo por el estilo —dijo Jess—. Un trabajo de oficina. En cambio, te está enviando a obras y a las casas de la gente. Es como si no supiera que... bueno, que estuviste enfermo.

Un inesperado nudo en la garganta le impidió continuar. Se giró hacia la ventana y parpadeó con energía.

Se produjo un silencio de perplejidad en el lado del coche de su padre. Poco después, contestó:

—Has estado hablando con tu madre, ¿no?

Jess se atrevió a mirarlo. Había esbozado una media sonrisa, pero también parecía algo molesto. Y no con Jess.

—Esta madre tuya... no hace más que estresarte —le dijo—. Yo ya hablé con ella, pero no me hace caso. Le pedí a Kor Tiao si podía hacer este trabajo. Y él respetó mis deseos. ¿Tú crees que un machaca cualquiera puede ganar seis mil ringits al mes? Si no fuera su cuñado, no me haría ni caso.

—Ah —exclamó Jess, algo desconcertada—. ¿Tú querías instalar neveras?

Su padre se encogió de hombros.

—Se me dan bien estas cosas. —Y no mentía, siempre había sido el manitas de la casa. Su casa vieja, la que tuvieron que vender cuando su padre enfermó, estaba repleta de cosas que él había construido o reparado—. A mi edad, aprender un nuevo oficio es algo positivo, ¿no?

—Sí, pero mamá tiene parte de razón. ¿No deberías tomártelo con calma? No sé si tienes edad para hacer tantas cosas.

—No he llegado ni a los sesenta —le respondió su padre—.

No se me puede considerar una persona mayor. Todavía me queda mucho por hacer.

Se pararon en un semáforo, pero cambió a verde. Su padre hizo una pausa mientras cambiaba de marcha.

—Los doctores me dijeron que estaba bien —prosiguió—. Le comenté a tu madre que si me comportaba como si estuviera enfermo, entonces sí que no podría hacer nada. Ya solo me faltaría irme a vivir a una residencia. Todos debemos seguir adelante, tu madre también. No puede ser tan *kiasi* con todo, no se atreve a hacer nada.

»Si quisiera sentarme en una oficina con aire acondicionado y pasarme el día escribiendo correos electrónicos, Kor Tiao me lo permitiría. Quiere ayudarme. ¿Tú crees que le sirve de algo un cincuentón? Pero con este trabajo aprendo cosas nuevas, hablo con la gente, me paseo con la furgoneta. Cuando acaba el día, vuelvo a casa, sin estrés. Dile a tu madre que no se preocupe tanto. *Aiyah*, si no me las pudiera apañar solo a esta edad, a ver qué me quedaría.

Aquel era su padre antes de que perdiera el trabajo y cayera enfermo: despierto, competente, impávido. Jess había aprendido a que aquella actitud le resultara reconfortante. Se relajó, a pesar de todo.

Y en ese momento sintió también un viejo impulso, tan tapado por impresiones más recientes que casi se le antojaba nuevo; un anhelo por apoyarse en la fuerza de su padre como tantas veces había hecho, en la época en que creía que jamás le flaquearía.

Hasta entonces, ni siquiera había valorado la posibilidad de hablarles a sus padres de sus problemas. Su instinto por ocultar las partes menos agradables de su vida tomaba el control automáticamente. Era la primera vez que pensaba en ello.

Ya no estaba acostumbrada a pedir ayuda a sus padres. Tan cierto era que ellos le habían dado todo lo que tenía y eran la razón de que pudiera hacer todo lo que sabía hacer como que no estaban capacitados para tratar el noventa por ciento de los problemas que había vivido como adulta. La habían preparado para tener una vida totalmente distinta a la suya, libre de las

vicisitudes que ellos habían tenido que soportar. El resultado era que casi todos los obstáculos con los que se encontraba eran nuevos y emocionantes, y escapaban de las habilidades de sus progenitores para superarlos.

Pero la Ah Ma y su diosa no pertenecían a esa categoría. Tampoco era como si al contarles a su madre y a su padre sobre fantasmas, posesiones y dioses vengativos Jess les estuviera presentando un concepto poco familiar, como, por coger un ejemplo al azar, la idea de que su hija pudiera ser lesbiana y que eso no significa el fin del mundo. En su versión de la realidad, la gente tenía encuentros desafortunados con espíritus continuamente.

Su madre y su padre se habían pasado la mayor parte de sus vidas viviendo en el mundo de Jess, un mundo en el que Jess había aprendido a sobrevivir mediante una socialización y una educación que ellos no habían recibido. Ahora, era ella la que vivía en el mundo de sus padres.

Tal vez pudiera dejarlos entrar. Tal vez pudieran ayudarla.

—Papá, la urbanización a la que hemos ido es propiedad de Ng Chee Hin, ¿verdad?

—¿Eh? Ah, sí —contestó su padre—. Sejahtera Holdings es la empresa de Dato' Ng Chee Hin. Es un proyecto conjunto con otra compañía. —Parecía sorprendido—. ¿Y tú por qué conoces a Ng Chee Hin?

—Kor Kor y sus amigos estuvieron hablando de él el otro día. —Jess vaciló—. No es... o sea, ¿no es un mafioso?

Sonaba ridículo dicho en voz alta. Recordó al pulcro anciano que había visto en los artículos de diario cortando lazos. Era difícil imaginarse a alguien con menos pinta de gánster.

—Uy, qué va —se burló su padre.

—Es que he oído cosas...

—En su momento, sí, cuando estaba empezando —dijo su padre—. Ahora ya está limpio.

Aquella no era la negación de los hechos que Jess esperaba a partir de la respuesta inicial de su padre.

—¿Y a Kor Tiao le parece bien? —preguntó—. Pensaba que,

al ser él y Kor Kor cristianos, no querrían tener nada que ver con criminales.

—Este proyecto es legal —contestó su padre—. *Aiyah*, Dato' Ng tiene tantísimo capital que ¿para qué querría meterse en proyectos ilegales? Si piensas en los gánsteres, todos son iguales. Cuando ya se han hecho un nombre, no quieren seguir involucrados en actividades criminales. Ese tipo de negocios no son sostenibles. El dinero de verdad está en los sectores legales.

—Vaya.

—Malasia es así —prosiguió—. No se puede ser tan quisquilloso. Dato' Ng es un hombre decente, dona dinero a causas benéficas... Mucha gente con su dinero no se molestaría ni en quedarse en Penang. Se marcharían a Kuala Lumpur o a Hong Kong. Pero este es su hogar y quiere invertir en él.

»Además, debemos ser justos con él. Su padre era un recolector de látex, la familia era pobre. Cuando era joven, tuvo que ponerse a trabajar, ni siquiera tuvo oportunidad de ir a la escuela. Así, ¿cómo iba a progresar? Hoy día pasa lo mismo con los indios. Para cuando llegan al instituto, están todos metidos en una banda.

Jess suspiró. No era la primera vez que pensaba que, aunque las cosas fueran distintas, no habría querido presentarles a Sharanya a sus padres. Corrían demasiado el riesgo de que la dejaran en ridículo siendo horriblemente racistas.

—Papá...

—No les queda otra —continuó su padre—. El profesor no quiere malgastar el tiempo con ellos. No encuentran trabajo. El gánster los busca, los ayuda y les dice: «Mirad, ahora tenéis todos estos hermanos». Al final, todos acaban tomando ese camino.

Sacudió la cabeza.

—Dato' Ng es un hombre afortunado. Llegar a ese nivel... la gente normal no puede. Pero Dato' Ng es diferente. Desde que era un crío, la policía ya sabía que acabaría siendo el jefe. Le daban palizas y él no decía ni mu.

Jess estaba a punto de preguntarle cómo era que sabía tanto sobre Ng Chee Hin cuando su padre añadió:

—Tu Ah Ma era igual. Una mujer muy dura. Hacía cosas que los demás no se atreverían ni a intentar.

Jess no se esperaba eso. Su padre jamás hablaba de la familia materna de Jess.

—¿En serio? ¿Como qué?

—Ella era la que *cari makan* por la familia —contestó su padre—. Se puso a recolectar látex para dar de comer a los demás. Una vida dura. Y no le fue fácil vivir con el hombre con el que se casó, con tu Ah Kong.

Jess apenas sabía nada sobre su abuelo materno. Había muerto cuando su madre era una niña, lo bastante pequeña como para que no recordara casi nada sobre él. O eso era lo que siempre decía su madre.

—¿Qué pasaba con el Ah Kong?

—No conviene hablar mal de los muertos —respondió su padre.

Se produjo una pausa lo bastante larga como para que quedara patente que su padre tenía la intención de dejar ahí la conversación.

—¡Venga, papá! —insistió Jess—. Es mi abuelo. No se lo voy a contar a nadie.

—El Ah Kong no era responsable —contestó su padre a regañadientes—. Por eso le digo a tu madre que la Ah Ma fue capaz de criar a dos hijos. Suficientes problemas tuvo. En esta vida, ¿quién es perfecto? Hay que perdonar. No se puede *simpan dendam*. Y menos a una madre.

—No lo entiendo. ¿Qué es lo que le tiene que perdonar mamá a la Ah Ma?

Pero en ese momento ya doblaban la esquina hacia la calle de Kor Kor, y, desde el punto de vista de su padre, la conversación había terminado.

—Eso mejor que se lo preguntes a tu madre —concluyó.

—Pues vale —dijo Jess, exasperada—. ¡Ya lo haré!

Cuando llegaron a casa, su madre ya se había ido a dormir, así que el interrogatorio tendría que esperar. Aunque tampoco sería por la

mañana. Jess tenía otros planes.

A las cinco de la mañana del día siguiente, estaba acurrucada bajo las sábanas con el móvil, sonriéndole a la imagen borrosa de Sharanya.

—¿Cómo fue tu primer día de trabajo? —le preguntó Sharanya.

Jess recordó al obrero corriendo hacia los andamios, el rostro impasible de la diosa cuando Jess había levantado la mirada para verla en el otro extremo de las obras. Se estremeció.

—Raro —contestó—. No es precisamente lo que tenía pensado hacer después de graduarme, ¿sabes?

Hizo una pausa y analizó el rostro de Sharanya. Le costaba no sentirse capaz de contarle lo que le estaba pasando. Antes de llegar allí, Jess habría afirmado que ella era la única persona a la que podía confiárselo todo.

Sería muy distinto si pudieran hablar en persona. Jess habría podido susurrarle lo que estaba sucediendo en ese tierno espacio en el que los hombros de Sharanya se le unían al cuello. No habría tenido miedo a que la juzgara, al contrario que bajo ese escrutinio.

Era imposible explicárselo todo a través de una videollamada. No sabía cómo reaccionaría si Sharanya no la creyera; probablemente rompería a gritar. Eso seguro que serviría para convencer a Sharanya de que Jess estaba bien y no estaba disociándose de la realidad.

—Ya —le estaba diciendo Sharanya, con una comprensión preparada—. ¿Qué te iba a decir...? Que ya sé que te envié aquella oferta de trabajo, pero no pasa nada si no te interesa. Me pareció divertido pensar que pudieras acabar dando clases en mi universidad.

Jess se había olvidado por completo del enlace que le había enviado Sharanya.

—No, si de hecho tenía buena pinta —contestó, sintiendo un acceso de culpa—. Seguramente envíe la solicitud.

A Sharanya se le iluminó el rostro.

—¿En serio? Pues ¿sabes que yo creo que serías una gran profesora? Tienes muchísimo carisma.

—Eres literalmente la única persona del mundo que opina eso —contestó Jess, pero la mentira cariñosa de Sharanya le llenó el corazón.

Quizá Jess sí podría contarle lo de su Ah Ma, la diosa y el templo del jardín. El problema se había salido claramente de los límites de lo que Jess podía gestionar por su cuenta. Tampoco era que Sharanya pudiera hacer mucho desde donde estaba, a miles de kilómetros y varias zonas horarias de diferencia, pero poder confiar en ella sería un alivio por sí mismo.

Con todo, no se sentía del todo preparada para anunciarle que creía que la voz de su cabeza pertenecía a su abuela muerta, y menos después de haberle dicho a Sharanya que la voz había desaparecido. Ya se lo iría trabajando.

—El otro día, una de las señoras que nos visitaron nos dijo que había visto una sombra en el techo de la sala de estar —le contó Jess—. Tardé un buen rato en entender a qué se refería, pero creo que pensaba haber visto un fantasma.

—Ostras —exclamó Sharanya—. ¿Y qué dijeron los demás?

—Creo que fue la única que lo vio —contestó Jess con cautela—. Pero me dio la impresión de que todos se lo creyeron. Excepto mi tía. A ella no le hacía ni pizca de gracia la idea de tener un fantasma metido en casa.

Sharanya soltó una carcajada.

—A mí me pasaría igual con mis tías. Creen muchísimo en esas cosas. Es de locos. Y la mayoría fueron a la universidad. Será algo cultural, digo yo.

Jess había pensado contarle que creía conocer lo que había proyectado la sombra que había visto la señora Grace, que ella había visto el mismo fantasma. Era la Ah Ma, cuya voz había perturbado a Jess incluso antes de que llegara a Penang, cuya vida se había entrelazado con los sueños de Jess.

Al ver el gesto escéptico y burlón de Sharanya, no fue capaz de decírselo.

—Ya, seguro.

Eran casi las siete cuando bajó para desayunar. En la casa no se oía ni una mosca, algo que le pareció extraño, hasta que cayó en

la cuenta de que era martes. Es decir, que Kor Tiao y Kor Kor se habrían marchado con sus compis de gimnasia; formaban parte de una pandilla de mediana edad de locos del ejercicio que se reunían regularmente para andar de espaldas y hacer taichí en los Jardines Botánicos. Su madre y su padre debían de seguir durmiendo.

Estaba deambulando por la sala de estar con una taza de Milo en una mano y un plato de galletitas Hup Seng en la otra cuando echó la vista por las puertas correderas del jardín y vio a su madre sentada en el columpio.

Jess no sabía por qué tenía Kor Kor un columpio en el jardín. Era un sitio romántico, rodeado de buganvillas en flor y casi agradable por las noches cuando el calor del sol había desaparecido, pero no lo usaba nunca nadie. El día que Jess lo intentó, Kor Kor salió corriendo de casa para decirle que volviera dentro.

—Te van a picar los mosquitos, los hay a montones. Luego cogerás el dengue, ¿y qué?

Era evidente que su madre tenía cosas más importantes en la cabeza que enfermar de dengue. Había empezado a toquetear un pañuelo cuando vio a Jess, pero habría necesitado mucho más que un pañuelo, o seis, para ocultar el hecho de que había estado llorando. Jess conocía todas las señales.

—Eh, ¿qué pasa? —le preguntó Jess, y sintió un escalofrío—. ¿Está bien papá?

—¿Qué? ¿Tu padre? No se ha despertado todavía. Sigue durmiendo. ¿Por qué?

—¿Por qué estás llorando?

—No estoy llorando.

Su madre se sonó la nariz. Cuando Jess la atravesó con la mirada, su madre se derrumbó.

—¿Y qué pasa si estoy llorando? —exclamó—. ¿Que ya ni siquiera puedo llorar? ¡Pues bien que tengo motivos!

—¿Sí? —le preguntó Jess—. Tienes una hija fantástica y un buen marido. Vives en un paraíso tropical, literal. En vez de pasarte el día tirada en la playa y tomando piñas coladas, te escondes entre unos arbustos mientras amanece, llorando. ¿Qué ha

pasado?

Rodeó a su madre con el brazo y le dio una ligera sacudida.

Su madre aún no sonreía, lo que significaba que el tema era serio.

—No ha pasado nada —contestó.

Jess esperó. Tras una pausa, su madre continuó:

—Envié una solicitud para un trabajo, pero no me quieren. Anoche me dieron la respuesta. Es una tontería, *lah*.

La voz se le quebró tras aquel vano consuelo. Sorbió por la nariz y contempló, desconsolada, la bola arrugada de pañuelos que tenía en la mano.

—Voy a buscar más pañuelos —le dijo Jess.

Volvió con una caja de pañuelos y esperó a que su madre tuviera la oportunidad de destruir un par antes de añadir:

—No sabía que estabas buscando trabajo.

Su madre se encogió de hombros.

—Tú y tu padre estáis trabajando. No me voy a quedar yo de brazos cruzados, ¿no?

Jess no habría podido negar que no necesitaran el dinero.

—¿Y qué curro era?

—De secretaria de un empresario —contestó su madre—. Me pareció que podía hacerlo. El sueldo no era gran cosa, pero tampoco es que me quieran entrevistar en muchos sitios. Al no tener experiencia...

Había estado cuidando a tiempo completo de Jess cuando era una cría y, cuando ya creció, a su padre le iba lo bastante bien como para que ella no tuviera que ponerse a buscar trabajo. Había estado un tiempo vendiéndole *sambal* a otros malos nostálgicos, pero tardaba tantísimo en prepararlo y era tan intransigente con los resultados que se las había visto y deseado para sacarle algún provecho. Cuando los vecinos se quejaron del olor, su madre tuvo que recular.

Pero tampoco les había importado. Vivían cómodamente. Ni siquiera el despido de su padre les había preocupado en exceso en un principio. En aquel momento, dieron por supuesto que no tardaría en encontrar otro empleo. Lo que no habían esperado era

que cayera enfermo.

—Fui a la entrevista, y pensaba que había ido bien —le contó su madre—. Luego me llamaron. Me han dicho que quieren a una persona joven. Les preocupa que no dé la talla.

—¿Y ya pueden decirte eso? ¿No sería discriminación por edad?

—En Malasia les da igual eso —dijo su madre—. Anoche dije que me iba a dormir pronto para no tener que contárselo a tu padre. No se lo digas, ¿vale? No quiero decepcionarle.

La voz se le entrecortó, al borde del llanto.

—Papá no espera que busques trabajo —la consoló Jess—. No le des más vueltas, mamá. Nos va bien, ¿vale? Papá tiene un sueldo fijo, tenemos donde vivir...

—Pero sería mejor si tuviéramos casa propia. No es bueno que dos familias distintas vivan en una casa. Tarde o temprano, nos pelearemos.

—Vale, sí, pero...

—Y además, se acerca el Año Nuevo chino.

—Dijiste que no lo celebraríamos, porque... —Jess vaciló antes de pronunciar el nombre, pero habría sido una falta absoluta de tacto que la Ah Ma se le presentara en ese instante—. Por la Ah Ma.

Por lo visto, la muerte reciente de la madre de su madre implicaba que ella, su padre y Jess estuvieran manchados por el infortunio. No visitarían a ningún familiar durante aquel Año Nuevo chino.

— Pero Kor Kor y Kor Tiao sí harán visitas, y la gente sabe que estamos aquí —le dijo su madre—. Debemos ofrecer *angpow*. Aunque sean pequeños, tenemos que dar tantos que... La gente dirá: «*Wah*, se van a los Estados Unidos, ganan dólares, ¡y mira lo poco que nos dan».

—Que les jo... No hagas caso, mamá. ¿Qué más dará su opinión?

—Y luego tenemos las deudas... —se lamentó su madre.

Sacar el tema de las deudas no era buena idea. Las cifras eran tan astronómicas que a Jess le costaba bastante menos que a su

madre.

—Olvídate de la deuda. Los cobradores no saben que estáis aquí.

Su madre se secó los ojos.

—Al menos a ti no te afecta. Puedes volver a los Estados Unidos cuando quieras.

—Sí, y dejaros a vosotros aquí, ¿no? ¿Cómo os las apañaríais sin mí?

Su madre se enderezó.

—Pues podríamos. ¿Tan indefensos te crees que estamos?

Aquello se acercaba tanto a lo que Jess pensaba que tuvo que hacer grandes esfuerzos por controlar la expresión del rostro.

—No necesito volver. A lo mejor me quedo aquí.

Decirlo en voz alto le provocó una punzada de dolor sorprendentemente intensa. Jamás se habría imaginado que echaría de menos América. Siempre se había sentido fuera de sitio allí, con ese frágil sentido de pertenencia de los inmigrantes.

Y, sin embargo, no era nada comparado a lo forastera que se sentía en Malasia. Ni siquiera podía mezclarse entre la gente físicamente, a pesar de que la mayoría de los habitantes de Penang fueran chinos. Había algo en su forma de visitar o de andar que atraía todas las miradas incluso antes de que abriera la boca. Los vendedores ambulantes, los repartidores de Grab y los comerciantes parecían desconcertados al verla dirigirse a ellos en hokkien.

Y no parecía que la sorpresa fuera a desaparecer si su hokkien seguía mejorando gracias al fantasma de una hablante nativa.

Los ojos de su madre volvieron a llenarse de lágrimas.

—¿Tú sabes lo que daría mucha gente por un pasaporte estadounidense? —dijo—. Sacrificamos mucho para que pudieras ser una ciudadana de Estados Unidos. Si no regresas, ¿qué sentido tuvieron nuestros esfuerzos?

—Mamá —comenzó Jess, mientras su madre seguía derramando lágrimas—. Mamá, por favor. No le des más vueltas. —Le dio a su madre un apretón de consuelo—. Lo que digo es que no tienes de qué preocuparte. Papá trabaja, y le va bien, por cierto.

Lo estuve hablando con él. Me dijo que le gustaba el trabajo y que Kor Tiao no lo estaba explotando, ni muchísimo menos. Pronto podremos pagarnos algo propio. Todo se solucionará, ya lo verás.

Pero su madre había saltado del precipicio. Gimoteaba de tal manera que Jess sabía, por experiencia propia, que lo mejor era dejar que se agotara. Intentar reconfortar a su madre en ese estado no tenía ningún sentido, porque ya no lloraba por una u otra decepción o contratiempo, sino por todos, todos los golpes, pinchazos y rasguños acumulados que la vida le había infligido.

—No podemos empezar de cero —le había dicho a su padre cuando él propuso por primera vez regresar a Malasia para aceptar el trabajo que le ofrecía Kor Tiao—. Somos muy mayores. Ya no estamos en condiciones.

Al día siguiente, se levantó con un optimismo renovado, o al menos eso aparentaba. Pero Jess no había olvidado el indicio de esa grieta que, con el tiempo, había comprendido que era la armadura de su madre.

¿De veras había llegado a plantearse abrirse a su madre y a su padre? Le costaba comprender cómo había podido permitirse ese descuido. Los últimos años la habían despojado de muchas de las percepciones que tenía sobre sus padre, unas percepciones que ninguno de los dos habría querido que desaparecieran. Era aún más vital preservar las percepciones que ellos tenían sobre ella.

Finalmente, su madre se secó los ojos y esbozó una sonrisa temblorosa.

—Tu madre es de lágrima fácil —le dijo.

Jess le dio un golpecito en el hombro.

—No te preocupes.

Lo único que Jess deseaba era volver a su habitación y dormir una semana entera.

—¿Cómo te fue ayer? —le preguntó su madre, intentando aparentar normalidad. Respiraba entrecortadamente, pero las dos fingieron no percibirlo—. ¿Te fue bien trabajar para Kor Tiao?

—Sí —contestó Jess—. Estuvo bien.

DIEZ

La cercanía con el Año Nuevo chino hizo que la agenda social de Kor Kor, ya de por sí ajetreada, estuviera aún más llena. Tal vez los padres de Jess no quisieran hacer ninguna visita por su cuenta, pero el flujo constante de familiares y amigos que pasaban por la casa implicaba que acabaran viendo a todas las personas que habrían visitado en un año normal.

Trabajar para Kor Tiao tenía sus ventajas. Sí, se pasaba los días aterida de frío en un despacho con el aire acondicionado demasiado fuerte, diseñando panfletos que ni siquiera sabía si alguien necesitaría. Pero al menos ya no se esperaba de ella que se sentara y sonriera mientras ancianas y ancianos que apenas conocía discutían todo el santo día sobre su futuro profesional, marital y, en general, vital.

Seguía habiendo cenas donde tenía que aguantarlo, pero al menos pudo saltarse una de ellas cuando hizo el viaje planeado a la cafetería del hijo de Ng Chee Hin. Le dijo a su familia que iba a un encuentro para hacer contactos con otros jóvenes profesionales de Penang.

El punto rojo del párpado izquierdo ya se le había ido, llevándose consigo la posibilidad de ver a la Ah Ma, aunque no de oírla. De todos modos, su abuela se había callado un poco después de que Jess consiguiera hablar con Ah Ku por teléfono. Lo notaba bien, no de maravilla, pero tampoco parecía que se estuviera muriendo. Su tío le quitó importancia a las preguntas desesperadas de su Ah Ma sobre su salud, y rechazó el ofrecimiento de Jess a visitarle.

—*Hai*, no hace ninguna falta. Si tu madre se entera, se enfadará. Estoy bien. Estoy sentado en casa, no hago nada más. No quiero que el cabrón me encuentre. Y tú también deberías ir con

cuidado, Ah Min. Ese bastardo no cede ante nadie, ni siquiera ante una muchacha como tú.

«Dile a Ah Ku que no se preocupe —le susurró la Ah Ma—. Aquí estoy yo para protegerte. No le tengas ningún miedo a ese cabrón.»

Jess transmitió el mensaje, pero Ah Ku no parecía convencido.

—La Ah Ma es un fantasma. ¿Qué va a hacerle? Lo mejor es que te alejes de Ng Chee Hin. No llames la atención. Nos enfrentamos a él en los tribunales. Ya no podemos hacer más.

Él no había visto a la Hermana de las Aguas Negras en las obras, ni los rostros de los trabajadores al contemplar los andamios que había echado abajo la diosa. Pero no tenía sentido que lo alarmara.

—Tranquilo, Ah Ku —contestó Jess—. No tengo pensado llamar la atención.

La mañana anterior a la visita a la cafetería de Ng Wei Sherng, se aseguró de que las fotos del accidente de las obras estuvieran guardadas en varios lugares: en su ordenador, en un disco duro externo y un par de sitios web con almacenamiento en la nube.

Aún no le había enviado las instantáneas a la prensa. Había supuesto que el incidente llegaría de todas formas a las noticias; la urbanización de Rexmondton Heights era de las gordas, y el lugar se había llenado de personal de los servicios de emergencia. Pero no vio ningún tipo de cobertura, a pesar de que Kor Tiao comprara cada día los tres mayores diarios en lengua inglesa y Jess hubiera estado hojeándolos diligentemente desde el día del accidente.

Su Ah Ma resopló cuando Jess se lo comentó.

«Te lo dije. Le tienen miedo. Si escriben algo al respecto, el cabrón dejará de pagarles por la publicidad.»

Si estaba en lo cierto, no parecía tener demasiado sentido enviarles las fotos a los periodistas, pero Jess no tenía claro hasta qué punto podía creerse lo que le dijera su Ah Ma sobre Ng Chee Hin. La objetividad no era una de las virtudes del fantasma.

Lo que sí podía hacer, e hizo, era enviarle las fotografías al

obrero que le había dado su número. Pasara lo que pasara, al menos Kassim tendría pruebas de lo que había ocurrido en las obras.

Jess estableció una norma básica antes de la visita a la cafetería.

«No puedes venir —le dijo a la Ah Ma—. Si te veo u oigo, me doy media vuelta y me voy directa a casa.»

Como cabía esperar, su abuela no se lo tomó precisamente bien.

«¿Desde cuándo el médium le habla así al espíritu? “No hagas esto, no hagas aquello”. Y, para más inri, ¡soy tu abuela!»

Después de haber visto a su abuela, le resultaba algo extraño volver a charlar con una voz en su cabeza. Jess había estado tentada de pedirle a la Ah Ma que rehiciera lo de abrirle los ojos y aprovechara para marcarle los dos, pero la idea de lo que podría llegar a ver hizo que se lo pensara dos veces. El Datuk Kong no había sido para tanto, pero si tenía que volver a ver espíritus como la Hermana de las Aguas Negras por todas partes... Jess se estremeció.

«¿Ya te has olvidado de que tu Ah Ma te salvó? —continuó su abuela—. Si no hubiera ido contigo a las obras el otro día, ¿qué crees que habría pasado? ¡Pues que te habrían matado y ahora serías un fantasma como yo!»

«Ya sé que me salvaste —contestó Jess—. Y te debo una. Por eso hago esto. ¿Por qué crees que quiero ir a la cafetería de Ng Wei Sherng? ¡Le di una paliza a los hombres de su padre!»

Con todo, debía admitir que la cafetería de Ng Wei Sherng era el tipo de sitio al que habría ido sin pensárselo dos veces, salvo por el pequeño detalle de que el padre del dueño era el cabecilla de una banda que estaba intentando amedrentar a sus familiares. Echó un vistazo en Facebook a la tienda insignia. Era una tienda tradicional reconvertida de George Town, donde servían versiones fusión de la gastronomía local y celebraban competiciones de poesía por la noche.

Le generaba incomodidad la combinación que hacía la cafetería de la estética hípster internacional y los atractivos de la

zona, desde las baldosas *peranakan* bellamente restauradas entremezcladas con los muros de obra vista hasta la selección de helados innovadores. El helado de durián era un clásico, pero Jess jamás había oído hablar del *sundae* de *nasi lemak*: bolas de helado de coco sobre una base de chifón de pandan, con cacahuets garrapiñados y espolvoreado con anchoas fritas y trituradas. Le pareció todo tan apetitoso que incluso se sintió ligeramente manipulada.

«Como si tú hubieras querido pelearte con aquellos hombres —le dijo la Ah Ma—. Fueron ellos los que se metieron contigo.»

«No creo que a Ng Chee Hin le importe —contestó Jess con sequedad—. Si descubre quién soy, no seré la única que pague las consecuencias. Es uno de los clientes principales de mi tío. No puedo meterlo en líos. Si voy a entrar en su territorio, voy a tener que currármelo. No me puedo permitir perder la concentración.»

«Si no abro la boca, no debería pasar nada —se defendió la Ah Ma—. ¿Cómo voy a distraerte si no te digo nada?»

Jess se había preparado para esa discusión, pero que su abuela reconociera que había circunstancias en las que tal vez su silencio fuera más valioso que sus opiniones la cogió por sorpresa.

«Si estás segura de que puedes quedarte callada...»

«Tu abuela es más vieja que el andar —le respondió el fantasma con altivez—. ¿Tú te crees que no sé cuándo hablar y cuándo cerrar la boca?»

Tras unos instantes, añadió:

«Tu tío os ha hecho un favor. Os ha dejado vivir en su casa, que os comáis su comida... Tu padre es el hermano mayor. Cuando alguien te ayuda, no hay que darles problemas.»

«Pues eso te decía. —Jess vaciló—. Bueno, ¿me prometes que no vendrás?»

«Si vas sola y ese cabrón envía a sus *samseng* a por ti, ¿qué? No diré ni pío. Ni siquiera sabrás que estoy contigo.»

Que se hubiera comprometido a no interferir era, probablemente, todo lo que podía sacarle a su abuela. No podía negar los beneficios de llevarla consigo; Jess no tenía la menor intención de cruzarse sola con los gánsteres de Ng Chee Hin, si se

daba el caso de que apareciera alguno. Y, sobre todo, Jess no podía impedírselo. Llevaba a su abuela en la cabeza, y ahí seguiría hasta que Jess descubriera la forma de solucionar aquel pifostio.

—Hecho —concluyó Jess—. Quedamos así.

Jess no había planeado pasar demasiado tiempo en la cafetería. Su idea era darse una vuelta, hablar con los empleados y descubrir todo lo posible sobre la familia Ng.

La cafetería estaba ubicada en una fila de casas tienda tradicionales, con postigos en las ventanas de la primera planta y atractivos moldes de yeso ornamentados en la fachada. Bajo los soportales que se extendían frente a la hilera de casas habían colocado unas mesas y unas sillas de metal que no parecían nada cómodas.

Jess atravesó las puertas dobles color óxido decoradas con intrincadas tallas y la recibió un espacio interior mucho más grande de lo que se habría imaginado. El suelo era de cemento pulido, los muros estaban pintados en tonos pastel y envejecidos claramente adrede. Pasó por delante de una bulliciosa pastelería, un restaurante anejo y una zona de juegos infantil antes de salir a un patio rodeado de árboles. Había una piscina con carpas koi blancas y naranjas nadando indolentes en el agua. La gente se sentaba en diminutas mesas bajo los árboles, fumando y charlando.

En el otro extremo del patio había otro edificio. A través de las puertas abiertas, vio lo que a simple vista parecía un bar, hasta los topes de clientes.

—Hostia puta —exclamó Jess—. Y no se acaba.

—Antes eran dos tiendas, se unían por la parte trasera —dijo una voz a sus espaldas.

Jess se volvió. La voz pertenecía a un chaval que debía de rondar su edad, de una raza indeterminada, vestido con una camisa gris y unos pantalones oscuros. Transmitía cortesía, confianza e ingenio, como esa persona que sabes que sabría arreglarte el MacBook si se te cayera el café por encima.

Había algo vagamente familiar en él. Jess estaba intentando ubicarlo cuando él la vio y esbozó un gesto de sorpresa.

—Madre mía, dichosos los ojos —exclamó—. ¡Pensaba que no volvería a verte!

La última vez, las gafas de sol espejadas y la gorra le habían ocultado el rostro y el pelo, pero el acento, esa densa cobertura de inglés norteamericano sobre una base de penangita, era inconfundible.

—AirAsia —dijo Jess.

Era el chaval de la ceremonia en el jardín del templo, el que había intervenido cuando Ah Ku se lanzó hacia ella aún poseído por Kuan Kong.

—¿Cómo? —preguntó él.

Jess le señaló la cabeza.

—Es por la gorra.

—Ah, vale —contestó—. Iba a tope con el look Tony Fernandes. Qué locura. ¡Y yo preguntándome qué te habría pasado! ¿Qué haces aquí? —Hizo una pausa—. Espera, ¿has venido por el evento?

—Sí, claro —contestó Jess—. Bueno, ¿de qué evento hablas?

—De la noche de los solteros. —Por alguna razón, el AirAsia se estaba ruborizando. Señaló el bar que había al otro lado del patio—. Es allí. Se está llenando muchísimo. Vamos a comprar la casa de al lado, así que el año que viene tendremos más espacio.

—¿Cómo que «tendremos»?

El AirAsia sonrió. Tenía una sonrisa especialmente atractiva, consciente de su encanto pero sin llegar a ser ofensiva.

—Soy el dueño de este sitio. Me llamo Sherng.

Fue entonces cuando Jess cayó en la cuenta de dónde había visto antes su cara. Y no había sido en el templo.

—¿Ng Wei Sherng? —preguntó, antes de añadir—: Hablaban de ti en un artículo en *The Star*.

Pero vio que no hacía ninguna falta que se explicara. Ng Wei Sherng era una persona acostumbrada a que la reconocieran.

—El mismo —contestó—. ¿Cómo te llamas tú?

—Tía, qué locura lo de anoche —continuó Sherng—. ¿Sabes qué le pasó al médium? ¿Está bien?

Se había sentado a una mesa de metal redonda del patio, con una colilla abandonada aún humeando en el cenicero. No podía decirse que hiciera fresco, pero sí se había disipado parte del calor del día como para que estar al aire libre fuera algo agradable.

Jess agachó la vista hasta su té helado.

—Invita la casa —le había dicho Sherng cuando ella había intentado pagar.

Estaba ligeramente inclinado hacia delante en su silla, como si tuviera intención de quedarse allí un buen rato. O bien estaba ligando con ella —algo que, según Sharanya, era algo constante con Jess— o bien tenía algún motivo nefario para estar charlando con ella.

Tal vez supiera quién era: la sobrina del cuidador del templo que había estado bloqueando las obras del padre, la mujer que había espantado a los hombres de Ng Chee Hin. Pero ¿cómo iba a saberlo? Era la primera vez que se decían los nombres.

Sherng no se había comportado como si estuviera de parte de los gánsteres cuando se presentaron en el templo. Tampoco es que ella hubiera estado prestándole atención aquella noche con todo lo que estaba ocurriendo. Pero se había enfrentado al cabecilla, ¿no? Había defendido a Ah Ku.

Aunque tampoco había hecho nada por evitar que el cabecilla apaleara a Ah Ku. ¿Y no le había dicho Sherng que había sido su padre quien le había pedido que fuera al templo?

—No soy demasiado religioso —le había dicho.

Quizá no fuera más que una artimaña bien elaborada. Puede que Ng Wei Sherng hubiera sabido de la existencia de Jess incluso antes de que apareciera en el templo y por eso se había presentado. No era más que una trampa diseñada para capturar a la Ah Ma...

Pero lo cierto es que era imposible que Sherng conociera a la Ah Ma. Nadie sabía que Jess iría al templo aquel día, ni siquiera ella. Había sido un viaje espontáneo, instigado por su abuela. Era evidente que Ah Ku no tenía la menor idea de que la vería. Había cogido incluso por sorpresa a Kuan Kong, y si algo o alguien podía saber lo que por lógica no debería, era la inteligencia que había poseído a Ah Ku.

La idea tranquilizó a Jess, y analizó a Sherng. Parecía honestamente curioso. De hecho, todo en él parecía honesto. Transmitía una autenticidad que encajaba más con el entorno, con la inteligencia y sensatez con que se había reconvertido la tienda, que con el hecho de que fuera el hijo del quinto hombre más rico de Malasia.

Si era pura fachada, era un buen actor. Pero ¿quién no sería un buen actor si tu padre fuera el líder de una banda criminal? Tener vínculos familiares con el crimen organizado parecía proporcionarte mucha práctica en el arte de la mentira.

Echó un vistazo alrededor del patio, pero no había ni rastro de su abuela. Debería haber pensado en algún tipo de señal por si necesitaba sus consejos. En aquel momento, no le habría desagradado que le dijera qué hacer.

Aunque, de nuevo, sabía lo que le diría su Ah Ma: que Ng Wei Sherng era el hijo de un cabrón, sin medias tintas, y que Jess no podía fiarse de él.

—Creo que el médium está bien —contestó Jess—. Se lo llevaron al médico. Tú te fuiste, ¿no?

Sherng desvió la mirada.

—Sí, cuando el tipo aquel calentó al médium. Fui a pedir ayuda.

—¿Ah, sí? —Jess clavó la mirada en los ojos esquivos de Sherng. Estaba avergonzado, pero no solo eso. Ocultaba algo—. Pues qué raro —añadió, con una voz intencionadamente animada—, porque no vino nadie.

Sherng parecía incómodo.

—Pero pudisteis iros sin problemas, ¿verdad? Quería quedarme, pero mis padres habrían perdido los nervios. Se suponía que tenía que ir a una función con ellos aquella noche. No quería que sospecharan.

—¿Sí? —dijo Jess, sin dejar de mirarlo—. Me suena que me dijiste que fue tu padre el que te pidió que fueras al templo.

Sherng se puso como un tomate.

—Ya, joder, me has pillado. No quería que pensaras que creía en toda aquella mierda. No sabía que conocías al médium.

Jess se tensó y le dio un sorbo al té helado para disimularlo. Había, como mínimo, dos alternativas. O Sherng estaba metido en todos los chanchullos de su padre y, por tanto, sabía de la conexión de Jess con el templo, había sido testigo o le habían contado lo que la Ah Ma, con el cuerpo de Jess, le había hecho a los matones y todo aquello formaba parte de un complot intrincado para acabar con ella...

O no estaba actuando y era un chaval normal que no sabía que su padre enviaría a aquellos gánsteres a echar a los que ocupaban ilegalmente sus tierras.

Jess miró alrededor. Estaba en un espacio público, rodeada de personas que, según vio, los observaban con discreción. A fin de cuentas, Sherng era una pequeña celebridad. Probablemente estuvieran compartiendo fotos de ellos dos en redes sociales en ese mismo instante. Estaba a salvo, o todo lo a salvo que podría llegar a estar en presencia del hijo del mayor jefe criminal de Penang.

—Y yo no sabía que eras el hijo de Dato' Ng Chee Hin. —El nombre era como una palabra mágica, que atrajo irresistiblemente los ojos de Sherng hacia ella, quien, a propósito, añadió—: La empresa que está construyendo en los terrenos del templo es de tu padre, ¿verdad?

Vio cómo Sherng torcía el gesto. Su expresión, tan abierta y sincera hasta entonces, se cerró como una puerta.

—Ah, ya veo —dijo, antes de recostarse en la silla y cruzarse de brazos—. Estás acusando a mi padre de enviar aquellos hombres al templo, ¿no? ¿Por eso has venido?

Antes de que Jess pudiera responder, Sherng continuó:

—¿Para qué medio trabajas? ¿*The Edge*? Dile a tu jefe que se olvide ya de tanta pelusilla. Lleva años intentando tirarle mierda a mi padre. Y no va a encontrar nada.

—¿Grees que soy periodista?

Jess se rio, aunque no pudo evitar una ligera punzada de dolor al valorar la realidad alternativa en la que ella era una reportera que investigaba una pista, y no una gorrana perseguida por el fantasma de su abuela muerta.

—Sí, y no muy buena, si no se te ocurre una historia de

portada mejor —le replicó Sherng—. Organizamos un montón de eventos. ¿No podrías haber elegido otro? ¿Quién se va a creer que tú, precisamente tú, necesitas ir a una noche de solteros a encontrar un novio?

—Si yo te contara... —contestó Jess, recordando los familiares que no dejaban de intentar emparejarla con otros jóvenes que conocían—. ¿Podemos volver a hablar de qué pintaban los matones de tu padre en el templo?

Lo pidió mucho más alto de lo que pretendía. Varias cabezas se giraron hacia ellos, mirándolos ya sin contemplaciones. Sherng les sonrió con nerviosismo.

—Bravo, oye —le dijo a Jess—. Muy buena interpretación. Vas a clavar el *casting*.

Independientemente de lo que fuera, o supiera, Sherng no sabía mentir. Nadie se habría creído que Jess estuviera ensayando el guion de un *casting*. Pero las personas de las otras mesas comprendieron cuál era su verdadera intención: Sherng quería desviar la atención.

Él bajó la voz mientras los clientes fingían apartar la mirada.

—Mira, si quieres hablar de esto, ningún problema. Pero aquí no.

Que no estuviera actuando no significaba que Jess pudiera fiarse de él.

—Estoy bien aquí. Rodeada de gente —respondió, mordaz.

Sherng la miraba fijamente.

—¿Estás...? ¿En serio crees que soy peligroso o algo? —Parecía dolido—. No voy a hacerte nada. Ostras, has sido tú la que se ha presentado en mi cafetería. No tengo por qué hablar contigo.

Jess contestó:

—Tienes razón. Lo siento.

Casi podía oír a la Ah Ma implosionando de pura rabia. Intimidar a todas las personas con las que se cruzaba puede que le funcionara a su abuela, pero estaba muerta; no tenía nada que perder. Si Jess pretendía seguir con vida, debía hacer las cosas a su manera. Lo que incluía, a veces, decir verdades a medias.

—Quiero que hablemos —concluyó, antes de bajar la voz—.

Pero teniendo en cuenta quién es tu padre, creo que es justo que prefiera que charlemos en público.

—Solo quiero salir —le dijo Sherng, antes de girarse y añadir —: Señora, si me hace otra foto, tendré que pedirle que se marche de mi cafetería.

Apartó la silla y se puso en pie.

—Venga. Necesito un cigarro.

ONCE

Bajo los soportales que había frente a la cafetería, Sherng sacó un cigarro dándole un golpecito al paquete y se lo ofreció a Jess.

Ella negó con la cabeza.

—No fumo.

Se preguntó por qué Sherng no la había echado. No se había equivocado al decir que no tenía por qué hablar con ella. Dudaba que fuera porque quisiera limpiar su imagen ante los ojos de una chica guapa, ¿no? Jess no estaba tan buena.

—Yo tampoco debería fumar —contestó Sherng taciturno, antes de darle una calada al cigarrillo—. Mi ex no lo soportaba.

Jess estaba esperando a que mencionara a la heredera. Lo había estado juzgando a partir de su silencio sobre el tema, pero su opinión sobre él pasó por un rápido reajuste. Un instante más tarde, se arrepintió de haberse preocupado por él.

—Bueno, dime. ¿Qué pasó aquella noche en el templo? No llamaste a la policía.

—No. —Sherng vaciló—. Mira, solo hablaré contigo si esto queda entre nosotros.

—Que no soy periodista, de verdad —contestó Jess.

Sherng la miró de reojo.

—¿Y por qué te interesa tanto? ¿Quién eres? —Se le había ocurrido algo—. ¿Te llamas Jess, o ni eso?

—Sí —respondió Jess, aunque, en cierta manera, era una mentira.

Jessamyn no era su nombre real. Su madre lo había escogido cuando se mudaron a Estados Unidos para facilitarle la vida en la escuela. Tanto en el pasaporte como en el certificado de nacimiento figuraba el nombre Teoh Sze Min.

Siempre había mantenido una relación complicada con su

nombre, sobre todo tras llegar reticentemente a la conclusión de que no era hetero. Era casi demasiado oportuno que el nombre con el que ella misma se llamaba fuera invisible en los registros oficiales.

—Fui a hablar con el médium de un templo y le acabaron dando una paliza unos matones —dijo Jess, y se cruzó de brazos—. Digamos que era una testigo interesada.

El gesto de Sherng no delató si era consciente de que Jess hubiera pasado por alto la verdadera naturaleza de su relación con el médium en cuestión.

—Llamé a mi padre, por si quieres saberlo. No porque creyera que hubiera enviado a aquellos tipos —añadió rápidamente—. Pero si alguien podía descubrir quién había sido, era él. Sabía que podría ayudarnos más que la policía.

—¿Porque él también tiene a sus propios matones? —preguntó Jess.

Sherng la fulminó con la mirada.

—Mira, no sé lo que has oído sobre mi padre, pero no te fíes de lo vayan diciendo por ahí de él, ¿vale? A la gente le encanta soltar mierdas sobre mi padre. Es lo que tiene ser una persona con éxito, que te granjeas enemigos. Pero ya te digo yo que él no sería capaz de algo así.

Su acento malayo iba saliendo más y más a la superficie a medida que se enfadaba. «Rebaja la tensión», pensó Jess. No quería cabrearlo hasta el punto de que dejara de hablar.

—Sé que es tu padre —dijo con cautela—. Pero a veces ni nos imaginamos de lo que son capaces nuestros padres.

—No digo que no sea capaz de hacerlo porque sea una buena persona —contestó Sherng—. Es un empresario. Es duro, pero es justo. Y, sobre todo, no es imbécil. ¿Para qué iba a necesitar que un par de brutos vaciaran el templo? Su empresa es la dueña de las tierras.

—Y hay un juicio por medio, ¿no?

Sherng le restó importancia con una impaciente calada al cigarro.

—No van a fallar en su contra. Tiene la ley de su lado. No hay

ninguna razón que justifique que mi padre corra tantísimos riesgos cuando lo único que debe hacer es esperar.

Parecía plausible. Pero aquello era lo mismo que diría Ng Chee Hin, ¿no? Difícilmente admitiría haber contratado a unos matones.

—¿Eso te dijo?

—Es de cajón. —Sherng suspiró—. No dejo de decirle que el tema se le está yendo de las manos. No da buena imagen ser el Goliat en una situación de David y Goliat. ¿Y ahora encima hay gánsteres involucrados? ¿Se está amenazando a los ancianos que rezan en el templo? Yo le dije: «Papá, sea quien sea el culpable, nos va a joder pero bien, a todos».

Por fin llegaban a algo.

—¿Crees que el culpable puede ser a alguien que él conozca? —preguntó Jess.

—Tendría que ser alguien que esté metido en la promoción, ¿no? —Sherng parecía haber olvidado que Jess no estaba de su lado. Era como si estuviera pensando en voz alta—. Es un proyecto gordo. Sejahtera es uno de los socios, pero hay muchísimo dinero en juego, lo bastante como para que alguien actúe con imprudencia.

—¿Por qué estás tan seguro de que el imprudente no es tu padre? —preguntó Jess, con una curiosidad genuina.

—Créeme: a mi padre no le hace falta el dinero —contestó Sherng—. Está ya en otra fase. Ahora quiere entregarse a la sociedad. Si abres un periódico, verás que siempre está ayudando a alguien, donando dinero a causas benéficas. Por eso le dije que tenía que meter en vereda al culpable.

—¿Y qué te dijo?

Sherng se encogió de hombros, molesto.

—Vamos a ver, es un padre asiático. ¿Tú has intentado alguna vez darles consejos a tus padres? ¿Qué te han dicho?

Jess reflexionó unos instantes.

—Suelen ignorarme. Te lo compro.

—Pues eso. —Sherng dio una calada plomiza al cigarrillo—. La conversación no acabó como esperaba. Mi padre se cabreó

conmigo igualmente por haber ido al templo. Está intentando que no me acerque al sitio.

—¿En serio? ¿Por qué?

—¡Mira esto! —Sherng hizo un gesto hacia la cafetería—. ¿A ti te parece el negocio de una persona que disfrute destruyendo el patrimonio? Quiero dejar el templo en paz. Le dije a mi padre que podían construir alrededor, pero cree que no cuadraría con sus planes. Quieren una urbanización moderna, y hay personas que no quieren vivir puerta con puerta con los dioses.

—¿Y a qué fuiste? —preguntó Jess—. ¿A echarle un vistazo antes de que desaparezca?

—Estaba investigando un poco. Tengo una idea para la zona —contestó Sherng—. Me pareció que lo mejor era ver el lugar antes de presentarle el plan a mi padre, por si no acababa de funcionar con lo que tenía en mente. Pero es perfecto. ¡Ya lo viste! El templo mola, ¿no?

Jess estaba demasiado angustiada durante la visita al templo del jardín como para admirarlo, aunque sí lo recordaba: la higuera sagrada, esa forma que tenía el jardín de fundirse con el entorno; los senderos serpenteantes, cubiertos de hierbajos; las estatuillas de deidades en los altares en ruinas.

—Mola mucho, sí —admitió.

—Penang está a rebosar de sitios así. Joyas ocultas. Pero cuesta que la gente las vea, sobre todo las personas como mi padre. Ha tenido que luchar por todo, así que es muy pragmático. Su generación, la gente con la que trabaja, ven una parcela y piensan en pisos, centros comerciales, oficinas. Creen que es la única forma de aprovechar la tierra. Pero ese templo es especial. Sería una pérdida tremenda que lo destruyeran. Un acto criminal.

Era imposible dudar de su pasión.

—¿Qué harías con él? —preguntó Jess.

—Las posibilidades son infinitas —contestó Sherng—. Empezaría con puestos de comida y bebida. Imagínate tomarte algo entre todos aquellos árboles y altares. Es superevocador. A la gente se le iría la olla. Y se podría continuar. Es un espacio alucinante, el potencial no tiene límites. Podrían celebrarse todo

tipo de eventos, como sesiones de fotos de boda... O, qué coño, bodas enteras. Cada vez hay más mercado para las opciones más extravagantes.

—¿Quieres convertir el templo en una cafetería hípster?

Incluso ella se sorprendió de lo mucho que le repulsaba la idea, como si fuera un sacrilegio. Y era extraño, porque solo había estado allí una vez y no tenía intención de volver en el futuro, pero, de repente, tomó conciencia de la fuerte conexión que sentía con el templo del jardín. Volvió a recordar cómo el viento mecía las cortinas de vides que pendían de la higuera sagrada, los altares rojos desgastados ubicados entre las raíces. Sherng no debía de haber prestado demasiada atención si solo veía el jardín y los altares como un mero atrezo.

—¿Qué problema hay con dejarlo como está? —le preguntó.

A Sherng le bastó una mirada para decirle que le estaba decepcionando.

—El templo está en unas tierras que valen millones. Si no encuentras una forma de sacarle provecho, lo acabarán derribando antes o después. ¿No sería mejor preservarlo? Si quieres conservar ese tipo de lugares, deben tener un sentido para la gente de ahora, para los jóvenes, y no solo para viejos que quieran el número de la lotería o una cura para la gota.

Jess debía de transmitir escepticismo. De repente, Sherng soltó una carcajada.

—¡Bingo! No hay recompensa posible para los tibios —continuó—. Tú me crees un gran villano empresarial y mi padre opina que el corazón me pierde. Que no tengo sentido común. Cuando abrí esta cafetería, me decía: «¿Quién va a venir? Con ese edificio tan viejo, y esos muebles tan *lauyah*». Lo que más detestaba eran los muebles *vintage*. Me decía que si no era capaz de permitirme unas sillas nuevas, por qué no le pedía dinero. No se lo podía creer cuando empezamos a generar beneficios. Opina que tengo una fijación rara por las cosas antiguas. No se da cuenta de lo práctico que es.

—Si por práctico te refieres a que lo aprovechas para sacar provecho...

—Sí, me da dinero. Pero también tienen alma —replicó Sherng—. Mi idea no sería tan ambiciosa... Usos mixtos, tiendas, comida y bebida, residencial. No puedo aspirar al rédito de una urbanización de lujo. Mi idea se basa en mantener una parte del viejo Penang vivo en el nuevo Penang.

Jess se acordó de la Ah Ma.

—A lo mejor no pasa nada por dejar que lo viejo desaparezca. Sherng parecía traicionado.

—¿No quieres salvar el templo?

—Creo que habría que dejarlo como está —dijo Jess—. No tiene por qué ser nada más. No pasa nada si acaba olvidándose, pero no debería destruirse ni reconvertirse.

Sherng sonrió.

—Y mi padre piensa que soy un romántico. Deberíais conocerlos.

Jess agachó la cabeza para que Sherng no descubriera que no tenía la menor intención de conocer jamás a Ng Chee Hin.

Los dos se sumieron en un breve silencio. Sherng se encendió otro cigarrillo.

—¿Qué pasó cuando me fui? —preguntó—. Volví al templo tras la función, pero ya os habíais ido. Me has dicho que el médium estaba bien, ¿no?

—Sí —respondió Jess tras una pausa—. Creo que los matones se asustaron después de apalizarlo. Empezaron a discutir entre ellos y se acabaron yendo.

Dejaría que Sherng la reprendiera por mentirosa si descubría quién se había deshecho en realidad de los matones aquella noche. Jess lo negaría todo. De todos modos, ¿quién podría creerla capaz de enfrentarse a una banda de brutos?

—Joder. Voy a tener que hablar con mi padre.

No parecía entusiasmarle la idea. Quizá pudiera confiar en él. Tal vez le estuviera contando la verdad. Al menos, Jess podía creer que él no pensara que su padre hubiera enviado a los gánsteres.

Aunque eso no significara que tuviera razón, pero sí que había hallado un acceso. Un aliado potencial.

Se acordó del obrero, Kassim, interrogándola sobre su

visibilidad en redes sociales. Allí tenía la oportunidad de hablar con alguien que realmente podía marcar la diferencia por Kassim y los demás obreros, si le preocupaba su situación.

—Hay otro tema que a lo mejor puedes sacarle a tu padre —dijo, y sacó el móvil—. ¿Te has enterado del accidente de las obras?

Sherng puso un gesto de desconcierto.

—¿Qué accidente?

Jess le entregó el móvil, y lo oyó contener el aliento cuando vio la imagen de los andamios derruidos.

—Fue el lunes —le explicó Jess—. Se quedó atrapado un hombre. Podría haber muerto. Los trabajadores llevan tiempo quejándose por problemas de seguridad, equipos que fallan y demás, pero afirman que los han ignorado. —Su mirada y la de Sherng se cruzaron—. Tu padre tiene un problema gordo entre las manos.

La Ah Ma aguardó con una paciencia sorprendente para hablar hasta que Jess estuvo a un par de manzanas de la cafetería.

«¿No coges un taxi?», le preguntó.

Había caído la noche, pero George Town seguía llena de vida, de personas que inundaban las calles ahora que el calor del día se había reducido. Jess pasó por delante de restaurantes abarrotados y bares llenos de turistas.

Le sentaba bien salir de casa. No se había dado cuenta de lo mucho que la estaba afectando pasar todo el día con la familia. Los miembros vivos eran casi tan estresantes como los muertos.

—Me apetecía pensar —contestó.

Se notaba insatisfecha, con ese tipo de inquietud que exige echar a andar, a pesar de que su encuentro con Sherng hubiera ido razonablemente bien. Estaba ilesa, no la habían amenazado y el hijo del mismísimo Ng Chee Hin le había prometido que actuaría.

Le había convencido la sorpresa de Sherng al enterarse del incidente en las obras, aunque hubiera modificado los hechos de arriba abajo. Había mencionado que los trabajadores creían que el accidente lo había provocado un espíritu despechado, pero eso fue

todo lo que dijo sobre los aspectos sobrenaturales de la cuestión. Al fin y al cabo, Sherng le había respondido que él no creía en esas mierdas.

Cuando él le había preguntado si sabía por qué el obrero había echado a correr hacia los andamios, ella se había encogido de hombros.

—Era un caos —dijo ella—. Por lo visto, llevan un tiempo soportando fallos de las máquinas y accidentes. Seguramente perdiera los nervios.

Estrictamente hablando, no había dicho nada que fuera incorrecto. Jess tenía muchísima experiencia mintiendo cuando contaba la verdad.

Sherng se había pasado la mano por el pelo.

—No tenía ni idea. Joder. Qué movida... —Vaciló—. ¿Le has enseñado a alguien las fotos?

Jess arqueó las cejas.

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Puedo pedirte que no se lo digas a nadie? Sé lo que parece —se apresuró a añadir—, pero te lo digo de buena fe. Si las publicas, perderás la ventaja que tienes frente a mi padre. Si hablo con él y le digo que podemos solucionarlo sin que se levante la liebre, es más probable que esté dispuesto a escucharme.

—Le he enviado las fotos a algunas personas —contestó Jess, sin dejar de mirarlo—. Pero creo que todavía no tienen pensado publicarlas. Y yo no las he compartido en ningún sitio público.

—Vale. O sea, que aún tenemos tiempo. Mi padre seguramente no sepa lo que está pasando.

—¿En serio? —preguntó Jess por inercia. ¿Qué creía que haría, levantar la mano y admitir que su padre era un gánster despiadado?

—Es la última persona a la que el contratista se lo contaría, con la que compartiría los problemas —dijo Sherng—. Ya han tenido problemas con el contratista. Las obras van con retraso, y no solo por el juicio. —La miró fijamente—. Dame una oportunidad.

Le había prometido que tendría noticias suyas la semana siguiente. («Mi padre está en Bangkok. Estas cosas es mejor

hablarlas en persona.»)

Aquello era una victoria. Nadie estaba en mejor posición para persuadir a Ng Chee Hin de que hiciera algo que su hijo y heredero.

Y sí, Jess podría haberle dicho a Sherng que se fuera a la mierda y haber publicado las imágenes en todas las redes sociales, a pesar del triste número de seguidores que tenía en Facebook. Podría haberlas enviado por correo electrónico a todos los medios de comunicación que encontrara.

Pero si la prensa le tenía miedo a Ng Chee Hin, si ni siquiera la policía se atrevía a enfrentarse a él, ¿qué ganaría con esa estrategia?

—Díselo al mundo. Enséñales las fotos —le había pedido el albañil.

Pero lo que quería era reivindicar sus derechos, no que se hiciera una campaña en redes sociales que tal vez quedara en nada. Le había pedido que se lo dijera al mundo, y ella se lo había contado a alguien. Y tampoco había accedido a no publicarlas. Sencillamente estaba esperando a ver de lo que era capaz Ng Wei Sherng.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó a la Ah Ma.

Hasta que un chaval con el que se cruzó le dirigió una mirada de extrañeza no cayó en la cuenta de que estaba hablando en voz alta. Rebuscó en el bolso y se puso un auricular en la oreja para que pareciera que estaba hablando por teléfono. Siempre tenía la posibilidad de comunicarse mentalmente con la Ah Ma, pero hablar en voz alta le proporcionaba una sensación reconfortante, aunque ilusoria, de distancia entre las dos.

«Es un buen chico —juzgó su Ah Ma—. Menuda suerte ha tenido el cabrón. La mayoría de los hijos de los ricos no saben comportarse.»

Que aquella opinión coincidiera, en líneas generales, con la de Jess la cogió por sorpresa. No esperaba que su Ah Ma sintiera por él más que sospechas.

—¿Crees que puedo confiar en él?

«Para nada, *lah*. Si es *guai*, si obedece a su padre, no te puedes

fiar de él. ¿Pasa algo?»

—No —contestó Jess, un puro acto reflejo, y las dos lo sabían—. Me ha dicho que hablaría con su padre de lo que ocurrió en las obras, pero no sé si eso va a servir de algo.

La Ah Ma resopló.

«No va a servir de nada. Que el muchacho diga lo que quiera; el cabrón del padre no va a detener las obras.»

Jess había llegado al final del soportal por el que caminaba. Una calle atravesaba las filas de tiendas y bullía con coches y motocicletas. Se detuvo, esperando a que el tráfico le diera un respiro y pudiera pasar.

—Ah Ma, tú conoces a la diosa. Fuiste su médium. ¿Qué podríamos hacer para aplacarla?

La Ah Ma no respondió inmediatamente. Jess había cruzado la calle e iba camino del siguiente bloque cuando el fantasma habló.

«Los dioses son muy simples. Si les rezas y presentas ofrendas en el momento adecuado, están contentos. Si vas y les *kacau* los templos, si no los respetas, no están contentos. Esta gente quiere destruir el lugar, ¿cómo no va a enfadarse?»

—¿Y si consiguiéramos que Ng Chee Hin le rezara? —preguntó Jess—. ¿Serviría?

«Si alguien te ofrece un regalo y aun así pretende destruir tu hogar, ¿lo aceptarías?»

—Obviamente, Sherng tendría que convencerlo para que dejara el templo en paz —dijo Jess—. Pero pongamos que es posible y que conseguimos que presente una ofrenda...

«La diosa no puede *layan* a ese cabrón. —La Ah Ma hablaba con frialdad—. ¿Te crees que es tonta? Si quieres rezarle, debe haber sinceridad en tu corazón. Un hombre inútil como ese mamón, que dice una cosa y piensa otra, ¿qué dios querría sus ofrendas? Ya puede comprar todos los cochinitos que quiera y pagar por todo el incienso del mundo. Cuando muera y vaya al infierno, ¡seguirá sufriendo!»

—Vale —contestó Jess, haciendo un esfuerzo por no perder la paciencia—. ¿Y si convencemos a Sherng para que lo haga él? A mí

me parece bastante honesto.

«¿Quieres pedirle al hijo que vaya al templo y le rece a la diosa?»

—Le gusta el templo. Si le digo que mi abuela era médium y que debe rezar para mostrar respeto...

«Nada, olvídate. No puedes hablarle de tu Ah Ma.»

Hasta ahí llegaba la idea.

—Pues...

«Dile que te lo ha pedido Ah Ku —le propuso su Ah Ma—. Pero no le digas que es tu tío. Límitate a decirle que te lo ha pedido el médium.»

Jess parpadeó.

—¿Crees que merecerá la pena?

«Tal vez. Si el hijo le hace una ofrenda a la diosa y le pide que deje de perjudicar a los obreros, puede que esté dispuesta a perdonar —respondió su abuela—. Y que tu Ah Ma también pueda continuar su camino.»

Jess ni siquiera había pensado en los beneficios colaterales de apaciguar a la diosa.

—Ah, ¿te irías?

«¿Tú crees que me gusta ser un *hantu*? Soy como un fantasma hambriento. No estoy ni aquí ni allí. Si pudiera, por supuesto que continuaría hacia la siguiente vida. Si sigo aquí es por el problema con la diosa.»

—Vale. —Jess respiró hondo y soltó el aire deprisa—. Le diré que nos vemos en el templo.

Había intentado evitar el recuerdo de la Hermana de las Aguas Negras, pero en aquel momento era inevitable que se le apareciera la imagen de la diosa, una diminuta figura empequeñecida por edificios incompletos, entrecerrando los ojos ante el sol.

Jess sintió un escalofrío a pesar de la calidez de la tarde. Agradeció el bullicio que la rodeaba.

—La diosa no... —Jess se detuvo y tragó saliva—. No nos hará nada, ¿verdad?

«¿Por qué? Le tienes miedo, ¿eh?»

—La he visto tratando de matar a un hombre, un poco nerviosa sí que estoy.

«Tú no eres la que está levantando una urbanización en sus tierras —respondió la Ah Ma—. No tienes de qué preocuparte. Pero escucha a tu Ah Ma. Envíale un WhatsApp a Ah Ku y dile que vaya también.»

—Ah, bueno —dijo Jess. No veía de qué podía servirles Ah Ku si la diosa perdía los estribos—. Creo que no vale la pena molestarlo. ¿No debería descansar?

«Es el guardián. Si vamos al templo, hay que avisarlo. Dile al chaval que no se lo cuente a su padre. No nos daría más que problemas.»

DOCE

A Sherng pareció entusiasmarle la idea de quedar con el guardián en el templo del jardín para poder explicarle lo que tenía en mente para el lugar.

Sí, me encantaría charlar con él.
¿Después del Año Nuevo chino?

El Año Nuevo chino duraría dos semanas. Kassim le había enviado a Jess un mensaje por WhatsApp en el que le preguntaba si ya había publicado las fotos en algún sitio. Él y sus compañeros estaban en contacto con una ONG para exigir mejores protecciones al contratista, pero por lo visto agradecían cualquier publicidad que ella pudiera hacerles.

Si iba a colgar las fotos en internet, el período de fiestas sería un momento idóneo, cuando todo el mundo estuviera en casa con el móvil en la mano. Pero antes quería ver qué podía ofrecerles Sherng.

¿Podrías mañana?

Se había arriesgado, puesto que el sábado faltarían solo dos días para la víspera del Año Nuevo, cuando la gente cenaba con sus familias, pero Sherng aceptó.

Jess se guardó el detalle de la diosa vengativa que rondaba por las obras de su padre y que debían aplacar. Era una explicación que prefería hacer en persona, idealmente a través de Ah Ku.

—Es posible que tengas que aparecerte —le dijo a su Ah Ma—. Por si no se lo cree.

«No te preocupes —respondió su abuela—. Se lo creerá.»

Era casi mediodía cuando Jess llegó al aparcamiento bañado por el sol que había frente al templo. El patio de puestos ambulantes de comida estaba sumido en la calma; era demasiado tarde para desayunar y demasiado pronto para comer, pero seguía emitiendo una agradable mezcla de sonidos humanos: el repicar de ollas y sartenes, el silbido del aceite, personas gritando órdenes por encima de las voces en cantonés de los televisores. Con ese telón de fondo, la jungla no parecía más que un montón de árboles despojados de cualquier tipo de misterio o amenaza.

Sherng ya había llegado al templo. Estaba absorto en su móvil, pero levantó la cabeza cuando Jess llegó a la parte superior de las escaleras, y su mueca de concentración dejó paso a una sonrisa.

Jess no se la devolvió. Estaba demasiado asustada.

El jardín estaba hasta los topes de personas sentadas en los tejados de los altares, fumando, bebiendo y comiendo aperitivos. Otras se deslizaban por los caminos, o se agrupaban alrededor de las plantas. En un pequeño banano silvestre había tres mujeres que chismeaban. De alguna manera, habían conseguido sentarse dentro del árbol.

Pero no eran mujeres, sino espíritus. Todos eran espíritus. Jess le había pedido a la Ah Ma que le marcara los ojos y volviera a abrírseles al mundo espiritual. Si pretendía aventurarse en los dominios de la Hermana de las Aguas Negras, daba por hecho que le convendría ver todo lo posible. Lo que no esperaba era que hubiera tanto por ver.

Por suerte, los espíritus no parecían interesados en ella. La miraban de reojo al pasar, antes de volver a centrarse en lo que estuvieran haciendo, aunque hubo algunos que le hicieron un gesto de cabeza a la Ah Ma, como si la hubieran reconocido.

—Oye, cuánto tiempo —decían con alegría—. Ya te has muerto, ¿eh?

Sherng se lo estaba perdiendo por completo.

—Qué raro, no tengo cobertura. ¿A ti te funciona?

A Jess le llegó una notificación justo cuando cogió el móvil; era un mensaje de su madre, en el que le recordaba que no se

comiera la yaca de la fiambarrera de la nevera, solo la que había metida en una bolsa de plástico, porque la de la fiambarrera era la yaca de Kor Kor, y si Jess la tocaba, estallaría inevitablemente una guerra civil. A Jess ni siquiera le gustaba la yaca.

—Sí.

—Estás con Gigi, ¿no? —le preguntó Sherng—. A lo mejor debería cambiarme de compañía.

Él echó un vistazo alrededor del jardín. Jess se imaginaba el remanso de paz que debía de parecerle bajo los rayos del sol, con las altas hierbas meciéndose con la brisa. Jess se obligó a mantener la vista alejada de los altares que había debajo de la higuera sagrada.

—Es hermoso, ¿no te parece? —le dijo Sherng, y suspiró—. Tengo que conseguir que mi padre venga a verlo. Quizá si lo conociera...

Pero Jess sabía la opinión que le merecería el templo al padre de Sherng, porque sería la misma que compartirían sus padres, aunque no pudieran percibir a los espíritus que lo habitaban. A través de los ojos de una persona mayor, el lugar era un desastre, lleno de malas hierbas y de peligros, tanto físicos como espirituales. Las pintorescas vides y enredaderas zumbaban por los insectos; el sotobosque estaba sin duda repleto de serpientes; en el estanque, con sus plácidas tortugas deleitándose con los rayos del sol, bien podrían haber clavado un cartel que rezara DENGUE GRATIS PARA TODOS. Y en cuanto a los curiosos altares y las deidades que cobijaban...

—Quizá no serviría de nada —contestó Jess, reprimiendo un chillido. Acababa de procesar que las mujeres del banano tenían los pies fijados a los tobillos en la dirección contraria, apuntando hacia dentro. Apartó rápidamente la vista de ellas—. Porque..., mmm..., no todo el mundo ve lo mismo cuando mira algo.

—Tienes razón —respondió Sherng. Probablemente pensara que Jess estaba recitando alguna especie de cliché, en lugar de hacer una afirmación muy cierta, literal, en aquel preciso instante—. Me dijiste que el médium quería charlar conmigo, ¿no? Y, a todo esto, ¿de qué lo conoces?

Antes de que Jess pudiera responder, Ah Ku emergió de detrás de la higuera sagrada. Iba vestido con algo más de formalidad que la última vez que lo vio, con un polo y unas bermudas, y cargaba con una bandeja de bebidas.

—Hola, hola —saludó—. Este es el muchacho, ¿no?

—Me llamo Ng Wei Sherng —respondió él—. ¿Cómo estás? Lo que ocurrió el otro día fue horrible. Quiero que sepas que estamos muy preocupados, y que queremos solucionar esta situación. —Vaciló unos instantes—. ¿Fueron graves las heridas?

—*Aiyah*, estoy bien, tranquilo—contestó Ah Ku, restándole importancia a la paliza que le había propinado el cabecilla de los matones con un movimiento de la mano. Torció el gesto, lo que dejaba sin demasiado valor sus palabras—. ¿Queréis té de crisantemo? He preparado para todos. Hoy hace calor, conviene beber más.

Sherng lo rechazó con educación.

—Gracias, señor, pero estoy con la dieta keto.

—A ti te gusta el té de crisantemo, ¿verdad? —le preguntó Ah Ku a Jess—. Venga, bebe. Es muy refrescante, es bueno para el cuerpo.

Ah Ku transmitía unas vibraciones extrañas. A pesar de su extravagante recibimiento, no era capaz de mirar a Jess a los ojos. Casi parecía avergonzado.

Ella aceptó la taza ante su insistencia, echando un vistazo discreto a la Ah Ma. El rostro siempre cambiante del fantasma no delataba nada.

—No sé quién envió a aquellos hombres —dijo Sherng—. Pero vamos a descubrirlo y arreglarlo. Lo que ocurrió fue inaceptable.

Había dicho que él no sabía quién los había enviado, pensó Jess. En singular. Se preguntó si el padre de Sherng sabría siquiera qué se traía el hijo entre manos, si Sherng le habría informado de que tenía pensado volver al templo.

—Así es la vida del médium —dijo Ah Ku—. No se puede predecir el futuro. ¿Queréis ver el templo? Os hago una visita.

—Me encantaría que nos enseñaras el templo —contestó

Sherng con educación, pero le dirigió a Jess una mirada de desconcierto. Era evidente que esperaba una cierta hostilidad por parte del guardián del templo que su padre pretendía echar abajo.

Jess no podía ayudarlo.

«Ah Ma, ¿qué pasa?»

—¿De qué hablas? —replicó la Ah Ma—. No pasa nada.

La voz le temblaba con un entusiasmo apenas reprimido. Jess no habría sabido decir por qué el miedo le atenazaba el cuerpo. Tal vez fuera por los espíritus a los que con tanta cautela evitaba mirar, o la cercanía con el altar de la Hermana de las Aguas Negras, a cobijo bajo la higuera sagrada. A pesar de los rayos del sol y el calor, un escalofrío le recorrió la columna.

Algo no iba bien.

«Teníamos un acuerdo —le recordó a la Ah Ma—. Si te hago una pregunta, me respondes. Y debes decirme la verdad.»

—Solo quieres pelearte con tu abuela, siempre igual. Bébetelo té, rápido.

—¿Por qué no le contamos a Sherng por qué le hemos pedido que venga? —le preguntó Jess en voz alta a Ah Ku.

—Acábate primero el té —respondió su tío—. Así me llevo la bandeja.

Estaba inquieto, mucho más nervioso de lo que parecía justificado por las circunstancias.

—Es que no tengo demasiada sed —contestó Jess—. Ya me lo tomaré más tarde.

Alargó el brazo para devolver la taza de té a la bandeja.

—¡Si Ah Ku te dice que te tomes el té, tú te lo tomas! —le gruñó su Ah Ma.

Jess no sabía que la Ah Ma fuera capaz de interactuar con el mundo físico sin cuerpo. Por eso precisamente necesitaba la ayuda de Jess. Y por eso no estaba preparada cuando la Ah Ma la agarró del brazo.

El tacto de la mano de su abuela fue más bien delicado, a pesar de la fuerza que claramente estaba ejerciendo; Jess apenas sentía la presión de aquellos dedos fantasmagóricos en la piel. Si la Ah Ma no la hubiera sorprendido con la guardia baja, no habría

podido acercarle la taza a los labios. Pasmada, Jess tragó parte del líquido contra su voluntad. El resto del té acabó vertiéndosele en el pecho.

«¡Otra taza!», gritó la Ah Ma.

El fantasma se había desvanecido. Jess contempló cómo su propia mano se acercaba a la bandeja que sostenía Ah Ku y los dedos se cerraban alrededor de una segunda taza de té. Se había bebido ya la mitad cuando Jess consiguió recuperar el control y lanzar la taza, que cayó al suelo y echó a rodar.

Tomó aire, tratando de despejar la mente, pero no consiguió más que empeorar las náuseas. El mundo le daba vueltas y notaba el suelo inestable bajo los pies. A través del mareo, percibió la congoja que surcaba el rostro de Ah Ku, como si él no fuera el primer culpable.

—¿Jess? —exclamó Sherng—. ¿Qué está pasando?

—¿Qué me has puesto en el té? —trató de decir Jess.

Pero su boca ya no era suya. Con un hokkien autoritario y familiar, su voz dijo:

—¿Por qué has puesto tan poco? ¡Sigue despierta!

Porque ahí era donde se había marchado la Ah Ma, por supuesto. De vuelta al interior de Jess, donde no era bienvenida.

«Putita imbécil —balbució Jess para sus adentros—. Te has metido tú solita de cabeza.»

Debería haber supuesto que le habían echado algo en el té. Habían insistido demasiado en que se lo tomara. Además, no tenía ningún sentido que Ah Ku se hubiera molestado en preparar té de verdad cuando la primera vez la había agasajado con un brik de Yeo.

Para empezar, jamás debería haber vuelto a aquel lugar, jamás debería haber accedido a participar en algo que apenas comprendía. La habían engañado para que creyera que podía fiarse de su Ah Ma, que estaban en el mismo bando.

Había sido una estúpida. Su Ah Ma le había demostrado con creces quién era. Jess recordó el día de las obras, a la diosa conduciendo a aquel hombre hacia su fin. La Ah Ma lo habría dejado morir, habría permitido que los andamios lo aplastaran.

—No se le puede dar demasiado, mamá —contestó Ah Ku—. Si luego acaba con daños cerebrales o algo, ¿qué? Ya puedes utilizar el cuerpo, le he dado suficiente. No pierdas el tiempo. Si quieres darle su merecido al muchacho, date prisa.

Pensar era como nadar en caramelo. «Darle su merecido al muchacho... —pensó Jess—. ¿A qué se refiere? No. JODER.»

—Jess, ¿estás bien? —le preguntó el muchacho en cuestión. Sherng le había puesto las manos en los hombros y miraba con desconfianza a Ah Ku—. Creo que no se encuentra bien, señor. Lo mejor será que nos vayamos. Ya nos veremos otro día. Vámonos, Jess.

El acceso de puro terror que sentía atravesó el aturdimiento de Jess.

—No se va a ninguna parte —le espetó la Ah Ma con el cuerpo de Jess, antes de que ella recuperara el control de su boca. Con un tremendo esfuerzo de voluntad, balbució—: ¡Corre!

—¿Qué? —exclamó Sherng.

Jess le dio un empujón para que lo entendiera, pero apenas consiguió que se tambaleara. Estaba recuperando el equilibrio y volviéndose para atravesarla con la mirada de quien se siente traicionado cuando la Ah Ma volvió a apoderarse de ella, recluyó a Jess en un rincón de su mente y tomó el control de sus extremidades. Acto seguido, recogió una tubería de la hierba y golpeó a Sherng en la espalda.

Sherng se desplomó.

Jess miró alrededor en busca de ayuda, pero no encontró nada. Un par de espíritus los observaban con un frío interés, como si la escena no fuera más que un documental cualquiera sobre patinadores peruanos en el que hubieran hecho clic solo porque se aburrían. La mayoría ni parecía ser consciente de que estaba ocurriendo algo fuera de lo normal.

«¿Se puede saber qué coño haces?», le espetó Jess a la Ah Ma. Pero no necesitaba respuesta. Lo sabía perfectamente.

Ah Ku rondaba a sus espaldas, retorciendo las manos, aunque probablemente había sido él quien había dejado la tubería en la hierba para que la Ah Ma la utilizara. Era una trampa. Su madre

había hecho bien en evitar a aquellos malnacidos todos esos años.

—Mamá, ¿no prefieres esperar? —le preguntó Ah Ku—. Ya deberían estar de camino. Que se encarguen ellos.

—¿Esperar a qué? Yo me encargo —respondió ella.

Sherng gruñó.

—Jess —masculló—. Joder, ¿qué está pasando?

Trató de levantarse, pero la Ah Ma le propinó otro golpe con la tubería y luego le dio una patada, por si acaso.

—Lo mejor es acabar con él ahora —dijo la Ah Ma—. ¿Lo has traído?

Ah Ku extrajo un *parang* y le ofreció la empuñadura a la Ah Ma. Jess sintió la decepción de su abuela recorriéndole el cuerpo, como si ya perteneciera a la Ah Ma y, por tanto, pudiera percibir sus emociones, ser consciente de sus intenciones, mientras que a Jess solo podía hervirle inútilmente la sangre, encerrada dentro de su propia cabeza.

—¿Solo tienes esto? —preguntó la Ah Ma.

—Está afilado —respondió Ah Ku—. Pruébalo.

Pero la Ah Ma sacudió la cabeza.

—Muy sucio. Si me salpica la sangre, ¿qué? Ah Min tiene que volver a casa. Voy a asfixiarlo.

Sherng rodó hasta ponerse de espaldas a pesar del dolor. Tenía los ojos como platos y vidriosos por el miedo.

—Jess —farfulló—. ¿Estás ahí?

La Ah Ma soltó la tubería y alargó las manos hacia Sherng, pero no eran sus manos, sino las de Jess. Eran las dos manos de Jess, y no podía permitirlo.

Se obligó a levantar la mano derecha, reuniendo toda la voluntad posible.

Era como empujar una roca colina arriba. No ocurrió nada durante lo que se le antojó como una eternidad.

Los dedos se le retorcían. De repente, la fuerza de su abuela cedió ante la resolución de Jess. Lanzó una mano hacia delante y agarró a Sherng del brazo.

Lo ayudó a levantarse mientras en su cabeza oía a la Ah Ma:

«¡Valiente niña mala! ¡No interfieras!»

Cada movimiento era lento y arduo. Era como si arrastrara pesos con las extremidades, como cuando hacía un entrenamiento intensivo y los músculos se negaban a responder. Jess se había concentrado ferozmente para superar la resistencia de la Ah Ma. Si desviaba la atención, por poco que fuera, el fantasma volvería a tomar el control.

—Tienes que salir de aquí —intentó decirle, pero percibía el inglés como una lengua extranjera en la boca, y la lengua tropezaba en sus fatigosas sílabas. El sonido que emitió fue confuso e incomprensible.

Sherng se alejó de ella, aterrado. Y no podía culparlo.

—Debes. Irte —masculló Jess, empujando cada palabra—. Vete. ¡Ya!

—¿Eres tú, Jess? —preguntó Sherng—. ¿Qué está pasando? ¿Por qué me haces esto?

La miraba fijamente, con atención, como si, de algún modo, pudiera ver más allá de su cráneo y distinguir al fantasma que había dentro.

«¡Chiquilla inútil! —gruñó la Ah Ma—. Estás traicionando a tu propia familia. ¿No te da vergüenza?»

Su abuela hizo ademán de golpear a Sherng, pero Jess estaba atenta a cualquier signo de violencia. Se sujetó su propia mano y la retiró.

—No pienso ayudarte a matar a nadie, sea quien sea —gritó en hokkien—. Hostia, ¿se puede saber qué te pasa?

—¿Con quién hablas? —preguntó Sherng.

Todos los ignoraron.

—Ah Min, no te resistas —le dijo Ah Ku—. Si tú supieras... No tenemos otra opción. Si lo dejamos marchar, ¿qué crees que pasará? ¿Crees que volverá a casa y nos dejará tranquilos? Este tipo de cosas, cuando las empiezas, debes terminarlas.

—Estás de coña, ¿no? —le espetó Jess—. ¿A quién se le ocurrió esta mierda de idea? «Vamos a matar al hijo de Ng Chee Hin, seguro que así nos deja en paz.» Es el líder de una banda criminal. ¡Si lo cabreáis enviará a sus matones a por nosotros!

Podía sentir la respuesta de su abuela subiéndole por la

garganta. Intentó cerrar la boca, empujar las palabras hacia abajo, pero, a pesar de todo, se le abrió la boca y oyó cómo su propia voz decía:

—¿Crees que Ng Chee Hin es el único que puede pedir ayuda? Nosotros también tenemos gente que nos apoya. ¿Cómo es posible que tu móvil funcione y el del chaval no? Piénsalo.

Jess consiguió recuperar la voz.

—¿De qué me estás hablando?

—Lo que quiere decir la Ah Ma es que no te preocupes —respondió Ah Ku con suavidad—. Tenemos a la diosa de nuestro lado.

—Ah, ¿hablas de ayuda divina? ¿Es eso? —preguntó Jess—. ¡Qué maravilla! De lujo. Tenemos a una diosa que puede joderle la cobertura a la gente. Su padre cuenta con hombres que pueden darnos una paliza de mierda y tirarnos a las cloacas. Está claro que vamos a ganar.

«¿Crees que nosotros no contamos también con eso?», dijo la Ah Ma.

La bocina de una motocicleta resonó en la distancia, y a Ah Ku se le iluminó el rostro.

—Ya han llegado.

—¿Quién? —preguntó Jess.

Sin embargo, los hombres ya estaban subiendo por las escaleras y habían empezado a repartirse por el jardín. Había diez, todos chinos.

Aquello no era lo único que los diferenciaba de los matones que Jess había visto la última vez que había visitado el templo. El cabecilla y sus colegas iban mejor vestidos, más cuidados. Aquellos tipos estaban en los huesos e iban vestidos con ropa de mercadillo maltrecha, camisetas raídas y con logos incoherentes, chancas en los pies, pantalones cortos que habían visto días mejores. Algunos portaban cuchillos, pero otros no llevaban más que llaves inglesas o barras de metal oxidadas, como si hubieran cogido la primera arma que tuvieran a mano antes de venir corriendo.

Aunque todo eso no les otorgaba un aspecto menos amenazador. Tenían la misma pinta de estar dispuestos a rajarte el

cuello que los otros matones, con la diferencia de que probablemente aquellos tipos te contagiarían también de tétano.

—¡Mierda! —gritó Sherng.

Hasta entonces, había estado extrañamente relajado para alguien que había sido el objetivo de un intento de asesinato, por mucho que los asesinos hubieran demostrado ser más bien ineptos. Pero al ver a aquellos hombres, hizo ademán de echar a correr hacia la selva que se extendía más allá de la parte trasera del templo.

Cogió a todo el mundo por sorpresa. Ah Ku y la Ah Ma comenzaron a chillar, pero Sherng podría haber conseguido huir de no ser por el terreno. Un fragmento de baldosa resquebrajada lo hizo tropezar y perder el impulso suficiente como para que los hombres lo alcanzaran.

Dos de ellos lo arrastraron hasta Ah Ku, propinándole puñetazos en la cabeza sin previo aviso cuando vieron que no dejaba de forcejear.

—¡Llegáis tarde! —les reprendió Ah Ku—. Mi madre ha intentado hacerlo por su cuenta. ¿Os parece normal que una señora mayor se encargue de vuestro trabajo sucio?

—Tenía que cerrar la tienda —respondió uno de los hombres de mala gana.

Apenas parecía que hubiera salido de la adolescencia; era más joven que Jess. Tenía la piel clara, unos labios rojos, mustios, y una peca en la mejilla, como una antigua actriz de Hollywood.

El otro tipo era mayor. La reprimenda de Ah Ku no pareció importarle.

—No te justifiques, Ah Tat —le dijo al muchacho, y, tras volverse hacia Ah Ku, y con el descaro que ofrece una familiaridad de años, añadió—: ¿Qué más da? Hemos llegado a tiempo. Y, además, esto no ha terminado.

La verdad de la situación arrolló a Jess con la fuerza de una revelación, pero era como si una parte de ella siempre lo hubiera sabido, la parte que había estrechado el vínculo con su Ah Ma en los rincones más oscuros de su mente, donde acechaban los secretos del fantasma.

—No estáis enfrentándoos a Ng Chee Hin porque seáis distintos —masculló Jess—. Os enfrentáis a él porque sois rivales.

—¿Quién es esta muchacha? —le preguntó el hombre mayor a Ah Ku.

—Por eso no fuisteis al hospital —continuó Jess—. Os habrían hecho preguntas. Le pedisteis ayuda al doctor Rozlan. Tenéis un médico de confianza. ¡Porque así viven los gánsteres!

Sherng levantó la cabeza y miró a Jess con una fiera repentina.

—¿Quién eres tú? ¿Cuáles son tus apellidos?

—Shh —le dijo Jess, preocupada por que pudieran volver a pegarle.

Por suerte, los hombres seguían ocupados charlando entre ellos.

—Es mi sobrina —contestó Ah Ku—. ¿Te acuerdas de Ah Min? Solía ir a la tienda cuando era una cría. Es la niña de Poey Hoon Chee.

—Ay, ¿Ah Min? —exclamó el hombre mayor que sostenía a Sherng. El gesto se lo transformó y unas arrugas amistosas le aparecieron alrededor de los ojos—. ¡Qué grande estás! ¿Te acuerdas de mí? Soy el primo de tu madre.

Por supuesto. No le extrañaba que su madre jamás quedara con sus familiares ni hablara de ellos si podía evitarlo. Estaban todos metidos en el ajo, tanto Ah Ku como los demás. Solo un gánster utilizaría a su sobrina para atraer al hijo de un magnate a su templo y así poder asesinarlo.

Y solo un gánster volvería de la tumba para vengarse de su rival.

«¿Por qué no me lo dijiste?», le preguntó Jess a su Ah Ma.

Sorprendentemente, su abuela respondió:

«¿Eso también tenía que decírtelo? ¿Tú te crees que la gente normal se atreve a enfrentarse a Ng Chee Hin? ¡Yo no tengo la culpa de que no sepas nada!»

Jess había bajado la guardia, conmocionada, pero no se dio cuenta hasta que la Ah Ma tomó el control de su voz y escupió:

—¡Traedme al chico! Voy a ponerlo en su sitio.

—Mamá, no hace falta que lo hagas tú —respondió Ah Ku—. Nosotros nos encargamos.

—¡De eso nada! —aulló la Ah Ma. Su voz surgió como un chillido ahogado, mientras Jess trataba de cerrar la boca. Su abuela siguió, jadeante—. No te fuerces, Ah Soon. Estás herido.

—Pues entonces que se encarguen los muchachos —respondió Ah Ku.

La Ah Ma no estaba dispuesta a ceder.

—Que no. Yo me encargo. Ya estoy muerta. ¿Para qué vais a meteros en problemas?

Se detuvo y empezó a resollar, como si hubiera estado corriendo.

—Pero si lo haces tú, será Ah Min la que tenga las manos manchadas de sangre —dijo Ah Ku—. Y eso tampoco es justo.

—¡Pues claro que no es justo! —gritó Jess—. ¡Esto es una puta locura!

Habló en inglés, por principios y para dejar claro que era ella quien hablaba, y no la inquilina indeseada de su cabeza. Arrastraba las palabras, pero eso era lo de menos. De todos modos, nadie prestaba atención a lo que decía. Lo que importaba era quién hablara.

—¿Lo ves? Ni siquiera puedes controlar el cuerpo —dijo Ah Ku, pero no hablaba con Jess—. ¿Cómo vas a encargarte del muchacho así?

—¿Tan inútil me crees que ni siquiera te parezco capaz de controlar a mi nieta? —replicó la Ah Ma.

La voz cazallera de fumadora de su abuela resonaba dentro de la cabeza de Jess, a pesar de que también pudiera oír su propia voz pronunciando en voz alta las palabras. Tal vez Ah Ku hubiera formulado la pregunta, pero la respuesta de la Ah Ma iba dirigida a Jess.

—Di lo que quieras, Ah Soon —continuó la Ah Ma—, pero tengo a la diosa de mi lado.

Y, así, apareció la diosa. Estaba de pie junto a Ah Ku, como si siempre hubiera estado allí.

Nadie alertó a Jess, así que clavó la mirada sin la menor

cautela en el rostro de la Hermana de las Aguas Negras. Fue tan solo un instante, antes de que el terror la dominara y comprendiera, desde lo más profundo de su ser, que estaba jodida. Era el mismo terror que la había atenazado al mirar a Ah Ku a los ojos en su primer encuentro, cuando había visto al dios en él; era una sensación cercana al vértigo, como si el mundo regresara a su verdadera perspectiva.

El instinto hizo que agachara la cabeza, y hundió los hombros, como si pudiera hacerse lo suficientemente pequeña como para escapar del escrutinio divino.

La Hermana de las Aguas Negras no tenía el llamativo rostro azul y negro de algunos ídolos, ni iba vestida con ropajes de época ni con nada que esperaras ver en una deidad. Parecía una mujer china cualquiera, de unos veinte o treinta años, y llevaba un top ligero y unos pantalones. Físicamente, no se diferenciaba de alguien con quien pudieras cruzarte en la calle.

Pero tampoco era como Ah Ku, Sherng o los criminales. Ni siquiera era como la Ah Ma, el Datuk Kong o el resto de los espíritus comunes del templo del jardín. Era un agujero perforado en el mundo de la cordura, un canal para lo sublime... o lo espantoso. A través de ella, lo impensable se hacía real.

Se acercó a Jess.

«Si me toca, estoy muerta», pensó, pero la diosa la tocó y Jess no murió.

Le rozó el labio superior con un toque delicadísimo de la punta de los dedos. De súbito, la inanimación se apoderó de ella, como una pesada sábana que le amortiguó pensamientos y sensaciones. Arrancada de sí misma por la presencia divina, oyó su propia voz dirigiéndose con sosiego a Sherng.

—No me habéis rezado. No sabéis cómo respetarme. Estas tierras me pertenecen. ¿Y te atreves a presentarte aquí?

Las palabras estaban en un dialecto que Jess desconocía. No era hokkien, mandarín ni cantonés; aunque no hablara estos últimos dos idiomas, sí solía reconocerlos. Sin embargo, lo entendió todo. El discurso de la diosa se fue traduciendo mientras hablaba al lenguaje no verbal del corazón.

—¿Jess? —preguntó Sherng como un idiota.

La voz le temblaba. A aquellas alturas ya había aprendido a tenerle miedo, pero era demasiado tarde, tanto para él como para Jess.

Vio, sin ápice de sorpresa, a su Ah Ma de nuevo a su lado. El fantasma parecía haber salido del cuerpo de Jess porque —«hostia puta, joder»— la diosa estaba utilizándolo para comunicarse con Sherng a través de Jess.

La Ah Ma juntó las manos y agachó la cabeza.

—*Ah Chee* —dijo, dirigiéndose a la diosa como «hermana mayor». ¿Quién se encarga de ella?

Aquel rostro impertérrito, con su falsa juventud, se volvió hacia la Ah Ma.

—Encárgate tú.

La diosa levantó la mano.

Jess sabía que lo que tuviera que suceder, sucedería. El pavor no había desaparecido, pero ahora era un sentimiento mudo. Se sentía casi en paz, relajada ante su absoluta impotencia. Si se dejaba ir, podría entregarse al sueño y nadie podría culparla por lo que estaba a punto de ocurrir...

La diosa puso la mano en la nuca de Jess. Era como tener un hierro candente apretado contra la piel. Jess aulló, convulsionando y tratando de desasirse.

Su yo al completo volvió a la vida. Tenía miedo, sí, estaba acojonada, pero también sentía una intensa ira, concentrada, pura.

La Ah Ma se fundió con Jess mientras la diosa le aguantaba la vía de acceso. Jess notaba el cuerpo inerte, obligada a entregarse con sumisión gracias a la mano que tenía en el cuello. Lo único verdaderamente suyo era el dolor.

La Ah Ma torció la cabeza de Jess a un lado y a otro, crujándose el cuello, sacudiendo los hombros. Alargó los brazos y le rodeó el cuello a Sherng con ambas manos antes de apretar.

Sherng forcejeó, moviendo desesperadamente brazos y piernas. Le dio una patada en el estómago a Jess que la dejó sin respiración, pero su Ah Ma se limitó a apretar con más fuerza.

Los hombres contemplaban la escena con rostros

circunspectos, como un grupo de personas escuchando una orquesta sin tener la menor idea de música clásica. El chaval de la peca, Ah Tat, según lo habían llamado, parecía fascinado, con un entusiasmo que le hacía tener la boca medio abierta.

«Voy a matar a un ser humano —pensó Jess. La agonía le surcaba el cuerpo, partiendo del punto en que la mano de la diosa le sostenía el cuello—. Con mis propias manos.»

Aquel pensamiento le sirvió de estímulo. Si seguía sintiendo tanto dolor a pesar de haber perdido el control a su Ah Ma y la diosa, si su dolor seguía perteneciéndole, el cuerpo aún era suyo, a pesar de lo que dioses o abuelas pudieran hacerle. Podían llevárselo todo, engullirla por completo, pero sus manos continuarían siendo suyas.

Apartó las manos del cuello de Sherng, quien, entre resuellos, cayó de espaldas. Ella se liberó del agarre de la diosa, se agachó y se sacudió hasta que los dientes le castañearon en la cabeza y se deshizo también de su Ah Ma.

El dolor lacerante del contacto con la diosa le había borrado los últimos retazos del aturdimiento que le había provocado el té de crisantemo envenenado. Sin la ayuda de la diosa, la Ah Ma no tenía nada que hacer contra ella. Jess oyó al fantasma chillar:

—¡Niñata inútil!

Durante un instante de lucidez, supo que había recuperado tanto la mente como el cuerpo.

Los hombres se separaron y dejaron el camino libre. Jess se percató de repente de que los espíritus habían desaparecido. Su ausencia era extrañamente amenazadora, en aquel jardín que era tanto su hogar como el de la Hermana de las Aguas Negras.

Recogió la tubería que la Ah Ma había utilizado para golpear a Sherng y echó a correr hacia la higuera sagrada.

No miró atrás para comprobar si la diosa o la Ah Ma la estaban siguiendo. Se resbaló en el último tramo, pero se las apañó para no caer de bruces al suelo. En cambio, cayó pesadamente sobre las rodillas justo delante de la efigie maltrecha de la Hermana de las Aguas Negras, en la posición perfecta para blandir la tubería.

Jess apartó el incensario de en medio. Había un puñado de barritas de incienso quemando lentamente. El aroma le colmó las narinas cuando asestó un golpe a la estatuilla con la tubería.

El rostro del ídolo se quebró. Los hombres gritaban a sus espaldas, pero no oía ni a la diosa ni a la Ah Ma.

Jess volvió a aporrear el ídolo. La adrenalina —y posiblemente las drogas— le afectaba a la coordinación, pero a tan poca distancia apenas importaba, y tal vez aún le quedara algo de fuerza sobrenatural después de haber estado poseída. La tubería se hundió en la diosa y la estatuilla se hizo añicos.

Los hombres dejaron de gritar. Jess no se molestó en girarse hacia ellos. Se puso en pie y se dispuso a encargarse del altar.

Destruirlo fue mucho más fácil de lo que creía. El tiempo y las inclemencias le ahorraron la mayor parte del trabajo. Pronto, había conseguido reducir el altar a una montaña de astillas de madera, en la que se mezclaban los fragmentos del ídolo con las láminas del refugio.

Jess se enderezó, resollando.

El incensario seguía donde lo había dejado. Le dio la vuelta con el pie y lo machacó con la tubería.

Ya está. Había terminado.

Giró sobre los talones.

La diosa se había marchado, así como su Ah Ma. Solo quedaban los humanos. Sherng se había puesto en pie, pero los hombres no habían intentado capturarlo de nuevo. Todos miraban a Jess sumidos en un silencio sepulcral.

Finalmente, uno de ellos rompió el silencio.

—Estás loca —le dijo en hokkien.

Dicho eso, se alejó en dirección al camino que conducía al aparcamiento. Fue acelerando el ritmo a medida que andaba, hasta que empezó a correr.

Fue como el derrumbe de una presa. Los otros hombres lo siguieron, apresurándose y tropezando como si la mismísima diosa fuera tras ellos.

Jess soltó la tubería y miró a Sherng.

—¿Estás bien? —le preguntó.

De haber estado en el lugar de Sherng, le habría faltado Penang para correr, pero, por lo visto, Sherng no tenía ningún instinto de supervivencia. Puso los ojos como platos.

—¿Qué coño...? —Tenía la voz ronca. Hizo una pausa y tragó saliva a pesar del dolor—. ¿Qué coño ha pasado?

Antes de que Jess pudiera responder, Ah Ku se movió. Jess no se había dado cuenta de que seguía allí.

Y, aparentemente, Sherng tampoco. Un gesto de alarma le atravesó el rostro y salió disparado en la dirección opuesta a la de los otros hombres.

Ah Ku no le dedicó ni una mirada. Se acercó a Jess y contempló las ruinas del altar. Dejó escapar un suspiro.

—Lo mejor será que nos vayamos —dijo—. No tiene sentido que nos quedemos aquí.

Tal vez Jess debería haber corrido. Ah Ku había sido cómplice de la conspiración de su Ah Ma contra ella. De hecho, había intentado envenenarla.

Pero, por extraño que fuera, no le tenía miedo. Comparado con la diosa y la Ah Ma, quizá no pareciera un aliado, pero sí otra víctima más, tan vulnerable a los caprichos de dioses y fantasmas como Jess.

Acto seguido, Ah Ku se volvió hacia ella y le dio un bofetón.

—¡Estúpida! —le gritó—. ¿Qué le digo yo ahora a tu madre?

TRECE

Jess se llevó la mano a la mejilla dolorida; el golpe la había cogido casi demasiado por sorpresa como para enfadarse.

—¡Mi madre ni sabe que estoy aquí! —balbució.

Fue lo primero que le vino a la cabeza, pero antes de que pudiera hallar las palabras exactas para expresar en condiciones su indignación, Ah Ku se alejó.

—Tu madre no es tonta —dijo por encima del hombro—. Ojos que no ven, corazón que no siente. Se lo dije a la Ah Ma: «¿Qué te esperas? Tiene estudios. ¿Crees que va a querer involucrarse en esta disparate?». No puedo decir que se equivocara.

»Si le hubieras hecho caso a tu madre, esto no habría pasado. Además, tu apellido ni siquiera es Lim. Esto... —Ah Ku hizo un gesto hacia el templo del jardín, el altar destruido y todo lo demás—. Esto no te compete. Ni siquiera deberías haber venido.

Jess abrió y cerraba la boca como un pez, tan airada que casi le faltaba el aire.

—¿Qué haces ahí parada? —le espetó Ah Ku—. Ven, vamos.

Jess se apresuró a seguirlo.

—Estoy aquí por la Ah Ma —contestó—. Ella fue la que me metió en todo esto. ¿Cómo iba a saber que teníais intención de matar a una persona?

Ah Ku tuvo el decoro de aparentar vergüenza.

—Yo tampoco quería meterme en esto —respondió—. Pero ¿qué iba a hacer? Tu Ah Ma es así. Hay que hacerlo todo como ella diga. Si no obedeces, sería capaz de maldecir hasta a su propio hijo. Los viejos son así.

—Te equivocas. ¡Da la casualidad de que conozco a muchos viejos que no son asesinos! —exclamó Jess—. ¿Cómo se os ocurre? Como si matar al hijo de Ng Chee Hin lo hubiera hecho retirarse.

Lo único que habríais conseguido habría sido cabrearlo y convertir esto en una guerra de bandas a gran escala. —Hizo una pausa, angustiada, tomando conciencia de lo que acababa de decir—. ¿Era eso lo que quería la Ah Ma?

—No, *lah* —respondió Ah Ku—. Tu abuela no es así. No le importa luchar, pero siempre debe tener un motivo. Quería asustar a ese cabrón, asegurarse de que no volviera jamás a *kacau* el templo.

—Pero...

—Si un humano mata a su hijo, Ng Chee Hin perdería los papeles —continuó Ah Ku—. No le tiene miedo a los humanos.

Jess tardó unos instantes en procesar aquella información.

—Y, entonces, ¿por qué quería la abuela que lo hiciera yo? —preguntó—. Quería que Ng Chee Hin supiera que... —Incluso la mera idea de pronunciar el nombre de la Hermana de las Aguas Negras le erizaba los pelos de la nuca—. Quería que supiera que la diosa había matado a su hijo.

¿Qué era lo que le había dicho la Ah Ma cuando Jess le había preguntado por qué Ng Chee Hin no le tenía miedo a la diosa? «No ha aprendido a tener miedo.»

—La Ah Ma quería enseñarle a tener miedo —dijo Jess despacio—. Pero ¿cómo lo habría sabido? Yo habría sido la imbécil a la que habrían arrestado.

Ah Ku resopló.

—Si ofendes a Ng Chee Hin, no debes preocuparte porque te arresten. Sus hombres irían a tu casa por la noche y se te llevarían.

—Ah, bueno, mucho mejor. Gracias, Ah Ku. Ya estoy mucho más tranquila.

—No tienes de qué preocuparte. Ese cabrón no es un iluso —prosiguió Ah Ku—. ¿Piensas que se creería que una chiquilla como tú sería capaz de matar a alguien? ¡No es tonto! Cuando descubriera que eres la nieta de la Ah Ma, lo comprendería todo. Sabría que no le conviene inmiscuirse en los asuntos de los dioses. Si ofendes a los dioses, recibes tu merecido.

»Pero no, has tenido que destruir el altar. —Ah Ku sacudió la cabeza—. Mira que le dije a la Ah Ma que no te forzara. Si no

querías hacerlo, la cosa no acabaría bien. Pero decía que no tenía tiempo de buscar a otro candidato. Tu Ah Ma quería a alguien fuerte como médium.

Jess miró fijamente a Ah Ku, incrédula. Ni siquiera era capaz de abrir los botes de salsa de tomate sin ayuda; Sharanya era la que abría los botes en la relación.

—¿Por qué yo? No me creo que Yew Ping sea el único hombre joven de la familia.

—No me refiero a poder pegarle a la gente —replicó Ah Ku—. Lo que la Ah Ma quiere es un espíritu fuerte. Eres tan problemática que demuestras tener un espíritu fiero. Si no, ¿cómo has podido resistirte a la abuela?

—Ah, ¿la problemática soy yo? ¡Como si hubiera querido obligar a alguien a matar una persona!

Ah Ku no se molestó en responder a aquello. Rodeó la estructura techada en la que había atendido a Jess durante su primera visita al templo, antes de reaparecer con instrumentos de limpieza: una escoba, un cubo, un recogedor y un cepillo.

—*Nah*.

Sostuvo la escoba frente a Jess. Era una escoba de las antiguas, de las que venden en los bazares y que no son más que un haz de palos atados.

—¿Y esto para qué es?

—Para limpiar.

Ah Ku le hizo un gesto con la cabeza al altar destruido. Jess agachó la cabeza hasta la escoba que sostenía en la mano y luego la alzó hasta el rostro ceñudo de su tío, que entrecerraba los ojos para protegerse de la luz del sol.

—¡Me has drogado!

—*Aiyah*, me he asegurado de que la cantidad fuera muy pequeña —contestó Ah Ku—. Intentaba ayudarte.

—Y además me has dado un bofetón —le recordó Jess.

—¿Crees que te abofetearía si no me importaras? —replicó Ah Ku—. Si no fueras la hija de mi hermana, ya habría salido de aquí por patas. ¿Dónde están los demás? *Cabut*. ¿Sabes por qué?

Su tío hizo una pausa y observó a Jess, expectante.

—¿Porque me he cargado el altar? —contestó.

—Temen la ira de la diosa —dijo Ah Ku—. Yo soy tu tío, y por eso me he quedado aquí a limpiar. Si no, estaría ya en el otro templo pidiendo amuletos.

Su tío dejó escapar una fuerte tos seca, y torció el gesto. Jess casi había olvidado que tenía costillas rotas.

Le arrancó la escoba de las manos.

—Para empezar, no deberías haber venido. Tendrías que haberle dicho a la Ah Ma que necesitabas quedarte en casa para recuperarte. No puedes permitir que se aproveche de ti.

—¡Ja! —Aquello parecía haberle hecho un gracia genuina—. A estas alturas, ya deberías saber que del dicho al hecho...

Jess tenía la esperanza de evitar a sus padres cuando llegara a casa. Los acontecimientos del día le habían dejado unos recursos muy limitados para enfrentarse a las exigencias familiares.

Pero la fortuna no estaba de su lado. Su madre estaba en la sala de estar cuando Jess entró por la puerta principal, rebuscando en las estanterías de Kor Kor de espaldas a la puerta. Jess pensó en escabullirse hacia las escaleras, pero su madre se giró antes de que pudiera siquiera intentarlo.

Jess se quedó paralizada. Había intentado estar presentable con los pañuelos que llevaba en el coche, pero todo tenía sus límites. Seguía estando sudada y desaliñada, un aspecto muy distinto al que esperarías de una persona que se hubiera pasado cinco horas en una cafetería con aire acondicionado enviando solicitudes de trabajo.

—Min, ¿has visto mi libro de las hierbas? —le preguntó su madre; parecía atacada de los nervios—. Kor Kor quiere enseñárselo a la señora Cheryl. No lo encuentro.

Saltaba a la vista que estaba consumida por el problema del libro perdido. Jess estaría a salvo siempre que no atrajera su atención.

—¿En la mesilla de noche? Ya miro yo. ¿Vais a salir?

Su madre le evitaba la mirada.

—Kor Kor nos ha pedido que nos unamos a su grupito.

Jess ya iba camino de las escaleras, pero se detuvo al poner un pie en el primer escalón.

—¿Eso no es un rollo de su iglesia?

Su madre se había estado negando con firmeza a las invitaciones de Kor Kor para eventos relacionados con la iglesia desde que habían llegado a Penang. Siempre las rechazaba con educación, pero los intentos proselitistas de Kor Kor era una de las muchas quejas que tenía de ella.

—El anfitrión es un doctor, vive en Jesselton Heights —respondió su madre—. Kor Kor dice que siempre sirve un *makan* muy rico. Le dije a tu padre, oye, ¿por qué no? Así hacemos amigos.

Jess tenía la sensación de haber puesto un pie sobre tierra firme para luego adentrarse en arenas movedizas.

—Ya tenéis amigos. El otro día me dijiste que conocéis a muchísima gente en Penang, que vayas donde vayas, te topas con alguien.

—¿Qué tiene de malo que vayamos? —le preguntó su madre—. Vamos y vemos qué tal. ¿No?

Jess se tragó la indignación a duras penas. Ser consciente de que no estaba para nada justificada no la ayudaba.

—Por supuesto. Me da lo mismo —mintió—. Podéis ir a todas las movidas de la iglesia que queráis. No soy vuestra jefa.

A pesar de su oposición, su madre parecía estar empezando a impacientarse.

—No te hace gracia, ¿verdad? ¿Por qué?

Antes de que Jess pudiera contestar, su padre bajó atropelladamente las escaleras, sacudiendo un libro fino.

—*Nah*, aquí tienes el libro —dijo—. Venga, que vamos tarde. Ah, Min, ¿ya has vuelto? ¿Has acabado con las solicitudes?

Jess sintió un acceso de culpa. Llevaba una semana sin enviar una sola solicitud de trabajo.

—Sí, he enviado unas cuantas.

Con el libro ya en su haber, su madre centró la atención en Jess.

—No sé si ir al templo a pedir un amuleto para ti, Min.

—¿Eh? ¿Para qué?

Era imposible que su madre supiera lo que había ocurrido, ¿verdad? Ah Ku no se lo habría contado, eso seguro. No había pasado ni media hora desde que Jess lo había dejado en su casa.

—Con el tiempo que llevas buscando trabajo y apenas has hecho entrevistas —contestó su madre—. A veces, el templo puede ayudarnos. Nos pueden dar un hechizo de buena fortuna. Hicimos uno cuando tuviste los exámenes, ¿te acuerdas? Y funcionó, ¿a que sí?

Los recuerdos se agolpaban en su cabeza. La mañana de la selectividad, su madre había quemado un trozo de papel amarillo repleto de caracteres chinos encima de un cuenco con agua. Los restos negruzcos flotaban en el agua cuando Jess se lo acercó a los labios...

—Me lucí en la selectividad porque estuve estudiando como una condenada y renuncié a la vida social —respondió Jess—, ¡no por las cenizas mágicas que me hiciste beber!

—No seas arrogante, Min —le riñó su madre—. Si no lo entiendes, lo mejor es que no digas nada. No ofendas a nadie.

Jess se acordó de sí misma una hora atrás, arrodillada al sol, arrastrando los restos del altar de la diosa hacia el recogedor. Ya era un pelín tarde para tomarse el «no ofendas a nadie» como norma general en cuestiones religiosas.

—¿No deberíais iros? —preguntó Jess—. Preguntadle a los amigos de la iglesia de Kor Kor lo que opinan de los conjuros.

Se sintió extrañamente desanimada tras encerrarse en su habitación. Por descontado que no había nada de malo con que sus padres asistieran a los grupitos de Kor Kor por la comida y por echar un vistazo discreto a los barrios pijos de Penang. Incluso podrían animarse a asistir por el cristianismo. Y no pasaría nada. ¿Verdad?

Jess descubrió que sí pasaba. Ayer, de hecho, media hora antes, habría afirmado con total seguridad que sus padres jamás valorarían la posibilidad de convertirse al cristianismo. Ahora, esa certeza había desaparecido.

Le sorprendía lo mucho que la desconcertaba. Jess no diría

que la religión fuese algo importante para ella ni sus padres, ni por su presencia ni por su ausencia. Pero la mera idea de que su madre y su padre pudieran cambiar radicalmente de fe le hacía pensar que tal vez no los conocía tanto como creía. Se sentía como si la estuvieran dejando de lado, como una chiquilla parada en la estación, contemplando un tren que se marcha del andén con sus padres dentro.

¿Qué otras cosas desconocería sobre su familia? Estaba equivocada sobre la relación de sus padres con la religión. Debía de haber sido importante en algún momento de la vida de su madre si tanto su propia madre como su hermano habían sido médiums de los espíritus.

«Y mafiosos —se dijo Jess. No te olvides de la parte criminal.»
Tal vez Ah Ku tuviera razón.

—Lo mejor es que vuelvas a los Estados Unidos —le había dicho mientras recogían el desastre que había montado Jess—. Es más seguro.

—¿No me encontraría igualmente Ng Chee Hin en América? —preguntó—. No está tan lejos, y menos para un millonario. Seguro que tiene un *jet* privado.

—¿Y quién está hablando de Ng Chee Hin? —respondió Ah Ku—. De él ya nos encargamos nosotros. Es un ser humano, nada más. Lo que debería preocuparte es esto.

Hizo un gesto de cabeza hacia los restos del altar.

—¿Crees que he ofendido a la diosa? —La expresión de Ah Ku hizo que la respuesta fuera del todo innecesaria—. Vale, pregunta tonta. Pero no puedo escaparme de un dios mudándome, ¿no? A los dioses ni siquiera les hacen falta los *jets* privados.

—En estos asuntos, la ubicación es capital —respondió Ah Ku—. A esta hermana mayor solo le gusta este lugar. No quiere ir a otros. Por eso debemos enfrentarnos a ese cabrón cueste lo que cueste, aunque intente acosarnos. No está dispuesta a marcharse.

Ah Ku suspiró y dejó caer los hombros.

—Aunque ahora no sé si lo mejor sería trasladar el templo. Las otras deidades son más flexibles.

—¿Crees que la diosa accedería a que lo trasladarais ahora

que su altar ya no existe? —preguntó Jess.

La mirada que le dedicó Ah Ku le resultaba familiar. Jess la había visto, en uno u otro momento, en su Ah Ma, su madre, su padre, Kor Kor, Kor Tiao y los amigos de su familia. Era la expresión que ponían al entender que tenían delante a una persona ignorante incluso a lo más básico, a lo que todo el mundo comprendía, y que tendrían que explicárselo.

—No —respondió Ah Ku—. No queríamos trasladarnos porque nos preocupaba que la Hermana Mayor pudiera enfadarse. Pero te has cargado el altar. Ahora ya da igual. De todas formas, querrá vengarse de nosotros.

»Pero tampoco tengas prisa —añadió—. Vamos a ver primero qué pasa. Podemos reconstruir el altar, rezarle a la diosa y suplicar su perdón.

Parecía especialmente escéptico.

Jess tuvo que llevar a Ah Ku a casa; le habían robado la moto.

—Digo yo que se la llevarían cuando huyeron —le dijo Ah Ku—. Es viejísima, nadie más la querría. —Era sorprendente la filosofía con la que se había tomado que sus compañeros de la banda le hubieran robado—. Si este es mi castigo, han sido indulgentes conmigo.

Vivía en una casa pareada con un patio de cemento y una puerta de acero inoxidable que refulgía bajo el sol. Jess metió el freno de mano y preguntó:

—¿Y qué pasa con la Ah Ma?

Había un altar rojo en el patio delantero de Ah Ku. Jess hizo todo lo posible por no mirarlo.

—A lo mejor se le ocurre algo para aplacar a la diosa —contestó Ah Ku—. Era su médium.

—No, o sea... Se habrá enfadado conmigo, ¿verdad? Por desbaratarle los planes.

—Uy, por eso no te preocupes —respondió Ah Ku—. Al fin y al cabo, eres su nieta. Estando como estás, ¿cómo no va a darte una oportunidad?

Hizo una pausa, como si pretendiera añadir algo más, pero no dijo nada. Se produjo un silencio pesado entre ellos. Jess creyó que

iba a pedirle dinero, pero Ah Ku rebuscó en el bolsillo y sacó un par de billetes turquesa arrugados.

—*Nah* —dijo—. No llevo *angpow* encima, pero llévate esto.

A pesar de las protestas de Jess, le metió el dinero en las manos. La posición inicial de Jess era que no necesitaba el dinero y que él no tenía por qué darle nada. Cuando aquel argumentó falló, recurrió a otro:

—No me des cien ringits. Es demasiado.

Ah Ku hizo oídos sordos.

—Es un detalle. *Aiyah*, hoy en día con cien ringits no compras nada. Es un símbolo de buena suerte. Dale recuerdos a tu madre.

—Mi madre no sabe que he estado viéndote —contestó Jess.

—Ah, claro. Me había olvidado. A lo mejor la veo más adelante. Cuídate, ¿vale? No te estreses. Todo tiene solución.

Si el dinero no lo hubiera delatado, habría bastado con la voz, con ese optimismo fingido, dulce y poco convencido. Era el tono de quien consuela a un hombre en su lecho de muerte, cuando las mentiras dejan de importar.

Tumbada en la cama esa misma noche, Jess recordó el rostro arrugado de Ah Ku, surcado por el convencimiento de la condena de su sobrina. La piel le hormigueaba bajo las sábanas y una sensación fatídica se apoderó de ella.

Si pudiera regresar a América, pensó adormecida, si pudiera volver a casa, no se lo pensaría dos veces. Pero no tenía donde volver. Su familia estaba en Malasia; su antiguo piso ya estaba ocupado por otros inquilinos. Sus amigos estaban repartidos. Y Sharanya...

Sharanya se acabaría reuniendo con ella, en cierto modo. Lo único que debía hacer Jess era mudarse a Singapur cuando todo aquello terminara. El hogar no lo determinaba el lugar, decía siempre Sharanya, sino las personas.

Jess cogió el móvil y abrió WhatsApp. Sharanya le había reenviado una vieja foto de grupo en la que aparecían ellas dos. No era una fotografía fantástica; Sharanya tenía los ojos rojos y Jess había parpadeado justo en el momento equivocado.

Los mensajes de Sharanya decían:

Estaba mirando fotos viejas y me he
encontrado
a estas dos taradas. Te echo de menos.

Jess se acordó del día en que se hicieron aquella foto. Fue en la cafetería donde se conocieron, las dos estudiantes de primer año que se habían apuntado a una quedada con nuevos amigos sin que ninguna de las dos estuviera de humor para ello. La cafetería no tenía nada especial y la quedada fue tan incómoda como Jess había temido. Y, sin embargo, el encuentro era un momento cálido y dorado de su memoria, bañado por una luz otoñal. El pelo de Sharanya brillaba, repleto de sombras marrones y rojas asomando entre el negro...

Jess cayó dormida con una sonrisa en los labios.

En el sueño, estaba corriendo.

Era de noche. Una tierra suave se hundía bajo sus pies y la hierba alta le rozaba las pantorrillas. Le dolían las piernas y tenía la sensación de que alguien le estaba oprimiendo inexorablemente el pecho.

Pero no podía detenerse. Había alguien tras ella.

Estaba en un espacio abierto, un campo o similar, adentrándose en la oscuridad. No fue hasta que prácticamente lo tuvo delante cuando se dio cuenta de que era una hilera de árboles. La jungla la engulló por completo.

Las densas copas de los árboles tapaban la luz de la luna. El sotobosque la ralentizaba. Oía a su perseguidor resollando como un toro, enfurecido por los mismos troncos caídos con los que se golpeaba los dedos de los pies y el lecho de hojas resbaladizas bajo sus pies.

El miedo le hizo acelerar el paso. Tropezó con una raíz y se torció el tobillo, antes de chocar pesadamente contra un árbol. La corteza le arañó la cara antes de que pudiera apartarse.

Se puso en pie a duras penas. Tenía el rostro húmedo de la sangre que le goteaba de la piel descarnada. Sintió una agónica punzada de dolor en el tobillo cuando empezó a cojear y ganar

velocidad.

Pero no sirvió de nada. El retraso la había perjudicado. Su perseguidor la había alcanzado.

Él no le reprochó nada y ella no suplicó. Su relación era una enemistad de años; se conocían demasiado como para que las palabras tuvieran alguna utilidad en aquel momento. Si tenían algo que decirse, dejarían que lo comunicaran sus acciones, el brazo levantado, la mirada desviada, la mano que se protegía del golpe.

Se alejaba ya a rastras, creyendo aún que tal vez viviría para repetir la escena, como tantas otras veces, cuando vio el cuchillo en su mano.

Fue entonces cuando comprendió lo que estaba a punto de ocurrir. El pavor le paralizó los miembros, pero todavía le quedaba la voz. Estaba chillando cuando la degolló.

Jess se despertó con la boca abierta en un grito mudo. Estaba a oscuras. La Hermana de las Aguas Negras la observaba desde los pies de la cama.

La diosa se inclinó sobre ella. Tenía gotas de sudor en el labio superior, a pesar de que estuviera encendido el aire acondicionado. Jess podía olerla.

Fue el olor lo que le revolvió el estómago. Era el mismo olor que desprendía cualquier persona al final del día en Malasia; el hedor a sudor que colmaba los autobuses y desprendían niños uniformados al volver a casa de la escuela. Le otorgaba a todo una pátina de realidad.

La diosa le tocó la frente, y la nuca le ardió por donde poco antes la había sujetado. Era como si le vertieran cera fundida encima, sintiendo punzadas de dolor en puntos concretos de la piel. Jess chilló, intentando liberarse, pero los dedos que la diosa le había colocado en la frente no la dejaban moverse.

—Ya viste lo que ocurrió —le dijo la diosa—. Ahora ya lo sabes. ¿Crees que puedes huir de mí?

Levantó los dedos y la liberó, y Jess se despertó de verdad.

Estaba sola en su habitación, empapada de sudor a pesar del aire acondicionado. Se levantó, con las sábanas pegándosele a la piel, y se precipitó sobre la papelera.

No vomitó, pero estuvo a punto. Se tumbó boca abajo, resollando y tragando saliva, tan frágil como si la hubiera vencido la fiebre.

Las palabras de la diosa resonaron en su cabeza. «Ahora ya lo sabes.»

Jess hizo ademán de ponerse en pie, tomarse algo, colarse en la habitación de sus padres y meterse en la cama con ellos, igual que cuando tenía pesadillas de pequeña. Pero el miedo la había clavado a la cama, donde escuchaba el sonido de su propia respiración. En ese momento, habría agradecido oír la voz de la Ah Ma, solo por saber que no estaba sola.

Pero nunca llegó. Jess permaneció donde estaba, tapada por completo con la sábana como si aquello pudiera protegerla, hasta que la luz del cielo que se colaba por la ventana anunció el final de la noche.

CATORCE

Lo que verdaderamente quería Jess era un Milo y una conversación humana sencilla, que no tratara de dioses ni fantasmas. Pero al salir de la habitación a las siete de la mañana se encontró con la casa en silencio. Por una vez, Kor Kor seguía durmiendo.

Jess podría haber intentado llamar a Sharanya, pero no tenía claro que pudiera superar la llamada sin venirse abajo y contárselo todo. Y no quería contarle nada. No quería pensar en lo que había ocurrido. Hablar de la noche anterior la convertía en algo demasiado real.

Al menos pudo prepararse el Milo. Se llenó una taza grande e inhaló el reconfortante aroma a chocolate y leche malteada.

Quería contestar a los WhatsApp de Sharanya. Se había quedado dormida antes de poder decirle nada. Abrió la aplicación en el móvil.

¿Qué pasó ayer? ¿Estás bien?

El mensaje era de Sherng. Jess lo miró fijamente.

No había decidido qué hacer con Sherng. Mantener la cabeza agachada y cruzar los dedos para que no la denunciara a la policía, probablemente.

Había supuesto que no querría tener nada más que ver con ella. Visto lo visto, se equivocaba.

No debería responder. Ah Ku le diría que era una estratagema, y le recordaría que, a fin de cuentas, Sherng era el hijo de un líder criminal.

Con todo, se había quedado en el templo del jardín cuando podría haber echado a correr. Le había preguntado qué pasaba, como si confiara en ella para que le contara la verdad.

Detuvo los dedos encima de la pantalla.

Debía relacionarse con Sherng, se dijo. Si no le explicaba lo que había ocurrido la noche anterior, si dejaba que él creyera que quería matarlo, tal vez la próxima vez que saliera a la calle se toparía con el cabecilla de los matones y sus colegas. Quizá ni siquiera tendría que salir de casa. ¿Qué había dicho Ah Ku? «Sus hombres irían a tu casa por la noche y se te llevarían.»

Suficientes cosas tenía ya esperándola al acecho por las noches.

Eso tendría que preguntarte yo, si estás bien.

¿Qué sabría Ah Ku? Él había sido el que había tratado de drogarla. Lo único que Sherng había hecho era intentar generarle interés por su proyecto de gentrificación.

Siendo honesta consigo misma, y a pesar de todo, había disfrutado hasta cierto punto de su charla con Sherng en la cafetería. No era que la atrajera, por suerte. Que pudieran atraerle los hombres le habría facilitado la vida en general, pero no en aquella ocasión concreta.

Sencillamente, le había gustado quedar con alguien de su edad, alguien más parecido a ella que sus padres. Jess podía imaginarse a qué tipo de restaurantes iba Sherng, qué hacía para divertirse, qué veía en Netflix. Incluso que, con casi toda probabilidad, tenía una suscripción de Netflix que lo identificaba como miembro de la misma especie que Jess, una especie con la que apenas había tenido contacto desde que se graduó.

Y sí, Sherng era rico, exitoso y extrovertido, mientras que ella era una persona depresiva que se pasaba el día encerrada en casa, y que solo salía por la misión de venganza póstuma de su abuela. Jess seguía teniendo más en común con él que con cualquier otra persona que conociera en Penang.

Sherng había madrugado, o tal vez no hubiera podido dormir. Su respuesta no se hizo esperar:

Esto te va a sonar absurdo, pero ¿eras tú
la que intentó asfixiarme? No parecías tú

misma.

Jess contestó:

Es difícil de explicar. ¿Podemos vernos? Donde sea MENOS en el templo. Tú decides. Puedes traer un guardaespaldas.

En ese momento, cayó en la cuenta de que podía malinterpretarla.

No voy a hacerte nada. Es por si acaso.
Aunque
creo que tardará en volver a aparecer.

¿Quién?

¿Te lo puedo contar en persona?

Esta vez, Sherng se tomó su tiempo para responder, lo bastante como para que Jess dejara el móvil y subiera al piso de arriba a cepillarse los dientes y quitarse el pijama.

Su reflejo en el espejo la asustó. Tenía los ojos hundidos y la piel cenicienta. Tenía un aspecto más cercano a un muerto que su Ah Ma.

No estaba acostumbrada a que le disgustara su aspecto físico. Le perjudicaba el concepto que tenía de sí misma, y su madre podía hacerle preguntas. Dedicó un rato a restaurarse el rostro hasta que pudiera percibirse como el de una persona joven y razonablemente feliz, cubriendo las marcas que le había generado la falta de sueño.

Cuando recuperó el móvil media hora más tarde, Sherng había contestado.

Vale. ¿Nos vemos en el Tau?

El Tau era un restaurante especializado en comida y bebidas con base de soja («¡Servimos todo lo que empieza por “tau”!», rezaba su perfil de Instagram). Jess se estaba comiendo una tostada

con kaya y revisando fotos de helados con sabor a tofu y un cerdo braseado con salsa de soja cuando su madre entró en la estancia.

—¿Qué hiciste ayer en la cafetería? —dijo su madre—. Me olvidé de preguntártelo anoche.

—¿Sí? —respondió Jess, ausente—. Creo que te lo comenté. Envié unas cuantas solicitudes, hice algunos progresos.

—¿Y ya puedes concentrarte en la cafetería? ¿No hay demasiado ruido?

Algo no iba bien. Su madre daba vueltas alrededor de la mesa, recogiendo cosas antes de volver a dejarlas en su sitio. Irradiaba una energía nerviosa.

Jess podría haberle preguntado qué le pasaba, pero estaba exhausta, completamente agotada por todo lo que había ocurrido. Quizá no estaba de más dejar que su madre gestionara sus sentimientos por una vez. ¿Es que no podía hablarlo con su padre? ¿No era esa la razón por la que se casaba la gente?

—No, estuvo bien —contestó Jess—. ¿Cómo lo pasasteis anoche?

—¿Anoche? —Su madre parecía haberse olvidado de que había salido—. Ah, ¿con el grupito de Kor Kor? Bien. Sin más.

Se sentó. Jess vio, horrorizada, cómo a su madre se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Kor Kor tiene mucha suerte —le dijo—. Tiene a los niños lejos, pero se lo cuentan todo. ¡Ching Yee la llama todos los días! Le dicen hasta lo que han comido. ¿Qué voy a hacer? Quiero que siempre sientas que puedes contarme cualquier cosa. Algo habré hecho mal si no confías en mí. ¿Cómo voy a culparte?

Su madre estaba llorando ya a lágrima tendida.

—¿Qué es lo que no te he contado? —preguntó Jess.

La velocidad a la que su madre había pasado de cero al más absoluto colapso le resultó tan irritante como alarmante. Pero al pensar en todos los secretos que le ocultaba a su madre, y lo justificado que estaba que le reprochara la falta de honestidad, aunque no lo supiera, Jess se tranquilizó. Se levantó, rodeó la mesa y rodeó a su madre con el brazo.

—Oye, venga. Dime, ¿qué pasa?

La mente le bullía con todo lo que no quería que su madre supiera. ¿Cuál era el peor secreto que podían llegar a descubrir sus padres?

La verdad sobre Sharanya, claro, y lo que significaba para Jess. Eso seguía siendo lo peor. Jess habría preferido que su madre y su padre supieran que se había pasado la tarde del día anterior intentando estrangular a un hombre a que se enteraran de lo de Sharanya. Probablemente se mostrarían más comprensivos con lo primero que con lo segundo.

Su madre habló, pero tenía la voz tan congestionada por las lágrimas que tuvo que repetirlo para que Jess la entendiera.

—Ah Kim me ha dicho que te vio —le dijo.

—Ya —respondió Jess. Ah Kim debía de ser alguna de las personas con las que se había cruzado su madre en lo del grupito, una de las señoras que solían ocupar la sala de estar de Kor Kor—. Recuérdame quién es Ah Kim...

—Mi cuñada —contestó su madre—. La mujer de Ah Ku. Me acaba de llamar. Me ha preguntado que cómo es que no entraste a saludarla cuando fuiste a su casa. Que hace muchísimo tiempo que no te ve y no le dijiste ni hola. Estaba muy descontenta. Me ha echado la bronca.

A Jess se le aceleró el corazón.

Pero se le daba bien disimular. Relajó el rostro hasta esbozar un gesto de disculpa, sin ponerse a la defensiva ni transmitir desconfianza.

—Mierda. Me sabe mal que hayas tenido que aguantar la bronca. No sabía que estaba en casa. ¿Cómo está Ah Kim?

—¿Por qué no me has contado que fuiste a casa de Ah Ku? —le recriminó su madre—. Con lo buena niña que eras, siempre tan sincera. Ahora quedas con mi hermano y tengo que enterarme por Ah Kim. ¿Qué más me has ocultado?

Jess estaba decidida a tener paciencia, pero aquello la molestó lo suficiente como para que pecara de incauta. Apartó el brazo de los hombros de su madre.

—Bueno, tú tampoco es que hayas sido supersincera conmigo —replicó—. O sea, ¿cuándo pensabas comentarme que tu madre

había sido médium y una matona?

Jess no tenía claro si la Ah Ma también formaba parte de la banda o si era solo cosa de Ah Ku y sus socios. Estaba claro que la Ah Ma tenía un instinto asesino suficiente como para pensar que estaba acostumbrada a las actividades criminales en vida, pero tal vez los fantasmas tuvieran menos inhibiciones a la hora de matar gente.

Con todo, la respuesta de su madre se lo confirmó.

—¿Y a santo de qué va Ah Ku por ahí diciéndole esas cosas a la gente? —respondió con sequedad—. A ver si aprende a callarse un poco. La Ah Ma ya murió.

Así que Ah Kim no le había contado nada sobre el fantasma. Podían decirse muchas cosas sobre la Ah Ma, pero que había muerto no era una de ellas.

Su madre estaba claramente preguntándose qué sabría Jess.

—¿Qué más te ha dicho Ah Ku? No estará metido en nada raro, ¿verdad? Me dijo que ya había dejado esa vida.

Por lo visto, no se había enterado del altercado con los hombres de Ng Chee Hin en el templo. Tal vez ni siquiera supiera que la Ah Ma y Ah Ku estaban enfrentados a Ng Chee Hin. A fin de cuentas, la disputa del templo no había aparecido en las noticias recientemente.

—¿Por qué no me habías contado nada de eso? —dijo Jess—. Creo que es un problema gordo que no conozca a mi familia.

—¿Y para qué quieres saberlo? Lo mejor es no saber estas cosas —se defendió su madre—. Ojalá yo no me hubiera enterado. ¿Crees que fue fácil que nos mudáramos a los Estados Unidos? Pero tenía que pensar en ti. Eres mi hija. Si yo no te cuido, ¿quién te va a cuidar?

Aquello parecía una incongruencia, pero Jess sabía cómo funcionaba la mente de su madre. Hacía saltos aparentemente extraños, establecía conexiones inesperadas... pero siempre había alguna conexión. Esta vez no era difícil saber de qué estaba hablando.

—Espera, ¿me estás diciendo que emigramos a los Estados Unidos por la Ah Ma? —preguntó Jess.

—No quería implicarte —respondió su madre—. La vida de la Ah Ma era así, tenía que ser dura. Pero ¿para qué ibas a sufrir tú? No sé si sabías que la policía arrestó a Ah Ping, el hijo de Ah Ku. Menos mal que no fue a la cárcel. —Se volvió hacia Jess—. ¿Por qué fuiste a casa de Ah Ku?

Jess había tenido bastante tiempo para construir una historia, que explicó sin interrupciones.

—Ah Ku me comentó que, como no había ido al funeral de la Ah Ma, debería ir a presentarle mis respetos. Me llevó a rezarle. Creo que está teniendo problemas con el negocio. Me parece que cree que la Ah Ma lo ha maldecido o algo así desde el más allá.

—Choy —exclamó su madre—. No digas esas cosas. Este Ah Ku es muy supersticioso. La abuela es su propia madre, ¿cómo va a maldecirlo?

Tenía el ceño fruncido, pero la historia debía de haberle parecido plausible. No cuestionó nada más.

—La próxima vez que Ah Ku se ponga en contacto contigo, avísame. Ya me encargaré yo de él. ¿Por qué no me habías dicho que lo habías visto?

Jess se encogió de hombros.

—No quería preocuparte. Sé que has tenido rencillas con él. Y no me parecía para tanto lo de rezarle a la Ah Ma.

—¿Rencillas? Yo no tengo rencillas con Ah Ku. Es mi hermano.

—Yo qué sé, me pareció normal que no os llevarais bien teniendo en cuenta que es un gáns... un ex gánster. —Jess miró a su madre—. ¿Tú también estabas metida en esas cosas antes de marcharte de Malasia?

Su madre se relajó un poco. La pregunta no pareció ofenderla.

—No, *lah*. ¿Acaso tengo pinta de gánster?

—No —coincidió Jess. Era difícil imaginarse a su madre con una tubería oxidada en la mano, o con un aspecto rudo en general—. Pero a lo mejor les llevabas las cuentas o algo. ¿Yo qué iba a saber?

—Tuve suerte. Cuando Ah Ku nació, la abuela no podía con todo. Tenía que marcharse a trabajar, así que me dejó con mi

abuela, Ah Chor. Ya no volví a vivir con la Ah Ma, me quedé con mis abuelos hasta que me fui a la universidad. A Ah Chor no le gustaba el estilo de vida de la Ah Ma, ni el espiritual ni el resto. Me mantuvo alejada de todo aquello. Me enseñó a estudiar y a comportarme.

Su madre jamás le había hablado tanto de su familia. Sintiéndose en la piel de una cámara del National Geographic aproximándose a un animal infamemente esquivo, Jess preguntó:

—¿Y Ah Ku? ¿Se quedó con la Ah Ma?

Su madre asintió.

—Es el hijo.

Así que a eso se refería su padre cuando le había dicho que su madre debía perdonar a la Ah Ma. Debió de ser complicado ser la hija a la que puso en brazos de otra persona.

—¿Por eso tú y la Ah Ma no teníais buena relación?

Su madre suspiró.

—¿Sabes qué pasa? Que tu madre era una niña buena. Desde pequeña me daban miedo todos estos temas de espíritus. No puedo verlos, ni quiero. Pero tu Ah Ma era distinta. Desde el principio, fue una rebelde. Ah Chor era muy estricta, pero ni ella podía controlarla. Si conocieras a la Ah Ma, lo entenderías.

«Madre mía, si yo te contara», pensó Jess.

—Pero ¿cómo vamos a culparla? —continuó su madre—. En tu caso y el mío, no tendría sentido que fuéramos por ahí haciendo esas cosas. Podemos encontrar un trabajo decente. No tenemos que cargar con nada ni quemarnos al sol. La Ah Ma no tenía estudios. A los ocho años ya tuvo que irse de casa a trabajar.

Jess parpadeó, incrédula.

—¿Cómo? ¿En serio? ¿De qué puede trabajar una cría de ocho años?

—Uf, de muchas cosas. *Jaga* un puesto en el mercado, limpiar la casa. ¡Si tú supieras! Tú vives muy cómoda, pero no todo el mundo tiene tanta suerte como tú. La Ah Ma quería cambiar su futuro. Obviamente, si hubiera podido ser funcionaria o profesora, no se lo habría pensado dos veces. Pero ¿qué iba a hacer? No sabía leer ni escribir, ¿cómo iba a encontrar un trabajo de oficina?

Además, vivía en una aldea, no tuvo la oportunidad de conocer a nadie. Solo conocía a personas como el hombre que vendía restos de goma.

»De joven era guapísima, ¿sabes? —añadió su madre—. Tenía la piel muy oscura, porque tenía que trabajar al sol. Pero muy guapa. Todos los hombres le iban detrás. Y no digo que esté bien, pero era jovencísima cuando se casó. Y no se casó por amor. Sus padres escogieron por ella. Antes era así, se concertaban los matrimonios.

Aquello le resultó opaco incluso a Jess, pero no tardó en comprender lo que estaba insinuando.

—Espera, espera, espera —balbució Jess—. ¿Me estás diciendo que la Ah Ma engañó al Ah Kong con el tipo de la goma?

—Solo tenía dieciocho añitos cuando se casó —contestó su madre—. Era más joven que tú. El Ah Kong era mucho mayor, ya tenía treinta y tantos cuando se conocieron. Y, cuando discutían, él la pegaba. La Ah Ma se defendía, pero él era más fuerte. *Aiyoh*, a veces, después de que hubieran reñido, le ponía la cara como un mapa.

Jess recordó los sueños que le había enviado su Ah Ma; el bebé llorando, el olor a árboles de látex por la mañana, la lista interminable de tareas domésticas. En los sueños, se apresuraba a preparar la cena en cuanto llegaba a casa porque aquella noche iba a ocurrir algo.

La Ah Ma jamás le había mostrado lo que pasaba por la noche. Por lo visto, había algunos tipos de sufrimiento que no estaba dispuesta a mostrarle.

—Pero ¿qué tiene que ver el novio del látex con todo lo demás? —preguntó Jess.

—Él fue el que la arrastró a ese mundo —respondió su madre—. Al de las bandas. Al chaval le iba bien el negocio y ganaba tanto dinero que podía permitirse ofrecerle préstamos a la gente. Con altos intereses. Si no pagaban, sus hombres los perseguían. Era un hombre poderoso en la aldea, y eso que era jovencísimo. Más que la Ah Ma. Pero ella era joven y tenía un carácter algo distinto. No todos los días te encuentras con alguien así.

—La abuela fue la churri de un gánster —dijo Jess—. Parece el título de una peli.

—¿Eh? ¿Qué significa *churri*?

—Entonces, ¿la Ah Ma se divorció del Ah Kong?

—En aquella época no existía el divorcio. Pero cuando el Ah Kong murió, la Ah Ma se fue a vivir con ese hombre. Por eso me mandó con Ah Chor. Se puso hecha una furia. Me acuerdo cuando tu Ah Ma me llevó a su casa, mi abuela ni le dirigía la palabra.

Sacudió la cabeza.

—¿Por qué? ¿Porque la Ah Ma dejó al Ah Kong? —preguntó Jess—. ¿Aunque abusara de ella?

—No, ya no por eso —respondió su madre—. Si la Ah Ma hubiera vuelto a casa de Ah Chor, no habría sido para tanto. Pero irse a vivir con el novio... —Bajó la voz—. El Ah Kong murió cuando tu Ah Ma estaba preñada de Ah Ku. Ni siquiera esperó a dar a luz. ¡Embarazada se metió en la casa del otro hombre!

»Ah Chor tenía razón —añadió—. Ese tipo de relación no podía durar. Poco después de estar con el novio, la echó a la calle. Luego se fue a vivir por su cuenta con Ah Ku.

—¿No volvió a por ti?

—No —contestó su madre—. No volvió a por mí.

Tal vez fuera el efecto de los sueños que la Ah Ma le había enviado, pero, por alguna razón, apenas le costaba imaginar a la niña que había sido su madre; pelo negro y liso, piernas delgaduchas y ojos tristes.

Jess le tocó el brazo.

—¿Te molestó que te enviaran a vivir con Ah Chor?

—Sí. —Su madre se frotó los ojos—. Pero no pasa nada. Ahora os tengo a ti y a tu padre. No necesito más familia que vosotros.

Aquello le pareció conmovedor, pero también se sentía como si un verdugo estuviera apretándole la soga alrededor del cuello. Agachó la vista para ocultar su reacción.

—¿Min?

La voz de su madre había cambiado, y ya no temblaba. Estaba lívida y se le marcaban los huesos del rostro. Era como si a Jess le

hubieran concedido un vistazo al futuro. Aquel era el aspecto que tal vez tendría su madre en su lecho de muerte.

Era un pensamiento horrible, impensable. Jess se lo quitó de la cabeza y lo enterró con todo lo que no podía permitirse pensar o sentir.

—Mamá, ¿estás bien?

Su madre alargó el brazo y le tocó la nuca, apartándole el pelo. Le temblaban los dedos.

—¿Qué es esto? —preguntó. Tenía la voz cargada de miedo.

—¿El qué? —dijo Jess, aunque una parte de ella conociera ya la respuesta.

Cuando su madre le acercó un espejo y le mostró lo que tenía en el cuello, no se sorprendió. Tenía cinco verdugones formando un semicírculo, y la piel roja e inflamada. Parecían huellas dactilares, marcas que podría haberle dejado alguien después de haberle sujetado el cuello.

La bilis le subió a la garganta.

—¿Qué te obligó a hacer Ah Ku? —dijo su madre.

Durante un rato, Jess se había liberado de los horrores de la noche anterior, distraída por la conversación con su madre. Pero ahora el sueño volvió a arrollarla; la caza por el bosque, el cuchillo abriéndole la carne. Se llevó una mano a la garganta.

—¿Min? —La voz de su madre sonaba como si estuviera hablando a una gran distancia—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —se oyó Jess responder. Quería alejarse de allí reptando y ocultarse como un animal herido.

—¿Qué ha hecho Ah Ku? —preguntó su madre—. ¿Lo ves? Eso te pasa por tener secretos con tu madre. Si me lo hubieras dicho, te habría advertido. Debería haberte dicho que no te acercaras a Ah Ku. Pero ¿cómo iba a saber que se pondría en contacto contigo sin consultármelo? He tenido mucha paciencia. Apenas hace nada por mí. Cuando tu padre se puso enfermo, ni me llamó. No se ofreció a ayudarme, con todo el dinero que le he dado todos estos años. Me da igual. No espero que me lo devuelva. Pero ¡que al menos deje a mi hija en paz! ¡Mi pobre niña! ¿Qué te ha

hecho?

—No ha sido él —respondió Jess. Estaba recuperando la compostura. La verborrea de su madre la ayudaba. La irritación atravesó la bruma de pavor y devolvió a Jess al mundo real—. No es culpa de Ah Ku. Lo vi en el templo del jardín, pero...

—¿Te llevó a ese templo? —exclamó su madre.

Jess levantó la vista.

—No me llevó él. Yo...

Podría haberlo vomitado todo en ese momento, lo de la Ah Ma y toda aquella improbable pesadilla. Pero fue entonces cuando Jess vio a la diosa.

La Hermana de las Aguas Negras estaba al otro lado de las puertas correderas de cristal, rodeada por las buganvillas de Kor Kor, dolorosamente real contra aquellas vívidas flores.

Jess se quedó paralizada y la voz se le secó en la garganta. Desvió la mirada, pero ya la había visto.

—¿Tú qué? —preguntó su madre.

—Yo, pues... —El instinto de ocultarse descendió sobre Jess. Necesitaba seguir hablando o su madre se daría cuenta de que algo iba mal—. Fui al templo por mi cuenta. Leí un artículo en internet.

Apenas sabía lo que estaba diciendo. Los pensamientos se le agitaban en la mente frenéticamente. ¿Qué debía hacer? Tenía que sacar a su madre de la estancia, alejarla de la diosa. Pero podría seguirlas, ¿no?

—¡No deberías haber ido allí! —la riñó su madre—. ¿Por qué no me lo dijiste? Te habría advertido... Déjame verte el cuello. No sé por qué a Kor Kor le gustan estas bombillas viejas, ni encendidas alumbran. Ven, vamos a la ventana.

Su madre tiró de ella hacia las puertas correderas donde estaba la diosa. Jess se resistió.

—No quiero... ¡Mamá, no!

Su madre alargó la mano hacia las cortinas, con la intención aparente de dejar que entrara la primera luz de la mañana.

Por primera vez, la diosa apartó la vista de Jess y miró a su madre.

El cuerpo de Jess se movió sin intervención de sus

pensamientos. Se abalanzó sobre su madre y la apartó de las puertas correderas.

—¿Se puede saber qué haces? —le preguntó ella—. ¿Qué pasa?

—No te asustes, ¿vale? —le dijo Jess, renunciando a la discreción. Podía seguir mintiendo o enfrentarse al hecho de que la diosa estuviera observándolas desde el patio de su casa, pero no las dos cosas a la vez.

Se movió para interponerse entre su madre y la diosa a modo de barrera, por inadecuada que fuera, y bajó la voz.

—Está la diosa allí.

Su madre arrugó la frente.

—¿Qué?

—La diosa de Ah Ma está en la ventana —contestó Jess.

Contempló las emociones que se agolpaban en el rostro de su madre: desconcierto, comprensión y... terror.

—¿Puedes verla? —le susurró su madre.

«¿Crees que puedes huir de mí», le había dicho la diosa.

—Me está siguiendo —contestó Jess, descorazonada.

—¿Cómo? ¿Por qué?

Jess recordó la noche oscura del sueño y cómo había terminado: con el lecho del bosque empapado de sangre.

El sueño había sido una lección. El peligro de aquel mundo sombrío poblado por espíritus al que la había arrastrado su Ah Ma no era solo espiritual, sino horriblemente tangible. Si ofendías a una deidad, no dejaría de maldecirte con algún tipo de forma indefinida de mala fortuna. En pocas palabras, te jodería la vida.

Y Jess había ofendido a una diosa.

—Me cargué su altar —confesó.

—¿¡Qué!?

—No me quedaba otra —se defendió Jess—. Estaba... —Sin embargo, el hábito cauteloso de toda una vida se apoderó de ella, empujando las palabras por la garganta. ¿Realmente estaba dispuesta a contarle a su madre todo lo que había estado sucediendo? Lo mejor era dosificárselo. Jess necesitaba tiempo para pensar, y, de todos modos, en aquel momento tenían cosas

más urgentes de las que preocuparse—. Luego te lo cuento. ¿Qué hago, mamá? Sigue ahí.

—¿Qué está haciendo?

Jess no estaba dispuesta a inspeccionar de nuevo, pero no necesitaba mirar a la diosa para saber la respuesta.

—Me está esperando.

Su madre se quedó mirándola unos instantes. Jess se preparó para un cataclismo, una regañina o una combinación de los dos.

En su lugar, su madre se giró y chilló, como el camarero de un kopitiam gritándole los pedidos a la cocina:

—¡Ah Yit, ah, Ah Yit!

Tuvo que gritar de nuevo antes de que Kor Kor bajara corriendo las escaleras. Llevaba unos leotardos negros y una camiseta rosa holgada con las palabras California Dreamin' en la parte delantera.

—¿Qué pasa? Estaba hablando por Skype con Ching Yee, no te había oído.

—Min ha tenido un encontronazo con un espíritu —dijo su madre.

Kor Kor puso los ojos como platos.

—¿Cuándo?

—Mi hermano la llevó a su templo el otro día.

Su madre y Kor Kor intercambiaron sendas miradas que eran el equivalente a varias conversaciones complicadas.

—¿Kor Kor sabe lo de la Ah Ma, Ah Ku y todo lo demás? —preguntó Jess con una indignación creciente—. ¿Y a mí no me habías contado nada?

Su madre la ignoró.

—¿Sigue la diosa en la ventana?

—¿El espíritu está aquí? —preguntó Kor Kor—. ¿En mi casa?

Las dos hablaban en susurros, aunque no tendrían por qué haberse preocupado por atraer la atención de la diosa. Jess sabía, sin tener que mirarla directamente, que la diosa había vuelto a clavar en ella los ojos.

—Está fuera, al lado de las puertas correderas —dijo Jess.

Kor Kor ya se dirigía a la cómoda que había en el pasillo con

un gesto de determinación. Allí, recogió una cruz de madera de olivo, un recuerdo de un viaje por Tierra Santa que habían hecho ella y Kor Tiao unos años antes.

—¿En qué ventana? —preguntó. Estaba pálida.

Su madre la señaló.

—Kor Kor, creo que no deberías... —empezó a decir Jess, pero Kor Kor se acercó a las puertas correderas con la cruz de madera en alto. Con la otra mano, se apretaba el crucifijo de plata que siempre llevaba al cuello.

—¡Kor Kor, vuelve!

Para el caso, habría tenido el mismo efecto que Jess no hubiera despegado los labios. Kor Kor se fue directamente hacia el cristal.

—En nombre de Jesús, ¡te ordeno que abandones este lugar! —pregonó, agitando la cruz.

Jess se mantuvo primero a una cierta distancia, indecisa, hasta que vio a la diosa girar la cabeza y fijarse en Kor Kor y en la crucecilla.

Jess salió disparada hacia su tía.

—Kor Kor, no... Vamos a retirarnos, ¿vale? Y vemos qué podemos hacer.

—Padre nuestro que estás en el Cielo, santificado sea tu nombre —recitó Kor Kor. Abrió la puerta y metió la cruz por la reja—. Venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad en la Tierra como en el Cielo.

La diosa levantó la mano.

Jess supo en ese momento que no sería capaz de soportar que la diosa tocara a Kor Kor, a su madre o a nada de lo que Jess amaba. No permitiría que la diosa se llevara ni un solo pétalo de las buganvillas. Puede que Jess se hubiera lanzado en brazos de la Hermana de las Aguas Negras, como Perséfone se había tragado sin cuidado las semillas de la granada, pero su familia no había hecho nada para merecer la venganza de la diosa. Ninguno de sus familiares le pertenecía. Era la familia de Jess, y la diosa no tenía ningún derecho.

La diosa estaba alargando la mano hacia Kor Kor cuando Jess

tiró de su tía e hizo que se tambaleara. Acto seguido, se colocó entre Kor Kor y la ventana y acercó el rostro a la reja.

—¡Que te follen! —le gritó Jess—. ¿No te das cuenta de que no eres bienvenida, joder?

La diosa desvió su gélida mirada hacia Jess, y esta sintió el pellizco fantasmal del cuchillo en la garganta. Tragó saliva.

—Estás en deuda conmigo —anunció la diosa, en un dialecto que Jess no debería ser capaz de comprender.

—Todo esto lo empezaste tú —replicó absurdamente Jess, empapada de terror. Poco importaba lo que dijera mientras siguiera hablando y concentrando en ella la atención de la diosa. Su madre retenía a Kor Kor, gracias a Dios, aunque también le estuviera gritando algo irrelevante a Jess sobre que se alejara de la ventana—. Tú eres la que se me metió en el cuerpo. Yo no te hice nada.

—Fuiste a mi templo —contestó la diosa—. Destruiste mi altar. ¿Cómo piensas compensarme?

—¿Y si no hago nada?

La diosa no respondió, sino que se limitó a atravesar la reja con el brazo y posar los dedos en la nuca de Jess, igual que en el sueño. El tacto era tan delicado como el de una amante.

Jess sintió un dolor insoportable en el cuello. Le dolía tanto que apenas le quedaba aliento para respirar, algo que, por suerte, significaba que no podría alarmar a las mujeres que tenía detrás. Bastante desquiciadas estaban ya. Kor Kor rezaba en voz alta, y su madre le iba diciendo:

—¡Min! ¡Vuelve aquí ahora mismo!

—¿Cómo piensas compensarme? —repitió la diosa.

Jess oía a su madre y a Kor Kor acercándose. Debía deshacerse de la diosa.

—Ya encontraré alguna forma —respondió sin aliento. El dolor iba remitiendo y le costaba menos pensar—. Deja en paz a mi familia. No tienen culpa de nada. Esto es cosa mía. Iré al templo. Te rezaré y...

—Debes llevar un sacrificio.

—Lo llevaré al templo —respondió Jess—. Pero debes irte.

Esta es la casa de mi tía, un hogar cristiano. No tienes ningún derecho a estar aquí.

La diosa la miraba fijamente.

—Vale, que sí. Soy tuya. Pero solo me tienes a mí. A nadie más.

La diosa desvió los ojos hacia su madre y Kor Kor antes de volver a mirar a Jess.

—Llévame un sacrificio —repitió.

El mensaje no podía ser más claro. «Este es el precio para que tus seres queridos estén a salvo.»

Y, dicho eso, se esfumó. Las flores de la buganvilla se sacudieron, mecidas por la brisa.

Kor Kor tiró de Jess y la alejó de la reja.

—No interfiráis —le estaba diciendo a su madre en hokkien—. ¡No sois cristianos, yo sí! Estos espíritus no pueden hacerme daño. —Pasó al inglés y, de una sentada, gritó—: ¡Y líbranos del mal, porque tuyo es el Reino, el poder y la gloria, por los siglos de los siglos! Amén.

—Se ha ido —dijo Jess.

—¿La diosa? ¿Ya no está? —preguntó su madre.

Kor Kor estaba enrojecida y exultante.

—¡Gracias a Dios! ¿Lo ves, Poey Hoon Chee? ¡Este es el poder de Cristo!

Su madre la ignoró.

—¿Le has dicho que le rezarías? ¿Y ya está? ¿Está satisfecha?

Tenía la misma mirada que su padre cuando cayó enfermo, como si hubiera perdido algo precioso y no pudiera encontrarlo.

Jess recurrió a la mentira consoladora.

—Sí, ya está. Mañana iré al templo a quemar unas cuantas barras de incienso.

—¿Pretendes volver a ese templo? —preguntó su madre, alzando la voz—. ¡Ni se te ocurra! Si hubiera sabido que Ah Ku te llevaría allí, te lo habría impedido.

—¿Vas a rezarle al espíritu? —dijo Kor Kor, interrumpiendo a su madre—. ¡Eso no está nada bien!

Su madre se volvió contra ella, contenta de tener un objetivo,

a pesar de que Kor Kor estuviera dándole la razón.

—Si Min tiene que rezarle al espíritu para que la deje en paz, que rece. Además, ¡nadie te ha pedido tu opinión!

Kor Kor respiró hondo, y Jess se apresuró a decir:

—Se lo has pedido tú, mamá. Tú eres la que le ha dicho que viniera.

Pero era demasiado tarde. Su madre por fin había agotado las amplias reservas de paciencia de Kor Kor. Su tía dejó escapar un largo y rápido suspiro.

—Poey Hon Chee, ¡no hay quien te aguante!

QUINCE

El Tau y sus delicias de soja tendrían que esperar un día más. Jess le había enviado un mensaje a Sherng para posponer su encuentro desde la parte trasera del coche de Kor Kor, sintiéndose como una adolescente avergonzada.

Su madre y Kor Kor se trataban con un escrupuloso respeto desde los asientos delanteros, abriendo la boca solo cuando era estrictamente necesario. La temperatura era ártica.

Era la primera vez que Jess veía a su madre y Kor Kor discutir. La riña apenas había tardado unos segundos en adquirir vida propia. Kor Kor había empezado a debatir sobre todas las malas decisiones vitales que había tomado su madre, partiendo de la emigración a los Estados Unidos y acabando con la vuelta a Malasia, así como sobre las razones que habían motivado que los hijos de Kor Kor no vivieran cerca de su madre siendo adultos.

Jess había tenido que intervenir para volver a centrar la atención en sus desdichas espirituales. En el fondo, no quería que su madre y Kor Kor se vieran involucradas en el contenedor en llamas en el que se había convertido su vida, pero era eso o permitir que su madre ofendiera fatalmente a Kor Kor y los echaran a todos a la calle.

Al principio, la estrategia de Jess parecía haber funcionado.

—Debemos orar —dijo Kor Kor.

—Correcto —coincidió su madre—. Este asunto no es cosa de hombres.

—Jesús te protegerá —continuó Kor Kor—. Lo único que debes hacer es pedirle ayuda. Junta las manos y di: «Jesucristo, te acepto en mi corazón».

—Voy a llevarte al templo del maestro Yap —dijo su madre—. Allí le rezan a Tai Seng Ia, el Dios Mono. ¿Conoces al Dios

Mono? Nació de una roca.

—¿Te refieres al Rey Mono? —preguntó Jess con sorna—. ¿El de *Viaje al Oeste*?

Su madre asintió, como si fuera totalmente normal levantar un templo en honor a un personaje de ficción.

—Nosotros lo llamamos el Gran Sabio. Es más respetuoso. Cuando hay un problema de este tipo, es muy bueno, muy poderoso.

—¿Pretendes volver a un templo chino? —le espetó Ah Kor—. No tendríamos este problema si no fuera por esos templos. —Se volvió hacia Jess—. ¿Por qué no vienes a la iglesia conmigo? Mi pastora tiene experiencia con los exorcismos. Es una mujer, pero es muy tenaz. Es india, así que no les tiene miedo a los dioses chinos.

Jess sabía que su madre había empezado a echar humo, conque se apresuró a decir:

—¿No se supone que los cristianos no creen en otros dioses? Creía que, en teoría, solo había un Dios.

—Solo hay uno con mayúsculas —coincidió Kor Kor—. Los otros dioses, los que se escriben con d minúscula, no son más que espíritus. En la Biblia también existen. Jesús expulsa a muchos de ellos.

»En nuestra congregación ha habido casos así —añadió—. Hay personas que quieren convertirse pero temen que los espíritus sigan perturbándolos. Mi pastora los ayuda. Se ofrece a recoger los altares y los ídolos de las casas de la gente para deshacerse de ellos. Hay quien no se atreve a tirarlos por su cuenta. Es necesaria una profunda fe para encargarse de este tipo de trabajos.

—El espíritu es chino —replicó su madre—. ¿Qué tendrá que ver tu pastora con ella? Ni siquiera habrá oído hablar de Jesús. Por eso cuando has rezado antes no ha servido de nada, Ah Yit. Este espíritu solo respeta a los dioses chinos.

Kor Kor se enervó.

—¿Cómo que no ha funcionado? Jesús ha expulsado al espíritu. Los espíritus temen su nombre. No se atreven a acercarse a la cruz. ¿A que tengo razón, Min?

—La diosa se ha marchado porque le has prometido que

regresarías al templo de Air Itam y le rezarías, ¿verdad? —dijo su madre—. He oído que se lo decías.

Jess se encontró con dos pares de ojos clavados en ella, exigiéndole que se posicionara. Se aclaró la garganta.

—Bueno...

La diosa no parecía haber percibido la cruz de Kor Kor, pero ¿quién era Jess para afirmar que no habría funcionado si ella no se hubiera inmiscuido?

En su cabeza, volvió a aparecerse el rostro de la diosa, el pelo negro que atrapaba los rayos del sol, la palidez inhumana de su tez. Jess no era capaz de arrepentirse de haber apartado a Kor Kor de la reja.

—No lo sé —confesó—. Lo importante es que se ha ido. Pero volverá. A menos que le ofrezca un sacrificio.

—¿Qué sacrificio? —preguntó su madre.

—No lo tengo claro.

Pero tenía sus sospechas. Sintió una punzada de dolor en la nuca, donde las marcas que la diosa le había dejado en la piel le recordaban su presencia. El día anterior le había mostrado lo que consideraba un tributo apropiado, cuando había paralizado a Jess hasta poder utilizarla para sembrar la muerte.

—Prefiero no descubrirlo —añadió Jess—. Pero si no vuelvo al templo...

—Que ni se te ocurra —replicó su madre de inmediato.

—Eso, lo mejor es que no vayas —coincidió Kor Kor.

—Le preguntaremos a Tai Seng la qué debemos hacer —dijo su madre—. Conozco al médium del templo. Nos ayudará.

—Es inútil hablar con todos esos médiums —intervino Kor Kor—. Déjame que llame a mi pastora, a ver si está libre.

Las dos se fulminaron con la mirada y Jess vio nubes de tormenta acumulándose.

—¿Y por qué no hacemos las dos cosas? —propuso.

—Buena idea —contestó su madre al instante—. Venga, vámonos al templo.

—¿Ahora? —Jess echó un vistazo al reloj. Se suponía que había quedado con Sherng en media hora—. ¿No podemos ir

mañana?

—Mejor ahora, antes de que tu padre se despierte. No podemos contárselo. Bastante estrés tiene ya, con lo duro que trabaja.

Jess miró de reojo a Kor Kor, preocupada por que aquello pudiera encender otra disputa, pero su tía asintió. Por lo visto, ella y su madre habían dado con lo único en lo que estaban de acuerdo de toda aquella situación.

—Mira que le digo a tu padre que descanse más —dijo Kor Kor—. Pero no me hace caso. Se fuerza y se fuerza. Los hombres son así, orgullosos. Si se entera de esto, me preocupa que no pueda soportarlo.

—Podría darle un ataque de nervios —añadió su madre con pesimismo.

—No molestes a tu padre —siguió Kor Kor—. ¿Tú sabes ir al templo, Honn Chee?

A pesar de la reconciliación, ni ella ni su madre consiguieron relajarse durante el trayecto. El viaje fue sorprendentemente largo, incluso teniendo en cuenta el tránsito de los viernes y la gente que salía del trabajo para sus sesiones de oración. Jess echó un vistazo por la ventana y se dio cuenta de que no reconocía nada.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—El templo está en Balik Pulau —respondió su madre—. Muy lejos.

Pasaron por pueblos preciosos, granjas de durián y arrozales, verdes y dorados bajo el sol. A Jess la venció el sueño.

No se despertó hasta que el coche se detuvo. Su madre está bajándose.

—¿Ya te has despertado? —le preguntó Kor Kor—. Tu madre se ha ido a buscar al médium primero. Quería que durmieras un poco más. Si sales ya, voy contigo.

Jess bostezó.

—No hace falta que vengas, Kor Kor. Puedes esperarnos en el coche.

—De eso nada. ¿Y si pasa algo? Me he traído mi biblia.

Levantó un volumen grueso y fino forrado de cuero azul.

También había llevado la cruz de madera de olivo.

—Ah —dijo Jess—. Qué bien.

Era evidente que no compartía la fe de Kor Kor, ni tampoco creía en la eficacia de aquellos artefactos contra la implacable persistencia de la diosa. Y, sin embargo, sintió una sensación de paz algo confusa. Como mínimo, no tenía que enfrentarse a aquello sola.

El templo era una modesta estructura con un tejado de zinc corrugado, algo que distaba mucho de las ornamentadas casas de los clanes de George Town que inundaban los turistas. Aun así, a sus espaldas se extendía una impresionante montaña verdiazul, cuya cima se alzaba hacia un imponente cielo cian.

Hasta que no se acercaron al templo no entró en escena lo mundano. Se percibía un valiente intento de ajardinar la parte delantera, junto con una estatua del Rey Mono de tamaño humano que parecía haber salido de una serie de televisión hongkonesa de los noventa. No le habría sobrado una mano de pintura.

La pintura roja también se estaba desconchando de las puertas de reja del templo. Cada puerta mostraba el diseño de un árbol con hojas verdes gemelas, pero las manchas de óxido menoscababan el efecto. Más allá de las puertas, se levantaba un altar con una estatua mucho más pequeña del Rey Mono, envuelto con unos ropajes de satén bordado.

La única persona a la vista era un adolescente aburrido. Cuando su madre le preguntó si Donald Sim estaba por allí, el muchacho asintió y desapareció, mientras ellas esperaban.

Su madre y Kor Kor seguían encerradas en una burbuja de tensión. Jess echó un vistazo alrededor en un intento por ignorarlas.

El Rey Mono no era el único dios al que veneraban en el templo; había otros ídolos a sus lados, pero Jess no les prestó demasiada atención. De algún modo, le parecía una falta de respeto, y lo último que necesitaba era atraer la atención de otras deidades.

Desvió la mirada y vio un cuadro enmarcado en la pared, en el que habían representado a un chino calvo con un rostro amable

y arrugado. Parecía un abuelo afable.

Una leyenda en chino y en un inglés macarrónico explicaba que el maestro Yap había nacido en Cantón y había llegado a Malasia a principios del siglo xx. Anhelando la soledad necesaria para entregarse a la meditación, se había retirado a una parte remota de la isla. Era un hombre virtuoso que había llevado a cabo muchas buenas obras. A medida que crecía su reputación, personas de todos los rincones del mundo acudían en busca de su sabiduría. Tras su muerte, se había aparecido en sueños a uno de sus seguidores y le había ordenado que construyera un templo junto a la colina donde había residido.

Jess sentía curiosidad por si la aparición había sido puntual o si el maestro Yap habría martirizado a su seguidores hasta que sus deseos se cumplieron. Si el maestro Yap era como el de la imagen, a Jess no le habría importado que la persiguiera. Al menos había sido una persona virtuosa y buena. A nadie se le ocurriría escribirle un epitafio a su Ah Ma.

Donald Sim resultó ser un hombre rechoncho de la edad de su madre, vestido, evidentemente, con un polo.

Pareció alegrarse al ver a su madre. Por lo visto, se habían conocido en la escuela; su madre se dirigía a él con un apodo que no tenía conexión aparente con «Donald» ni «Sim».

Mientras charlaban, Kor Kor esperaba de brazos cruzados. Tenía las manos pegadas a los codos, como si quisiera evitar tocar algo y contagiarse de algún tipo de infección espiritual.

Con todo, no era propio de Kor Kor mantener aquella frialdad cuando la recibían con calidez. No hizo falta más que que el señor Sim exclamara: «¿Es tu cuñada? Fantástico. ¡Bienvenida!» para que relajara los brazos.

—Qué preciosidad de lugar, con la montaña detrás —le dijo Kor Kor—. Seguro que vienen un montón de turistas, singapurenses, gente de Kuala Lumpur, ya sabes.

El señor Sim soltó una respetuosa carcajada.

—Qué va. Apenas nos visita nadie. Está lejísimos. Además, nosotros no damos el número de la lotería. —Hablaban un inglés sorprendentemente bueno. Jess lo habría supuesto un funcionario

jubilado o algo por el estilo, no un médium espiritual—. Sobrevivimos a duras penas. Tenemos la estatua de fuera porque un devoto donó dinero después de que Tai Seng la lo ayudara.

—Nosotros también necesitamos ayuda, Ah Paut —le dijo su madre, y le posó a Jess una mano en el hombro—. Mi hija se ha metido en problemas.

Al señor Sim se le ensombreció el rostro.

—¿Qué ha pasado?

—¿Te importa que se lo enseñe? —le preguntó su madre, rozándole la nuca.

Sí, en cierta manera, le importaba. Pero si existía la posibilidad de que el señor Sim y su dios arreglaran aquel desaguado y consiguieran que la Hermana de las Aguas Negras la dejara en paz...

Asintió. Su madre le bajó el cuello de la camiseta y le levantó el pelo para que el señor Sim pudiera ver las marcas que la diosa le había dejado en la piel.

El gesto afable del señor Sim desapareció y reveló emociones reales. Disgusto, seguido de un destello claro de interés profesional.

—Ya veo —dijo—. Seguidme.

—Tened en cuenta que Tai Seng la es uno de los grandes dioses —les explicó el señor Sim—. Podemos llamarlo, pero no puedo aseguráros que acudirá.

Estaban en la habitación trasera del templo. El señor Sim había avisado a un asistente, un joven que debía de tener pocos años más que Jess. No llevaba polo, pero Jess supuso que no esperaba tener que trabajar aquel día. Tenía el gesto grave y parecía algo aburrido mientras encendía el incienso y vestía al señor Sim con satén negro.

Jess era un manojo de nervios, y ni su madre ni Kor Kor ayudaban. Kor Kor se aferraba a la biblia y a la cruz de madera de olivo como si temiera que salieran volando de sus manos. Su madre parecía estar en la sala de espera de un hospital.

Todo saldrá bien, se dijo Jess. El Rey Mono era un dios

divertido. Su padre solía llevarle DVD de la serie de televisión hongkonesa después de sus viajes a Malasia. Le encantaba aquella adaptación de *Viaje al Oeste*, con aquel mono vivaz que no le temía ni a dioses ni a demonios.

Y sí, el mono se buscaba peleas. A veces Tripitaka o la Diosa de la Misericordia debían recordarle que se comportara. Pero tenía buen corazón. Al final, ascendía para convertirse en un buda, ¿no?

Jess no sabía cómo continuaba la historia; no había visto la segunda temporada.

—Al ser un animal, puede llegar a ser muy fiero —prosiguió el señor Sim—. Suele expresarse a través de sus acciones, físicamente. Pero no os preocupéis. Ah Huat me ayudará a contenerlo.

La idea de que el ayudante del señor Sim tal vez tuviera que contener al dios no era especialmente consoladora. El señor Sim parecía haberse dado cuenta de aquello, puesto que añadió:

—Al final, es un dios. Cuando se nos aparece, su intención es hacerle bien a los humanos. Es tan poderoso que no le tiene miedo a los demonios.

—Ella no es un demonio —lo corrigió su madre—. Ya te he dicho que es una diosa; mi madre solía rezarle.

—Bueno, estos dioses menores no son tan diferentes a los tipos más bajos de espíritu. Pueden dar muchos problemas, pero Tai Seng Ia es capaz de aplacarlos... si aparece. Voy a intentarlo.

Su sosegadora voz de funcionario no acababa de casar con su facha. Se había cambiado el polo por un traje de satén negro profusamente bordado, con un collar del mismo material alrededor del cuello. Parecía una armadura, o la idea que podría tener de una armadura el diseñador de vestuario de una compañía de ópera china de bajo presupuesto.

El señor Sim se levantó y le rezó al Rey Mono con un puñado de barras de incienso en las manos.

Kor Kor se unió a la oración, con los ojos cerrados y una mano presionada contra la biblia abierta.

—Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo.

«Porque tú vas conmigo.» La imagen del rostro de la Hermana de las Aguas Negras se apareció ante Jess, con el sudor reluciendo sobre el labio superior. Jess se estremeció.

El ayudante del señor Sim le trajo una silla roja similar a un trono con ricas decoraciones doradas. Colocó cuadrados de papel bajo los pies del señor Sim; recordaban al papel amarillo que se doblaba hasta formar lingotes para quemarlo en las oraciones a Ti Kong, durante el noveno día del Año Nuevo chino. Jess le susurró a su madre:

—¿Qué hacen? ¿Qué es eso?

Su madre sacudió la cabeza.

—Es mejor no saberlo.

El señor Sim se sentó con los ojos cerrados durante lo que se le antojó mucho tiempo. Parecía estar meditando. Jess se preguntaba si sería una falta de respeto sacar el móvil cuando empezó a convulsionar.

Su madre la agarró de la mano. Kor Kor levantó la voz.

El médium se desplomó, con los ojos cerrados, y vomitó. Un ligero líquido blanco salpicó el suelo de cemento. La cabeza comenzó a darle vueltas y vueltas, mientras él no dejaba de sacudir los brazos. El cuerpo se le estremecía como si lo estuviera zarandeando una fuerza sobrehumana.

El contraste entre la persona afable y seria que había sido el señor Sim y la criatura agitada e inconsciente en que se había transformado era algo profundamente inquietante. Parecía sacado de *El exorcista*. Salvo que allí el señor Sim era tanto el exorcista como el poseído, la víctima y el vengador.

El cuerpo del señor Sim se detuvo. Se puso en pie y se subió a la silla, con una pierna levantada por encima de la otra, y los brazos curvados como si se estuviera preparando para atacar. Parecía una postura de kung fu, más de propia de Bruce Lee en alguna fotografía promocional. La fuerza contenida le temblaba en las extremidades.

Acto seguido, se rascó.

Jess sonrió involuntariamente. El Dios Mono se volvió hacia ella y la miró. A través de los estrechos ojos almendrados del señor

Sim se adivinaba una conciencia inhumana.

La sonrisa desapareció del rostro de Jess.

El Dios Mono saltó hacia ella con el cuerpo de mediana edad del señor Sim moviéndose con una fluidez imposible. El ayudante profirió un grito y echó a correr tras él.

Pero el dios que había dentro del médium ya se había inclinado sobre Jess y la inspeccionaba, y ella notaba su aliento cálido sobre la piel. Le agarró un mechón de pelo y lo olisqueó.

No había mala voluntad en la mirada animal y brillante del Dios Mono, pero tampoco misericordia. Si Jess hacía algún movimiento inadecuado, lo asustaba o lo molestaba, al dios ni siquiera le costaría partirle el cuello. Y apenas podría culparlo. Aunque sacrificaras a un oso pardo que hubiera matado a un excursionista, no se te ocurriría responsabilizarlo de lo ocurrido.

Se quedó muy quieta, casi conteniendo el aliento, aterrorizada y tensa.

Ah Huat se dirigió al Dios Mono y lo hizo retroceder. Los cabellos de Jess se deslizaron entre sus dedos. Ella se sentó, tiritando, como una presa a la fuga a la que acaba de iluminar la luz de los focos.

Ah Huat le ató un tocado en la cabeza al Dios Mono y le rodeó la cintura con un cinturón. Acto seguido, le abrió la boca al dios y le colocó un fragmento de papel amarillo en la lengua. Se parecía sobremedida a los amuletos que su madre había quemado para luego obligar a Jess a bebérselo.

El Dios Mono le dijo algo a Ah Huat. Su voz era profunda y rasposa, como si no la usara a menudo. No se parecía en absoluto a la del señor Sim.

Kor Kor sostenía la biblia frente a ella como si de un escudo se tratara, pero, aunque fuera contra su voluntad, parecía interesada.

—¿Qué está diciendo? —le preguntó a Ah Huat—. ¿Qué idioma habla? No lo había oído en mi vida.

—Tai Seng Ia habla mandarín arcaico —respondió Ah Huat—. Se hablaba antiguamente en China. No se parece a la versión actual.

Kor Kor parecía escéptica.

—¿Y tú lo entiendes? Si es tan antiguo...

—Forma parte de nuestra formación —replicó Ah Huat con dignidad—. Así podemos traducírselo a los devotos.

—¿Qué está diciendo?

Ah Huat no llegó a recriminarle la pregunta, pero ese era el tono de su voz cuando dijo:

—Tai Seng la pregunta por qué huele así tu sobrina.

—¿Así cómo? —Kor Kor olió a Jess—. Huele bien. Te has duchado esta mañana, ¿verdad, Min?

—Déjalo, Kor Kor —masculló Jess, pero no debería haber despegado los labios.

El foco de luz que era la atención del Dios Mono volvió a ella. Le susurró algo a Ah Huat, agitado. Ah Huat respondió con un tono apaciguador, levantando las manos.

Alarmada por el miedo, el cuerpo de Jess supo que el Dios Mono se precipitó sobre ella antes de que pudiera procesarlo con la cabeza. Se levantó a toda prisa de la silla, pero apenas había llegado al centro de la estancia cuando el Dios Mono la alcanzó.

Y la habitación se puso del revés.

«Voy a morir», pensó Jess. La mano que la había agarrado era la del señor Sim, ancha y callosa, pero el poder que transmitía era antinatural, muy superior al que músculos, tendones o huesos podían reunir.

Jess forcejeaba, resistiéndose al dios, concentrando todo el peso posible. Era vagamente consciente de que su madre y Kor Kor estaban desgañitándose.

El Dios Mono la sacudía como si fuera una muñeca de trapo. Tenía una fuerza sobrecogedora. El señor Sim tenía la edad de su madre, así que no había forma de que fuera la única fuente de aquel poder...

Con el rabillo del ojo, Jess vio que su madre y Kor Kor se habían arrojado hacia Ah Huat. Su tía parecía estar atacándolo con la cruz. Jess abrió la boca, lista para decir algo temerario, como insultar al Dios Mono, morderlo o...

—¡Ah Ma! —balbució—. ¡Ayuda!

No hubo respuesta. El Dios Mono la dejó caer al suelo y Jess chocó contra el cemento, rodó sobre sí misma y se incorporó; la cabeza le zumbaba como una campana. Estaba frente al altar. Un golpe en la espalda la obligó a desplomarse de nuevo.

Oyó a Ah Huat gritarle algo ininteligible, y poco después vio sus chanclas aparecer a su lado. Se arrodilló, ayudó a Jess a ponerse en pie y le dejó algo en las manos.

Era un manojo de barritas de incienso.

—Enciéndelo —le ordenó, señalando el incensario.

El Dios Mono la agarró del brazo entre gruñidos, pero Ah Huat lo obligó a soltarla. El ayudante se volvió hacia Jess.

—No te preocupes. Enciéndelo y reza a Tai Seng Ia. Si le presentas tus respetos, verá que estás limpia.

—¿En qué momento le ha faltado al respeto mi hija? —bramó su madre. La voz le temblaba, pero parecía más airada que asustada—. Hemos venido a pedir ayuda y mira cómo están tratando a mi niña. ¿Qué clase de templo es este?

—Es un malentendido, señora —se defendió Ah Huat—. Tai Seng Ia está confundido. Creía que tu hija era un espíritu, de los malos.

Kor Kor estaba igual de ofendida.

—Vámonos —le dijo a su madre—. Mira que te he dicho que tendríamos que haber ido a ver a mi pastora. A los cristianos no se nos maltrata así.

Ah Huat se dirigió a Jess.

—Le he dicho a Tai Seng Ia que eres humana, que el espíritu es el que te está incordiando. Pero debes rezar para que te crea.

El Dios Mono la fulminó con la mirada, retorciéndose y arañando, como si estuviera constantemente a punto de saltarle encima de nuevo. Jess dudaba que una plegaria pudiera aplacarlo, pero no tenía humor para discutirlo.

Se acercó lentamente hacia el incensario y tocó los extremos de su incienso con el que ya estaba encendido, hasta que las puntas se ennegrecieron y comenzaron a humear. Dio media vuelta, preparada para agitar las barras frente a la estatua del Dios Mono que había en el altar, cuando el dios que había poseído al señor

Sim gruñó y apartó a Ah Huat.

Kor Kor se interpuso entre él y Jess, blandiendo la cruz, pero el dios la tiró al suelo. Su madre fue la siguiente, armada con su bolso, pero a Jess se le había agotado la paciencia.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —rugió.

El sonido de su propia voz atravesó la bruma del miedo. Al otro lado, halló ira y, en su ardiente corazón, poder.

Un poder que le recorría las venas y la hacía sentirse arrojada, invulnerable. La nuca le palpitaba con un ligero dolor, pero apenas lo notaba. Se interpuso entre su madre y el Dios Mono.

—¡Déjala en paz!

El Dios Mono la agarró del pelo y tiró de ella con tanta fuerza que Jess tuvo la sensación de que tal vez le acabaría arrancando la cabellera. Le clavó las barritas de incienso en el rostro antes de recordar que aquella cara pertenecía al señor Sim.

El Dios Mono la soltó, parpadeando violentamente, pero no parecía sentir dolor alguno. De un manotazo, le quitó las barritas de incienso de las manos, que cayeron y se esparcieron. Jess lo esquivó antes de que pudiera golpearla y acabó en el suelo.

Al aroma a incienso se le sumó un hedor a quemado. La ropa se le estaba chamuscando al tocar las puntas al rojo vivo del incienso que había caído al suelo. Mientras se ponía en pie, apoyó una mano en una de las barritas encendidas y percibió la sensación de calor sobre la piel, y sabía que debería haberle dolido, pero no fue así. Era como si el poder que le recorría el cuerpo le hubiera engrosado la piel y entumecido los sentidos.

El Dios Mono se cernió sobre ella. Tenía el rostro descompuesto por una furia irracional; ya era del todo imposible reconocer al señor Sim.

El temor de Jess era casi un reflejo físico, como una pierna rebotando ante un golpecito en la rodilla. El poder lo ahogaba todo y emanaba de ella como la luz blanca de una lámpara. Salió despedido con el acento desconocido de un idioma que no hablaba:

—¡No te atrevas a tocarme, joder!

Acto seguido, le dio un cabezazo al Dios Mono en el pecho, quien se tambaleó hacia atrás y dejó escapar un resoplido

entrecortado.

Con todo, apenas tardó un instante en recuperarse. Levantó la mano, gruñendo. Oía a Ah Huat reprendiendo al Dios Mono a una distancia prudente.

«Si yo muero, tú morirás primero», pensó Jess, no en inglés o hokkien, sino en un idioma que jamás había aprendido. Agarró al Dios Mono del brazo y se lo retorció...

Pero el Dios Mono se quedó paralizado. Jess notó el brazo inerte, y vio que abría la boca.

La inteligencia animal que había animado el rostro del señor Sim desapareció, y dejó tras de sí unos ojos y un cascarón vacíos. Los ojos del médium giraron hacia el interior de la cabeza. El cuerpo se le sacudía.

La madre de Jess se le puso detrás y le dio un porrazo en la nuca con el bolso.

—¡Para, para! —gritó Ah Huat.

Jess le soltó el brazo al señor Sim, y se esforzó por encontrar las palabras en inglés.

—Mamá, déjalo —dijo—. Hay algo que no cuadra.

—¿El qué? ¿Qué está pasando? —preguntó Kor Kor. Tenía el pelo desordenado, pero, por lo demás, no parecía que el Dios Mono la hubiera tirado al suelo. Se volvió hacia Ah Huat—. ¿Le está dando un ataque o qué?

Aunque saltaba a la vista por la expresión de Ah Huat que él tampoco tenía respuestas. Mostraba el aspecto de quien está teniendo el peor día de trabajo de su vida.

—Lo mejor es que os alejéis —dijo, y se dirigió directamente a Jess—. Señorita, ¡ven aquí!

El médium abrió mucho los ojos y miró alrededor.

—¿Maestro? —preguntó Ah Huat.

—¿Ah Paut? —dijo su madre.

—No —respondió Jess. No le había quitado los ojos de encima al médium—. Es otra presencia.

—Discúlpame, Hermana Mayor —dijo el dios que había dentro del médium. Hablaba con una voz dulce de barítono algo rasgada, como la de un anciano. Su mirada también era la de un

viejo, entrecerrada, miope y cálida—. He acudido lo más rápido posible. ¿Qué te trae aquí?

El médium hablaba la lengua de la Hermana de las Aguas Negras, el mismo idioma con que Jess había amenazado al Dios Mono.

—¿Qué está hablando? ¿Hakka? —preguntó Kor Kor, impaciente—. ¿Tai Seng Ia habla hakka?

—No es Tai Seng Ia —respondió Jess—. Es un espíritu distinto.

—¿Cómo que es un espíritu distinto? —le preguntó su madre—. ¿Cómo lo sabes?

Jess no podía creerse que no pudiera ver la diferencia. El médium incluso parecía más bajo que unos instantes antes.

—¿No lo veis? —contestó—. Para empezar, ¡ya no intenta matarme!

Ah Huat se arriesgó a preguntar:

—¿Maestro Yap?

—¿Por qué no me has llamado desde un principio? —preguntó el nuevo dios—. Yo soy el que conoce a la Hermana Mayor. Tai Seng Ia no tiene nada que hacer aquí. Lo único que sabe hacer es perseguir y combatir demonios. No sabe *layan* con la gente.

—¿Qué pasa? ¿Quién es este espíritu? —le preguntó Kor Kor a Ah Huat—. ¿Por qué lo has llamado «maestro Yap»?

—Es el fundador del templo —le dijo Jess.

—¿Y tú cómo sabes eso? —preguntó su madre, ojiplática.

Su madre estaba claramente preparada para ver señales y presagios en todo, y Jess no podía culparla.

—A ver, estamos en el templo del maestro Yap. Además, lo he leído en un cartel que hay fuera —respondió Jess—. Pero pensaba que sería... —«Un cualquiera», había estado a punto de decir, antes de caer en la cuenta de que tal vez pudiera interpretarse como una falta de respeto—. Un ser humano. ¿Por qué ha poseído al señor Sim?

—Ti Kong, el Emperador de Jade, ascendió al maestro Yap a deidad tras su muerte —les explicó Ah Huat—. El maestro Sim

también es el médium del maestro Yap. Son muchos que los que acuden al templo a pedir su consejo.

El maestro Yap observaba a Jess con atención.

—¿Eh? Pero si no es más que una chiquilla —le dijo a Ah Huat—. Ya me he equivocado. La he confundido con otra... —Entrecerró los ojos y examinó a Jess, como si tratara de distinguir sus rasgos—. Tiene la misma aura que la Hermana Mayor, ese es el problema. ¿Es la médium?

—No, no —respondió Ah Huat—. Ha tenido un encontronazo con un espíritu, una diosa. Por eso el maestro Sim ha invocado a Tai Seng Ia. Pero algo ha fallado. Tai Seng Ia se ha pensado que era un demonio. Ha perdido los estribos y la ha atacado.

El maestro Yap asintió.

—A los grandes dioses les cuesta distinguir si están ante un dios menor o un demonio. La médium debería haber rezado al entrar al templo. Si hubiera dado la bienvenida adecuada a Tai Seng Ia, no se habría enfadado. Deberías saber que cuando dos dioses distintos se encuentran, pueden acabar enfrentados.

—Pero la muchacha no es médium —insistió Ah Huat con paciencia.

—Al menos este dios no es violento —le dijo su madre a Kor Kor—. Quizá deberíamos haber preguntado por él primero. El otro... —Se refería al Dios Mono, pero no se atrevía a pronunciar el nombre—. Es demasiado impredecible. —Se giró hacia el ayudante—. ¿Podrá el maestro Yap ayudar a mi hija?

Ah Huat le tradujo la pregunta al dios.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Ah Huat, interpretando al maestro Yap.

Jess le contó la historia que había preparado con su madre y Kor Kor antes de salir de casa.

—Mi tío me llevó a un templo a rezar, pero hubo un accidente y dañé un altar.

—Trozó —añadió Kor Kor—. El camino no estaba bien. ¡Un peligro! Al templo le falta mantenimiento.

—El altar ya era muy viejo —dijo su madre—. Mi hija se cayó encima y se vino abajo. Puede que hubiera termitas en la madera.

Jess intervino antes de que sus familiares pudieran levantar sospechas con aquella útil sobreelaboración de los detalles.

—Ofendí a la diosa —concluyó—, y ahora me persigue. Se me apareció en sueños y me amenazó, pero ahora incluso se me muestra de día. ¿Hay alguna forma de detenerla?

El maestro Yap parecía pensativo.

—Normalmente, cuando ocurren este tipo de cosas, lo que debes hacer es mostrar tus respetos a la deidad —contestó—. Rézale. Aunque en este caso no lo tengo tan claro... Me has dicho que la diosa se te apareció en sueños. ¿Qué sucedía en el sueño?

Jess vaciló, pero Ah Huat le hizo un gesto de cabeza para animarla, y su madre dijo:

—Cuéntaselo, Min. Si no se lo explicas, ¿cómo va a ayudarte el maestro Yap?

Era como estar en la consulta del pediatra siendo niña. A regañadientes, Jess comenzó:

—Estaba en un lugar silvestre. Una selva.

Le costaba hablar de aquel sueño. Las palabras caían sin fuerza de su boca, desnudas del oscuro misterio del sueño.

—Era de noche y estaba corriendo. Me perseguía un hombre. Me atrapaba y... —Jess se avergonzó al ver cómo la voz se le rompía. Carraspeó—. Me mataba.

El maestro Yap tenía una mirada intensa tras la que flotaba su juicio.

—¿Cómo te mataba?

Su madre hizo un ademán, como si pretendiera volver a meterle aquella pregunta en la boca. Jess la cogió de la mano.

La forma que tenía el maestro Yap de escucharla la tranquilizó. No parecía albergar duda alguna sobre el significado del sueño.

—Me degollaba —contestó Jess.

El maestro Yap dejó escapar una exhalación triunfal.

—¿Y luego?

—Vi a la diosa, y me habló. —Jess tragó saliva—. Me dijo: «Ahora ya lo sabes. ¿Crees que puedes huir de mí?».

—¡Eso no me lo contaste! —le recriminó su madre.

Jess evitó responder que jamás le contaba nada a su madre que pudiera preocuparla si podía evitarlo.

—Ah, ya. Me debí de olvidar.

—Ya me lo parecía —intervino el maestro Yap antes de que su madre pudiera sermonearla—. Y ahora te explicaré el significado del sueño. La diosa no te amenazó. Te estaba bendiciendo.

—¿Cómo? —exclamó Jess.

—El templo de esta diosa está en Air Itam, ¿verdad? —preguntó el maestro Yap—. Es el templo del jardín.

Kor Kor murmuró:

—¿Cómo sabe eso? No se lo hemos dicho.

Su madre la hizo callar.

—¿No es un dios? ¿Cómo no lo va a saber? Y no hables tanto, que quiero oírlo.

—¿Sabes quién es esta deidad? —dijo el maestro Yap.

Jess tenía la garganta seca. Le costaba articular las palabras.

—La Hermana de las Aguas Negras —respondió.

Su madre se estremeció.

—Así la llama la gente, porque no conocen su nombre. Pero en vida tuvo un nombre. Cuando llegué a Penang, ya lo habían olvidado, y eso que no hacía demasiado que había muerto. Era una mujer que vivía por la zona. Su marido la persiguió hasta la selva y la mató. Era joven, veinte o veintiún años.

El hombre que se le había echado encima con la muerte por rostro. Jess hizo un sutil ruido afirmativo, consciente de que su madre y Kor Kor no le quitaban ojo de encima. No vomitaría. Lo único que debía hacer era mantener la boca cerrada y los dientes apretados.

—Donde murió, donde se vertió su sangre, creció un árbol —continuó el maestro Yap—. Su fantasma ocupó el árbol. Era un fantasma fiero, pero si le mostrabas tus respetos, te ayudaba. La gente le rezaba, dejaba ofrendas en el árbol. Ayudó a un hombre pobre a hacerse rico y él, a cambio, levantó un templo en su honor, limpió la jungla y plantó un jardín. El árbol sigue allí, muy grande, antiquísimo. ¿Es cierto o no?

—Es verdad —le susurró su madre a Kor Kor.

—Esta historia se la sabe todo el mundo —replicó Kor Kor, escéptica.

—Yo no la conocía —dijo Jess.

A fin de cuentas, la Ah Ma le había contado una historia diferente sobre los orígenes del templo. Tal vez el hombre rico que había convertido el templo en un jardín había trabajado en la plantación antes de hacer fortuna.

—Bueno, porque no nos gusta hablar de estas cosas si podemos evitarlo —se defendió su madre—. Pregúntale al maestro Yap qué puedes hacer con la diosa.

—No le tengas miedo —respondió el maestro Yap—. La diosa te ha mostrado su muerte, y eso es algo reservado a muy pocas personas. Es su forma de mostrarte sus respetos. A otros no les envía esos sueños.

—Ah, bueno. Genial. Guay. ¿Y cómo hago para que deje de mostrarme sus respetos?

—Lo único que debe hacer la muchacha es aceptar —prosiguió el maestro Yap, como si ella no hubiera hablado—. La Hermana Mayor la ha elegido su médium. Le ha dejado su marca. ¿Me equivoco?

Jess se llevó lentamente la mano al cuello. Ah Huat, que había visto las huellas de la diosa en su piel, exclamó:

—¡Es cierto! Tiene una marca en el cuello. El maestro Sim se la ha visto.

—Pero es que no tiene ningún sentido —dijo Jess.

Se sentía como si la estuviera arrastrando un río con una potente corriente. Kor Kor seguía aferrada a la cruz que le colgaba del cuello. Su madre estaba lívida y tenía las comisuras de la boca hundidas, como si tirara de ellas hacia abajo un peso invisible.

—Destruí el altar —continuó Jess—. ¿Cómo es posible que me haya elegido médium?

—La anterior falleció —susurró su madre, con una voz dominada por el horror—. Después de aclararse la garganta, y esta vez más alto, dijo—: Mi madre era su médium. Murió el año pasado.

—Ahí lo tenéis —respondió el maestro Yap, asintiendo con la satisfacción del detective que da con la prueba que faltaba—. Esta muchacha tiene la sangre de la abuela, y por eso puede hacerlo. Al haber destruido el altar, está en deuda con la diosa. Por eso la ha elegido.

»Regresa al templo y reconstruye el altar —le dijo a Jess—. Pídele al médium que te forme. —Le dio unos golpecitos al pecho del señor Sim—. Él te enseñará. Y todo se arreglará. Esta diosa, la Hermana de las Aguas Negras, debe tener un sacerdote que la sirva. No tuvo hijos que pudieran hacer los ritos necesarios, así que es competencia del sacerdote. Si no se respeta, puede volverse peligrosa. Puede hacerle daño a la gente.

Tanto él como Ah Huat parecieron considerar que aquello zanjaba el asunto. Ah Huat se dirigió al maestro Yap:

—Ya no hay nadie más. Hoy solo ha venido esta chica. Por favor, regresad a los cielos y mañana volvemos a vernos.

—¡Espera! —gritó Jess.

—No puede ser médium —la interrumpió su madre—. ¡Ha estudiado en Harvard!

Pero el maestro Yap había perdido el interés, claramente pensando en los hilos de humo de incienso que lo esperaban en sus nubes celestiales.

—No es cuestión de querer o no querer, no hay alternativa. No es el humano el que decide.

La luz se esfumó de los ojos del señor Sim, quien se desplomó cuando el espíritu abandonó su cuerpo y Ah Huat lo sostuvo con una evidente experiencia. Ayudó al señor Sim a sentarse.

El señor Sim abrió los ojos. Parecía somnoliento, como quien se despierta después de una borrachera.

—¿Y bien? ¿Lo habéis arreglado?

Por lo visto, Kor Kor había traído un fajo de panfletos en el bolso, que les entregó mientras se despedían.

—Podéis venir a mi iglesia cuando queráis —les ofreció—. Os presentaré a mi pastora. En nuestra congregación hay personas como vosotros, antes estaban metidas en este tipo de cosas. No hay necesidad de que sigáis aquí. Podéis dejarlo.

El señor Sim aceptó el panfleto con educación, pero Jess sabía que no estaba nada convencido.

—Si pudiera elegir, ¿quién querría hacer un trabajo así? —dijo, y se señaló el rostro. Le habían aparecido unas manchas rojizas en la piel después de que Jess le hubiera clavado las barritas de incienso candente—. El dios es quien se enfrenta a ti, pero las heridas las soporto yo.

—Lo siento —se disculpó Jess—. Se me ha tirado encima y no he pensado.

El señor Sim rechazó la disculpa.

—Ha sido el dios el que te ha atacado. ¿Cómo no ibas a defenderte? Cuando vuelvo en mí, soy yo quien debe afrontar las consecuencias. Así es la vida del médium. No se puede detener la voluntad de los dioses. Debes aceptarla.

—¡De eso nada! —exclamó Kor Kor—. ¡Probad y lo veréis! Pedidle a Jesús que os salve.

El señor Sim negó con la cabeza.

—La elección no es del médium —dijo, y buscó la mirada de Jess, pero ella la evitó; no estaba dispuesta a reconocerse en aquellas palabras.

DIECISÉIS

Su madre se giró hacia Kor Kor en cuanto salieron del templo del maestro Yap.

—¿Te ha contestado tu pastora? ¿Está libre?

Kor Kor parecía sorprendida.

—¿Quieres consultarle algo?

—Me has dicho que puede ayudar a Min, no necesito saber nada más —respondió su madre—. Como si quiere bautizarla hoy mismo.

—¿Ah, sí? —dijo Jess—. ¿Puedo opinar al respecto?

—Ser cristiana no es para tanto —le dijo su madre cuando se montaron en el coche—. Haz la ceremonia y luego no vayas a la iglesia si no quieres.

—Hoon Chee, las cosas no son así —objetó Kor Kor—. Si Min quiere convertirse, debe tomárselo en serio.

—¡Que no me voy a convertir al cristianismo! —exclamó Jess.

—Haremos lo que nos pida la pastora —anunció su madre, ignorándola—. Si quiere, Loke Khoon y yo también podemos convertirnos. Total, nuestros padres ya han fallecido. Antes ser cristianos a que Min tenga que ser médium.

La mirada que se encontró Jess en el retrovisor era gélida como el hielo. Era una mujer con una misión clara, pero no era la mejor época del año para conseguir lo que te propusieses. Puede que Jess y sus padres no celebraran el Año Nuevo chino por la reciente pérdida de su madre, pero eso no significaba que el resto de la isla fuera a detenerse. Mientras los que no eran chinos se aprovechaban de las fiestas para abarrotar los centros comerciales, los chinos bajaban la persiana y volvían a casa con sus familias.

—Todos los médiums estarán ocupados —dijo su madre—. Y, además, puede que Kor Kor tenga razón. Los médiums no son la

respuesta. Todos forman parte de este mundo, y eso implica que tengan una mentalidad determinada. Si la deidad les dice algo, ellos obedecen. La pastora será diferente.

Pero la pastora estaba de vacaciones en Langkawi. Kor Kor no tenía claro cuándo volvería.

—No me creo que sea la única pastora de Penang —añadió su madre—. ¿Conoces a alguien más?

Kor Kor estaba más que dispuesta a ayudarlas a pesar de su ajetreada vida social. Todos los *boomer* pudientes de Penang con los padres muertos y los hijos en ultramar habían estado reuniéndose en su casa a lo largo de la última semana, comiendo paladas de cacahuets, bebiendo té y compartiendo reenvíos de WhatsApp de dudosa procedencia.

Pero un día después de la visita al templo del maestro Yap, la hija mayor de Kor Kor se presentó por sorpresa. Apareció en la puerta con las maletas y una sonrisa de oreja a oreja, justo a tiempo para la reunión familiar.

Su madre echó un vistazo a Ching Yee, recién llegada de su vuelo de doce horas desde Sídney, y suspiró.

—Ya iremos a ver a la pastora de Kor Kor la semana que viene —le susurró a Jess.

Apenas tuvieron tiempo para conversaciones privadas después de aquello, tanto por las visitas constantes como por los varios entretenimientos que Kor Kor había empezado a planificar inmediatamente para Ching Yee.

A Jess no le importaba. La aliviaba poder volver a la cotidianidad durante unos días. Al verse inmersa en los compromisos familiares, se obligaba a no pensar en la diosa.

Compartía habitación con Ching Yee y, por tanto, quedaban descartadas las llamadas con Sharanya. La fastidiaba, obviamente, pero también la reconfortaba. Le resultaba demasiado extraño fingir ante Sharanya que todo iba como siempre cuando, en el fondo, estaba todo tan jodido.

Le gustaba ver a Kor Kor tan feliz. Lo único que la apenaba era que Ching Yee solo fuera a pasar una semana en Penang.

—¿Por qué no has pedido más días? —le preguntó Kor Kor—.

Una semana no es suficiente. Diez días, dos semanas al menos.

—No puedo, mamá. Tengo un proyecto enorme entre manos, y no puedo permitirme estar fuera tanto tiempo —respondió Ching Yee—. Y tengo que volver a Australia. La semana que viene se casa un amigo mío y soy la dama de honor.

—¿Qué amigo? ¿Es australiano?

—De hecho, es malasio. Haffiz. Un buen amigo del instituto. —Miró por la ventana—. Qué bonito está el jardín. ¿Cómo va la pasionaria que te dio la señora Grace? ¿Ya da fruta o no?

—¿El muchacho malasio? Me acuerdo de él, ibais a clase juntos —dijo Kor Kor—. Uy, y el otro vi a sus padres en el centro comercial de Queensbay. No me dijeron que tuvieran pensado ir a Australia.

—Porque los padres de Haffiz no van a la boda —respondió Ching Yee. Hubo algo en el tono de su voz que puso a Jess en alerta. Se había preparado incluso antes de que su prima añadiera —: Se va a casar con un hombre.

—Ah —suspiró Kor Kor, y torció el gesto, como si le hubiera dado un mordisco a una naranja y hubiera descubierto que, en realidad, era una lima. Jess no se atrevió a mirar a su madre—. ¿Y ya quieres ir tú? La Biblia dice que...

—La Biblia dice que ames al prójimo igual que a ti mismo —la interrumpió Ching Yee—. Haffiz es uno de mis amigos más antiguos. No vamos a debatir si voy o no voy a la boda. Si no te gusta, no hace falta que lo comentes.

—Cielo...

—Voy a rellenarme la copa —anunció Ching Yee, levantándola—. Jess, ¿quieres más bebida de soja?

La mirada que le dirigió a Jess cuando se marchó a la cocina era definitivamente significativa, pero era difícil interpretarla. Era un gesto de disculpa, un poco culpable, algo divertido. ¿Era una mirada de «siento haber montado el numerito con mi madre y haber enturbiado el ambiente» o era, para ser más concretos, un «siento haber provocado a la familia para que saquen a relucir su homofobia latente»?

Jess no podía evitar sospechar que se trataba de lo segundo.

Pero Ching Yee no lo sabía, ¿verdad? No había nada en las redes sociales de Jess que pudieran delatarla. Ni siquiera aparecía en las fotos de Sharanya. Iba con sumo cuidado.

De todos modos, tampoco le importaba que Ching Yee descubriera que era lesbiana. Pero si Ching Yee se enteraba, era cuestión de tiempo que Kor Kor lo supiera y que, antes o después, llegara a sus padres.

Y sus padres ya estaban soportando bastantes mierdas. El Año Nuevo chino los estaba estresando. Al final del primer día, cuando Jess estaba tumbada en la cama intentando convencerse a sí misma de levantarse y darse una ducha, los oyó discutiendo en su habitación.

—¿Por qué le has dado a los niños de Loke Keong cincuenta ringits de *angpow*? Ni que estuvierais tan unidos —le echaba en cara su madre—. Eres su hermano mayor y le ha dado por visitarnos cuando llevamos aquí en Penang dos semanas.

—*Aiyah*, no seas tan rencorosa por algo tan insignificante —le contestó su padre—. Para los jóvenes cincuenta ringits no es tanto.

—Pues con más razón no deberías darles tanto si no saben apreciarlo. Estando como estamos, no podemos tirar por ahí el dinero. Todo el mundo sabe que tenemos problemas.

—Ya se lo he dado, no vale la pena que hablemos más del tema. Loke Keong también le dio a Min cincuenta ringits.

—Pero Loke Keong tiene tres hijos —insistió su madre—. Nosotros tenemos una. Él sabe que no perderá dinero. Que sea tu hermano no significaba que permitas que se aproveche de tu...

—¡Se acabó, *lah*! —le espetó su padre—. Siempre temiendo que mi familia se aproveche de nosotros. ¿Quién nos ha dejado quedarnos en esta casa? ¿Quién me ha ofrecido un trabajo? De tu familia todavía no hemos visto ni un sen.

El silencio que siguió fue tan incómodo que Jess se levantó de la cama y se metió en el baño solo para poner tierra entre ella y la quietud.

Y luego vino el incidente con el jubilado del Rolex. No es que Jess fuera capaz de distinguir un Rolex de cualquier otro reloj; se enteró de que el señor tenía un Rolex porque estuvo hablándole a

Kor Tiao sobre el cacharro durante todo lo que duró la visita. Hasta el momento, Jess no sabía que fuera posible sentir tantas cosas por los relojes.

Se habría olvidado del tipo del Rolex si no se hubiera topado con su madre unas horas más tarde, escondida en su habitación y secándose los ojos.

—¿Habéis vuelto a discutir? —le preguntó Jess.

—¿Qué? ¿Con quién? Ah, ¿con tu padre? No, *lah*, estamos bien. Tu padre es demasiado generoso, nada más. Ya sabes que es un buenazo y, aun así, mira cómo lo trata la gente.

—¿Cómo? —Jess se sentó junto a su madre en la cama—. ¿Qué ha pasado?

—¿No has visto cómo lo ha tratado el señor Gordon? —le preguntó su madre. Se refería al tipo del Rolex.

Jess no había prestado demasiada atención, por razones obvias; aquella conversación le parecía menos interesante que ver secarse la pintura.

—¿Le ha dicho algo a papá?

—Ni le ha dirigido la palabra. Ha estado hablando solo con Kor Tiao, como si no conociera a tu padre. Tu padre iba un curso por delante de él en la universidad, no sé si lo sabías. Ayudó al señor Gordon a conseguir su primer trabajo, se lo recomendó al jefe. Ahora que es rico y a papá no le va tan bien, ni siquiera lo mira a la cara. ¿Sabías que existían personas así en el mundo?

Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras hablaba. Jess tenía el corazón en un puño. Se inclinó sobre su madre para coger un pañuelo de la mesilla de noche.

—A mí me parece que es un capullo —le dijo Jess, dándole a su madre el pañuelo—. Lo más probable es que muera solo y se lo coman los Rolex. ¿Qué más da lo que opine alguien así?

—Eso le he dicho a tu padre, pero es un viejo amigo de la universidad. ¿Cómo no va a importarle? —Su madre se sonó la nariz—. No le digas a tu padre que te lo he contado. No quiere disgustarte.

Jess pensó en todos los secretos que se estaban guardando para ahorrarse los sentimientos de los demás. Su madre era el

eslabón más débil. Sabías que cualquier cosa que le contaras acabaría llegándole a su padre, y ella le contaba regularmente a Jess todas las cosas de las que intentaba protegerla su padre. Su madre no sabía guardar secretos.

Pero aquello no era cierto, ¿verdad? Al final había resultado que su madre era la que tenía los secretos más gordos.

—Mamá, ¿qué pasa si no podemos hacer nada sobre la... — Tragó saliva—. Sobre la diosa. ¿Y si no me la quito nunca de encima?

Su madre se tensó.

—Quítate eso de la cabeza —contestó—. Lo solucionaremos. No has vuelto a ver nada desde que estuvimos en el templo del maestro Yap, ¿verdad?

Jess sacudió la cabeza. No había vuelto a ver a la Hermana de las Aguas Negras, ni en sueños ni durante la vigilia. Tampoco había ni rastro de la Ah Ma, aunque su madre aún desconociera lo de la abuela.

—Puede que el ritual de limpieza funcionara —añadió su madre.

Donald Sim les había dado un saco con granos de arroz y le había dicho que repartiera un puñado en los rincones de todas las habitaciones para bendecir la casa. Kor Kor, dispuesta a que no la excluyeran, se había dedicado a colgar crucifijos por la casa y páginas arrancadas de un viejo calendario con versículos de la Biblia. Si la Hermana de las Aguas Negras hubiera sido una vampira como la de las películas, Jess se habría sentido más que a salvo en aquel momento.

—Bueno, quizá no vuelva más —dijo su madre.

—Ya —respondió Jess, pero no las tenía todas consigo.

Le había prometido a la diosa un sacrificio. La estaba esperando. Le costaba menos creer que lo que mantenía alejada a la Ah Ma era el arroz bendecido y los crucifijos. Eso o Jess había conseguido cabrear lo bastante al fantasma como para que por fin hubiera decidido dejarla en paz.

Tenía la esperanza de que esas fueran las razones y no que le hubiera podido ocurrir algo a la Ah Ma. ¿Y si la Hermana de las

Aguas Negras le había hecho algo terrible, devorado su alma o algo por el estilo, como castigo por lo que Jess había hecho? Su Ah Ma le había mentido, había intentado matarla y se había esforzado por joderle la vida. Aun así, Jess no quería ser la causa de que al fantasma de su abuela lo acabara devorando una diosa vengativa.

Miró de reojo a su madre; al menos no parecía sospechar lo más mínimo que la Ah Ma estuviera involucrada en aquel asunto. Jess no tenía pensado contárselo, si podía evitarlo. Bastante triste era haber perdido a una madre con la que tenía una relación complicada. Oír que había vuelto como fantasma, que no se había molestado en hablar con ella y que el fantasma había desaparecido era aún peor.

—Bueno, a ver si la pastora de Kor Kor puede ayudarte —continuó su madre—. Y si no puede, encontraremos la forma. Al final, los dioses no son tan distintos a los humanos. Quieren que los respetes, que les ofrezcas regalos. Mira por ejemplo los hombres más ricos y poderosos, como este..., ¿cómo se llamaba?

Su madre hizo una pausa y frunció el ceño, en un esfuerzo por recordar el nombre.

—¿Ng Chee Hin? —sugirió Jess.

Su madre parpadeó. Probablemente estuviera pensando en Jeff Bezos o alguien por el estilo.

—Sí, como él. ¿De qué conoces a Ng Chee Hin?

Debía de haberse olvidado de que Jess estaba presente cuando los amigos de Kor Kor habían estado hablando de él en su sala de estar.

—Es uno de los clientes principales de Kor Tiao —le recordó Jess—. Lo busqué en Google. ¿Sabías que es el quinto hombre más rico de Malasia?

—*Wah* —exclamó su madre, impresionada—. ¡El quinto más rico! Y eso que empezó sin nada. Mira qué bien le va ahora.

Por lo visto, aquello la hizo pensar.

—Cuando mi madre falleció, seguía sin tener ni un duro. En vacaciones, lo más lejos que se pudo permitir fue ir a Genting.

—¿A Genting Highlands? —Jess recordaba vagamente un viaje al parque de atracciones de Genting cuando era pequeña. Se

había entretenido viendo a los oriundos abrigados hasta arriba para protegerse del frío, aunque estuvieran a veinte grados—. ¿Tanto le gustaban a la Ah Ma las montañas rusas?

—Le gustaba el casino —respondió su madre, ausente—. Lo que te decía es que podrías negociar hasta con Ng Chee Hin, aunque fuera el hombre más rico del mundo. Si no supiera ceder, no sería capaz de sacar adelante un negocio, ¿no te parece?

—Supongo que sí, pero no sé si a los dioses les va demasiado lo de ceder.

—Claro que sí. Se puede negociar con cualquiera, espíritu o humano. Lo único que debes saber es qué necesitan y a qué le tienen miedo. No hay más.

Jess hizo un ruidito afirmativo. A fin de cuentas, estaba de acuerdo con ella. Pensó en que la Hermana de las Aguas Negras probablemente estuviera dispuesta a llegar a un acuerdo. El problema, sospechaba Jess, era que a nadie le iba a gustar su precio.

Hasta el cuarto día del Año Nuevo, Jess no pudo hablar con Sharanya, y estaba tan cansada que se había quedado dormida. Sharanya la había estado esperando cuarenta y cinco minutos cuando Jess se despertó y recordó que se suponía que tenía que hacer una videollamada.

No hacía ni dos semanas desde su última llamada, y aun así le resultó extraño ver a Sharanya. Era una reliquia de la vida pasada de Jess, cuando era una persona normal con novia y planes de futuro que iban más allá de «liberarse de las garras de una diosa aterradora».

Solo que Sharanya no era una reliquia. Era una persona real, y estaba cabreada.

—Ya dudaba de si llegarías a aparecer o no —le dijo.

Jess estaba de cuclillas en la cama, con la sábana por encima de la cabeza para reducir el riesgo de que alguien pudiera oírla. La agresiva luz de la pantalla del móvil iluminaba hasta el último detalle desfavorecedor; el pelo atroz de haberse acabado de despertar, las ojeras bajo los ojos, los millones de poros. Deseó

haber tenido un momento para lavarse la cara y cepillarse el pelo antes de hacer la llamada.

—Ya, lo siento, bebé. Esta semana ha sido una puta locura. Ni te lo creerías.

Sharanya se relajó.

—Las vacaciones, ¿no? ¿Tu madre ha estado muy insoportable?

Por lo general, Jess y Sharanya tenían un acuerdo sobre la madre de Jess, y no pasaba nada si Sharanya se metía con ella. Menos en aquel momento.

—Lo está pasando mal —dijo Jess—. A tu madre no le haría ni pizca de gracia tener que vivir de la caridad de su cuñada. Y mi tía es más joven. Es una movida.

—Ya, si entiendo que no debe de ser fácil —respondió Sharanya, poco convencida—. Pero ¿no ha sido tu madre la que ha estado rechazando todas las opciones de alquiler que habéis encontrado?

—Tampoco es que hayamos tenido tantas. No hemos tenido tiempo de buscar.

—Lleváis un mes en Malasia.

Jess no podía decirle: «Sí, pero he estado liada soportando primero el fantasma de mi abuela y ahora algo mucho peor. ¿Creías que lo de que me manipularan para trabajar para mi tío era una mierda? ¡Que no te intenten obligar nunca a ser el recipiente de una diosa asesina!».

Así que, en su lugar, dijo:

—Hemos estado liados. Mi padre va de culo con el trabajo, y supongo que aún estamos acostumbrándonos...

—Pero tu madre no trabaja, ¿verdad? —le preguntó Sharanya—. ¿Por qué no se encarga de buscaros un piso? Me da que la quisquillosa es ella.

No era la primera vez que a Jess se le había ocurrido que su madre pudiera encargarse de buscar casa, teniendo en cuenta que era la que menos compromisos tenía. Sin embargo, ahora que Sharanya lo proponía, sintió la necesidad de defender a su madre.

—No es cosa suya. Creo que le falta confianza. Mi padre

siempre se ha encargado de ese tipo de cosas, y ahora me toca a mí.

—¿Cómo va a confiar en sí misma si sigue dependiendo de vosotros para que se lo hagáis todo?

Jess debería haberse recordado que había tenido a Sharanya esperando; que apenas había respondido a sus mensajes a lo largo de las últimas semanas; que no pudieron ir de la mano en la universidad por miedo a que las vieran sus amigos asiáticos y se lo contaran a sus padres. Pero en ese momento estaba demasiado molesta y exhausta como para controlarse. No dejaba de pensar en el rostro de su madre descompuesto por la pena de no poder proteger a su marido de esos pequeños cortes venenosos que iban de la mano del fracaso.

—Sé que mi madre tiene sus cosas, pero si a mí no me molesta, no entiendo por qué le das tanta importancia.

—Porque sí te molesta. No dejas de hablar de lo mucho que te jode. ¿Por qué ahora de repente finges que no?

—Oye, si no estás de humor o lo que sea, no tenemos por qué hablar.

—¿Que yo no quiero hablar? —le espetó Sharanya—. ¡Tú eres la que me ha tenido esperando cuarenta y cinco minutos!

—Uy, perdón por quedarme dormida cuando aquí son las cinco de la madrugada...

—Tú eres la que quiere que hablemos a las cinco. A mí me iría bien a otras horas. Estoy aquí. Respondo a todos tus mensajes. No te hago esperar. Tú lo único que tienes que hacer es decirme cuándo te va bien.

Jess ignoró la pulla sobre lo de responder a los mensajes, y masculló:

—Sabes por qué tenemos que hablar a esta hora. En esta casa siempre hay alguien cerca. Es como si mi tía tuviera un miedo patológico a la soledad. Y hoy puedo hablar porque mi prima ha dormido en casa de una amiga.

—Bueno, pero tampoco tienes por qué hablar conmigo solo cuando estés sola —replicó Sharanya—. Hay otras opciones.

Jess no podía creerse lo que acababa de oír. Sharanya siempre

había sido la primera en afirmar que nadie debería sentir la presión de salir del armario hasta que no estuviera preparado, la que le recordaba a sus amigos blancos que incluso en el siglo XXI había personas para las que salir del armario aún suponía correr el riesgo de perder el trabajo, su familia, vínculos sociales e incluso la vida.

—¿Ah, sí? —preguntó Jess—. ¿Como qué? Dímelo tú.

Atravesó a Sharanya con la mirada, retándola a que lo verbalizara, y, por primera vez en su relación, Sharanya no se amedrentó. Y le devolvió la mirada.

—¿En serio quieres que siga? Venga. Dímelo tú, Jess. ¿Cuánto tiempo tienes pensado esconderte? ¿Dentro de diez años seguiremos siendo compañeras de piso en Singapur?

—Ya sabes cómo son mis padres. No podrían ni empezar a procesarlo. No puedo hacerles eso después de toda la mierda que han aguantado.

—No te estoy pidiendo que se lo digas ahora. Te pregunto cuándo estarás preparada. No puedes pasarte toda la vida escudándote tras tus padres.

—No me estoy escudando tras mis padres —replicó Jess. Por raro que pareciera, le costaba articular las palabras.

Sharanya suspiró. Jess casi pudo oírla recordándose a sí misma que tuviera paciencia. Jess jamás se había sentido tan mal. Ella y Sharanya nunca habían debido tener paciencia con la otra. Siempre había sido... quizá no fácil, pero sí simple. Lo más sencillo de su vida.

—Soy consciente de que no es fácil —le dijo Sharanya. Saltaba a la vista que estaba esforzándose por hablarle con delicadeza—. Cuando yo salí del armario con mis padres, mi padre se pasó meses sin dirigirme la palabra. Pero lo superó. Debes darles esa oportunidad a tus padres. Tal vez te sorprendan. No pueden aceptar lo que no saben.

—Sé cómo reaccionarían. Tengo que... Tienes que confiar en mí, conozco a mis padres. Tu familia es distinta. Tienes hermanos, sois tres. Mis padres no lo soportarían. Solo me tienen a mí.

—Sé que quieres ser una buena hija, y lo entiendo, es

importante que tengas una buena relación con ellos, pero...

—¿Que tenga una buena relación? —Jess reprimió una risotada—. Me la suda tener una buena relación con ellos. Es como si me hubieran maldecido. Ellos me crearon, así que estoy en deuda con ellos y nunca voy a poder pagárselo, haga lo que haga. Pero no dejo de intentarlo. Cargaré con esta deuda durante el resto de mi vida, porque los quiero, ¡y porque si les fallo me daré cuenta de que realmente no valgo para nada!

Sharanya se había congelado en la pantalla, pero Jess la oyó coger aire y expelerlo con un suspiro. Esperó a que le dijera algo reconfortante y de escasa utilidad, como siempre, del estilo de «¿quién te ha dicho que tengas que ser útil?» o «sabes que nadie te ha pedido que hagas felices a tus padres, ¿verdad?».

En cambio, dijo:

—Sabes que esa es una jaula que te has montado tú misma.

Había una frialdad en su voz que Jess jamás había oído hasta ese momento.

—Ni de coña —respondió Jess.

—Te digo que sí. Y si ni siquiera eres capaz de reconocerlo, ¿cómo van a cambiar las cosas? Tu familia no va a dejar de ser homófoba como por arte de magia si dejas reposar el problema durante el tiempo que creas suficiente. Estoy dispuesta a esperar a ser una parte de tu vida. Pero no para siempre.

—¿De qué hablas? —le preguntó Jess, perpleja—. Ya formas parte de mi vida.

—Formaba parte de tu vida —la corrigió Sharanya—. Viviendo a miles de kilómetros, sin hablar ni siquiera una vez por semana... Paso más tiempo con mi profesor de pilates que contigo. Esto no es una relación.

Los ojos parecían estar llenándose de lágrimas, pero era difícil saberlo a ciencia cierta en la pantalla del móvil. A Jess se le revolvió el estómago, dominada por la culpa.

—Siento haber estado ausente —se disculpó—. He estado ocupada.

—¿Con qué? —le preguntó Sharanya—. Tu tío ni siquiera te paga. ¿No puedes dedicar cinco minutos a responder mis mensajes?

Es que, vamos a ver, ¿estás al menos buscando trabajo en Singapur? ¿Qué pasa con el curro del que estuvimos hablando, el que te envié?

Jess no había enviado una sola solicitud de trabajo desde el día en que su Ah Ma la llevó por primera vez al templo del jardín. La culpa se desintegró, ahogada por una sensación creciente de injusticia.

—Mira, estoy de mierda hasta arriba, y ahora mismo eso no es mi prioridad —contestó—. Si supieras por lo que estoy pasando...

—Lo sabría si me lo contaras —replicó Sharanya—. Como te he dicho, estoy aquí. Pero no puedo estar siempre en la parte baja de tu lista de prioridades, Jess.

—Es que no lo estás. ¡Yo no he dicho eso!

—Pues así es como me siento. Así es como me estás tratando. Y no sé si puedo seguir así.

Jess la miró fijamente, desconcertada por lo rápido que la conversación se había descontrolado.

—¿Estás...? —La voz le tembló y se le acabó por romper, como la de un adolescente—. ¿Me estás dejando?

—No. —Pero, un instante más tarde, Sharanya arrugó el rostro y añadió—: No lo sé. A lo mejor.

—Sharanya...

Alguien llamó a la puerta y Jess se dio la vuelta por inercia. Un instante más tarde, se volvió hacia la pantalla, pero ya era demasiado tarde. Sharanya la miraba como si Jess hubiera hecho lo esperado. Ni siquiera parecía molesta ni decepcionada, sino resignada.

—Tienes que irte —le dijo—. Chao, Jess.

—¡Sharanya, espera!

Había cerrado la llamada. Jess emitió un grito ahogado hacia la pantalla, paralizada.

—¿Min? —susurró la voz de Kor Kor al otro lado de la puerta de su habitación—. ¿Qué estás haciendo? Estabas hablando con alguien, ¿no?

—No —contestó Jess.

Saltó de la cama en piloto automático, y se miró mecánicamente en el espejo. Le sorprendía el buen aspecto que tenía. Estaba pálida y tenía el pelo hecho un desastre, pero en su rostro no se adivinaban signos del desastre reciente.

—Perdóname, ¿te he despertado? —dijo Jess—. Estaba viendo una serie.

Sonrió a Kor Kor, a pesar de sentir cómo si su rostro estuviera hecho de plastilina y le hubieran dado forma a golpes hasta conseguir la forma requerida. «No hay nada que ver. Todo va bien.»

DIECISIETE

Lo último que le apetecía a Jess era quedar con Sherng al día siguiente, sobre todo después de levantarse y ver que Sharanya no había respondido a los mensajes que le había enviado tras la llamada. Mensajes sinceros y humillantes que ocupaban varios párrafos y en los que abría su corazón como rara vez había hecho con Sharanya.

Lo único que Jess no le había contado era todo lo que estaba ocurriendo. Había llegado demasiado lejos en aquel camino de no hablarle de su abuela muerta y sus encuentros con gánsteres y una inquietante diosa como para dar marcha atrás. No podía soltárselo todo de golpe. Sharanya ya había aguantado suficientes mierdas por su parte.

Aunque empezaba a tener la sensación de que, oficialmente, había llegado al límite de su paciencia.

Jess estuvo tentada de echarse las sábanas por encima de la cabeza e intentar pasarse el día durmiendo, igual que cuando su padre estaba enfermo y el mundo le parecía algo demasiado complicado a lo que enfrentarse.

Solo consiguió arrastrarse fuera de la cama al recordar que habría consecuencias mucho peores si no se presentaba que ofender a Sherng. Su padre contaba con matones a sueldo. Necesitaba asegurarse de que Sherng comprendía que no era una asesina, al contrario de lo que indicaban las apariencias.

También debía descubrir si había hablado con su padre sobre el accidente de las obras. Las fotos que había hecho aquel día seguían esperando en su ordenador; hasta donde sabía, los obreros tampoco las habían publicado todavía. No había oído nada de lo que tenían planeado desde que Kassim le envió un mensaje para preguntarle si las había enviado a algún medio.

No le sorprendía que Sharanya la acusara de no estar por la relación. Jess no había estado por nadie últimamente. Lo mínimo que podía hacer era ir y charlar con Sherng.

Sabía que su madre le montaría un cirio si supiera que tenía pensado salir, así que había decidido quedar al mediodía, cuando no hubiera nadie en casa. Ching Yee había quedado con viejos amigos de la escuela, y Kor Kor y sus amigos iban a comer juntos. La media de edad del grupo rondaba los sesenta años —su madre y su padre serían los más jóvenes—, conque no esperaban que Jess los acompañara.

La casa estaba en silencio cuando salió de la habitación a las once de la mañana, y los coches habían desaparecido del camino de acceso a la casa. Jess estaba pidiendo un Grab y felicitándose por lo bien que lo había gestionado todo cuando su madre le dijo a sus espaldas:

—Min, he estado pensando una cosa.

—¡Ah! —exclamó Jess—. ¡Pensaba que te habías ido a comer fuera!

—No me apetecía —respondió su madre. No parecía haber dormido más que Jess. Tenía los labios pálidos y ojeras—. Le he dicho a tu padre que se fuera sin mí. Estaba pensando que deberíamos pedirle ayuda a Ah Ku.

—¿Ah, sí?

Jess echó la vista por la ventana. No había ni rastro del taxi.

—Es médium, como mi madre. Pero de un dios distinto, Kuan Kong. En el pasado, Kuan Kong fue un general, así que sabe comportarse, no como Tai Seng Ia. Quizá sepa cómo encargarse de la diosa de la Ah Ma.

Era improbable que Kuan Kong estuviera dispuesto a ayudar a la destructora de altares. Si Ah Ku opinara lo contrario, no le habría dado aquellos cien ringits.

—¿No dijiste que dudabas que los médiums pudieran ayudarme?

—Solo hay una forma de saberlo, y es intentándolo. Deberíamos explorar todas las opciones.

Un coche paró fuera de la cancela.

—Ese es mi taxi —dijo Jess—. Tengo que irme, mamá.

Como cabía esperar, su madre contestó:

—¿Has pedido un taxi? ¿Vas a salir? ¡Que sepas que no es el momento de *hangkai* por ahí!

—¿Por qué no? ¿Qué más dará dónde esté? Me persigue una diosa, no la mafia.

Aunque, por descontado, si una banda organizada fuera tras ella, estaba a punto de encontrarse con el culpable más plausible. Pero Jess se quitó de la cabeza aquel pensamiento. Sherng no planearía asesinarla en un novedoso restaurante de tofu, rodeados de modernillos con teléfonos inteligentes. Las imágenes aparecerían en Facebook antes de que ella tocara el suelo.

—Podría venir y encontrarme aquí con la misma facilidad que en cualquier otra parte —añadió.

—*Choy* —exclamó su madre automáticamente—. No digas esas cosas. Al menos en esta casa podemos ayudarte Kor Kor y yo.

El coche comenzó a tocar la bocina.

—Mira, volveré lo antes posible, pero tengo que irme.

Era consciente de que su madre no la creería si le dijera que tenía una entrevista de trabajo. Pero sí había algo que tal vez la convenciera y la dejara irse. Jess vaciló unos segundos antes de decir.

—Me está esperando un chico. Ya tuve que cambiar el día una vez.

—¿Qué chico? Dile que has tenido una emergencia, que no puedes ir...

—Un chico con el que estoy quedando —contestó Jess—. Tengo una cita.

Aunque aquella cita fuera inventada, Jess se sintió, extrañamente, como si estuviera engañando a Sharanya, algo que se añadía a la larga lista de errores y fallos por no ser la novia que se merecía. Se giró para ocultarle la expresión a su madre.

Por suerte, su madre no estaba prestando demasiada atención.

—No tienes tiempo de *yumcha* ni nada por el estilo —empezó a decir, pero luego procesó lo que Jess le acababa de decir. Parecía estar cómicamente sorprendida, como si supiera lo improbable que

era que Jess llegara a tener una cita con un chico—. ¿Una cita? ¿Con quién?

—Un amigo de un amigo —contestó Jess—. Es de aquí, pero estudió en Estados Unidos. Nos ha puesto en contacto este amigo que te digo.

Su madre tenía el corazón dividido entre la alarma y la alegría.

—¿A qué universidad fue? ¿Por qué no me lo habías dicho?

A Jess empezó a sonarle el móvil y echó un vistazo a la pantalla.

—Es el conductor. ¡Ahora mismo salgo, perdón! —Colgó—. No te lo he dicho porque sabía que perderías los nervios.

—¿Quién está perdiendo los nervios? —se defendió su madre—. Pero ¿vale la pena o no? No deberías quedar con desconocidos sola. Lo mejor es quedar en grupo. Ah, pero no tienes amigas aquí. ¿Quieres que te acompañe? Me puedo sentar en otra mesa, y tú puedes hacer como si no estuviera.

No tenía amigas y tal vez a aquellas alturas tampoco tuviera novia. Con una cara de póker practicada a lo largo de los años, respondió:

—No pienso hacer como si no estuvieras, porque no vas a venir a mi cita. —Le dio un beso a su madre en la mejilla y cogió el bolso de la mesita auxiliar—. Ya te avisaré cuando vuelva. No te preocupes, mamá.

Consiguió llegar al final del camino de acceso antes de que su madre le gritara:

—Es chino, ¿verdad?

Si ella supiera. Le resultaba tan divertido como triste pensar lo mucho que le habría gustado Sherng a su madre. Si su padre no fuera Ng Chee Hing, sino un millonario diferente, menos criminal, sería prácticamente perfecto; rico, amable, exitoso. Guapo, pero lo bastante ñoño como para que las personas mayores lo consideraran un «buen chico». Y sí, no podía obviar el hecho de que su madre era india, pero al menos su padre era chino. Con todas las virtudes de Sherng, le costaba imaginarse que el hecho de ser mestizo pudiera llegar a ser un problema, aunque el mayor temor de su

madre fuera que Jess acabara con un hombre que no fuera ni chino ni blanco.

Bueno, aquel era su segundo mayor temor. Su verdadero temor era que Jess acabara sola para siempre. Lo que Jess fuera era una eventualidad que escapaba a la mera concepción; un miedo que acechaba bajo los pensamientos aceptables, igual de innombrable y aterrador que cualquier espíritu. Incluso plantearse a sí misma la simple posibilidad sería, para su madre, una traición.

Jess debía dejar de pensar en aquellas cosas.

Miró el móvil para distraerse. Seguía sin tener respuesta de Sharanya. Tal y como estaban las cosas, probablemente acabaría sola para siempre y sus padres no tendrían la necesidad de saber que había cosas peores que tener una hija soltera.

Cuando el conductor del Grab la dejó al final de la hilera de casas tienda, estaba de un humor de perros. Pasó por encima de la cloaca y entró en los soportales. La cafetería estaba en el otro extremo.

Sherng le había enviado un mensaje.

Estoy de camino.

Por mucho que se hubiera pasado la mayor parte de su vida en Estados Unidos, era lo bastante malasia como para saber lo que significaba aquello. Le tocaba esperar, pero no le importaba. No estaba de más poder tomarse algo sola y no tener que fingir normalidad durante un rato.

Tuvo un mal presentimiento incluso antes de ver al tipo. Un escalofrío le recorrió la nuca, y se giró. Casi esperaba ver a su Ah Ma o —«no, por favor»— a la Hermana de las Aguas Negras.

Cuando vio al hombre aparcando el ciclomotor, lo primero que sintió fue alivio. Luego, se bajó de la moto y se dirigió hacia ella.

Jess lo reconoció, aunque tardó un momento en ubicarlo, con aquella prominente peca negra en la mejilla. Era el chaval de la

peca, o Ah Tat, como lo habían llamado. El muchacho que se había presentado en el templo con la andrajosa cuadrilla de Ah Ku. Llevaba las intenciones grabadas en la cara.

Jess echó a correr, a pesar de que en su cabeza se repitiera: «No va a hacerte nada, no se atreverá delante de Dios y de todo el mundo...».

Pero era un error asumir que tenía alguna deidad de su parte. El chaval de la peca la agarró del brazo y le ahogó el grito tapándole la boca con la otra mano.

Jess se la mordió y notó un regusto a sal, y oyó al chaval de la peca maldiciendo. Le soltó ligeramente el brazo. Ella intentó zafarse, pero él se le echó encima, retorciéndole dolorosamente el brazo.

—¡Suéltame! —le gruñó, intentando liberar el brazo sin éxito—. ¿Qué coño te pasa?

El chaval de la peca no respondió. Tenía una expresión de miedo y locura, pero también de determinación.

Estaban solos bajo los soportales. El conductor del Grab se había marchado. Pero debía haber gente en las tiendas, alguien que saliera a la calle si se las apañaba para montar el alboroto suficiente...

—¡Déjame, cabrón! —gritó.

La puerta del restaurante en el que se suponía que había quedado con Sherng se abrió, y salió un joven con un delantal azul y amarillo, con una soja sonriente en la parte frontal.

—¿Hola? —dijo con voz temblorosa. No era nativo. Probablemente fuera birmano—. ¿Todo bien, señorita?

Jess vio una fila de rostros curiosos tras la cristalera delantera del restaurante, observando la pelea desde la comodidad que les ofrecía el aire acondicionado. Sintió una mezcla de rabia y lástima. De todas las personas que podrían haber intentado ayudarla, había sido el inmigrante el que había salido a ver cómo estaba la forastera.

El chaval de la peca ignoró al camarero y le hundió los dedos en la piel. Ella le pisó el pie con el talón e intentó liberarse.

—Perdone, caballero —exclamó el camarero.

Jess se apartó del chaval de la peca, cargando todo su peso para resistirse a él, así que cuando le soltó el brazo, ella se cayó al suelo. El pecho se le hinchó de una sensación triunfal, pero fue entonces cuando vio el cuchillo.

El camarero también lo había visto, y se quedó paralizado. Hubo una perturbación en el restaurante cuando los clientes se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo, pero no salió nadie más.

El camarero estaba gritando algo, pero Jess no era capaz de oír las palabras por encima del martilleo agitado de su propio corazón.

«Voy a morir —pensó—. Voy a...»

Pero, de repente, ya no estaba sola. Había alguien más en el suelo, junto a ella, alguien que la entendía, que había pasado por lo mismo, que sabía lo que se sentía.

La Hermana de las Aguas Negras le explicó lo que ocurriría a continuación. El hombre la degollaría y su sangre se acumularía en el suelo. Empaparía la húmeda tierra y ennegrecería las hojas caídas de los árboles. Se desligaría de sus vidas pasadas y futuras, hambrienta por lo que le habían hecho. Durante cientos de años, observaría a los vivos a través de una especie de cristal manchado, salvo por los breves y brillantes instantes en que pudiera romperlo y atravesarlo...

El pavor le recorrió el cuerpo, un miedo que se mezclaba con los horrores recordados de la diosa. Luego, una ola roja de furia la inundó, llevándose consigo la preocupación y el temor. En esa ola, la distinción entre ella y la diosa, que tan vital le parecía, se sumergió y desapareció. Encogidas en el suelo, eran una sola persona.

Cerniéndose sobre ellas —sobre ella— estaba su destino, listo para atacar. Pero ya había muerto una vez.

Le habían dado una segunda oportunidad, y no estaba dispuesta a malgastarla.

Buscó poder y una energía le llegó a las manos, fluyendo a través de ella con suavidad; el poder destructivo de una muerte que no olvidaba.

Le arrancó el cuchillo de las manos al tipo y se cortó la mano durante el proceso, pero el dolor no era más que un susurro, ahogado por el rugido de su cabeza. Se rascó distraídamente la nuca para controlar el picor.

El cuchillo le resbaló con la sangre cuando trató de alcanzar a su atacante. Y esa fue la única razón de que fallara.

El hombre la esquivó cuando arremetió de nuevo contra él, rodando hacia atrás. Ella se arrodilló y se puso en pie. Su atacante se esforzaba por levantarse, pero ella lo agarró de la camiseta antes de que pudiera huir.

Si apuñalabas a un hombre en la espalda, emitía un ruido de asfixia al morir. Eso era algo que había aprendido tras su propia muerte. No veía el momento de volver a oír aquel sonido.

Pero había algo que no sabía, algo que quería preguntarle. Sacudió la cabeza para despejarse y la pregunta emergió a la superficie.

—¿Por qué has venido a por mí? —preguntó en la lengua de la diosa—. ¿Qué te he hecho?

—¿Jess? —Era la voz de Sherng—. ¿Qué haces?

El sonido de su nombre atravesó el barullo que tenía en la cabeza. Volvió en sí de forma abrupta, estrellándose de vuelta dentro de su propio cuerpo.

Era como abalanzarse contra una pared de ladrillo. Se dobló por la mitad, tratando de coger aire. El mundo se precipitó rápidamente sobre ella: el aire húmedo y cálido del mediodía, el calor que se reflejaba en los coches y ciclomotores aparcados a lo largo de los soportales, el hedor de las cloacas.

El hombre que resollaba a sus pies no era el que la había perseguido por el bosque, sino un muchacho aterrorizado, encogido de miedo hacia ella. La piel de la nuca le escocía como si se la hubiera quemado, y la mano le dolía.

Agachó la vista y vio la sangre que le caía por la palma.

Sherng estaba frente a la entrada del restaurante.

—¿Qué coño ha pasado? —exclamó.

El chaval de la peca se escapó tan pronto Jess se giró hacia Sherng.

—¡Detente! —gritó ella inútilmente.

Sherng se apartó con elegancia cuando el chaval de la peca pasó corriendo a su lado. El camarero gritó y se puso a cubierto. Jess se precipitó hacia el chaval, pero por lo visto había alguien justo detrás de Sherng, un tipo con una camiseta verde y ancho como un muro de ladrillo. Ni se inmutó cuando el chaval de la peca chocó con él, pero lo agarró y le sujetó los brazos a los costados en un movimiento fluido que parecía haber practicado con antelación.

—Jefe, ¿qué hago? —preguntó el de la camiseta verde.

Sherng sacudió la cabeza.

—¿Puedes encargarte de él? La gente ya nos está mirando —respondió—. Dile a Pooi Mun que venga.

Se giró hacia Jess.

—¿Se puede saber qué está pasando?

—¿Quién es ese tío? —preguntó Jess.

El de la camiseta verde estaba llevándose al chaval de la peca mientras hablaba por el móvil. No veía qué llevaba en la otra mano, pero debía de estar sujetando alguna herramienta efectiva de imposición del buen comportamiento. El chaval de la peca andaba sin despegar los labios, lívido.

—Se llama Razak —respondió Sherng—. Trabaja para mí.

—¿Cómo que trabaja para ti? ¿Tú también tienes matones?

—Es mi guardaespaldas —replicó Sherng con sequedad—. Tú fuiste la que me dijo que viniera con guardaespaldas, ¿no te acuerdas?

Se había olvidado.

—Bueno, pero pensaba que no me harías caso. O sea, ¿qué clase de amenaza supongo para ti?

—Teniendo en cuenta que estabas agitando un cuchillo cuando he llegado... ¡Creo que debo agradecerte la recomendación!

—El cuchillo no es mío. Se lo he quitado a Ah Tat. Ha sido él el que se me ha echado encima.

Decirlo en voz alta lo convirtió en algo real. Se le heló la sangre y comenzó a temblar.

—¿Conocías a ese tipo? —le preguntó Sherng, pero Jess no lo escuchaba.

—Me habría hecho daño si no hubiera... —El mundo le daba vueltas—. Si no hubiera...

El cuchillo repiqueteó contra el suelo. Jess se balanceaba. Sherng le ofreció un brazo para que no perdiera el equilibrio. Oyó al camarero decir: «Señorita, entre, por favor», y sintió una ráfaga de aire frío del aire acondicionado al renquear hacia el restaurante. Alguien le acercó una silla y un vaso de agua.

«Si no hubiera dejado que la diosa me poseyera», iba a decir. Había recurrido al mismo poder ilimitado que le había sobrevenido durante el forcejeo con el Dios Mono, pero esta vez había sido diferente. Esta vez había sangrado, había vencido y habría matado al muchacho si Sherng no hubiera aparecido.

Jess se miró el tajo de la palma de la mano. Su sangre. Después de todo, había hecho el sacrificio prometido, pero no la había liberado de su vínculo. En todo caso, la había acercado aún más a la diosa.

—¿Estás bien? —le preguntó Sherng, antes de cambiar el tono—. Joder, ¿qué te ha pasado en la mano?

Jess la apartó cuando Sherng hizo ademán de cogérsela.

—Te lo he dicho, el tío llevaba un cuchillo —contestó.

La voz se le rompió y agachó la cabeza hacia la mesa, furiosa. Se produjo un breve silencio mientras Jess se esforzaba por empujar el agua que le enturbiaba la visión de vuelta hacia los conductos lagrimales. Una mujer vestida con un traje negro se aproximó y se dirigió a Sherng con voz queda. Probablemente fuera la encargada, y le estuviera diciendo que o bien se marchaban o llamarían a la policía. Jess esperó a que los echaran, pero la mujer acabó por irse.

Sherng le dio la espalda y, con cuidado, como si Jess estuviera teniendo una crisis, le dijo:

—¿Qué te parece si intentamos detener la hemorragia? No voy a tocarte —añadió, al ver que Jess apartaba instintivamente la mano—. Encárgate tú... Ah, toma.

La mujer había regresado con un rollo de servilletas de papel.

Sherng arrancó unas cuantas y se las alargó a Jess. Ella se apretó el fajo de servilletas contra la herida. Las manos le temblaban, pero el dolor la ayudaba a tener los pies en el suelo.

Levantó la cabeza y parpadeó. La urgencia por llorar se le había pasado. De repente, el restaurante parecía extrañamente ajetreado, repleto de gente alrededor de las mesas, charlando.

—¿Quién era esa? —preguntó, pero la mujer había vuelto, esta vez con un botiquín de primeros auxilios.

—Gracias, Pooi Mun —contestó Sherng, cogiendo el botiquín—. ¿Cómo vamos?

La mujer se agachó junto a su silla.

—Lo tenemos todo bajo control —respondió. Hablaba un buen inglés, con el acento de una hablante nativa de chino. Le otorgaba a sus palabras una especie de eficiencia entrecortada que encajaba con su aspecto—. Hemos conseguido detener a algunos de los clientes fuera. Se nos pueden haber escapado algunos testigos, no podemos hacer más. Pero hemos capturado a la mayoría. El jefe nos ha ayudado mucho. También hemos hablado con los camareros. Estaré atenta a las redes sociales. Lo que más nos cuesta controlar es WhatsApp, pero al menos la gente no sabe nombres. La señorita no llama la atención, así que es más fácil gestionarlo.

—¿Sabemos si alguien ha hecho fotos o vídeos? —preguntó Sherng.

—Sí, dos personas. Ya nos hemos asegurado de que los borren. Pero quizá la señorita sepa si alguien más...

—No estaba prestando atención —contestó Jess—. Esto..., perdón, pero ¿quién eres tú?

—Ah, mea culpa —dijo Sherng—. Te presento a Pooi Mun, trabaja para mí... Para nosotros. —Jess percibió su incomodidad al mencionar a su padre. Se preguntó si sospecharía de que Ng Chee Hin hubiera enviado a Ah Tat—. Me está ayudando a gestionar la situación. He dado por supuesto que no querrías que esto acabara en la prensa, las redes sociales, por ahí.

—Ah, o sea, que silencias a la gente, ¿no?

—¿Cómo? —dijo Pooi Mun.

—¿Que si silencia a...? ¡No! Es una ayudante ejecutiva. —Se

pasó las manos por el pelo—. ¡Ya te vale! ¿Te crees que esto es *El Padrino* o qué?

—Vamos a ver, tienes a un equipo de profesionales que te ayudan a limpiar —dijo Jess—. La gente normal no cuenta con esas cosas.

—Si quieres que me vaya, dímelo —le espetó Sherng—. En serio. ¿Quieres que me vaya?

Sonaba más derrotado que exasperado.

—No —dijo Jess tras unos instantes, y exhaló largamente—. Lo siento. Agradezco la ayuda, pero es que... ¿por qué me ayudas?

—Vaya pregunta... —respondió Sherng malhumoradamente—. Yo tampoco lo sé.

Jess estaba volviendo a molestarse.

—No es que te lo agradezca, pero no me digas que te parece normal. Has llegado a sacarme las castañas del fuego, y eso que la última vez que nos vimos...

«Intenté estrangularte», estuvo a punto de decir, pero Pooi Mun los interrumpió.

—Señor Ng —empezó—, ¿les importaría marcharse a otro lado? Nos costará menos encargarnos de la situación. Si se quedan, atraerán la atención de la gente.

Ahora que Jess se fijaba en el resto de los clientes, se percató de que todos estaban mirando descaradamente a Sherng. Ella se encogió tras el brillante menú azul y amarillo que sobresalía del centro de la mesa.

—Vale —dijo Sherng—. Lo mejor será que nos vayamos. —Hizo una pausa y se volvió hacia Jess—. ¿Quieres que te lleve a casa? O puedes pillar un Grab si lo prefieres. Nosotros iremos detrás.

¿Cómo iba a dejar que el hijo de Ng Chee Hin supiera dónde vivía? Jess se imaginaba cuál sería la reacción de Ah Ku si se enterara. O la de su Ah Ma, si es que volvía a saber algo de ella.

—Es imposible que podamos hablar en mi casa —contestó Jess—. Vamos a otro sitio. —Miró a Pooi Mun—. ¿Alguna idea?

La idea de Pooi Mun fue un rinconcito tranquilo de un Starbucks

en un centro comercial cercano. Tal vez le faltara el encanto del Tau, pero las ventajas eran evidentes: grandes ventanales con vistas a las multitudes de un sábado por la tarde. Un lugar fantástico donde ver... y ser vistos.

Jess no tenía claro a quién de los dos se suponía que debía reconfortar el hecho de que fueran tan visibles. ¿A Sherng? No parecía tenerle miedo a Jess, a pesar del insignificante detalle de haber intentado asfixiarlo hasta la muerte. Aunque, claro, ¿cómo iba a tenerle miedo? Tan solo le bastaba un chasquido de dedos para que un equipo acudiera en su ayuda.

Por supuesto, no sabía nada de la Hermana de las Aguas Negras.

Jess se encorvó sobre su bocadillo. «No pienses en ella.»

A aquellas alturas debería haber sabido ya que su mente no era una espacio cerrado. Si quería evitar atraer la atención de la diosa, debía vigilar sus pensamientos.

—Pooi Mun es increíble —dijo, para distraerse tanto ella como a cualesquiera espíritus que pudieran estar escuchando. Agachó la cabeza hasta las gasas blancas que tenía en la mano. Pooi Mun se la había vendado con una facilidad pasmosa—. ¿Dónde la encontrasteis?

—Se la robé a un colega de su empresa de productos para el cuidado de la piel —respondió Sherng—. Aún no me lo ha perdonado. Es fantástica, ¿verdad? Lo único que no sabe hacer es llamarme Sherng. —Soltó un suspiro—. Siempre con el señor Ng para arriba y para abajo.

—¿Por qué no quieres que te llame señor Ng?

—¡Porque es formalísimo! Es lo mismo que le dice a mi pa... —Sherng tosió—. Me hace sentir viejo. Hace muchísimo que la conozco. Es mi amiga, no solo mi compañera.

Jess se dio cuenta de que él realmente creía en lo que decía. Fuera quien fuera su padre y sus verdaderas motivaciones, Sherng quería caer bien. Y era algo que Jess podía aprovechar.

—¿Por qué accediste a que nos viéramos? —le preguntó, y miró alrededor.

Estaba lejos del resto de la clientela y nadie les prestaba

atención. Razak estaba estratégicamente apostado entre ellos y la entrada, no lo bastante cerca como para oír la conversación, pero tampoco demasiado lejos como para intervenir si fuera necesario. Estaba absorto en el móvil, pero a Jess no le cabía duda de que no tardaría más que un segundo en plantarse junto a Sherng si a ella le daba por mirarlo como no debía.

Jess bajó la voz.

—Intenté matarte.

—Quería verte precisamente porque intentaste matarme —dijo Sherng—. No me pareció que encajara con tu carácter.

—No sabes nada de mi carácter. ¿Qué te hace pensar que no soy una asesina?

—No te ofendas, pero estuve allí y no se te daba nada bien. Tenías a todo aquel montón de tíos listos para ayudarte y dejaste de estrangularme a la mitad para irte a destrozar el altar. Ni siquiera echaste a correr detrás de mí cuando me escapé. Deberías haber sabido que, si lo intentabas, tenías que llegar hasta el final. Si llegaba a casa vivo, estabas jodida.

—De momento no me ha pasado nada —dijo Jess, antes de corregirse—: Salvo por lo del chaval que ha intentado apuñalarme, pero no era uno de los tuyos.

—¡Porque yo no tengo a ese tipo de personas en nómina!

Jess le dio un mordisco al bocadillo para no tener que apuntar que su padre definitivamente sí contaba con ese tipo de personas, por mucho que Sherng afirmara lo contrario.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó él—. ¿Por qué te ha atacado ese tío? ¿Lo conocías?

—Lo conozco tanto como tú —respondió Jess—. Estuvo en el templo aquel día. Era uno de los tipos que te retuvo cuando te pusiste a correr.

Sherng parpadeó varias veces.

—Por eso me sonaba tanto. Y qué, ¿estaba cabreado contigo por no haberte deshecho de mí en condiciones? ¿Por qué no ha ido a por mí entonces?

—No lo sé, no se lo he preguntado.

Jess recordó la expresión del chaval de la peca cuando se

dirigía hacia ella. Tenía el aspecto de alguien que estaba decidido a acabar cuanto antes con un trabajo desagradable.

—Pero no creo que el problema seas tú —añadió—. El problema es la diosa.

—¿Qué diosa?

—La del altar que destruí. Había una diosa dentro.

—Ah. Hostia. —Hizo una pausa—. Estuve investigando un poco. Corren historias chunguísimas sobre ese templo. Me sorprende que mi padre quiera tener algo que ver con todo eso.

Jess lo miró fijamente.

—¿Es supersticioso?

—No mucho, pero es un tema desagradable. No le gustan las situaciones desagradables. Pero es que hay muchísimo dinero en juego con la promoción de Rexmondton Heights. No es muy dado a dejar que las leyendas urbanas le hagan perder buenas oportunidades.

La referencia a la promoción le recordó a Jess que tenía la intención de preguntarle qué pensaba hacer Sejahtera con lo del accidente en las obras. No habían pasado ni dos semanas y, sin embargo, tenía la sensación de que hacía una eternidad.

Y, en el fondo, empezaba a sentir que poco importaba ya. La fuente principal de sus problemas, la Hermana de las Aguas Negras, había desviado su atención a otro sitio, ahora que el altar ya no existía. Los obreros ya no tenían que preocuparse por ella. Jess lo sabía.

Y, aun así, se lo preguntó.

—Le conté lo del accidente —respondió Sherng—. Pero no tuvimos tiempo de hablarlo con calma. Y luego pasó lo del templo, cuando me..., bueno...

—Cuando te intenté estrangular —terminó Jess—. ¿Tu padre lo sabe?

Sherng desvió la mirada, incómodo.

—No, no le he hablado de ti.

—Pues te debo una. Si tu padre supiera lo que intenté hacerte, yo no estaría hoy aquí charlando contigo.

Sherng no lo negó.

Ya iba siendo hora de que se pusiera las pilas y le enviara las fotos a alguien que pudiera aprovecharlas para presionar a Ng Chee Hin. No parecía que Sherng fuera a ser de demasiada utilidad.

—¿Qué historias has oído sobre el templo? —dijo Jess, para evitar que le preguntara por las fotos.

Sherng se encogió de hombros.

—Lo típico. Médiums metidos en magia negra. Mujeres hermosas que se aparecen de noche y luego resultan ser fantasmas asesinos. Rollo las *Verdaderas historias de fantasmas de Singapur* de Russell Lee.

La cara de Jess debió de dejarle claro que no sabía de qué estaba hablando.

—Lo siento, me había olvidado de que eres americana.

Jess dejó escapar una carcajada involuntaria.

—No mucho, la verdad.

—Bueno, pero tampoco eres malasia, quiero decir.

Eso también era cierto. No era ni malasia ni americana. Igual que tampoco era hetero y, cuando le preguntaban, claramente tampoco era lesbiana. No era la Min de su familia, pero tampoco la Jess que había vivido toda una vida bajo ese nombre, antes de que su padre cayera enfermo. Su preciosa vida, con su preciosa novia, amigos y proyectos creativos, con sus ambiciones.

Todo parecía ya algo lejano. No le sorprendía que a su Ah Ma le hubiera costado tan poco meterse en la cabeza. Era una nada andante, un agujero en el universo, ideal para que los muertos la atravesaran.

Se estremeció.

—Estás metida en un lío, ¿verdad? —le preguntó Sherng—. ¿Qué te pasa?

Parecía sentir lástima por ella, algo que le hizo querer darle un puñetazo, pero también echarse a llorar.

No podía confiar en Sherng, pero no tenía a nadie más en quien confiar. Había estado con ella en el templo y había visto lo que había hecho. Había sido testigo de la verdad, de que le habían hecho algo a Jess. No era un familiar y ni siquiera era realmente

un amigo. No se debían nada. Y por eso, quizá, podría hablar con él.

—Mencionaste a alguien en el mensaje —le dijo Sherng—. Me dijiste: «Creo que tardará en volver a aparecer». ¿A quién te referías?

Jess bajó la vistas al tercio sin comer de su bocadillo frío. No había sido capaz de terminárselo. Le dolía el estómago.

—¿Por qué no le has hablado a tu padre sobre mí?

«Dame una buena razón para confiar en ti», quiso decirle.

Sherng se quedó callado unos segundos.

—Mira, no creo en fantasmas ni en espíritus. Y diría que soy casi el único escéptico entre mis amigos y la familia. Los malasios son muy supersticiosos. Todo lo que ocurre lo atribuyen a un *hantu*.

»Pero lo que vi en el templo aquella noche... —Sacudió la cabeza—. No sabría explicarlo. A menos que el resto del mundo tenga razón y yo haya estado equivocado todo este tiempo.

Miró a Jess a los ojos.

—¿Quién me atacó? No eras tú, ¿verdad?

Jess vaciló, pero necesitaba hablarlo con alguien. Alguien que la creyera, alguien en quien confiar sin miedo a ponerlo en peligro ni asustarlo. Un aliado, alguien a quien no tuviera que proteger.

—¿Sabes cuál es el verdadero motivo por el que te pedí que fueras al jardín del templo aquel día? —dijo al fin—. Fue idea de mi abuela. Vino conmigo aquel día.

Sherng frunció el ceño.

—Y luego se fue, ¿no? No la vi.

—No, claro que no —respondió Jess—. Murió el año pasado.

DIECIOCHO

Jess solo tenía el número fijo de Ah Ku, porque ese era el número que se sabía su Ah Ma. Llamó el lunes, escondida en el lavabo de la oficina.

Inevitablemente, respondió una voz femenina. Y no la de alguien joven, por lo que solo podía pertenecer a su ofendida tía.

—Soy Sze Min —dijo Jess—. La hija de Poey Hoon. ¿Eres Ah Kim?

—Sí.

La voz sonaba claramente molesta.

—Siento no haber entrado el otro día a saludarte, Ah Kin —se disculpó Jess—. No quería molestarte. Ah Ku necesitaba que alguien lo llevara a casa. Si no, no habría ido a visitaros sin avisar. Seguro que estabas liada.

Hubo una pausa.

—Con el tiempo que has estado en los Estados Unidos y lo bien que se te sigue dando el hokkien. No está nada mal —dijo Ah Kim.

Jess disfrutó de un instante de alivio, hasta que Ah Kim añadió:

—¿Qué le pasó a la moto de Ah Ku? ¿La perdió en alguna apuesta o qué? Cuando se marchó a verte aquel día tenía la moto, y cuando volvió había desaparecido. No me digas que no lo sabes. Tú no lo llevaste hasta allí, así que debías estar con él cuando la perdió.

—Pues... —empezó Jess, pero Ah Ku apareció para salvarla, y lo oyó decir:

—Ya te dije que se me había averiado. Ah Hock la tiene en su casa. No hace ninguna falta que interrogues a tu sobrina como si fueras la policía. ¿Te crees que me la ha robado o qué?

Ah Ku se puso al teléfono.

—¡Hola, Ah Min! ¿Por qué me llamas?

—Tengo que hablar contigo. ¿Podemos vernos?

Ah Ku se aclaró la garganta.

—No puedo, Ah Min. Después de lo que pasó en el templo, me conviene no salir mucho. No sea que aquel cabrón vaya a por mí. ¿No podemos hablar por teléfono?

Jess echó un vistazo a la puerta. Había decidido hacer la llamada en el baño para clientes de la parte trasera del piso piloto. El lavabo para los trabajadores estaba justo al lado del despacho de Kor Tiao, y había supuesto que la probabilidad de que la interrumpiera algún cliente a las nueve de la mañana era bastante mínima. No oía nada al otro lado de la puerta, pero aun así bajó la voz.

—Es complicado —contestó—. Quiero hablarte de Ah Tat.

Aquello le captó la atención.

—¿Sabes dónde está? Se suponía que tenía que ir hoy a la tienda, pero dicen que no se ha presentado. Y tampoco responde al teléfono.

—El sábado me atacó. Llevaba un cuchillo, ojo. Supongo que no te lo ha contado.

Hubo un breve silencio. Un silencio perplejo, supuso Jess, el silencio de alguien a quien acaban de descubrir, ¿quizá? A fin de cuentas, Jess había presenciado la participación de Ah Ku en un intento de asesinato. Tal vez también quisiera deshacerse de ella, sobre todo si tenía pensado volver a intentarlo con Sherng.

Ah Ku le había dicho que la culpable había sido la Ah Ma. No le quedaba claro qué motivos podría tener para querer liquidar a Sherng a aquellas alturas, teniendo en cuenta que parecía resignado a trasladar el templo. Pero ¿qué sabría ella de sus razones?

—¿Dónde quieres que nos veamos? —le preguntó Ah Ku al fin.

Jess lo dejó en sus manos. Casi esperaba que la invitara a su casa, algo que le habría resultado tremendamente incómodo, pero por lo visto él estaba tan poco dispuesto como ella a llevarse a casa

aquel asunto. Le propuso que se vieran en un kopitiam no demasiado lejos de su hogar, aunque no tendría tiempo de quedar con ella hasta el próximo fin de semana.

Quedaron el sábado, lo que significaba que Jess tenía toda una semana de trabajo por delante antes de verlo. Con todo, fue una semana extrañamente tranquila, la más sosegada desde que había pisado Penang, sin incordios de dioses ni sueños aciagos. Tal vez la sangre que Jess había derramado enfrentándose a Ah Tat hubiera aplacado a la diosa por un tiempo.

Evitaba mirarse el corte de la mano. Solía hundirla en una serie de pensamientos infructuosos, en los que se preguntaba qué demandaría de ella la diosa a continuación... y cuándo.

Jess llegó temprano a su cita con Ah Ku. El kopitiam estaba en una esquina en uno de los extremos de una hilera de casas tienda, abierta a los elementos por ambos lados. Los muros embaldosados estaban cubiertos de pósteres publicitarios de cerveza, bebidas de soja, nidos de pájaro y otras exquisiteces, así como el forzoso mural chino de una manada de caballos. Había una fila de puestos ambulantes en los que servían fideos, arroz, *kuih* y bebidas a lo largo de uno de los lados del restaurante. En el televisor de la pared estaban echando un drama coreano, subtítuloado en malayo.

Estaba hasta los topes de personas disfrutando del desayuno. Jess se sentó a una mesa bajo los soportales que había fuera del kopitiam, ubicada de forma que difícilmente los clientes del restaurante pudieran oír su conversación. El puesto más cercano a la entrada generaba un utilísimo ruido, con fideos siseando en un wok enorme, platos tintineando y los chefs dirigiéndose continuamente a los clientes con voces roncadas.

Ya estaba sudando antes de sentarse. No le aliviaban lo más mínimo los ventiladores de techo que apuntaban hacia el interior, pero la mesa era visible desde el restaurante y la calle. La mitad de Penang sería testigo de lo que pudiera... suceder.

Aunque tampoco era que creyese que pudiera ocurrir algo. Sherng era el que se preocupaba por eso. Cuando, sentados en el Starbucks, le había contado lo de su Ah Ma, la diosa y todo lo que

estaba pasando, él le había dicho:

—Tienes que hablar con tu tío. Es médium y el guardián del templo, y quien mejor conoce a tu abuela. Si alguien puede saber qué hacer con la Hermana de las Aguas Negras, es él.

Jess había dudado. Si llamaba a Ah Ku, tal vez tuviera que hablar con Ah Kin, quien probablemente seguía cabreada con ella y su madre. Pero Sherng malinterpretó la pausa.

—Puedo asegurarme de que os vigilen —añadió—. Si te preocupa tu seguridad, digo. Razak puede estar por allí y cuidarse de que tu tío no intente nada.

Jess le había dirigido una mirada de extrañeza.

—No me preocupa. Es mi tío.

Sherng le devolvió la mirada.

—Te drogó e intentó implicarte en un asesinato.

—Ya, pero porque mi Ah Ma lo obligó.

Sherng frunció el ceño.

—¿Qué edad tiene? ¿Cincuenta años? No puedes culpar a su madre de todo lo que haga.

—No conoces a mi abuela.

Miró a su alrededor para examinar los rostros de las personas que la rodeaban y que andaban por la calle. Le había dicho a Sherng que había quedado con Ah Ku, pero que no necesitaba refuerzos; ya le informaría de cómo había ido. No parecía que hubiera enviado a Razak a vigilarla. Por suerte. Habría sido bastante inquietante que Sherng la hubiera ignorado. Estaba completamente a salvo, se dijo Jess.

Trató de no mirar las dos tablillas rojas que colgaban del pilar que había junto a la mesa. Había un pequeño anaquel bajo cada tablilla, donde se podían depositar ofrendas. El altar superior estaba dedicado a Ti Kong, el Emperador de Jade; el inferior, a Tua Pek Kong, el Dios de la Tierra. En aquella isla, los dioses te seguían allá donde fueras.

Ah Ku solo llegó cinco minutos tarde. Jess se levantó y le hizo un gesto con la mano hasta que la vio.

—¿Quieres tomar algo, Ah Ku? —le preguntó—. Yo voy a pedirme otro *teh peng*.

Apenas le quedaba té frío. El vaso había formado un pequeño charco de condensación en la mesa.

—No, tranquila —contestó Ah Ku, y se sentó en la silla de plástico que Jess le había preparado—. ¿Qué es eso de que Ah Tat te atacó?

Jess le contó toda la historia sin dejar de mirarlo, aunque obvió el detalle de que aquel día estuviera de camino a verse con Ng Wei Sherng.

Ah Ku no parecía especialmente sorprendido, pero tampoco alarmado, que era lo que Jess suponía que debías sentir al saberlo descubierto en tu complot para asesinar a tu sobrina. En todo caso, parecía tener una expresión de desaprobación.

—Este Ah Tat... queda con unos chavales de mala vida —dijo—. A todos se les llena la boca cuando hablan, se pavonean. Suelen estar siempre en contacto con un supuesto médium, que no es más que un *samseng* que va de duro. Debe de haber sido él quien le aconsejó eso a Ah Tat. Después de que destruyeras el altar, Ah Tat se asustó muchísimo. Le di amuletos para mejorar su suerte, pero seguía preocupado. El médium debió de decirle que debía vengarse de ti para contentar a la diosa.

Ah Ku suspiró.

—¡Valiente idiota! ¿No sabe que la diosa no necesita su ayuda para vengarse? Si quiere castigar a alguien, no le hace falta nadie más. No tiene que interferir. No te preocupes. Le cantaré las cuarenta. No volverá a molestarte.

Era como si Jess le hubiera dicho que Ah Tat le había quitado el móvil y le había roto la pantalla, en lugar de habersele abalanzado con un cuchillo en la mano. Molesta, dijo:

—No hace falta que lo riñas. No va a volver a intentarlo después de lo que le hice.

Ah Ku sonrió.

—Sabes cómo asustar a Ah Tat, ¿eh? ¡Chica lista!

—No fui yo la que lo asustó. Fue la diosa. —Y, deliberadamente, añadió—: La Hermana de las Aguas Negras.

El nombre hizo que el corazón le martilleara en el pecho y un vacío se le abriera en las entrañas. Pero el efecto que tuvo en Ah

Ku casi lo compensó. La miró fijamente, después de que el horror borrara cualquier otra expresión de su rostro.

—¿Cómo?

—Me ayudó a encargarme de Ah Tat —respondió Jess—. Está bien, pero a partir de ahora me evitará. —En el silencio que siguió, ella aprovechó para avisar a un camarero y pedir un segundo *teh peng*—. ¿Estás seguro de que no quieres tomar nada?

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Ah Ku después de espantar al camarero, y bajó la voz—. ¿La diosa se presentó?

Jess esperó a que el camarero se metiera de nuevo en el restaurante antes de responder:

—La Hermana de las Aguas Negras quiere que sea su médium. Por eso debía hablar contigo. ¿Qué puedes contarme sobre ella?

Ah Ku se estremeció al oír el nombre de la diosa.

—¿Fue la Ah Ma la que te dijo cómo se llamaba?

Jess asintió. Sentía curiosidad por el nombre.

—¿Por qué se llama así? Murió donde está el templo ahora, ¿verdad? En un bosque. —Recordó el estanque del templo del jardín, lleno de tortugas. El agua tenía un tono más bien marrón, turbio, y no negro, pero quizá de noche...—. ¿Es por el estanque de las tortugas?

—¿El estanque? ¿Qué estanque? —dijo Ah Ku—. El templo está en Air Itam, *mah*. *Air hitam* en malayo significa...

—Agua negra. —Aquella explicación tan prosaica le arrancó una carcajada—. Ya. No me había dado cuenta.

Ah Ku la atravesó con una mirada de reprobación.

—¿Estando como estás y aún te quedan ganas de reírte? Si tú supieras... Esto es muy serio. ¿Cómo sabes que la diosa te ha elegido médium? ¿Has tenido algún sueño?

—Sí —contestó Jess tras un momento—. Soñé con ella. Fui a un templo y me dijeron que el sueño significa que me quería como médium.

Ah Ku se pasó las manos por su escaso pelo, consternado.

—*Cham, cham, cham*. Qué desastre. Pensé que la diosa te castigaría por destruir el altar, pero no me imaginé que sería así.

—¿Esto es un castigo? —preguntó Jess, con una curiosidad

genuina. Sabía los sentimientos que le despertaba a ella aquel asunto, pero creía que Ah Ku sería algo más positivo—. En el templo me dijeron que era una bendición.

—¿En qué templo? ¿Quién te lo dijo?

—El templo del maestro Yap de Balik Pulau —respondió Jess—. El maestro Yap me habló a través de un médium.

—Ah, te lo dijo el dios, ¿no? A estas alturas, debes preguntarles a los humanos, no a los dioses. Cualquier médium te dirá que esta no es una vida fácil. Y menos con la Hermana Mayor...

Negó con la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Es peor que el resto de las deidades?

Su tío no respondió. Agachó la cabeza, aparentemente disgustado. Sumidos en aquel silencio, esperaron a que el camarero volviera y dejara el *teh peng* de Jess sobre la mesa. Ah Ku comenzó a buscar la cartera, pero Jess ya había preparado algo de dinero en metálico con antelación. Pagó antes de que Ah Ku pudiera adelantarse, e interrumpió sus objeciones:

—Ah Ku, necesito que me ayudes. Todo este jaleo de dioses, fantasmas y espíritus... No lo entiendo. Estoy luchando por mi vida y no sé absolutamente nada.

No se esperaba que los ojos se le anegaran de lágrimas. Su primer instinto fue ocultarlo, pero creyó que Ah Ku sería de esas personas que no soportaban ver a las chicas llorar. Por vergonzoso que fuera, dejó que una lágrima le recorriera la mejilla antes de secársela con el dorso de la mano.

—No llores, *lah* —la consoló Ah Ku, incapaz de resistirse—. No es para tanto. Yo empecé a bailar para Kuan Kong a los dieciséis. Y mírame, no me ha ido tan mal.

—Pero esta diosa es diferente, tú mismo lo has dicho.

Mientras Ah Ku vacilaba, ella añadió:

—Necesito entenderla. Necesito saber cómo alejarme de ella.

—Si te ha elegido, olvídate de alejarte de ella —respondió Ah Ku.

El maestro Yap le había dicho lo mismo, pero Jess sintió una cierta decepción en el pecho, como si, aunque no lo supiera,

hubiera albergado la tímida esperanza de que Ah Ku le ofrecería la solución en cuanto se la pidiera.

A los pocos segundos, continuó:

—Si fuera un dios mayor, no sería tan malo. Los grandes dioses, como Kuan Kong, no son tan violentos. Tienen buenas intenciones. Disponen de más poder, poder espiritual. En definitiva, es sencillo. En el caso de los fantasmas, la cosa cambia, pero, en cierto modo, también es fácil. Vas al templo, pides un amuleto y expulsas al fantasma.

»Pero la Hermana Mayor no es un fantasma, ni tampoco una diosa como las deidades mayores. Está entre medias. Ser su médium es muy complicado. Es algo que solo está al alcance de personas como la Ah Ma.

—¿Por lo tenaz que era? —preguntó Jess. ¿Qué era lo que su padre le había dicho sobre su abuela? «Hacía cosas que los demás no se atreverían ni a intentar.»

—Porque no le quedaba otra —respondió Ah Ku con la cara larga—. ¿Crees que si hubiera podido elegir le habría rezado a un espíritu así? La Ah Ma también le tenía miedo a la Hermana Mayor. Pero ¿qué iba a hacer? No podía ayudarla ningún otro dios.

—Ya sé que estaba enferma, pero ¿por qué...?

—¡Qué enferma ni enferma! —exclamó Ah Ku—. Estaba furiosa. La Ah Ma tuvo una vida dura, no como la tuya. Tu madre y tu padre te han cuidado, ¿o no? De la Ah Ma no cuidó nadie. Al ser pobre y mujer, la gente no la trataba nada bien. Y eso era algo que la disgustaba. Quería que lo pagaran.

Jess estaba perpleja.

—Un momento, ¿qué? Pensaba que la Ah Ma se había hecho médium porque la diosa la curó cuando estuvo enferma.

—Eso te lo contado tu madre, ¿no? ¿Qué va a saber ella, *lah*? Tu madre vivía con Ah Chor. Apenas veía a la Ah Ma en aquella época.

—No fue mi madre —respondió Jess—. La Ah Ma me dijo que tuvo la culebrilla cuando era joven y que estuvo a punto de morir, pero la diosa la salvó. Me contó que por eso debía servir a la diosa.

Ah Ku parecía incómodo, como si lo hubieran descubierto

haciendo algo —o, más bien, diciendo— algo que no debía.

—Ay, sí, sí, correcto —se apresuró a decir—. La Ah Ma tuvo la culebrilla. Qué memoria la mía. Fue antes de que yo naciera, por eso no me acordaba.

—No te habías olvidado. La Ah Ma me engañó, ¿verdad?

Ah Ku no era el mejor de los actores; con el rostro decía todo lo que Jess necesitaba saber. Y, sin embargo, hizo un último intento desesperado.

—No, no. La Ah Ma es tu abuela. ¿Cómo te va a engañar?

—Ya te digo yo que la Ah Ma está dispuesta a engañarme —dijo Jess—. De hecho, me engañó. ¿Te acuerdas del templo? Me convenció para que llevara allí a Ng Wei Sherng para rezarle a la diosa y luego intentó matarlo. ¿Te suena?

—Pero aquello fue porque sabía que no lo entenderías.

—¿Por qué se convirtió la Ah Ma en la médium de la diosa? —preguntó Jess—. ¿Qué quería ella que la diosa podía ofrecer?

Pero ya lo sabía. Incluso mientras hablaba, lo supo. Ah Ku ya le había dado la respuesta.

—Buscaba venganza —se contestó Jess—. ¿Contra quién? ¿Ng Chee Hin?

Ah Ku, rendido a lo inevitable, dijo:

—Si hubiera sido contra ese cabrón, hace tiempo que lo habría solucionado. La diosa es muy efectiva. Por eso la Ah Ma la ha servido durante tantos años. Incluso después de muerta, tiene que seguir cuidando el altar.

La voz se le rompió y, ante la sorpresa de Jess, empezó a llorar. Ella, presa del pánico, se metió la mano en el bolsillo trasero y sacó un pañuelo arrugado.

—¿Quieres...?

Pero Ah Ku lo rechazó y sacó un paquete de pañuelos.

—Ni muerta pudo descansar —prosiguió—. Se vio obligada a permanecer en este mundo para servir a la diosa. Es penoso, ¿no te parece? La Ah Ma tiene hijos que le recen, pero por eso ha acabado siendo un fantasma hambriento.

Se secó los ojos sin ninguna vergüenza, y se sonó la nariz con el mismo pañuelo.

—Ah Tat es un crío. No sabe nada. De hecho, me alegro de que te enfrentaras a la diosa. Nadie está dispuesto a combatirla. Ahora que has destruido el altar, la Ah Ma no tiene ningún motivo para seguir aquí. Puede continuar hacia la otra vida. Pase lo que pase con el templo, el juicio y demás, ya no tiene de qué preocuparse. No es su problema.

—Claro —dijo Jess con ironía—. Porque ahora el problema es mío.

Ah Ku no hizo nada por fingir que no comprendía su insatisfacción.

—¿De quién va a ser, si no? Eres la nieta de la Ah Ma. Tu madre es su hija mayor. Tu deber es ayudar a la abuela. No veníais a verla cuando estaba viva, al menos podrás ayudarla así.

—Estás de coña, ¿no? —le replicó en inglés, antes de volver a pasar al hokkien—. ¿Vas a culparme por no haber visitado a la Ah Ma? ¡Vivía en otro país!

—Veníais durante las fiestas. Teníais tiempo de ir a las Cameron Highlands pero no de visitar a la abuela. Si hubieras sabido lo que es el respeto, habrías ido a verla. No me vengas con excusas.

Jess estuvo a punto de recordarle que todavía no había llegado a la mayoría de edad la última vez que visitaron Malasia con la Ah Ma viva, pero una fugaz expresión en la mirada de Ah Ku la hizo detenerse. Era un brillo de satisfacción.

La estaba manipulando.

«Céntrate, Teoh», se dijo a sí misma. ¿De qué te está intentando distraer Ah Ku?

—Todavía no me has dicho de quién quería vengarse la Ah Ma. Si no era Ng Chee Hin, ¿quién era?

Mientras Ah Ku titubeaba, ella repasó todo lo que sabía sobre la vida de su Ah Ma.

El problema era que su Ah Ma era de ese tipo de personas que se dedicaban a acumular némesis. De hecho, prácticamente todo lo que sabía Jess a ciencia cierta tenía que ver con sus enemigos. Ng Chee Hin. El novio que vendía restos de látex y que la había dejado después de meterla en el mundo de los crímenes menores. El

marido que la pegaba y que la abandonó con dos bebés que criar. La Ah Ma detestaba a los bebés, eso era algo que sabía por los sueños.

Ahí tenía la respuesta, mirándola frente a frente. Tal vez no supiera demasiado sobre los hechos concretos de la vida de su abuela, de lo que había sucedido y qué nombres pertenecían a qué rostros. Pero sí sabía lo que había dentro. Conocía lo que la Ah Ma había querido mostrarle.

Y lo que la Ah Ma se había reservado.

—Quería vengarse del Ah Kong, ¿verdad? Quería devolverle lo que le había hecho.

Ah Ku parecía cómicamente consternado, como cuando el Coyote caía en la cuenta de que se le había acabado el suelo por el que correr.

—¿Qué?

—La Ah Ma le tenía miedo al Ah Kong —continuó Jess. Los sueños de la vida de la Ah Ma en aquellos cuartos sofocantes era lo que le habían transmitido. Las noches en las que ni siquiera se atrevía a pensar, durante días interminables...—. No lo soportaba. Seguro que lo odiaba por cómo la trataba. Así que pidió la ayuda de la diosa. Eso fue lo que pasó, ¿verdad?

La expresión de Ah Ku fue toda la confirmación que necesitaba.

—¿Qué le hizo la diosa al Ah Kong? —preguntó Jess.

Hubo un largo momento en que Jess no tenía claro si Ah Ku respondería o si apartaría la silla y echaría a correr.

—Tienes que entenderlo... —contestó Ah Ku al fin—. No fue por rencor. No era un ojo por ojo. De verdad que no. Era una mujer solitaria. Debía defenderse. Ningún hombre dejaría que su mujer se llevara a sus hijos y desapareciera, y mucho menos el Ah Kong, que cuando se enfadaba nunca sabías de qué era capaz. Si la Ah Ma hubiera intentado dejarlo, a saber lo que le habría hecho. Es como... ¿Cómo se dice? Cuando te intenta robar alguien pero le das un golpe y lo matas, no vas a la cárcel. No pasa nada, porque él te agredió primero. ¿Cómo se dice?

—Defensa propia —respondió Jess en inglés, porque

desconocía el término en hokkien.

Ah Ku asintió.

—Defensa propia —repitió—. Por eso le rezó a la diosa, para que la ayudara. Porque esta hermana mayor no es como otras deidades. Su muerte no fue nada bonita. Cuando un espíritu muere así, porque alguien lo mata, son muy fieros. Están muy hambrientos. Y más aún si no tiene hijos ni nadie que le rece.

—Hambrientos... —repitió Jess. Estaba algo mareada. El ruido del kopitiam estaba empezando a afectarla. El estómago se le revolvió con los olores; el sabroso aroma de la comida friéndose, el intenso hedor de la cloaca que recorría los soportales—. ¿De ofrendas o...?

—De personas —contestó Ah Ku.

A Jess se le secó la boca. No le apetecía tomarse el té, pero sacó un cubito de hielo y lo chupó, agradecida de sentir el frío en la lengua.

—Creía que el Ah Kong murió en un accidente —dijo.

Antes de que Ah Ku pudiera responder, los interrumpió un alboroto. Los cocineros que había en el puesto más cercano a su mesa habían pausado su frenética actividad con el wok. Los clientes torcían el cuello para ver qué estaba pasando.

Un pequeño grupo de agentes de policía subían por las escaleras de los soportales. Ah Ku apenas había empezado a girarse cuando lo rodearon.

Uno de los agentes de policía se dirigió a él en malayo:

—Señor Lim, cuánto tiempo. —Tenía una voz cortés, e incluso cordial—. Nos gustaría que nos acompañase a comisaría, si es tan amable. Queremos hacerle unas preguntas.

Ah Ku también pareció reconocerlo.

—Oiga, sargento, ¿a qué viene esto? —preguntó, con algo menos de cordialidad—. Me estoy tomando un té con mi sobrina y viene usted a incordiarme. No puede detener a ciudadanos decentes porque sí.

El agente de policía ni se inmutó. Tenía una expresión atenta y una sutil sonrisa en los ojos, la sonrisa de un hombre que se sabe con el control de la situación.

—Ahora soy inspector, señor Lim —contestó—. Y tenemos una orden. Le veo bien. No ha estado tomando ninguna sustancia, ¿verdad?

No era posible verle las costillas vendadas a Ah Ku con la camiseta, y era evidente que no tenía ánimos de mostrarlas.

—A mi edad, si no estoy en la hospital, ya me puedo dar con un canto en los dientes. Y ya debería saber usted que ni me acerco a las sustancias. Puede ir a mi casa a echar un vistazo. La única sustancia que podrá encontrar será miel de kelulut.

—Nuestras investigaciones demuestran lo contrario —le informó el inspector—. Mis colegas han encontrado quinientos gramos de cocaína en su residencia esta misma mañana.

Ah Ku se puso en pie, temblando de hostilidad. Los agentes de policía se tensaron.

—¿Qué está diciendo? Yo no tengo nada de eso. Estáis intentando engañarme, ¿verdad?

—Podemos mostrarle las pruebas en comisaría —dijo el inspector. Y, como si hubiera caído en ese mismo momento, añadió —: Su mujer y su hija ya están allí. Pregúnteles. Estaban en casa cuando nuestro equipo encontró las drogas.

Jess jamás había visto a Ah Ku tan furioso. Estaba más tranquilo durante el intento de asesinato de la Ah Ma.

—No sé lo que has encontrado, pero no es mío —se defendió—. ¿De dónde saco el tiempo para meterme en ese tipo de asuntos? Estas últimas semanas apenas he salido de casa. Solo voy a rezar al templo. Tengo una lesión, el médico me dijo que hiciera reposo en casa. Habrá ido alguien a dejarla mientras yo estaba fuera...

Fue perdiendo la voz a medida que ataba cabos. Jess supo lo que tenía en mente incluso antes de que se volviera hacia ella, porque ella había pensado lo mismo. Si le habían tendido una trampa a Ah Ku, debía de haber sido alguien que supiera que en ese momento no estaría en casa.

Ah Ku esbozó un gesto de incredulidad, pero no era el del hombre traicionado por alguien en quien confiaba. Era más bien como si se hubiera acercado a una manguera de jardín para luego descubrir que se trataba de una cobra.

—Ah Ku, yo no —empezó Jess, antes de tomar conciencia de la situación. ¿Quién empezaría a negar algo antes de que lo acusaran, a menos que fuera culpable?

Ah Ku se limitó a decir:

—Se supone que Ah Yen tiene que empezar la universidad en octubre. Tiene una beca. ¡Es tu prima!

—Señor Lim, haga el favor de acompañarnos. No queremos molestar a esta gente.

Le hizo un gesto de cabeza a la señora y el señor del puesto que había al lado de la mesa. Habían dejado de cocinar y observaban la escena con rostros circunspectos. Sus miradas se cruzaron, pero no sonrieron.

—No se vaya sin pagar. O quizá su sobrina pueda encargarse de la cuenta.

—No he sido yo —dijo Jess. Su voz sonaba pequeña, como si fuera más joven—. No lo sabía, Ah Ku.

Pero las protestas sonaban vacías, incluso a sí misma. Si formaba parte de aquel complot, no había sido por voluntad propia. Aunque supiera quién estaba detrás.

De todos modos, Ah Ku no la escuchaba.

—Ya voy —le dijo a los agentes de policía, quienes se lo llevaron.

Y así fue cómo se marchó aquel hombre enclenque con una camiseta desgastada, entrecerrando los ojos bajo el sol. Jess no dejó de mirarlo hasta que lo metieron en el coche y se alejaron, pero él no echó la vista atrás.

—Eh —le dijo Sherng—, ¿cómo ha ido?

—¿Qué cojones has hecho? —le espetó Jess.

Sherng no reaccionó al exabrupto, y se limitó a preguntar:

—¿Dónde estabas?

«Será cabrón —pensó Jess—. Puto cabrón inútil...»

No había sabido qué hacer después de que la policía se llevara a Ah Ku. No había ningún lugar en su casa donde pudiera mantener con Sherng la conversación que tenía planeada. Debía ser un sitio privado, pero habría gritos.

Así que echó a andar, dejando atrás restaurantes, bazares y casas en las que, tras puertas de reja oxidadas, ancianos con camisetas imperio blancas veían dramas cantoneses. Acabó en una tranquila calle de edificios viejos que aún no habían convertido en cafeterías modernas ni hoteles *boutique*.

Se estaba refugiando del sol bajo unos soportales, entre una casa tienda con las persianas bajadas y un tugurio con puertas de taberna, como los bares de las películas del oeste, lleno de hombres jugando al mahjong. No le preocupaba demasiado que la oyeran. Estaban absortos en el juego y metían bastante ruido por su cuenta. Además, era improbable que su primera lengua fuera el inglés, y, en todo caso, su acento estadounidense convertiría sus palabras en algo impenetrable para ellos.

—Me dijiste que hablara con él, sale de su casa por primera vez en semanas y, de repente, lo detienen por posesión de drogas. ¿Te crees que soy imbécil?

—Espera, ¿qué ha pasado?

—Que se ha presentado la policía y se ha llevado a mi tío —contestó Jess, antes de tener que soportar la humillación de que la voz se le quebrara. Se apretó los ojos con la parte inferior de las palmas de la mano hasta que dejaron de picarle.

—¿Mientras hablabais? Qué locura. ¿Estás bien?

No sonaba convincente. Había algo poco entusiasta en su interpretación, como si Sherng no quisiera engañarla del todo.

Jess dejó escapar un largo suspiro.

—No tendría que haber confiado en ti, soy una idiota. ¿Este era tu plan desde el principio? ¿Llegar a mi tío a través de mí? ¿Por eso me hablaste aquel día en el templo?

—No, te... Jess, no había plan —dijo Sherng, y esta vez sí parecía sincero. Jess estuvo a punto de creerlo—. No supe que el médium era tu tío hasta...

Se interrumpió.

—Hasta que intenté matarte —dijo Jess—. Y decidiste utilizarme para resolver vuestra disputa de propiedad. Bueno, pues enhorabuena. Le has jodido la vida a mi tío. Ya no hay nadie que se interponga entre tu papaíto y el templo. La familia de mi tío no

te ha hecho nada. Mi prima puede perder la beca por algo que no tiene nada que ver con ella. ¡Pero obviamente que esas cosas te resbalan!

Jess oyó a Sherng tomar aire.

—Sé que estás molesta. Y sé que estamos hablando de tu tío. Pero ¿tan poco plausible te parece que sea un camello? Usó drogas contigo, ¿te acuerdas? Limpio limpio no está. El amigo tiene antecedentes.

Incluso a pesar de la ira, aquello la hizo detenerse. ¿Habría sido capaz Ah Ku de mentir sobre lo de las drogas? A fin de cuentas, Jess no sabía a qué se dedicaba, cómo ganaba dinero, qué líneas estaba dispuesto a cruzar y por qué.

Pero entonces recordó su rostro cuando se enteró de que habían detenido a su familia, la rabia y el miedo. Era el temor de quien ve los cimientos de su vida amenazados.

—No —respondió Jess con una certeza absoluta—. No ha sido él. Le han dicho que encontraron las drogas en su casa, y él no las habría dejado allí, no estando mi prima. Por eso te convenía que lo sacara de casa, ¿verdad? Para que pudieras organizar el montaje mientras estuviera fuera.

—Mira, esto no es cosa mía, ¿vale? —respondió Sherng—. Aunque hubiera querido meter a tu tío en problemas, no podría haber enviado directamente a la policía a detenerlo. ¿Te crees que soy el jefe de policía o qué?

—No creo que fuera cosa tuya —dijo Jess—. Creo que lo organizó tu padre. Le hablaste de mí y vio que podía aprovecharse de mí.

Sherng no intervino, así que Jess continuó:

—Pero ¿por qué? Ni que tu padre me necesitara para joder a mi tío. Se basta y se sobra él solito. No hacía falta que te complicaras tanto la vida, fingiendo que querías ayudar, ¡que te importaba! Es que hasta pospuse lo de hacer públicas las fotos del accidente de las obras porque pensé que realmente llegarías a aprovecharlas.

—Es que pienso aprovecharlas —se defendió Sherng—. Pero he estado liado, entre el Año Nuevo y...

Un pensamiento desagradable le vino a Jess a la cabeza.

—¿Qué pasó con Ah Tat cuando tu matón se lo llevó? No se lo encontrarán en algún desagüe para los monzones o algo por el estilo, ¿no?

—¿Cómo? ¡No! Mi equipo lo dejó marchar. —Sherng dejó escapar un suspiro de frustración—. Jess, olvídate de tus familiares de mierda. A tu abuela se la sudas y tu tío se lo ha permitido todo. Lo que te obligaron a hacer... Si conocieran a mi padre, habrían sabido que te estaban poniendo en un peligro de locos. No paras de decirme que soy su hijo, pero no sabes lo que eso significa. Soy su único hijo.

—No me importa lo que...

—Pues debería. Escúchame.

Hubo algo en su voz que la hizo callar, una urgencia que jamás le había oído hasta ese momento.

—Soy el único hijo de mi padre —repitió Sherng—. Todo por lo que ha trabajado depende de mí. No soy solo su hijo. Soy el futuro de su empresa. ¿Tú crees que le importa algo lo de Rexmondton Heights? Para él, es calderilla. Yo soy su mayor inversión.

»Mi padre no es lo que la gente cree. Está dispuesto a perdonar muchas cosas. No le interesan los problemas. Pero lo que intentasteis... Lo sacó de quicio. Ni te imaginas lo que habría ocurrido si yo no te hubiera defendido.

—Tienes razón. No quiero ni imaginarme la terrible venganza que llegó a planear después de que me delataras.

Por fin había llevado a Sherng al límite de su paciencia.

—Ahora mismo estás siendo un poco gilipollas.

—Ah, ¿la gilipollas soy yo? —replicó Jess—. Te has aprovechado de mi confianza para encerrar a mi tío, pero ¿la gilipollas soy yo? ¡De puta madre!

—Jess...

—Puede que mi tío sea un gánster y mi abuela una puta loca, pero tú eres un hombre adulto que no ha tenido cojones de plantarse ante su padre —dijo Jess en un susurro enervado para no llamar la atención de los hombres que jugaban al mahjong—.

Disfruta del resto de tu vida lamiéndole el culo a tu papaíto, Sherng. No te molestes en volver a llamarme. Y si tu padre vuelve a intentar algo contra mi familia, me presentaré en los periódicos y les diré que he abortado al hijo ilegítimo que tuve contigo. ¡Conque mejor que no se me acerque!

Le dio un golpe a la pantalla y colgó mientras Sherng seguía protestando. Se quedó mirando el teléfono un rato, respirando pesadamente. La tentaba la idea de lanzarlo a la cloaca.

Pero entonces Jess recordó que había pasado por una tienda de móviles mientras buscaba algún lugar desde donde hacer la llamada. Se compraría una SIM nueva antes de cortar la que ya tenía.

Sentía la adrenalina por el torrente sanguíneo mientras desandaba el camino hasta la tienda. La gente con la que se cruzaba se giraban para mirarla, antes de desviar rápidamente la vista.

No sabía lo que veían, pero no le importaba. No los conocía. Le resultaba extraño estar sola, pasar desapercibida. Sin ser la hija, nieta, sobrina o prima de nadie.

Era la primera vez que le gritaba así a alguien en su vida; nunca se había dejado llevar hasta tal extremo, hasta el punto de humillar a Sherng. Sharanya siempre la criticaba por su reticencia a expresar sus sentimientos:

—¿Qué tiene de malo ser una persona normal con sus emociones?

Pero Jess no quería pensar en Sharanya en aquel momento, así que reprimió el recuerdo. No necesitaba que nadie le dijera que recurría al humor para ocultar sus emociones y sabotear conversaciones serias. Lo hacía a conciencia. Tenía muchas y muy buenas razones para sentirse reprimida.

Para ella, no era nada nuevo mantener un nivel constante y bajo de ira. Pero sí era la primera vez que mostraba lo enfadada que estaba, que levantaba el pie del autocontrol el tiempo suficiente como para que la furia se escapara.

Le había sentado bien.

Por descontado, Jess sabía que ahora sí había metido la pata hasta el fondo. Sabía que Ng Chee Hin iría a por ella y que había

perdido al único aliado que tal vez habría podido marcar la diferencia.

Qué más daba.

—Que le jodan —dijo Jess en voz alta.

Estaba a un par de manzanas del lugar en el que recordaba haber visto la tienda de móviles cuando el escaparate de otro comercio le llamó la atención. KEDAI BARANGAN SEMBAHYANG, rezaba el letrero, seguido de una hilera de caracteres chinos y, finalmente, la traducción al inglés: TIENDA DE OBJETOS DE ORACIÓN.

Tras la ventana, se apiñaban unas cuantas estatuillas de Kuan Yin, con la mirada gacha. Tenían ambas manos levantadas y el dedo corazón tocando el pulgar.

Jess apretó las palmas contra el cristal.

Se imaginaba a su madre rezándole a Kuan Yin para que ayudara a Jess a salir de aquel aprieto. La diosa de la misericordia era muy popular en Penang. Era una diosa fácil de honrar, compasiva, poco dada a la venganza.

Pero Jess necesitaba a alguien con más carácter que Kuan Yin. Un dios menor, más perverso.

Mirando el cristal sin prestarle atención, recordó la espalda de Ah Ku mientras la policía se lo llevaba, el gesto de Kassim, el obrero, cuando había echado un vistazo a las fotos de los andamios derrumbados. Todo conducía al mismo lugar.

Puede que la Hermana de las Aguas Negras fuera terrorífica y malvada, pero, de momento, lo que más parecía interesarle era poderle la vida a Jess. La esfera de la maligna influencia de Ng Chee Hin era mucho más amplia.

Y era humano. Un criminal rico y poderoso, pero humano a fin de cuentas, lo que significaba que Jess tal vez tuviera una oportunidad, recursos y habilidades que él no se esperaría... Siempre que estuviera dispuesta a hacer lo que Ah Ku, el maestro Yap y su Ah Ma le habían dicho que debía hacer, y que no podría eludirlo. Aceptar su destino.

Se sacrificaría a sí misma. Comprendía lo suficiente a la Hermana de las Aguas Negras como para saber que la diosa no

exigiría menos que eso.

Pero ¿acaso tenía tanto que perder si se entregaba al servicio de la diosa? La vida que le quedaba tampoco valía demasiado la pena. Era probable que Sharanya la hubiera dejado. No había conseguido ninguno de los trabajos a los que se había postulado. Mientras estuviera ligada a sus padres —y el vínculo era para toda la vida— jamás sería capaz de hacer lo que quisiera, de perseguir sus pasiones, de amar abiertamente a las mujeres. ¿Acaso sería mucho peor entregarse al servicio de la Hermana de las Aguas Negras?

De todos modos, poco importaba. Jess tenía la responsabilidad de arreglar el desastre que había provocado. Y solo conocía a una persona que pudiera ayudarla a conseguirlo.

Un instante más tarde, entró en la tienda.

DIECINUEVE

Jess fue a la oficina al día siguiente, a pesar de ser domingo. Se pasó un puñado de horas revolviendo los armarios, pero no encontró nada.

El lunes, esperó a que la gerente acabara de cotillear con el contable antes de acercarse a su escritorio.

—Puan Salmah, ¿tenemos algún archivo sobre el proyecto de Rexmondton Heights? ¿Sabes cuál te digo? La promoción de Sejahtera Holdings en Air Itam.

—¡Qué bien se te da ya el bahasa! —exclamó la gerente.

El equipo de Kor Tiao trataba a Jess con una amabilidad tolerante, como si fuera la hija de uno de los trabajadores de la empresa y la hubiera llevado allí para ver de qué trabajaba su padre. Jess pensó que, de hecho, así era, aunque aquella condescendencia apenas estuviera justificada, teniendo en cuenta que en dos semanas de trabajo había renovado y actualizado la página web, una tarea que el chaval anterior no había sido capaz de llevar a cabo en los tres años que había estado en la empresa.

—Rexmondton Heights... Es donde estuvisteis tú y el señor Teoh el otro día, ¿verdad? ¿Qué archivos quieres?

—Quiero contactar con el promotor —dijo Jess—. Necesitamos la autorización de Sejahtera para utilizar las fotos que hice.

—Ah, pues llama a nuestro contacto —le respondió Puan Salmah—. Déjame que te busque la información. —Comenzó a escribir y a clicar por el ordenador—. Cuando fuiste aquel día a la promoción, ¿visteis algo?

Jess parpadeó.

—¿Eh? ¿Como qué?

Puan Salmah bajó la voz.

—Dicen que aquello está embrujado. Hace mucho tiempo, murió alguien por allí. La gente dice que hay muchos accidentes en las obras. Uno de los albañiles estuvo a punto de morir.

Jess estaba bastante convencida de que su expresión no la había delatado.

—Ostras. ¿Dónde lo has oído?

—Corren muchos rumores —contestó Puan Salmah—. ¿Tuviste alguna experiencia extraña?

—Qué va. —Le resultaba sorprendentemente fácil fingir que aquello la divertía. Era como interpretarse a sí misma, o a cómo era antes de que la Ah Ma empezara a hablarle—. Menos mal que no fuimos de noche, ¿no?

—Deberían avisar al *bomoh* para que purificara el lugar —añadió Puan Salmah—. Por muy bonito que sea, ¿quién va a querer vivir en una urbanización encantada? Toma.

Escribió un número en un pósit y se lo entregó a Jess.

—Se llama Cheah. Es un encanto. Llámala.

Había clientes en el piso piloto, así que Jess no pudo retirarse al baño para hacer la llamada como antes. Acabó en un rincón del aparcamiento, refugiada bajo la mínima sombra que ofrecía un arbolillo. Al menos había silencio, aunque el calor fuera sofocante.

Había estado jugando con la aplicación para modificarse la voz que había instalado en el móvil el día anterior para que no tuviera que perder el tiempo descubriendo cómo funcionaba. Marcó el número que Puan Salmah le había dado y esperó, entornando los ojos para protegerse del sol.

—¿Wei?

—¿Puedo hablar con la señorita Cheah, por favor?

—Sí, dígame.

No era la primera vez que oía esa voz. Su cerebro tardó unos instantes en proporcionarle la imagen: era la mujer del Tau, la que había limpiado en silencio el jaleo que había montado Jess. ¿Cómo la había llamado Sherng? Pooi Mun.

Sherng le había dicho que era la ayudante ejecutiva de su padre. Jess debería haberse esperado que se trataba de ella.

No podía alegrarse más por haber pagado la aplicación.

—Señorita Cheah, la llamo de Moral Uplifting Society, sobre la donación de Dato' Ng —dijo, esforzándose al máximo con su acento malayo.

No quería que Pooi Mun la relacionara con la chica que se había reunido con Sherng; levantaría demasiadas sospechas. Tampoco quería que pudieran rastrearla y llegar a Kor Tiao y su empresa. Su plan original había sido hacerse pasar por una representante de los obreros de Rexmondton Heights, pero corría un riesgo demasiado alto de que rechazaran la llamada. Un reportaje reciente sobre las actividades benéficas de Ng Chee Hin le había ofrecido una idea mejor.

—Mi jefe me ha pedido que les llame. Nos gustaría hablar sobre cómo invertir los fondos —continuó—. ¿Estaría Dato' Ng disponible para reunirse con nosotros esta semana?

—Su jefe es el señor Tai, ¿verdad?

¿Se mencionaba a algún señor Tai en el artículo? Jess no lo recordaba.

—Sí —se arriesgó a contestar.

Hubo una larga pausa. A Jess se le hizo un nudo en el estómago, y se secó el sudor del labio superior con la manga.

—Mmm —dijo Pooi Mun al fin—. Tiene que ser esta semana, ¿no?

De momento, no parecía haber reconocido la voz de Jess. La cosa prometía.

—Ya nos están llegando peticiones para los fondos —contestó Jess—. El señor Tai quiere cerrarlo rápido. Podría ser la semana que viene si...

Pero Pooi Mun había empezado a hablar.

—Para una reunión urgente, normalmente pedimos la compra de cinco unidades por un precio total de ciento cincuenta ringits. Pero al ser una entidad benéfica, puedo ofrecerles un descuento. Por tres unidades, puedo darles hora para una reunión con Dato' Ng el jueves a las 18.30, o el próximo miércoles a las 11.00. Tres unidades son solo noventa ringits.

—Pero... ¿cómo? ¿Unidades de qué?

—Ah, ¿el señor Tai no se lo ha explicado? —le preguntó Pooi

Mun—. De una bebida de clorofila, una unidad son quinientos mililitros. Es muy buena, saludable. El señor Tai afirma que le ha ayudado con el acné.

Jess se preguntó si no se habría dado un golpe en la cabeza y desmayado durante la conversación. Parecía estar faltándole información vital sobre el contexto.

—Lo siento, soy nueva, así que no tengo muy claro cómo funciona esto. ¿Me ha dicho que tenemos que comprar clorofila para ver a Dato' Ng?

—Para una reunión urgente —la corrigió Pooi Mun—. Si no les importa esperar, la cosa cambia. Si no quieren comprar la clorofila, el próximo hueco lo tiene... a finales de abril, veo que está bastante libre.

—¿A finales de abril? ¡Pero si faltan dos meses!

—Dato' Ng es una persona muy ocupada.

—¿Y cómo es que necesita vender clorofila para concertar reuniones? —preguntó Jess, perpleja—. ¿No es multimillonario?

—¿Desean verlo en abril o esta semana? —El tono de Pooi Mun era de una absoluta frialdad—. Depende de usted, señorita. Si quiere que sea esta semana, acepto efectivo o una transferencia de Maybank2u.

Claro. Eso tenía bastante más sentido. La ayudante ejecutiva de Ng Chee Hin se traía entre manos unos chanchullos propios. Pooi Mun era claramente más lista de lo que parecía.

—Pagaré —se apresuró a decir Jess—. El jueves por la tarde sería ideal.

—En cuanto me envíe la confirmación de pago por WhatsApp, reservo la cita con Dato' Ng —respondió Pooi Mun, antes de darle su número de WhatsApp—. Mi mesa está justo fuera del despacho de Dato' Ng. Puede recoger la clorofila tras la reunión.

La aplicación para cambiar la voz no iba a engañar a Pooi Mun en la vida real. Si se sentaba justo fuera del despacho de Ng Chee Hin, no parecía que Jess pudiera ser capaz de evitar un encuentro con ella, pero al menos podía evitar prolongarlo al no recoger una clorofila que ni siquiera quería.

—Uy, tendré que marcharme corriendo a una cita urgente

después de la reunión —se disculpó—. ¿Podría enviarme las unidades? Pagaré el envío, por supuesto.

Pooi Mun estaba dispuesta a ayudarla.

—Envíeme su dirección, no hay problema.

—Genial, gracias —respondió Jess—. Se lo agradezco. Estoy intentando comer más sano. Me ha dicho que es buena para la piel, ¿verdad?

—Uy, tiene muchos beneficios —le aseguró Pooi Mun—. Es antioxidante, te ayuda a perder peso, es anticancerígena. Muchos clientes vuelven y repiten el pedido. Cuando lo pruebe, y si quiere más, envíeme un WhatsApp. A los clientes que repiten les ofrezco descuentos.

—De lujo. Cualquier cosa, ya la avisaré.

El siguiente paso era utilizar lo que había comprado en la tienda de objetos de oración.

Jess no tenía claro por dónde empezar, así que buscó instrucciones. internet acabó siendo un recurso más que inútil. Las primeras páginas de resultados estaban llenas de sitios web de paganos occidentales, en los que ofrecían plantillas de oraciones totalmente inadecuadas. Dirigirse a su audiencia como «benditos ancestros» o empezar honrando al Sagrado Universo indicaba haber entendido muy poco a su público.

Esperó hasta que cayera la medianoche y todo el mundo estuviera dormido antes de instalarse en el baño que había junto a su habitación. Puso el incienso que había comprado en un vaso que había sisado de la cocina, colocó unas naranjas sobre un plato de plástico de IKEA y vertió té chino de un termo en una taza. Una tacita de té chino habría sido más apropiada, pero no sabía dónde las guardaba Kor Kor.

Se sintió como la única persona en vela del mundo cuando encendió una cerilla y la acercó al incienso. Cuando acabó, se sentó sobre los talones y observó cómo se elevaban columnas danzantes de humo hacia el techo.

No tenía ninguna foto de la Ah Ma. Tendría que conformarse con lo que había podido reunir.

Jess se cruzó de piernas y se acomodó en el suelo del lavabo. Cerró los ojos y se figuró la imagen de la Ah Ma. Una mujer translúcida bajo los rayos del sol, cambiando de edad, con la estructura ósea y el gesto de cabreo como únicos rasgos inalterables.

Jess se concentró en la imagen. Era como practicar yoga, tensar músculos que no sabía que tenía y tratar de no olvidarse de respirar.

La imagen mental de su Ah Ma fue cobrando más y más claridad, hasta que pudo percibir todo tipo de detalles que no había registrado conscientemente. La piel desconchada de los finos labios de su abuela, los pelillos de las cejas, la textura áspera de su pelo, el lunar de la barbilla...

La Ah Ma de su mente abrió la boca y dejó al descubierto unos dientes diminutos y amarillos. Con una voz que le temblaba de la rabia, escupió:

—¡Niñata malcriada!

Jess abrió los ojos y vio a su abuela, atravesada por la luz del fluorescente.

—Ah Ma —dijo Jess.

Lo primero que la Ah Ma hizo fue darle una patada la taza de té chino.

O, al menos, eso intentó. La taza se meció. Gruñó y volvió a preparar el pie, pero Jess cogió la taza.

—Era para ti, pero si no lo quieres, allá tú —rezongó, e hizo una pausa—. Espera, ¿por qué puedo verte?

Pero la Ah Ma estaba demasiado ocupada insultándola en hokkien como para responderle.

—Si me quieres ofrecer algo, ¡ponme coñac! —rugió.

—No tenemos coñac —respondió Jess—. Si quieres, la próxima vez puedo...

—Si me pones coñac, tampoco me lo voy a beber —le espetó la Ah Ma—. ¿Cómo voy a aceptar ninguna ofrenda tuya? Mira que traicionar a tu propia familia. Ya puedes rezarle al dios que quieras, ¡que no te va a escuchar!

—Ah Ma, necesito tu ayuda —dijo, pero su abuela no la estaba escuchando.

—Y yo que pensaba que eras una niña buena. Que te habías hecho amiga del hijo de Ng Chee Hin porque querías ayudar a tu familia. ¿Cómo iba a saber que, en el fondo, lo que querías era ayudarlos a ellos? Abusan de tu tío y ni te inmutas. Te han dado dinero, ¿verdad? ¿O los ha ayudado gratis porque te gusta el chaval?

—No me gustan los chicos —indicó Jess—. Ya lo sabes.

—¿Y no te da vergüenza? Tu tío detenido. ¿Tienes idea de cómo es la policía? Aunque no haya hecho nada, lo apalizarán hasta que les dé dinero. ¿Y qué dinero les va a dar tu tío? No vende drogas. Hace muchísimo que lo dejó. No le gustan esos negocios. Arreglando coches apenas gana dinero, y encima tiene una hija a punto de irse a la universidad. Pero no te importa ni Ah Ku ni Ah Yen. ¡Eres una egoísta como tu madre!

Jess mantuvo el rostro fijo en una expresión cordial, aunque estaba empezando a dolerle.

—¿Has visto a Ah Ku? —le preguntó—. ¿Cómo está?

—Está en la cárcel. ¿Crees que estará muy cómodo?

La Ah Ma intentó darle una patada con todas sus fuerzas al plato de fruta que Jess le había preparado. Dos naranjas salieron rodando y se colaron detrás del retrete.

—¿Están Ah Kim y Ah Yen allí también? —preguntó Jess—. La policía nos dijo que las habían llevado a comisaría.

—Ya han vuelto a casa —respondió la Ah Ma—. Querían quedarse con Ah Ku, pero él les dijo que se marcharan. Aunque se hubieran quedado plantadas frente a la celda, ¿de qué habría servido? Si la policía te descubre vendiendo drogas, ¡estás muerto, no hay más!

—Ya lo sé —dijo Jess. Era básicamente lo único que sabía sobre el derecho penal malasio. En todos los vuelos que había cogido hacia Malasia les habían recordado a los pasajeros que la pena por traficar con drogas era la muerte—. Por eso te he llamado. Quiero salvar a Ah Ku.

—¿Que quieres salvarlo? —repitió la Ah Ma con sorna—. Para

empezar, has sido tú la que lo ha metido en problemas.

—Ya lo sé —repitió Jess—. Me fie de Ng Wei Sherng. Ese fue mi error —añadió, levantando la voz; la Ah Ma no veía el momento de reprenderla por lo imbécil que había sido por confiar en él—. Esto ha sido cosa de Ng Chee Hin, y su hijo lo ha ayudado. Puedo encargarme de ellos y sacar a Ah Ku de la cárcel, pero necesito tu ayuda.

—Ah, ¿ahora sí quieres enfrentarte a Ng Chee Hin? —le espetó su Ah Ma con desprecio—. La última vez que te lo propuse no quisiste. ¿Y ahora me llamas para que me encargue de ese cabrón por ti?

—De hecho, iba a pedírselo a la Hermana de las Aguas Negras —respondió Jess—. Pero quería pedirte consejo antes. Tú eres la que la conoce mejor.

El nombre de la diosa le arañó la lengua al salir. Jess sintió una punzada de dolor en la nuca, donde la diosa le había dejado la marca.

Pero el malestar merecía la pena. Había sorprendido tanto a la Ah Ma que se había olvidado del enfado. El fantasma la miraba fijamente.

—¿Cómo?

—Voy a ofrecerle una vida —respondió Jess, e hizo una pausa para dejar que la sorpresa y la duda dieran color a la expresión de su abuela antes de continuar—: La mía. A cambio de su ayuda. Eso es lo que hiciste tú, ¿verdad? Prometiste servirla si te ayudaba a deshacerte del Ah Kong.

La Ah Ma replicó con dureza:

—Te lo ha contado Ah Ku, ¿verdad? No debería ir por ahí aireando la vida de los demás.

—¿Qué tuviste que hacer para que la diosa te ayudara? ¿Se lo pediste sin más?

La Ah Ma la miró de arriba abajo, como si Jess la hubiera sorprendido. Jess casi esperaba que volviera a atacarla, o que directamente se marchara sin responder.

Ante su sorpresa, la Ah Ma:

—Quieres matar a ese cabrón inútil, ¿verdad?

Jess desvió la mirada para evitar la de su abuela.

—No... Lo que quiero es asustarlo. Que deje a Ah Ku en paz.

Pero entonces la asoló el recuerdo de ella cerniéndose sobre Ah Tat con el cuchillo en la mano y la siniestra excitación que le recorría la sangre. Apenas le habría costado utilizar el cuchillo.

—¿Qué pasó con el Ah Kong?

La Ah Ma se acuclilló y acercó el rostro al de Jess. El pelo que le cubría las orejas volvía a ser oscuro, pero la cara no era ni la de una anciana ni la de una muchacha joven. Tenía la piel suave, pero se le adivinaban unos hombros redondeados, hundidos por las penurias. Podría haber tenido veinticinco o treinta y cinco años.

—Tu Ah Kong murió en un accidente —dijo la Ah Ma—. Iba con la moto y un coche le dio. Se murió en la misma carretera. Ni siquiera pudieron llevarlo al hospital. El conductor del coche salió ileso, y el coche apenas tenía daños.

Tenía una voz calmada y un gesto impasible.

—Tu Ah Kong se pasaba borracho la mitad del tiempo que estaba despierto. La gente que lo conocía sabía que tarde o temprano le ocurriría algo así. Eso es lo que decía todo el mundo.

Jess no tenía claro qué trataba de decirle su abuela.

—Entonces, ¿la diosa no tuvo nada que ver con aquello?

—Fue la diosa quien provocó el accidente —respondió la Ah Ma—. Tu Ah Kong tuvo mucha suerte. Por inútil que fuera, había esquivado los problemas toda la vida. De no haber sido por la diosa, habría vivido hasta una edad muy avanzada. Pero esta hermana mayor es muy lista. Consiguió no levantar sospechas. ¿Me crees o no?

Jess la miraba fijamente. Si la Ah Ma hubiera rezado por la muerte de su esposo, habría sido natural que una mujer sin estudios como ella hubiera recibido el accidente como el fruto de sus esfuerzos, el regalo de un dios vengativo.

El problema era que la diosa era real. Podía apoderarse del control de tu cuerpo, darte la fuerza necesaria para estrangular o apuñalar a un hombre. Jess lo había sentido.

Pero ¿acaso podría la diosa dirigir la mano del destino? ¿Mover un coche a toda velocidad para que se cruzara con un

hombre en una motocicleta?

Si Jess confiara en su propio raciocinio, en lo que ella aún controlaba, habría dicho que no.

Pero había una parte más profunda que escapaba a su control, un mar picado justo debajo de la conciencia, desde donde criaturas insospechadas emergían a veces en sus sueños. Y esa parte creía que sí, tal vez.

Era tentador reprimir aquella parte, fingir que no existía o no importaba, que era lo que había hecho toda la vida. Pero si debía enfrentarse a Ng Chee Hin, y vencer, aquella era la parte que se lo permitiría. La parte que habitaba la diosa.

—Bueno, da igual que lo creas o no —añadió la Ah Ma al tomar el silencio de Jess por incredulidad—. Ese es el poder de la diosa.

—¿Por qué no le pediste entonces que arrollara a Ng Wei Sherng con un camión? ¿Por qué me utilizaste a mí?

—Porque la diosa quería enviarle un mensaje a aquel cabrón sin tino —contestó la Ah Ma—. El caso del Ah Kong era diferente. No se tenía que saber. En este caso, quería que Ng Chee Hin comprendiera que había sido obra suya. Solo así dejaría de perturbar el altar. Pero ya no hay altar.

La Ah Ma se incorporó y se crujió la espalda como si le doliera, aunque, de hecho, no tuviera columna.

—Ah Ku había pensado trasladar el templo —dijo Jess—. Me comentó que al resto de las deidades no les importaría.

—Correcto. Yo también se lo propuse. A los demás dioses les vale cualquier sitio, mientras el fengshui sea bueno. La única que debía estar cerca del árbol era esta hermana mayor. Ahora ya no tenía sentido que el templo siga allí. No es más que una fuente de infortunio. Sin el altar, ¿qué es la diosa si no un fantasma hambriento?

Le dirigió a Jess una mirada intensa.

—Ve con cuidado. Habiendo destruido el altar, ¿crees que la diosa estará dispuesta a ayudarte? ¡Da gracias si no te maldice!

—Uy, sí que me ayudará —respondió Jess.

Había algo extraño en su voz. Era como si las palabras se

arrastraran sobre el aliento de otra persona. La Ah Ma giró la cabeza de repente y miró a Jess como si hubiera percibido algo nuevo sobre ella y se culpaba de no haberse dado cuenta antes.

—Te ha cambiado el aura —dijo con un tono acusador—. ¿Qué te ha pasado?

—Fui a consultar a un médium —contestó Jess—. El del templo del maestro Yap. ¿Lo conoces? Está en Balik Pulau.

Algo cambió en el rostro de la Ah Ma, pero desapareció antes de que Jess pudiera identificarlo. De todos modos, si hubiera tenido que suponerlo, habría dicho que se trataba de una cierta incomodidad.

—¿Balik Pulau? No he ido nunca. Demasiado lejos.

Estaba haciendo un esfuerzo para hablar con indiferencia, aunque sin éxito.

—Te llamé, para que lo sepas —dijo Jess sin dejar de mirarla—. Cuando estuve allí. ¿No me oíste?

No dejaba de resultarle interesante que fuera la Ah Ma quien tuviera que ponerse al día. Jess estaba disfrutando de la novedad.

—¿Adónde fuiste cuando destruí el altar? —le preguntó—. ¿Huías de la diosa?

La Ah Ma se hinchó.

—¿Para qué voy a huir? Yo no soy la que echó a perder el altar. ¡Si alguien debe huir eres tú! Pero tampoco serviría de nada. La diosa te atraparía.

La reprimenda parecía haberse llevado parte del malhumor de la Ah Ma. Con un tono algo menos tosco, continuó:

—Me fui a ver a tus primos. A los niños de Ah Ku, Ah Yen y los demás.

Jess parpadeó.

—Ah, ¿ya has encontrado otro médium?

Debería haber sentido alivio y, en cambio, no pudo evitar sentirse extrañamente desolada. No quería ser la médium de nadie, pero tampoco le sentaba bien saberse prescindible.

—Intenté hablar con ellos, pero no me oían —respondió la Ah Ma—. Incluso fui a Kuala Lumpur a hablar con Ah Ling, la mayor. Pero nada. Si pudiera ir al Reino Unido, la cosa cambiaría. El

muchacho, Ah Ping, es el más cercano a mí. Él también ve espíritus. Si pudiera hablar con él, me oiría. Pero ni siquiera ir a Kuala Lumpur fue tarea fácil. Me cansé mucho. Y estaba mareada, como si tuviera fiebre. Tuve que volver al columbario a descansar.

—¿Qué columbario?

—El sitio donde me enterraron. Me incineraron el cuerpo, pero dejaron allí las cenizas —respondió la Ah Ma, e hizo una pausa—. Te oí llamarme, pero ¿cómo iba a venir? Además, tampoco es que hubiera podido ayudarte. ¿Crees que puedo enfrentarme a Tai Seng Ia? Es uno de los dioses mayores. Si hubiera intentado luchar con él, ¡me habría dado una buena tunda!

La Ah Ma parecía sentirse culpable.

Jess no se había preparado para aquello. Nada de lo que la Ah Ma hubiera dicho o hecho le había indicado que le debiera nada a Jess.

—¿Para qué fuiste a ver a Tai Seng Ia? —le preguntó su abuela—. Yo ya te había dejado en paz. ¿Qué problema tenías?

A Jess no le pasó por alto la admisión tácita de la Ah Ma de que era un problema que bien merecía buscar ayuda divina.

—La diosa —dijo Jess—. Le tenía miedo. Pensé que Tai Seng Ia podría ayudarme, pero el médium me dijo que no había nada que hacer y que la diosa me había elegido su médium.

La Ah Ma asintió, como si Jess le hubiera confirmado algo que ya había deducido.

—Tiene sentido.

—¿Ah, sí? ¡Me cargué su altar!

—Cuando regresaba de Kuala Lumpur, pensé: «¿Cómo es que me siento tan mal?». Hablé contigo cuando estabas en los Estados Unidos y estaba bien. La Hermana Mayor me había enviado hacia ti, pero ¿por qué? Ni siquiera me ayudaste a proteger el templo.

»Pero luego lo comprendí. No te eligió para tu Ah Ma. Te eligió para sí misma. Quería que te llevara a ella.

La Ah Ma hizo una pausa. Parecía tener algo más que decir, pero era como si le costara articularlo.

—De haberlo sabido... —comenzó finalmente—. No te habría llevado al templo. Pero ya es demasiado tarde.

Jess cayó en la cuenta de que aquello era lo más cercano a una disculpa que recibiría de su abuela. Y tuvo una idea.

—¿Y si me marcho de Penang? —preguntó—. Has dicho que no podías alejarte demasiado del columbario. Tendría que quedarse cerca del árbol del templo, ¿no? Si me marcho lo suficientemente lejos, no será capaz de seguirme.

La mirada que su Ah Ma le ofreció fue aún más devastadora por la falta absoluta de malicia.

—Podrías haberlo intentando. Pero ahora ya es imposible. Has dejado que la diosa entre en ti. ¿Verdad?

Las manos del señor Sim alrededor de su garganta, movidas por la fuerza preternatural del Dios Mono. Ah Tat corriendo hacia ella con un cuchillo.

«No tuve otra opción —quiso decir Jess—. Si no lo hubiera hecho, me habrían matado.»

Pero no habría servido de nada. Era como cuando un crío exclamaba «¡no es justo!». La vida no era justa. Así funcionaban las cosas.

—¿Cómo lo has sabido? —le preguntó Jess, y entonces recordó lo que la Ah Ma le había dicho poco antes—. ¿Es por mi aura?

—Porque puedes verme —respondió—, y esta vez no he tenido que abrirte los ojos. Tienes a la diosa dentro.

Jess agachó la vista. De todas formas, tampoco se habría marchado de Penang para huir de la diosa, pero era más pensar en eso que regodearse en lo que la Ah Ma le acababa de decir. Necesitaba a la diosa.

—Puedes pedirle ayuda a la Hermana Mayor —prosiguió su abuela—. Pero ¿estás segura de que aceptarás lo que te ofrezca? Está hambrienta, no lo olvides. Asustar a aquel cabrón no le bastará.

Tenía una mirada distante.

—Tu Ah Ma le entregó el alma del Ah Kong, pero ni siquiera eso le bastó. Quería más. Pero matar no es fácil. Solo podrás hacerlo si estás enfadada con el hombre y puedes imaginarte su rostro al morir. Después de lo del Ah Kong, yo ya no quería.

Un recuerdo emergió a la superficie de la memoria de Jess.

—¿Y qué pasó con el chaval del látex?

El efecto de la pregunta fue sobrecogedor. La Ah Ma dio un respingo, como si hubiera pisado un cable con corriente. Se quedó paralizada unos instantes, gesticulando con la boca sin emitir sonido alguno, antes de escupir:

—¿Ah Ku te habló de él? ¿Y cómo lo sabe? ¿Quién se lo ha contado?

—Ah Ku no me contó nada. Fue mi madre. —Jess le echó un vistazo. Había envejecido, se le había encanecido el cabello y mostraba un aspecto cadavérico, y sus labios habían perdido todo color—. Esto... ¿Estás bien?

—¿Tu madre lo sabe?

—¿El qué?

—No te hagas la tonta —replicó la Ah Ma, sin saber que, en ese momento, Jess ignoraba realmente a qué se refería—. ¡Sabe lo de ese cabronazo inútil!

Jess no era capaz de comprender por qué la Ah Ma se había enervado tanto. Debería haber supuesto que Ah Chor podía contarle a su madre lo de la aventura fallida de su progenitora. Era evidente que la abuela de su madre había aprovechado a la Ah Ma como ejemplo de lo que no se debía hacer.

—Claro. ¿Cómo no iba a acordarse de mi madre de ese «cabronazo inútil»? Se acuerda de que te fuiste con él —dijo Jess.

Su cerebro procesó lo que se le estaba escapando antes de que su boca pudiera seguirle el ritmo.

«Cabronazo inútil.» Jess estaba hablando del chaval que recogía látex, del novio prestamista traidor que formaba parte del miserable pasado de su abuela. Pero la Ah Ma solo utilizaba aquel insulto con una persona.

Jess se quedó boquiabierta.

—El chico del látex era Ng Chee Hin —masculló—. ¡Ng Chee Hin era tu amante!

La Ah Ma estaba pasando por un proceso mental propio. Una sombra de entendimiento, seguida de arrepentimiento, le atravesó los ojos en una rápida sucesión. El rostro se le cerró en banda.

—¿De qué estás hablando?

Si la Ah Ma no hubiera ido avanzando por la vida a base de puras agresiones, tal vez habría aprendido tácticas más sutiles, pero no era así. Se le daba mejor intimidar que mentir.

—¿Ese es el origen de todo este jaleo? —preguntó Jess—. ¿Estás intentando vengarte de tu ex?

—Vuelves a equivocarte. ¿Tan sensible me crees? —respondió su abuela, abandonando ya la fase de negación—. Los hombres son así, pierden el interés muy rápido. Yo ya lo sabía. Cuando el cabrón dejó de quererme, no hice ruido. Me marché y me busqué un lugar donde vivir. No le pedí dinero ni siquiera cuando nació Ah Ku.

»La policía vino un día y me preguntó por el cabrón, ¿sabes? —añadió—. Me prometieron esto y lo otro. Cuando vieron que las promesas no funcionaban, comenzaron a amenazarme. Ni siquiera entonces abrí la boca. No puede acusarme de *simpan dendam*.

»Pero cuando intentó apoderarse de las tierras del templo, y dijo que la diosa debía irse a otra parte, no me gustó. En su momento había seguido a la diosa por él. Y luego va el cabronazo y se quiere deshacer del altar. ¡Habrased visto! No quiso casarse conmigo. No me dio ni un sen, ni siquiera cuando empezó a ganar muchísimo dinero. Después de eso, seguí respetándolo. Pero él no estaba dispuesto a devolverme ese respeto. Por eso tuve que quedarme, por eso no puedo seguir hacia la otra vida. Debe aprender la lección.

Jess apenas la estaba escuchando. La Ah Ma había dicho algo que no la dejaba tranquila. «No le pedí dinero ni siquiera cuando nació Ah Ku.»

Su abuela estaba embarazada de Ah Ku cuando su marido murió. Tenía la barriga hinchada cuando se fue con su amante. «Ni siquiera esperó a dar a luz», le había susurrado su madre, escandalizada.

«No puede ser», pensó Jess, incrédula. Pero no dudaba de la epifanía que se le acababa de presentar. Se le asentó en la mente como un dato más, como algo que siempre hubiera sabido.

Le resultaba increíble que no se le hubiera ocurrido cuando su

madre le estuvo hablando sobre la vida de la Ah Ma, aunque en aquella conversación tuvo mucho que procesar. Lo que no le resultaba para nada increíble era que su madre no hubiera apuntado aquella posibilidad. Su madre jamás habría aireado aquella sospecha, por mucho que se le hubiera ocurrido. Era una persona curiosamente corta de miras con algunas cuestiones. Y Jess lo sabía.

—¿Ah Ku sabe que Ng Chee Hin es su padre?

Ahora sabía a quién le había recordado Sherng la primera vez que lo vio en la cafetería, la razón de que le hubiera resultado tan familiar. Los ojos estrechos, la sonrisa cálida y burlona. Sherng se parecía a Ah Ku.

La Ah Ma se quedó de piedra.

Jess sabía que estaba valorando la posibilidad de negarlo, pero luego la miró. Casi podía oírla pensar: «¿Qué más da? Es Ah Min».

—No lo sabe nadie —respondió su Ah Ma. Ni siquiera trató de ocultar el tono amenazante cuando añadió—: Piensas ir por ahí contándolo, ¿no?

—¿Ng Chee Hin lo sabe?

La Ah Ma levantó la barbilla. Volvía a tener el pelo negro y un aspecto vulnerable, el de una muchacha desafiante, de la edad de Jess.

—Si no me quiere a mí, tampoco necesita a su hijo —contestó—. Si lo supiera, querría quedarse con Ah Ku. Pero la madre soy yo. Yo fui la que lo parió. Y punto. Si haces maldades, tendrás mala suerte. Ganar todo el dinero del mundo no tiene por qué hacerte feliz. ¡Fíjate en el cabrón! Con lo viejo que es y solo tiene un hijo, el indio ese.

Jess cayó en la cuenta de que aquella había sido la venganza de la Ah Ma contra su ex amante, una venganza tan pura y satisfactoria que ni siquiera el asesinato se le acercaba. Le había arrebatado un hijo. Probablemente pudieras hacerle cosas peores a un hombre como Ng Chee Hin, pero no mucho peores.

Por descontado, la Ah Ma también había estado planeando un asesinato.

—¿Por eso quisiste matar a su hijo? O sea, ¿a Ng Wei Sherng?
—preguntó Jess—. ¿Para que Ah Ku pudiera heredar?

Su abuela resopló.

—¡Qué va, *lah!* Nadie sabe que es su hijo. ¿Cómo va a heredar nada? —Pero la voz se le fue apagando. Parecía pensativa—. Hoy día pueden hacerse pruebas de ADN para saber quién es el padre, ¿verdad?

Jess se puso en pie. Las extremidades le protestaron después de haberlas obligado a mantener la misma postura durante la última hora. Llevaba tanto rato sentada en aquel caluroso lavabo que la camiseta se le había empapado de sudor. Estaba todo hecho un desastre, y necesitaría un pequeño milagro para deshacerse del incienso y la ceniza sin que nadie se diera cuenta.

Y, con todo, había merecido la pena. Todavía no tenía claro cómo la aprovecharía, pero la Ah Ma le había proporcionado una potente arma.

—El jueves he quedado con Ng Chee Hin —le informó—. ¿Quieres venir?

VEINTE

Jess no sabía cuál sería la indumentaria esperable de una persona que trabajara en la Moral Uplifting Society. Su experiencia con las instituciones religiosas chinas le sugería que un polo sería una apuesta segura, pero teniendo en cuenta que no disponía de ningún polo, decidió optar por un modelo formal. A fin de cuentas, estaba a punto de visitar al quinto hombre más rico de Malasia.

La mayoría de su fondo de armario estaba en un guardamuebles, pero tenía acceso a un único modelo formal que se había comprado para las entrevistas de trabajo: un vestido lápiz gris carbón y un *blazer* negro.

Cuando se vio tan arreglada en el espejo, casi parecía una desconocida. Una persona seria, capaz de dedicarse a un trabajo de verdad. Alguien cuya vida consistía en algo más que verse zarandeada por los caprichos de dioses y espíritus.

Hasta la Ah Ma opinaba que iba elegante.

—No está mal —dijo—. Pero ¿qué te has hecho en el pelo?

El drama había sido mayúsculo cuando Jess había vuelto a casa de una cita clandestina en la peluquería con un corte de pelo undercut y un peinado pompadour decolorado y teñido de rubio platino.

Su madre había reaccionado como si el mundo hubiera llegado a su fin. Difícilmente habría respondido peor si Jess le hubiera dicho que era lesbiana.

—¿Así cómo vas a encontrar trabajo? —había gimoteada—. ¿O casarte? No te van a querer ni los hombres ni los jefes. Pareces una... ¡una chica mala!

A diferencia de su madre, Kor Kor y el resto de la familia, a la Ah Ma no tenía por qué ocultarle la verdad.

—Ya te he dicho que la ayudante ejecutiva de Ng Chee Hin

me ha visto. Tengo que distraerla para no levantar sospechas.

Jess había estado buscando por internet información sobre el arte del disfraz. Había una serie de tutoriales en YouTube de un ex agente de la CIA que le habían resultado especialmente útiles.

Pooi Mun había conocido a Jess como una muchacha lastimera con el pelo negro a la altura de los hombros. No se esperaba ver a Jess como la joven empoderada del cabello rubio corto que ahora veía en el espejo.

Y sí, el pelo no acababa de encajar con el trasfondo que se había inventado, y mucho menos con la etiqueta corporativa. Pero llamaba la atención, y eso significaba que, con suerte, Pooi Mun dedicaría menos esfuerzos a reconocer a Jess.

La Ah Ma no las tenía todas consigo.

—¿Y no podrías haberte comprado una peluca?

—Tenía que ser convincente.

Y decía la verdad. Pero la otra razón era que adoraba en secreto, y sin ni un ápice de ironía, su cabello nuevo. Se sentía valiente, provocadora. Se sentía sexy.

«A Sharanya se le va a ir la olla cuando me vea», pensó el cerebro traicionero de Jess.

Su mente se cerró en torno a la idea y la enterró. No podía permitirse regodearse en el pasado. Debía concentrarse en el plan. Se arregló la cara con la mente escrupulosamente en blanco. Pooi Mun la había visto con muy poco maquillaje, así que había optado por un aspecto más cargado que el que solía llevar a la oficina. Acto seguido, se puso unas grandes gafas de pasta en la nariz.

El toque final fue una navaja semiautomática. Se la guardó en el *blazer*, por si acaso.

—Bien —dijo la Ah Ma, quien la había ayudado a conseguir el cuchillo.

Sejahtera Holdings tenía la sede en un imponente edificio de oficinas de vidrio y acero, más parecido a lo que encontrarías en Nueva York o Hong Kong que en un lugar como Penang.

Hasta la Ah Ma se sorprendió. No despegó los labios mientras cruzaban los prístinos suelos del vestíbulo, donde flotaba el silencio enrarecido que se reservaba a los espacios sagrados o

extremadamente opulentos. De la pared colgaba un mural gigantesco en el que habían representado los oficios tradicionales de George Town: tejedores de ratán, talladores de carteles publicitarios, encuadernadores y fabricantes de efigies de papel de los dioses.

Jess desvió la mirada de aquel último oficio. Era ridículo ver malos augurios por doquier cuando la acompañaba un fantasma. El mural debía de haber sido idea de Sherng.

—Qué horror —exclamó la Ah Ma, contemplando el mural con un gesto de desaprobación—. ¿Por qué no lo han pintado de blanco?

Jess sintió un acceso de sincero afecto por ella. Si hubiera tenido manos materiales, tal vez se las habría apretado.

Eran las seis de la tarde y un río de trabajadores discurrían por las puertas de seguridad. Mostraban la expresión neutra y absorta de los que ya han viajado mentalmente en el tiempo y se figuran descansando en casa delante del televisor. Aun así, el pelo de Jess aún atrajo algunas miradas de reojo mientras avanzaba hacia el mostrador de recepción.

—He venido a ver a Dato' Ng —dijo con una sonrisa, y luego se arrepintió. ¿Era demasiado americano sonreírle a la recepcionista, algo así como preguntarle «¿cómo estás?» sin esperar que te responda?

La recepcionista le dirigió una mirada incómoda, pero tenía los ojos fijos en el pelo; su plan funcionaba. Cuanto más le observaran el cabello, menos se centrarían en su rostro.

—¿De qué empresa viene, señorita...?

—Señorita Khoo —respondió Jess, escogiendo un apellido cualquiera—. Vengo de la Moral Uplifting Society. Tenía hora para reunirme con Dato' Ng a las seis y media.

Su inquietud se acrecentó cuando la recepcionista comenzó a teclear y frunció ligeramente el ceño. ¿La habría delatado su falso acento malayo? ¿Y si la había reconocido de alguna forma? Tal vez Sherng hubiera distribuido su foto a todos los trabajadores del conglomerado de su padre y en ese mismo instante la recepcionista estuviera avisando a seguridad para que la echaran a patadas.

Eso con suerte. El equipo de seguridad que debía de tener contratado Ng Chee Hin difícilmente se conformaría con echar a la gente de los lugares. Si la experiencia de Jess servía de algo, también se les daba bastante bien propinar palizas.

—Su permiso —dijo la recepcionista, abriéndose paso entre la espiral histérica de Jess—. El despacho de Dato' Ng está en la trigésimo octava planta. Tiene el ascensor allí mismo.

Se lo señaló con el dedo. Cuando Jess atravesó las puertas de seguridad, comprendió por que la recepcionista había tenido que indicárselo. Solo uno de los muchos ascensores llegaba hasta la planta treinta y ocho.

La mitad de una de las paredes del interior del ascensor estaba cubierta con un vidrio reflectante en el que solo se reflejaba Jess. La Ah Ma, de pie junto a ella, era invisible. No mediaron palabra.

Gotas de sudor se formaron en el labio superior de Jess, a pesar del aire acondicionado. Bajo la fría luz, su ridículo cabello y gafas desproporcionadas se le antojaron tremendamente inadecuados como disfraz. El estómago se le cerró por el miedo.

Para reunir el coraje necesario, pensó en Ah Ku, en el día que lo dejó en casa tras destruir el altar de la diosa. La extraña amabilidad con que le había apretado el dinero en la mano, la sensación de aquellos desgastados billetes turquesa entre las puntas de los dedos. Debía liberarlo.

En la trigésimo octava planta había otro mostrador de recepción con estanterías a ambos lados, en las que se exponían bellísimos objetos con aspecto de costar un riñón: jarrones de porcelana, tallas de madera, artículos de plata adornados.

Detrás del mostrador había una pared de vidrio con vistas a Penang. Tejados rojos y naranjas apiñados se entrelazaban con la vegetación, una estampa salpicada por los rascacielos que se alzaban entre edificios blancos bajos. En la distancia, se veían las cimas brumosas de las montañas y un resplandeciente mar gris.

Las vistas provocaron que algo le oprimiera el pecho; tal vez fuera pena, o amor. «Si Sharanya pudiera ver esto...», pensó de improviso. Pero luego la Ah Ma dijo:

—Se pasa el día sentada delante de la ventana, menudo calor pasará. No sientas más que *kesian* por esa muchacha.

La mujer del mostrador no parecía incómoda. Igual que en los dos encuentros previos con ella, Pooi Mun daba la impresión de no haber sudado en la vida.

¿Cómo era el dicho? «Señor, dame la confianza de un hombre blanco mediocre.»

—¿Cómo? —le susurró la Ah Ma, la única autoridad espiritual que la estaba escuchando.

Jess ya había echado a andar con una sonrisa dibujada en los labios; la sonrisa de quien no ve el momento de recoger su clorofila líquida con descuento.

—Buenas tardes. Tengo una cita con Dato' Ng —dijo—. Soy la señorita Khoo, de la Moral Uplifting Society.

Las palmas le sudaban cuando Pooi Mun levantó la cabeza del ordenador. ¿Se habría percatado de que la voz de Jess era distinta a la que había oído por el teléfono? «Debía de haber algún problema con la línea», se imaginó que le decía.

Pero incluso antes de acabar de alzar la vista, los ojos de Pooi Mun se clavaron en el cabello de Jess. Parpadeó rápidamente, como si alguien le hubiera lanzado arena a los ojos, pero poco después la imperturbabilidad profesional volvió a posarse sobre su rostro.

—La Moral Uplifting Society... —repitió, girándose de nuevo hacia el ordenador—. Sí, a las seis treinta. Pensábamos que vendría el señor Tai.

—No le ha sido posible, pero me ha pedido que lo represente.

En los vídeos de YouTube recomendaban que distrajeras al interlocutor, que centraras su atención en algo que no fueras tú. Jess repasó a la mujer de arriba abajo, buscando algo que pudiera comentar.

Sin embargo, Pooi Mun era una persona totalmente anodina. El traje que llevaba era tan aburrido que los ojos de Jess lo pasaron por alto. Hasta el pelo llevaba recogido con una cinta negra sencilla.

—Me encanta el reloj —mencionó Jess, desesperada.

Pooi Mun agachó la vista hacia el reloj con una sutil sorpresa. Era un reloj analógico con una correa negra, despojado de cualquier adorno.

—¿Qué? ¿Este reloj?

—Es muy minimalista —siguió Jess—. Muy Muji. ¿Dónde lo ha comprado, si puedo preguntar?

Pooi Mun no estaba dispuesta a que la distrajeran.

—No lo recuerdo —respondió—. ¿El señor Tai no ha podido venir? Fueron ustedes los que escogieron la hora. Usted es la chica que me llamó el otro día, ¿me equivoco?

—Sí —contestó Jess, conteniendo los nervios—. Voy a empezar a encargarme de los fondos médicos, así que administraré la generosa donación de Dato' Ng.

Pero Pooi Mun la estaba mirando, mirándola de verdad, con intención, viendo más allá del undercut, el pelo rubio, el elegante vestido gris y las gafas. Sus miradas se cruzaron y Jess supo al instante que estaba jodida.

—Eh, te vi el otro día —apuntó Pooi Mun, entornando los ojos—. Eres la chica del restaurante de *tauhu*. La amiga del señor Ng...

Jess se apoyó sobre el mostrador y, con un tono mordaz, dijo:

—El otro día te pagué los noventa ringits. ¿Sabe Dato' Ng lo que te traes entre manos? ¿Cuánto dinero te has metido en el bolsillo vendiendo reuniones con él?

La ayudante se enderezó. Tenía los ojos como platos, pero Jess no podía permitirse dejarlo ahí. Pooi Mun debía de tener unos nervios de acero para gestionar aquel tinglado. Era imposible que Jess estuviera siquiera en la lista de las cincuenta personas más intimidantes que querían reunirse urgentemente con Ng Chee Hin, y, por lo visto, Pooi Mun se los había quitado a todos de encima.

«Ah Ma —pensó Jess—, ¿puedes intentar tirar algo de las estanterías?»

El objeto que Pooi Mun tenía más cerca era un bote de porcelana amarilla tapado con profusos grabados de flores rosas y rojas.

«¿Ese cuenco, por ejemplo?»

—¿El *kamcheng*, dices? —preguntó la Ah Ma—. Ese cuenco grandote se llama *kamcheng*. Los ricos los usan en las bodas...

«Que sí, vale, me da igual cómo se llame. ¡Tíralo!»

La Ah Ma ya se había acercado a las estanterías. Le dio un golpe al cuenco de porcelana y este se meció. Renegó, acercó de nuevo las manos y tiró de él, gruñendo por el esfuerzo.

—Yo, si fuera tú, iría con cuidado —amenazó Jess a Pooi Mun mientras el *kamcheng* se inclinaba.

Lo único que se hizo añicos contra el suelo fue la tapa, pero no hizo falta nada más. Pooi Mun dio media vuelta y un gesto de verdadero pavor se le dibujó en el rostro.

Jess se giró y enfíló el pasillo. Veía el despacho de Ng Chee Hin. De hecho, vea al mismísimo Ng Chee Hin en persona, puesto que la puerta del despacho era de cristal.

Estaba sentado solo tras un gran escritorio, envuelto de espacio y quietud. Era una variación relativamente atractiva del anciano chino medio, y llevaba una camisa azul. Parecía mayor que en las fotos que Jess había visto por internet, aunque, claro, apenas era algo más joven que la Ah Ma. Cuando Sherng nació, debía de rondar la edad de los padres de Jess.

Estaba encorvado, observando la pantalla del ordenador con unas gafas de carey sorprendentemente modernas. No parecía haber oído nada, pero levantó la vista cuando Jess se aproximó.

Algo debió de delatar que no se trataba de una simple peona que hubiera acudido a preguntarle qué quería que apareciera en la placa de la donación. Ng Chee Hin se sobresaltó con una expresión suspicaz en el rostro.

Jess pensó: «Probablemente tenga un arma en el escritorio».

Pero ya estaba empujando con las manos la puerta de cristal, decidida a seguir adelante. La Ah Ma la seguía, dejando tras de sí una fría corriente de aire.

—Buenas tardes, señor Ng —saludó Jess.

—¿Y usted quién es? —preguntó Ng Chee Hin—. ¿Qué quiere?

Jess lo miró a los ojos.

—Me llamo Jessamyn Teoh. Soy amiga de su hijo. Sherng me

comentó que le había hablado sobre mí.

Ng Chee Hin ya estaba llevando la mano bajo el escritorio.

—Va a dispararte —le susurró la Ah Ma.

—Vengo en nombre de mi abuela, Oon Bian Nio —se apresuró a decir Jess.

Oyó los pasos de Pooi Mun a sus espaldas. Seguramente ya había avisado a seguridad.

Jess aceleró el ritmo.

—Os conocíais hace mucho tiempo. Quiere hablar con usted.

Ng Chee Hin volvió a posar las manos sobre la mesa.

—Oon Bian Nio falleció el año pasado.

—Sí, pero está aquí —respondió Jess.

Se volvió hacia su abuela y habló, deliberadamente en voz alta, en hokkien.

—¿Cómo quieres que se lo demuestre?

La Ah Ma se había crecido con el éxito del *kamcheng*. Se acercó al escritorio de Ng Chee Hin y se lanzó sobre la taza de té que había encima. La tumbó y empapó el teclado.

Fantástico. Ya estaban contrariándolo y Jess ni siquiera había dicho nada.

—Vale, gracias, Ah Ma. Creo que ya es suficiente.

—No lo he vertido sobre la pantalla del ordenador —se arrepintió su abuela—. Solo le he fastidiado el teclado.

La puerta se abrió a sus espaldas.

—Dato' —resolló Pooi Mun—. ¡Discúlpeme, Dato'! Me ha engañado y...

—Solo queremos hablar —anunció Jess, extendiendo las manos en el gesto universal para indicar que no llevaba ningún arma—. Es sobre el accidente en la promoción de Rexmondton Heights. Y... —Tragó saliva, pero aquella era su única opción. Si quería que funcionase, debía jugar todas sus cartas—. Sobre la diosa que llaman Hermana de las Aguas Negras.

—Ya he avisado a los guardias —dijo Pooi Mun.

—Diles que no hace falta que vengan. —Ng Chee Hin no había dejado de mirar a Jess—. ¿Tiene algo que decirme sobre el templo de la zona?

Jess asintió.

—Vale. Hablemos —concluyó Ng Chee Hin—. Tome asiento, señorita Teoh.

VEINTIUNO

Jess se sentó en un sofá de piel negra cuando Pooi Mun se marchó de la estancia. No podría decirse que diera un portazo, pero cerró la puerta con un chasquido incisivo.

—Los dos tenemos la solución al problema del otro —empezó Jess—. Su problema es que tiene a una diosa jodiéndole la promoción. Mi problema es que habéis metido a mi tío en la cárcel.

Casi esperaba que Ng Chee Hin lo negara. En cambio, se cruzó de brazos y contestó:

—¿Quién os pidió que atacarais a mi hijo?

Tenía el tono de un profesor decepcionado, aunque su acento le recordara vagamente al de Jackie Chan. El efecto general te desarmaba. Jess sentía la necesidad de que le cayera bien, de reírse de sus bromas, de confiar en él, a pesar de ser consciente de que aquel tipo no se lo pensaría dos veces si tuviera que matarla por colmarle la paciencia.

Al menos se había preparado la respuesta a esa pregunta.

—Mi abuela —contestó—. Se lo puede explicar ella misma en un momento. La diosa la obligó. La Hermana de las Aguas Negras, quiero decir.

—Ya lo sé —respondió Ng Chee Hin con sequedad.

Jess tuvo la impresión de que le había gustado tan poco oír el nombre de la diosa como a Ah Ku o a su Ah Ma. Él resopló.

—Mira que se parece a su abuela, ¿eh? Siempre hablando de fantasmas y espíritus. Pensaba que una graduada de Harvard no creería en esas cosas.

—Me sorprende que esté familiarizado con mi educación, señor Ng —replicó Jess.

Ng Chee Hin arqueó una ceja.

—¿No le ha dicho mi hijo que tengo muy buena memoria?

Sobre todo para las personas que le causan problemas a mi familia.

Hablaba con pragmatismo. No era un tono amenazante, porque sabía que no lo necesitaba. Un poder como él era casi una ley natural, como la gravedad. No tenía por qué pavonearse ni amenazar. O le dejabas vía libre o te machacaba.

—Ah, sí, se lo conté a Sherng —respondió Jess. Una vida entera engañando a su familia de todas las formas posibles la habían entrenado para momentos así. Sonaba alegre y útil, en absoluto aterrorizada—. Probablemente no haya tenido oportunidad de decírselo, pero le salvé la vida. La diosa lo quería muerto, me poseyó e intentó obligarme a estrangularlo, pero la detuve.

Había maquillado ligeramente los hechos, pero quería que Ng Chee Hin prestara atención a la Ah Ma cuando le llegara el turno de hablar. Tenía la sensación de que si le confesaba que había sido la Ah Ma la que había tratado de estrangular a su hijo tal vez lo hiciera estar algo menos receptivo.

Y, por cierto, ¿adónde se había ido la Ah Ma? Jess echó un vistazo alrededor y vio que había deambulado hacia el otro extremo del despacho, como si no pudiera soportar estar tan cerca de Ng Chee Hin. Estaba fingiendo que examinaba las obras de arte de la pared. Se trataba de unas arriesgadas pinturas cubistas de altas mujeres con sarongs alegres y de colores vívidos; no parecían ser del estilo de Ng Chee Hin. De nuevo, se veía la mano de Sherng.

—Si esta diosa quiere matar a mi hijo, ¿por qué intentó obligarle a usted a hacerlo? Oí que, en el accidente de las obras, el albañil estaba poseído. Por lo visto, el espíritu lo obligó a meterse debajo de los andamios. ¿No se supone que es una diosa? Los dioses no necesitan secuaces.

—No, tiene razón —coincidió Jess, y cayó en la cuenta de que conocía la respuesta, como si la mismísima Hermana de las Aguas Negras se la hubiera comunicado—. Pero si hubiera poseído a Sherng, él no habría sabido qué estaba ocurriendo. Quería que lo comprendiera. Quería que le tuviera miedo.

Ng Chee Hin torció el gesto al oír aquello.

—¿Qué problema tiene la diosa con mi hijo?

—¿Por qué quiere usted ver a mi tío muerto? —replicó Jess.

—Por eso querías hablar conmigo, ¿verdad?

Se quitó las gafas. Casi podía verlo decidiéndose a complacerla. Jess comprendió que su razón para estar allí era una que él podía entender y respetar. Se la estaba tomando más en serio que si se hubiera presentado simplemente para defender a los albañiles y reprenderlo por sus acciones para mejorar las condiciones laborales de la promoción.

A la postre, tal vez él y Jess no fueran tan distintos. Ella no habría tenido el coraje de enfrentarse a Ng Chee Hin, sabiendo lo que era bajo el lustre y la respetabilidad que le otorgaba su riqueza, de no haber sido por el vínculo con una persona con la que compartía historia, deudas y traiciones de sangre mutuas. Para ella, igual que para Ng Chee Hin, los vínculos familiares eran incontrovertibles.

—No tengo ningún problema con Barry Lim —continuó—. Hay algo que debe entender. Soy un empresario. Cuando decido algo, no es porque una persona me guste más o menos. Mi prioridad es lo que más convenga a la empresa. Debo pensar en mis socios comerciales y mi equipo.

»Volviendo a Barry Lim, si no incordiará, yo lo dejaría en paz. El problema es que no es una persona razonable. Estoy dispuesto a negociar, a pesar de que por ley no haya nada que negociar. Los terrenos de Air Itam pertenecen, legalmente, a la empresa. El templo no tiene derecho a estar donde está. Pero estamos dispuestos a hablar. Su tío ha sido el más tozudo en todo este asunto.

—Y solo por ser tozudo ha decidido arruinarle la vida —le espetó Jess.

Ng Chee Hin la miró, perplejo.

—También intentó atacar a mi hijo.

—Ya le he dicho que fue idea de la diosa. Mi tío es médium. Hace lo que el espíritu le ordena. De todas formas, ¿qué pasa con su mujer e hijos? No tienen culpa de nada.

—Si la mujer y los hijos sufren, es responsabilidad del hombre

—contestó Ng Chee Hin—. Su tío debería haber pensado en su familia. También le explicamos que esta promoción era muy importante. El gobierno también está involucrado. Y beneficiará a la gente que necesita un lugar donde vivir. Si no llega a buen puerto, no solo perderán dinero mis socios y la empresa, sino que haremos el ridículo.

La Ah Ma se había hartado de fingir que no estaba escuchando y había vuelto junto a Jess.

—¡Será cabrón! Que diga lo que quiera. Escogió aquel lugar a propósito, solo por ofenderme. Sabía que era mi templo. ¡Pregúntale y verás!

Jess no tenía demasiadas ganas de preguntárselo, pero necesitaba a la Ah Ma de buen humor.

—Entonces, esto era una simple cuestión de negocios —empezó a decir, a regañadientes—. ¿No tuvo nada que ver con el hecho de que mi abuela fuera la médium del templo?

Ng Chee Hin estaba desconcertado.

—No sé lo que le contó su abuela antes de morir, pero cuando compré aquellas tierras ya hacía muchísimo tiempo que no nos veíamos. Penang es una isla, no hay demasiados terrenos. Aquella parcela está en una buena ubicación. Antes o después, acabarán edificando. Si no es mi empresa, será otra.

Y, con tono firme, añadió:

—De hecho, lo ralenticé, como muestra de respeto. Dejé que su tío me denunciara, no aceleré el proceso. Hasta que su abuela murió; ahí ya consideré que había esperado suficiente. Pero advertí a su tío. Tenía la oportunidad de despejar la zona y trasladar el templo. Pero se negó. Por eso tuve que ser más drástico. No era mi intención. ¿Cree que me gusta recurrir a ese tipo de prácticas? Si puedo evitarlo, no lo hago.

Jess lo creía. Igual que Sherng, Ng Chee Hin exudaba credibilidad. Transmitía una sensación de autenticidad que, en un hombre de su edad y distinción, solo podía interpretarse como integridad. En ese momento comprendió cómo había sido capaz de salir de las plantaciones de látex y entrar en los rascacielos, por qué a los políticos y líderes de la sociedad civil les complacía

hacerse fotos con él. Por un momento, incluso pudo entender cómo alguien como la Ah Ma, a quien no le importaba una mierda nada ni nadie, podía seguir colgada de aquel tipo, una vida después de que rompieran.

La Ah Ma había perdido los estribos y había empezado a distorsionarse, como la imagen de una videollamada cuando la conexión se corta. No dejaba de enfocarse y desenfocarse, alternando entre la anciana y la joven.

—¡Mentiroso! No quieres más que engañar a la gente —le gritó a Ng Chee Hin, como si pudiera oírla—. Avisaste a la policía para que detuvieran a mi hijo. Le metiste droga en casa. Lo encerraste en la cárcel. ¿Y ahora pretendes que nos creamos que eres un santo? Esperaste a que me muriera para acosar a mi hijo, ¿eso es ser una buena persona?

«¡Ah Ma! —pensó Jess—. ¡Piensa en Ah Ku!»

—Ya pienso en Ah Ku. Estoy riñendo a este cabrón por Ah Ku. Si no pensara en Ah Ku, ¿crees que habría llegado a entrar en este edificio?

La Ah Ma escupió a Ng Chee Hin, pero, por suerte para él, no parecía que los fantasmas generaran saliva. Él no parecía haberse dado cuenta.

«Si quieres ayudar a Ah Ku, déjame hablar con él», le dijo Jess.

Y se dirigió a Ng Chee Hin:

—Quiero sacar a mi tío de la cárcel. Usted quiere que la promoción siga adelante y le genere dinero. No va a poder completarse ni tendrá éxito a menos que solucionemos lo de la diosa. Mi tío no es su problema. El problema es ella.

Ng Chee Hin la miró fijamente.

—De verdad cree en ella.

Jess tomó aire. Dijera lo que dijera en aquel momento, la diosa lo oiría.

No tenía sentido que se contuviera. Se había comprometido mucho antes incluso de que hubiera llegado a concebirlo.

—Es difícil no creer cuando la diosa me ha elegido su médium.

Ng Chee Hin se había quedado muy quieto. Jess no era capaz de interpretar su expresión.

—No sabe qué pensar —le dijo la Ah Ma.

—¿Qué sabe usted sobre la Hermana de las Aguas Negras? —preguntó Jess en voz alta.

A Ng Chee Hin le tembló la mano al tratar de hacer un movimiento fallido, como si hubiera querido levantarla para mandarla callar.

—Sé lo suficiente.

—Pues entonces sabrá que no desaparecerá sin más —prosiguió Jess—. Los trabajadores están descontentos. Tienen aliados... y pruebas. El accidente, los problemas de seguridad y el encubrimiento... Al final todo saldrá a la luz, antes o después. Ya corren algunos rumores. Incluso aunque las autoridades decidan mantenerse al margen, y por mucho que le importe su reputación, sabe cómo son los malasios. ¿Cree que la gente comprará pisos embrujados? A Penang no le falta tanta tierra como cree.

—Tiene una solución, me ha dicho —respondió Ng Chee Hin.

—Deje a mi tío en paz y me encargaré de que la diosa deje de darle problemas. De lo contrario... —Jess se encogió de hombros—. He oído que hay mucho dinero metido en la promoción. Ya puede prepararse para perderlo.

Ng Chee Hin le sostuvo la mirada durante un largo rato. Luego la desvió, y Jess supo que lo había perdido.

—Señorita Teoh, como le he dicho, soy un empresario. Solo me interesan los hechos. Estas historias de abuelos no me interesan. Si eso es todo lo que puede ofrecerme, mi respuesta es no. —Ng Chee Hin se puso en pie—. Ahora, si me disculpa, me queda mucho trabajo por terminar hoy.

—Te lo he dicho —le espetó la Ah Ma—. ¿Tú crees que le preocupan los bangladesíes? Deberías haber empezado con lo de Ah Ku.

—¡Que sí, gracias, Ah Ma!

—¿Disculpe? —dijo Ng Chee Hin.

—Si lo que quiere son hechos, hay algo más que debería saber, Dato' Ng.

Hizo una pausa. Solo tenía una oportunidad.

—Creo que lo que le hizo a mi tío no fue personal —dijo, escogiendo cuidadosamente sus palabras—. Entiendo que pensaba que era la decisión correcta. Pero para tomar decisiones correctas, necesita disponer de la información correcta. Y le falta un dato vital.

Ng Chee Hin empezaba a impacientarse.

—¿De qué está hablando?

—Cuando mi abuela se fue a vivir con usted, después de que mi abuela muriera, estaba embarazada. ¿Me equivoco?

Aquello debió de parecerle un sinsentido. Ng Chee Hin parecía inquieto.

—¿A su madre no le da vergüenza contarle esas cosas?

Jess esperó.

—Su abuela no fue honesta conmigo —continuó Ng Chee Hin—. Quería que nos casáramos, pero ni siquiera me contó que estaba embarazada del hijo del otro hombre. Lo descubrí más tarde.

—Y por eso la abandonó —dijo Jess—. ¿No le pareció que tal vez tendría una vida dura criando a dos hijos por su cuenta?

Ng Chee Hin se encogió de hombros.

—Tu abuela era una mujer dura. Supe que se las apañaría.

Tenía una nota reticente de admiración en la voz, incluso de cariño. Jess vio que, en cierto modo, la Ah Ma era tan real y estaba tan presente para él como Jess, a pesar de que no pudiera verla y ni siquiera creyera que estuviera allí.

No dejaba de inquietarla pensar en su abuela y el hombre que, en más de un sentido, podría haber sido su abuelo, pero quizá hubieran sido el amor de la vida del otro. Quizá eso era lo que significaba el amor verdadero: la amargura que perduraba en la lengua cuando todo lo demás había desaparecido.

El homenaje de Ng Chee Hin solo consiguió enfadar aún más a la Ah Ma.

—Ah Min, déjame hablar con él —gruñó—. Ya se lo digo yo. ¡Veremos si me cree o no!

Jess sentía una presión cada vez más urgente por parte del

fantasma. Colmaba la estancia, una energía espiritual opresiva que le arrebatava la calidez a la luz y manipulaba las sombras.

No era exactamente agradable, pero lo que pudiera llegar a hacer la Ah Ma no era nada comparado con tener a la diosa cerca.

Jess dijo:

—Espera.

Los ojos de Ng Chee Hin se posaron sobre ella, cargados de recelo. Todavía no le tenía miedo, y eso era positivo. Era un hombre cuyo miedo podía convertirse rápidamente en ira.

—¿Con quién está hablando?

—Ya se lo he dicho —respondió Jess.

A la Ah Ma le llegaría su turno, pero Jess no quería liberarla... aún.

Se inclinó hacia delante.

—Si me hubiera pasado a mí, si hubiera sido mi novia, habría tenido mis dudas. Habría querido estar seguro sobre lo del bebé. Si podía ser hijo de otro hombre.

Ng Chee Hin tardó un instante en captarlo. Cuando cayó en la cuenta de lo que Jess le estaba diciendo, su rostro cambió y los ojos se le volvieron duros y brillantes como semillas de longuián.

Jess había creído estar asustada antes. Ahora comprendía que sencillamente había estado nervioso.

Ng Chee Hin soltó una carcajada con una ira ardiente en los ojos.

—Su madre le ha contado esa milonga, ¿verdad? ¿Sabe cuántas mujeres han intentado afirmar que yo era el padre de sus hijos? Y mujeres que ni siquiera conocía.

—Pero sí conocía a mi abuela —apuntó Jess—. ¿Nunca llegó a plantearse que el niño pudiera ser suyo?

—¿Qué tenía que plantearme? Ella fue la que me dijo que era de su marido —respondió Ng Chee Hin—. Si luego pretende cambiar su versión de los hechos... —Se encogió de hombros—. Ya le he dicho que no sería la primera que intenta aprovecharse de mí.

—Ah Min. ¡Déjame entrar! —le exigió su abuela.

—Que sí —exclamó Jess—. Te toca.

Cerró los ojos y aflojó el control sobre sí misma, dejando que los límites entre su mente y la de la Ah Ma se disiparan.

Después de sentir lo que implicaba que la diosa se apoderara de ella, el proceso le resultaba pan comido. Era casi relajante, descargándose de la responsabilidad de lo que pudiera ocurrir a continuación.

Cuando abrió los ojos, se encontró en un mundo con dos rostros. Para Jess, Ng Chee Hin era un desconocido, un anciano aterrador al que se había visto obligada a faltarle el respeto cuando lo que más quería en el mundo era marcharse de su despacho.

Pero la Ah Ma veía en él al joven ambicioso que una vez amó. Hasta entonces, Jess no habría sido capaz de decir que Sherng o Ah Ku se parecieran lo más mínimo a su padre. A través de los ojos de la Ah Ma, vio la semejanza por primera vez, esa dulzura oculta que acechaba alrededor de la dura línea de los labios.

La voz de fumadora de su abuela emergió de los labios de Jess:

—¿Cuándo me he aprovechado yo de ti, Ah Hin? Si hubiera querido dinero, no te habría enviado a mi nieta. Te lo habría pedido en vida, ¿no te parece?

Jess casi esperaba que Ng Chee Hin reaccionara con escepticismo, se burlara de Jess y se enfrentara a la Ah Ma.

Pero fue como si se quedara de piedra. Lo único vivo eran los ojos en aquel rostro estatuario, dominado por el horror.

Jess se había olvidado de que pertenecía a otra generación. En muchos aspectos, vivía en un mundo diferente, uno en el que habría sido igual de insensato mostrarse escéptico ante lo sobrenatural que dudar de la existencia del cáncer. Y, al contrario que Jess, conocía a la Ah Ma en vida. Reconoció su voz.

—¿Bian Nio?

Hablaba con una voz áspera por el pavor.

—¿Tanto te sorprende? —le replicó ella—. Mi nieta te ha dicho que estaba con ella. ¿No te lo habías creído? Deberías haber sabido que si me hacías mal, no te ibas a deshacer de mí tan fácilmente.

—¿Cuándo te hice mal? —Ng Chee Hin se había puesto en pie

de un salto y había pasado al hokkien. Era como si Jess ni siquiera estuviera en la estancia—. Permití que te quedaras en mi casa hasta que encontraras un lugar donde vivir. ¿Crees que muchos hombres habrían hecho lo mismo? No tienes razón para estar enfadada conmigo.

—Has abusado de mi hijo, ¿cómo no voy a estar enfadada? —le espetó la Ah Ma—. Has detenido y metido en la cárcel a tu propio niño. ¿Qué clase de hombre tiene corazón para algo así?

—No es hijo mío —gruñó Ng Chee Hin.

—¿No te lo crees? ¡Hazte una prueba ADN y verás!

—Ya estabas embarazada cuando llegaste a mi casa —respondió Ng Chee Hin—. ¿Cómo sabes que tu marido no es el padre?

—Porque lo sé. Le di a luz yo misma. ¿Cómo no voy a saberlo?

—¿Le has dicho a tu hijo que soy su padre?

La Ah Ma resopló.

—¿Tan presuntuosa me crees como para ir por ahí contándole a la gente que el padre de mi hijo es un *samseng*?

—Se lo has dicho a tu nieta.

—Lo dedujo ella solita —contestó la Ah Ma—. Jamás se lo he dicho a nadie.

La expresión de Ng Chee Hin no se suavizaba. Jess aguardó a que su abuela siguiera defendiéndose, discutiera con él, lo persuadiera a creer la verdad, pero los dos se sumieron en un largo silencio.

Era bastante obvio que la Ah Ma no iba a decir nada más. La inquietaba que Ng Chee Hin aún no hubiera dado su brazo a torcer. No le sorprendió que no hubieran durado como pareja.

Jess seguía lo bastante presente en su propio cuerpo como para que no le costara hablar.

—Mírelo —dijo en inglés—. Mírelo con detenimiento. Se parece a Sherng. En cuanto lo sabes, el parecido es muy evidente.

Ng Chee Hin se estremeció al oír el nombre de Sherng.

—No hables de mi hijo. —El rostro se le descompuso por la ira—. Fuera de aquí. Ya habéis hablado suficiente. No quiero oír

nada más. Marchaos ahora mismo y no volváis a molestarnos ni a mí ni a mi hijo. Por respeto a tu abuela, te dejaré tranquila. Aléjate de mí, no me fastidies y yo no te fastidiaré a ti. Si sigues provocándome, te arrepentirás. He tenido mucha paciencia, pero os habéis pasado de la raya.

Si hubiera dependido únicamente de Jess, habría dado media vuelta y echado a correr. Pero la Ah Ma la retuvo. Estaba muerta y no tenía nada que perder.

—¿De verdad crees que es tan fácil espantarme, Ah Hin? —dijo la Ah Ma—. Pregúntale a mi nieta a cuántos dioses ha rezado para liberarse de mí y no le ha servido de nada. Hemos venido para ayudar a Ah Soon. Mientras siga sufriendo, no pienso moverme de aquí. Me sentaré y traeré la mala suerte a la oficina. ¿Qué esperas que haga si tratas así a nuestro hijo? Soy su madre.

Ng Chee Hin respiraba sonoramente, rojo como un tomate. Parecía estar a punto de darle un puñetazo, o de volarle la tapa de los sesos si hubiera tenido una pistola a mano. Era la Ah Ma quien le mantenía el cuello recto a Jess y los ojos clavados en él.

—Si de verdad es mi hijo, ¿por qué no me lo has dicho hasta ahora?

La voz le sonaba como si hubiera estado masticando y tragando vidrios. La Ah Ma plantó ambas manos sobre la mesa, algo que no estaba entre las opciones de Jess. Habría preferido evitar cualquier tipo de movimiento brusco.

Pero la Ah Ma estaba disfrutando del momento. De hecho, «disfrutar» se quedaba corto. En cierto modo, llevaba toda la vida esperando aquel momento.

—No te lo dije —empezó la Ah Ma, con una vil satisfacción— porque te odio.

Hubo un instante suspendido en el tiempo en que Jess estuvo convencida de que iba a morir.

—Ya veo —respondió Ng Chee Hin.

Aquellas palabras fueron como reventar una ampolla. La estancia rezumaba la tensión. Jess sintió cómo se le relajaba el cuerpo. La Ah Ma también había llegado a preocuparse.

—Pues ya no tenemos por qué enfrentarnos —añadió Ng Chee

Hin—. Ojo por ojo. Ya no te debo nada.

—¿Y qué pasa con mi hijo? —preguntó la Ah Ma, pero Ng Chee Hin siguió hablando antes de que terminara.

—Solucionaré lo de Barry Lim. Mañana estará en casa. Sin cargos. ¿Es suficiente o no?

—Nunca te he pedido dinero, ni siquiera cuando era un crío —respondió la Ah Ma—. Nunca te he pedido nada. Nunca he dicho nada contra ti. Te he dejado a tus anchas. Lo único que te pido es que dejes en paz a nuestro hijo.

Ng Chee Hin hizo un movimiento que sugería que estaba a punto de abrirle la puerta a Jess. Detestaba tomar el control teniendo en cuenta lo mal que había ido la última vez, pero...

—¿Cómo podemos fiarnos de que cumpla con lo prometido? —le preguntó.

Ng Chee Hin metió la mano debajo del escritorio sin responder. Jess reculó, pero no sacó más que el móvil. Entrecerró los ojos, alejándose de la cara como la gente mayor, y escribió un número.

La llamada fue en cantonés, un idioma que la Ah Ma no entendía mejor que Jess. Apenas pudo distinguir el nombre de Ah Ku. La persona al otro lado de la línea levantó la voz, pero Ng Chee Hin lo cortó, le espetó algo y colgó.

—Lo soltarán esta misma noche —les informó en inglés—. Decidle a su esposa que vaya a la comisaría de policía a recogerlo.

Empujó la puerta con un aire definitivo.

Jess se preguntó si la Ah Ma diría algo más, si le lanzaría una última insolencia, pero no abrió la boca cuando Jess atravesó la puerta. No fue hasta que no empezaron a recorrer el pasillo cuando su Ah Ma masculló:

—Cabrón.

Sonaba casi nostálgica.

Cuando salieron del ascensor y pisaron el vestíbulo, eran más de las ocho, según el reloj que colgaba por encima del mostrador de recepción. La mesa estaba vacía; la recepcionista se había marchado.

Jess había llegado a las puertas de seguridad y estaba agitando inútilmente el permiso por encima del sensor cuando oyó una voz a sus espaldas.

—¿Algún problema, señora?

Jess dio un respingo y reprimió un grito. La voz pertenecía a un tipo delgado de tez oscura. Llevaba una fregona en una mano, pero con la otra ya estaba levantando su tarjeta. La puerta de seguridad emitió un pitido y se abrió.

—Gracias —le agradeció Jess, sintiéndose como una imbécil, y se dispuso a cruzarla.

—Haciendo horas extra, ¿eh? —le preguntó el limpiador.

—Sí, bueno —respondió Jess.

Echó un vistazo al móvil y no vio ninguna mensaje desesperado de su madre preguntándole dónde estaba. Buena señal. Jess le había dicho a sus padres que tenía una entrevista de trabajo. Tendría que contarles que la cosa prometía, que la habían tenido una hora y media esperando y que al final habían optado por contratar a una persona con más experiencia. Sonaba plausible, aunque algo deprimente.

El limpiador se había apoyado en la fregona y parecía dispuesto a charlar.

—Estarás cansada, ¿no?

—Pues sí —contestó Jess, haciendo ademán de marcharse—. ¿Tienes que quedarte hasta tarde? Que tengas una buena noche.

El limpiador asintió.

—Tengo turno hasta las dos. Volveré a casa, me echaré a dormir y me levantaré a las ocho para hablar con mis niños antes de que se vayan a la escuela.

Probablemente no le costó más de cinco minutos escapar de aquella conversación, pero se le hizo bastante más largo. Cuando por fin salió del edificio, dejó caer los hombros, liberada ya de la tensión que le oprimía el pecho. El alivio fue tan intenso que casi parecía felicidad.

Aún había luz cuando había entrado en el edificio, pero mientras charlaba con Ng Chee Hin había caído la noche. El ambiente era cálido pero no caluroso, y una suave brisa le mecía

los cabellos. Un denso aroma marino, mitad algas, mitad alcantarilla, emanaba del mar. Gurney Drive estaba abarrotada de coches, casi tan iluminada durante la noche como durante el día gracias a las farolas. Con todo, no había nadie a su alrededor.

—No es tan malo como parece —dijo, como una criatura que insiste en no haber gritado después de subirse en una montaña rusa.

—Llama a Ah Ku —le respondió la Ah Ma. No parecía compartir la euforia de Jess—. Comprueba si la policía lo ha soltado o no. No me fío de ese cabrón.

—Puede que Ah Ku no lleve el móvil encima.

Pero sí debía llamar a Ah Kim para que recogiera a Ah Ku en comisaría. Jess había pensado volver a casa en Grab, pero no le hacía ni pizca de gracia la idea de que el conductor pudiera oírla. Llamaría desde allí.

A través de las puertas de cristal veía al limpiador en el vestíbulo, fregando las relucientes baldosas color crema. Se apartó para que no la viera si alzaba la vista y marcó el número de casa de Ah Ku.

—¿Wei?

Jess se había preparado para hablar con Ah Kim, pero la voz que le contestó era más joven, la de una chica.

—¿Yew Yen?

—¿Quién eres? —preguntó la voz en mandarín, cauta.

—Soy Jessamyn —respondió Jess en hokkien. ¿Cómo llamaría Yew Yen a la madre de Jess? Era la hermana del padre de Yew Yen. Kor Kor era la hermana de su padre, así que...—. La hija de Kor Kor.

—Ya lo sé —dijo Yew Yen, pasando al hokkien. Jess recordó que no solo eran amigas en Facebook, sino que también era la causa de que la policía hubiera detenido a Ah Ku y lo hubiera metido en la cárcel. Si Yew Yen no acababa de acordarse de quién era su prima dos semanas atrás, en aquel momento claramente no volvería a olvidarse—. ¿Para qué llamas?

Su tono no era precisamente amistoso.

—Van a sacar a tu padre de la cárcel —contestó Jess—.

¿Sabes si tu madre puede ir a recogerlo a comisaría?

—¿Qué?

—Déjame hablar con Ah Yen —le dijo su Ah Ma.

Aún no se había desenlazado del todo de Jess, así que ni siquiera tuvo que esperar a que accediera. Sin previo aviso, Jess se oyó hablando con la voz de su abuela:

—No hagas tantas preguntas. Llama ahora mismo a tu madre para que recoja a tu padre. ¿Te parece que la cárcel es cómoda como un hotel o qué?

Se produjo un silencio breve y perplejo.

—¿Ah Ma? —preguntó Yew Yen.

Jess tapó el móvil con la mano.

—¡Avísame antes de hablar! —le susurró.

Su Ah Ma se mantuvo contumaz.

—Si no hubiera intervenido, te habría colgado. Al menos ahora te escucha.

Jess puso los ojos en blanco y siguió hablando por el móvil.

—¿Puedes decirle a tu madre que me envíe un WhatsApp cuando lo haya recogido?

—Esa era la voz de la Ah Ma —contestó Yew Yen—. ¿Está contigo?

—Luego te lo explico —replicó Jess—. Pero tengo que volver a casa y...

—¿Puedes preguntarle a la Ah Ma qué deberíamos hacer con el ídolo? —la interrumpió, con urgencia.

—¿Perdón? ¿Qué ídolo?

—El ídolo de la diosa. —Yew Yen bajó la voz—. El ídolo de la Hermana de las Aguas Negras. Ah Tat regresó al templo y lo encontró. Utilizó pegamento extrafuerte para arreglarlo. Consiguió encontrar todas las piezas, o sea que está bien, un poco resquebrajado. ¿Qué hacemos con él?

Jess se volvió hacia la Ah Ma, quien se encogió de hombros y fingió indiferencia.

—¿Y yo qué voy a saber? Tú eres la médium, pregúntale a la diosa.

Jess esperó. Si algo sabía de la Ah Ma, es que no se le daba

nada bien reservarse la opinión.

Como cabía esperar, su abuela no pudo resistir la tentación de aconsejarla. Tras unos instantes, añadió:

—Lo más probable es que la diosa quiera que reconstruyas el altar cerca del árbol. Si arreglas el altar, necesitarás un ídolo.

El recuerdo de la higuera sagrada del templo atravesó a Jess, acompañado del intenso aroma a tierra y hojas secas. Ese aroma, la forma de las extensas ramas del árbol recortadas contra el cielo, las vides meciéndose con la brisa... Todo se mezclaba con muerte, con el innoble asesinato de la Hermana de las Aguas Negras mientras su sangre empapaba el suelo.

Jess quiso decirle a Yew Yen que se deshiciera del ídolo, o que lo enterrara, pero la diosa seguía aferrada a ella. Ahora, con el prosaico fantasma de su Ah Ma a su lado, se sentía razonablemente segura. Pero tal vez mañana por la mañana se despertara con la diosa a los pies de la cama. Siempre estaría acechando en los rincones de la visión de Jess si no buscaba alguna solución.

—La Ah Ma dice que lo guardéis de momento —contestó—. Mañana iré a ver cómo está tu padre y recogeré el ídolo.

—¿Cómo es que la policía ha decidido soltarlo? —preguntó Yew Yen.

Jess vaciló. ¿Qué sabría Yew Yen sobre el asunto? No se imaginaba a Ah Ku revelándoles a sus hijos mucho más que lo que su madre le había revelado a ella. Pero quizá Yew Yen se hubiera ido poniendo al día al haber crecido allí sobre las cuestiones que Jess le hubiera podido explicar.

—He hablado con Ng Chee Hin —respondió.

Su prima contuvo el aliento.

—¿Y ha accedido a liberar a mi padre? ¿Sin más?

—Bueno, la Ah Ma me ha ayudado.

Yew Yen se quedó callada.

—Gracias, Ah Min Chee —dijo al fin.

Le incomodaba que la llamara «hermana mayor», una muestra de respeto que Jess no merecía.

—Todavía no me lo agradezcas. Vamos a esperar a que tu madre lo recoja primero. No te olvides de mantenerme informada,

¿vale?

Colgó y abrió la aplicación de Grab.

—¿Qué haces? —le preguntó su Ah Ma.

—Pedir un taxi.

—Hoy día lo hacéis todo con el móvil. Si no tuvierais teléfono, me da a mí que no sabríais hacer nada.

Jess emitió un sonidito afirmativo. Grab estaba empezando a subir los precios, pero pidió el taxi de todos modos.

Se le estaba empezando a disipar el subidón de adrenalina que le había provocado el encuentro con Ng Chee Hin. Los pies le dolían por culpa de los tacones negros baratos que había comprado en Bata como parte de su disfraz corporativo, y ya no veía al limpiador en el vestíbulo.

Por alguna razón, su desaparición la inquietó. Era como si lo hubiera soñado.

Pensó en su hogar y en la cama con una intensa nostalgia mientras la Ah Ma farfullaba sobre los jóvenes y la tecnología, aparentando ser, por primera vez, una abuela normal. Primero una ducha, luego se pondría unos pantalones cortos viejos, suaves y desgastados, y una camiseta. Quizá viera algo en Netflix en la cama antes de irse a dormir. Casi podía sentir la textura de las sábanas contra sus piernas desnudas.

El agudo pitido del móvil la arrancó de aquella ensoñación.

—¿Quién es? —preguntó la Ah Ma, atenta a su expresión.

—Pooi Mun —respondió—. La ayudante de Ng Chee Hin.

—No lo cojas —dijo su abuela al instante, e hizo una pausa—.

¿Para qué te llamará? Lo mejor será que contestes.

Jess había pasado por el mismo proceso interno. El teléfono no había dejado de sonar. Aceptó la llamada y se acercó el móvil a la oreja con un enfermizo acceso de ansiedad.

—¿Hola?

—¿Dónde estás? —le preguntó Pooi Mun—. ¿Estás en un sitio público?

—Estoy... ¿cómo?

—Debes ir a algún lugar concurrido —continuó Pooi Mun. Parecía estar sin aliento, como si hubiera estado corriendo... o

estuviera aterrada—. Ve al Gurney Plaza. ¿Lo conoces? Es el centro comercial. Gira a la izquierda y sigue andando. No te metas en ningún coche. No hables con nadie.

—¿Qué te dice? —le preguntó la Ah Ma.

—No entiendo nada —respondió Jess—. ¿Qué quieres decir con...?

—No deberías haber venido. ¿Es que no conoces a Dato' Ng? Si me lo hubieras dicho, te lo habría quitado de la cabeza. Eres una chiquilla. Tienes que irte, ¡ya! ¡Corre!

La llamada se cortó. Había colgado.

Un coche estaba parando en la acera donde esperaba Jess. La luz de la entrada del edificio se reflejaba en las ventanas. El vehículo estaba hasta los topes de gente. Hombres.

La certeza de haber cometido un error fatal fue creciendo en la base del estómago de Jess. Se giró para echar a correr y encontrar un sitio bien iluminado en el que pudiera mezclarse con la gente, anónimo y seguro..., pero ya era demasiado tarde. El limpiador se había plantado a sus espaldas.

VEINTIDÓS

El limpiador empujó a Jess hacia el coche antes de subirse. Ella forcejeó, gritando a pleno pulmón, a pesar de ser consciente de que no había nadie que pudiera oírla.

Dejó de chillar cuando alguien le dio un golpe, un bofetón sencillo con la mano abierta, como si fuera una niña rebelde. Se quedó sin aire mientras la cabeza le zumbaba.

Estaba acorralada, con el limpiador a su derecha y otro hombre a la izquierda. Había otros dos hombres en la parte delantera. El coche olía a tabaco y sudor.

La penumbra apenas permitía distinguir los rasgos de los hombres. Sin embargo, poco después el coche pasó bajo una farola, cuya luz anaranjada bañó el vehículo e iluminó el rostro del conductor por el espejo retrovisor. Era el cabecilla de los matones, el hombre que le había dado la paliza a Ah Ku en el templo del jardín.

Se alejaron del fulgor de la farola y la noche volvió a abrazarlos.

Jess iba a morir.

Se hundió las uñas en la carne de los muslos, intentando pensar por encima del insistente lamento de sirena que le provocaba el terror.

El arrepentimiento era casi igual de atronador. ¿Cómo había podido ser tan imbécil? ¿Realmente creía que podía enfrentarse a Ng Chee Hin en su guarida y salir indemne? La intrépida detective que había vencido al gánster con una prueba incriminatoria.

No se podía ser más idiota. Jamás podría salirse con la suya. Sabía demasiado y estaba totalmente indefensa.

Echó un vistazo alrededor del coche con la cabeza agachada. No encontró cuchillos o armas, pero eso no significaba que los

hombres no tuvieran armas, bien ocultas o guardadas en algún sitio.

Nadie decía nada. Era como si ni siquiera estuviera allí.

Bueno, a fin de cuentas, la habían capturado e iban a hacerle lo que se hubieran propuesto. ¿Para qué iban a hablar con ella? Ni que su opinión importara algo. A menos que ella misma le diera la importancia necesaria.

Se aclaró la garganta.

—¿Adónde me lleváis?

Lo dijo en inglés, para sonar lo más estadounidense posible. Su acento, su tono, decía: «Soy la persona más importante de este coche. No solo vengo de un país del primer mundo; coño, vengo del país más grande, del mejor del mundo, así que más os vale respetarme u os bombardearé hasta destruirlos, porque eso es lo que mi gente hace con desechos como vosotros.»

Los hombres la ignoraron. Tensó el cuerpo y notó los músculos rígidos, con la ira ahogando el temor anterior.

No era la primera vez que se enfrentaba a aquellos patanes. Hubo más hombres en el jardín del templo aquella primera noche, la noche en que había conocido a Ah Ku y espantado a los hombres que le habían hecho daño. Podía encargarse de aquellos gilipollas. Tenía las fuerzas del inframundo de su lado.

«¡Ah Ma! —Mantuvo la boca cerrada, pero el grito emergió de todas las partes de su cuerpo, mente y alma. Casi le sorprendió que los hombres no la oyeran—. ¡Ah Ma! ¡Ayúdame!»

Era como lanzar una piedra a un pozo y esperar a oír el plof. Aguardó mientras pasaban los largos minutos, hasta que ya no pudo evitar asumir la verdad.

La Ah Ma no estaba allí. Jess estaba sola.

—Os he preguntado que adónde coño me estáis llevando —repitió Jess, levantando la voz.

Sonaba más histérica que autoritaria. Al tipo de la izquierda parecía haberle hecho gracia.

—Tranquila, relájate —contestó con suavidad en un inglés con acento chino, antes de ponerle la mano sobre la rodilla. En la penumbra, Jess pudo distinguir la sonrisa de su rostro.

Agachó la vista hacia la mano que le había posado sobre la rodilla, como si esforzándose al máximo pudiera apartarla del resto de su cuerpo con el poder de la mente.

Había estado tratando de no pensar en lo que podrían llegar a hacerle antes de matarla. El estómago se le revolvió. Quizá podría vomitarles en la cara. Tal vez los disuadiría.

Sin apartar la vista de la carretera, el cabecilla le espetó:

—*Jangan bising*. No hagas ruido.

No le hizo falta añadir «si sabes lo que te conviene». Jess no tenía allí ningún tipo de poder.

El asqueroso se calló, pero no dejó de apretarle la rodilla. Tenía los dedos huesudos y fríos por el aire acondicionado. Para no seguir contemplándose los y deseando estar muerta, se giró hacia el limpiador.

Estaba mirando por la ventanilla. Si alguien le hubiera dado a elegir, Jess habría decidido apuñalarlo el primero, incluso antes que al cabecilla, porque el limpiador le había sonreído y había estado charlando con ella de temas intrascendentes, planeando mientras tanto su asesinato. Pero había algo en su rostro que no se había esperado.

Era el eslabón más débil, pensó Jess. Le preguntó sobre sus hijos. ¿Iban todavía al colegio?

—Sí, a primaria —respondió—. Están en Bangladés.

—Los echarás muchísimo de menos —comentó ella. Había sonado absurdo, inadecuado, pero no sabía qué otra cosa podía decir.

Para el resto de los hombres, Jess no era más que un cuerpo caliente que podían follarse antes de deshacerse de él. Ella, como persona, había sido la que los había sacado de quicio, la que los había humillado cuando cumplían órdenes. Pero con aquel tipo había hablado sobre la vida. Se habían mirado a los ojos. Confiaba en que, para él, fuera un ser humano.

Continuaron su camino en silencio. La desorientación de Jess remitió ligeramente, a pesar de que el miedo fuera un pulso insistente bajo sus pensamientos. No había conducido suficiente por Penang como para conocerse las calles, y de noche todas

parecían distintas, pero tenía la sensación de que iban en dirección a George Town.

Buenas noticias. Allí habría gente, testigos que reducirían la posibilidad de que le hicieran daño. Tendría que estar lista para actuar.

Había conseguido trazar un plan en su cabeza para cuando se aproximaron a George Town. Tal como esperaba, las callejuelas seguían abarrotadas a aquella hora del día, salpicadas de mamaks y bares informales repletos de gente. Los peatones cruzaban las calles sin prestar demasiada atención al tráfico. El coche aminoró la marcha.

Jess no podía detenerse a pensar si pretendía no asustarse. Se removió en su asiento para que el perverso le quitara la mano de la rodilla y movió el brazo frente a ella como si quisiera protegerse, antes de deslizar la mano por debajo del *blazer*.

El perverso volvió a agarrarle la rodilla, esta vez con más fuerza, y esbozó una sonrisa vil. Aquello hizo que le resultara especialmente satisfactorio hundirle un codo en el costado y machacarle la carne con el hueso para asegurarse de que lo sentía. Acto seguido, se abalanzó hacia la puerta, lanzándose por encima del limpiador y buscando a tientas el pestillo.

El coche estalló en gritos. ¿Dónde estaba el puto pestillo? Notó unas manos recorriéndole el cuerpo y dio una patada, hundiendo el talón en la carne. Tuvo la esperanza de que fuera la cara del perverso.

Notó el pestillo bajo los dedos, lo abrió y agarró la manija. Había conseguido pasar las piernas por debajo del cuerpo, perdiendo un zapato durante el proceso. Tenía las rodillas sobre el regazo huesudo del limpiador, quien la tenía agarrada por la cintura. Una parte minúscula de la mente de Jess se percató de que el tipo estaba evitando tocarle el pecho.

Ya había podido abrir la navaja semiautomática que se había guardado en el *blazer*. No era momento de echarse atrás. Le dio un tajo al limpiador en el brazo, que gritó y la soltó.

La puerta se había abierto, por suerte. Había un gilipollas cogiéndola del tobillo, pero lo apuñaló en la mano, lo oyó chillar y,

impulsándose sobre el limpiador, salió disparada del coche.

Chocó con la carretera y rodó como una piedra que hubiera recibido una patada. El destello de los faros le pasaba por encima, pertenecientes a vehículos que chirriaban al frenar de golpe. Un coro de bocinazos indignados colmó el aire.

Se encontró de repente de espaldas, mirando frente a frente el rostro de su Ah Ma.

—¿Qué haces ahí tirada? ¡Corre! —le ordenó.

Jess no tenía aliento para responderle en voz alta, pero por suerte no necesitaba aire para gritarle a la Ah Ma.

«¿Se puede saber dónde cojones has estado?»

—Había algo en el coche que me bloqueaba —contestó—. No podía entrar. Esos malnacidos deben de haberle pedido ayuda a un *bomoh*. Estos forasteros... Su magia es *tajam*, muy potente. No deberías mezclarte con ellos.

«Bueno, un poco tarde ya, ¿no?»

Jess intentó incorporarse, pero no tardó en darse cuenta de que no había sido buena idea. Cargar el peso sobre las muñecas le provocó un intenso dolor que le recorrió el cuerpo, y reprimió un grito.

—Corre más rápido —le exhortó su abuela—. ¡Ya vienen!

Jess echó un vistazo por encima del hombro, aunque el movimiento hiciera que la cabeza le diera vueltas. El coche había parado y el cabecilla y sus secuaces se estaban bajando.

Estaba al borde de la carretera, cerca de los desagües. Una moto le pasó tan cerca que el humo del tubo de escape le sopló en la cara, una hedionda ráfaga de aire caliente que neutralizó la pestilencia de las cloacas por un momento. No sabía dónde había ido a parar el cuchillo.

—No puedo moverme. —La voz le surgió como un susurro áspero que le rascaba la garganta—. Me duele. ¿Puedes ayudarme?

Jess sintió una delicada sensación que no llegó a culminar, como el viento meciéndole el cabello.

La Ah Ma exclamó frustrada:

—No puedo. Esa cosa sigue bloqueándome. Si fuera una diosa, sería distinto. Pero solo soy una humana. ¿Cómo voy a

enfrentarme a espíritus extranjeros? Debes moverte por tu cuenta. ¡Sabes que, si te cogen, te dolerá aún más!

Jess comenzó a arrastrarse, soportando los gritos de dolor del cuerpo.

Las tiendas más cercanas ya habían cerrado; las persianas cerradas de las fachadas se asemejaban a una hilera de lápidas. Pero de la esquina del bloque siguiente emanaba una luz. Debía de ser un restaurante poco concurrido, pero abierto. Lo único que tenía que hacer era llegar hasta allí.

Tenía la sensación de que los separaban millones de kilómetros, como si estuviera atravesando el Sáhara, a pesar de que apenas había un puñado de tiendas entre ella y el restaurante.

«Cuando llegue a los soportales, me levantaré», se dijo a sí misma.

Al llegar a una columna, se apoyó en ella mientras se ponía en pie. Sin embargo, al intentar dar un paso, el tobillo le falló. Algo le pasaba.

Se desplomó sobre la columna, le dio a un altar de Ti Kong con el hombro y tiró un cuenco de cristal del borde, y lo oyó romperse al tocar el suelo.

Justo lo que necesitaba, sacar de quicio a otro dios.

Mientras trataba de ponerse de nuevo en pie, algo le golpeó la espalda y la derribó. Cayó de bruces sobre las baldosas. Unas manos la agarraron y la alejaron de los soportales.

Se estaba desplazando por un terreno accidentado e implacable. Debía de estar arrastrándola el cabecilla de los matones, puesto que solo veía a los otros hombres, siguiéndola. Sus rostros no mostraban expresión alguna, ni malicia, ni expectación, ni miedo.

La estaban llevando al callejón pobremente iluminado que discurría entre las hileras de casas tienda, donde era bastante más improbable que los incordiaran cuando se pusieran manos a la obra. El aire que provenía del pasaje hedía a basura, aún más que la calle principal. Olía a un lugar donde se acudía a morir.

Había alguien esperando en la entrada del callejón. Una mujer. Jess abrió la boca para gritar, para pedirle ayuda, pero

luego la reconoció. Era la Hermana de las Aguas Negras.

Sus miradas se cruzaron. Su rostro era una interrogación, o más bien una declaración. Decía: «Puedes entregarte a mí o enfrentarte a una muerte vil a manos de estos hombres. Puedes ser la presa... o el depredador».

En ese momento, la estaban arrastrando junto a la diosa, como una ramita en la rápida corriente de un arroyo. Tenía un instante para decidir.

Le había dicho a la Ah Ma que pensaba ofrecerle sus servicios a la diosa. Había asumido la función de médium de la Hermana de las Aguas Negras ante Ng Chee Hin. Jess había puesto a prueba los poderes de la diosa, saboreado su sufrimiento, muerto su muerte. El acuerdo, a todas luces, estaba cerrado.

Pero hasta ese instante, no se había rendido conscientemente. Cuando la diosa la había ayudado en otras ocasiones, Jess tenía el control, o eso creía.

Esta vez, no podía engañarse a sí misma. Miraría a la diosa a los ojos, lúcida, y le diría: «Haz lo que quieras conmigo y con estos hombres».

Fuera como fuese, tanto si se ofrecía a la diosa a cambio de su salvación o dejaba que los matones la llevaran, sola, a la oscuridad del callejón, se encaminaba a una muerte segura. Jess no sabía qué parte de ella sobreviviría al proceso, qué la esperaría al otro lado.

Pero era imprescindible morir para poder renacer.

Jess alargó una mano. Estaba demasiado lejos de la diosa como para tocarla, pero sintió el roce de ella como respuesta, una gélida mano posada sobre la nuca, cinco dedos descansando delicadamente sobre la piel.

A Jess se le cayó la cabeza hacia delante.

—Hermana —susurró.

Los hombres se adentraron en el callejón con Jess a rastras. El barullo de la calle principal apenas era un rumor. No había nadie más salvo Jess y los hombres que iban a matarla.

La diosa la había tocado, ¿verdad? Aquella certeza terrible y radiante comenzó a hacerse añicos.

No había entendido nada. La Hermana de las Aguas Negras no la quería como médium. La diosa llevaba mucho esperando aquel momento. Aquel era el castigo de Jess por haber destruido el santuario.

El cabecilla de los matones la tiró al suelo y ella rodó por instinto, acurrucándose como un milpiés en alerta, así que, cuando la golpearon, le dieron en la espalda y no en el estómago.

Y, aun así, le dolía. Jess levantó las rodillas hasta colocarse en posición fetal, gimoteando. No dejaban de caerle golpes en la parte superior de la espalda, el cuello, el hombro, la oreja. La diosa no iba a ayudarla, ni ella ni nadie. Se cortó el labio con los dientes y notó cómo la boca se le llenaba de sangre. Iba a morir.

Oyó voces agitadas encima de ella. Los hombres estaban gritando, discutiendo entre ellos. No entendía lo que decían. Debería haber huido reptando mientras estuvieran distraídos, pero apenas había formulado el pensamiento cuando la forzaron a levantarse.

Alguien le dio un empujón por la espalda. Se tambaleó sobre el asfalto hasta los bloques de cemento agrietados que cubrían el pequeño desagüe que discurría por la parte trasera de las casas. El intenso hedor le llenó la nariz.

Un hombre la empotró contra la pared y los ladrillos expuestos le arañaron la mejilla. El tipo estaba tocando a tiendas el dobladillo del vestido, tirando hacia arriba.

—No —balbució Jess—. Vete a la mierda.

Se resistió, tratando de bajarse de nuevo el vestido, intentando liberarse, pero le faltaba fuerza. Se oyó farfullar, suplicando:

—¡Hermana! ¡Hermana! ¡Mátalos! ¡Mátalos, joder! Mátame. Déjame morir. Por favor, Dios, no, Dios.

Sintió una corriente de aire en la parte trasera de los muslos. Tenía la ropa interior a la vista. El hombre le separó las piernas. Jamás la habían tocado si no era por amor o lujuria, nunca se había follado a nadie sin querer. La habían tratado toda su vida como algo precioso, alguien que importaba. Tal vez por eso la odiaba la Hermana de las Aguas Negras.

—Te daré lo que quieras —masculló Jess. No tenía claro si estaba hablando en voz alta o para sus adentros, pero poco importaba—. Lo que sea. Toda la sangre que quieras. Las vidas. Puedes desangrar a estos hijos de puta. ¡Hermana, por favor!

Una firme mano la retenía. Oía al hombre hurgando entre sus pantalones, bajando la cremallera.

No había respuesta a sus plegarias, ni por parte de la diosa ni de los matones. Pero, de repente, una gran calma descendió sobre ella, mitigando el miedo y la ira hasta tal punto que casi parecía que nunca hubieran existido.

Tampoco tenía por qué darle mayor importancia. No era la primera vez que pasaba. Los hombres eran así, no sabían controlarse. No duraría mucho, y no le dolería demasiado, siempre que se relajara. Luego, cuando él se hubiera calmado, todo iría mejor. Haría algo bonito por ella para demostrarle lo mucho que lo sentía, como *tapau* su *charsiu* favorita para cenar. Lo único que debía hacer era vaciarse de todo el terror, la ira y la voluntad de resistirse, convertirse en un recipiente inerte para la rabia de él. Le estaba haciendo aquello porque la quería.

«Pero no me quiere —pensó Jess de repente—. No es... ¿Cómo va a quererme?»

Era su marido, le respondieron sus pensamientos. Por supuesto que la quería. Por eso se había casado con él. No había sido por dinero; siempre había estado a dos velas, incluso ahora. La que trabajaba era ella. Era su sueldo el que pagaría el *charsiu*.

Era como el trayecto que habían hecho en el coche a oscuras, cuando las farolas iluminaban el interior de cuando en cuando y revelaban los rostros de los pasajeros. A veces, había una descarga de lucidez, una luz que bañaba la mente de Jess y dejaba al descubierto sus contenidos.

Se dio cuenta de que no estaba sola en su cabeza. No había ninguna necesidad de llamar a la Hermana de las Aguas Negras. La diosa estaba con ella, en su interior.

Con aquello, la sobrevino también un sentido de su vida y de la de la Hermana de las Aguas Negras, dos riachuelos paralelos que discurrían juntos hasta unirse. Durante un instante, las dos se

encontraron más allá de los límites del tiempo, en el espacio que había entre el pasado de la diosa y el futuro de Jess.

Allí, ellas —ella— podían verlo todo con claridad. El resultado de su pasado no había sido inevitable, igual que lo que le estaba ocurriendo en aquel preciso instante podía evitarse, y con bastante facilidad. Antes, había muerto sola, pero ahora eran dos, fundidas en un solo ser; muerta y viva, carne y espíritu, pasado y futuro.

Y no tenía por qué resignarse a lo que le estaban haciendo.

«No tendrías por qué haberte resignado a nada», pensó Jess.

Ya no tenía miedo. Alargó el brazo hasta la mano del hombre.

Aunque por descontado que debía resignarse a todo, le discutía la voz de su cabeza, la voz de la diosa, por mucho que pareciera la suya. ¿Qué alternativa tenía? ¿Dejar a su marido y regresar con su familia? Le habrían dicho que una mujer debía estar con su marido.

Pero ahora estaban muertos. Y ella seguía allí.

Se arrancó los dedos que el hombre le había plantado en el cuello. Estaba protestando, pero las protestas desaparecieron cuando le aplastó la mano. Los huesos se le fracturaron con un satisfactorio crujido. El hombre gritó.

Se dio media vuelta, le dio un empujón y le hizo perder el equilibrio. Él se abalanzó sobre ella, y Jess le acercó la boca a la mandíbula, como si pretendiera besarla, y mordió hasta que los dientes alcanzaron el hueso.

El sabor cobrizo de la sangre le inundó la boca. Escupió y se apartó del hombre, antes de darle una patada en la entrepierna para neutralizarlo.

Una vez muerta, los límites entre tú y el resto de las almas se difuminaba. Podía sentir la agonía de aquel hombre. Era sublime, irritante, una sensación cercana a la de arrancarse una costra.

Sin apenas dificultades, le arrebató un cuchillo a otro hombre que se aproximaba a ella. Lo apuñaló en las entrañas, pero algo impidió que se asegurara de su muerte. Lo recostó delicadamente en el suelo y pasó por encima de él para arremeter contra el siguiente, con la sangre silbándole en las venas.

Jamás se había sentido así, ni en vida ni en la muerte. Nadie le había ofrecido nunca un sacrificio tan magnífico; disponía de los cuerpos de aquellos hombres para romperlos, desangrarlos y utilizarlos, igual que un día utilizaron el suyo. Su sufrimiento era un banquete del que podía disfrutar a placer; su dolor, un bálsamo para su propio tormento eterno.

Una gran ternura fue creciendo dentro de Jessamyn, un profundo amor por aquel cuerpo joven y fuerte que le permitiría hacer lo que se propusiera. Clamaría justicia por la muchacha. Iba a disfrutar de aquella noche.

VEINTITRÉS

Jess volvió poco a poco en sí.

Estaba tumbada en una cama. El olor de la brisa que le soplaban en el rostro no le resultaba familiar, pero el ambiente era fresco y seco, así que debía estar bajo techo. Abrió los ojos y contempló unas anodinas paredes beis.

Estaba en un hospital. Giró la cabeza y vio a la Ah Ma.

—¿Ah Min?

Para variar, la imagen de su abuela se mantuvo fija. Tenía el pelo gris y frágil y un gesto de consternación, y llevaba uno de esos pijamas que tanto se veían en las ancianas chinas. Le daba el aspecto de esas abuelas que te cocinan platos ricos, te incordian con el peso y permanecen en la tumba cuando mueren.

—Ah Ma.

O eso quiso decir, pero la voz se le evaporó en el aire. Se encontraba fatal. ¿Qué habrían hecho con su cuerpo? Se acordó del rostro pálido de la diosa en la oscuridad, la promesa que albergaba... y la amenaza. ¿Qué habría hecho ella con el cuerpo de Jess?

—Ah Ma —volvió a intentar decir. Esta vez las palabras sí surgieron de su boca, aunque arañándole la garganta.

Por primera vez, la Ah Ma parecía alegre de oír su voz. Una expresión de alivio le recorrió el rostro.

—¡Por fin! —exclamó con voz ronca—. ¿Tú sabes las veces que te he llamado?

—¿Qué hora es? —preguntó Jess con una voz frágil y ronca; la voz de alguien que acababa de sobrevivir por los pelos a una tremenda calamidad—. ¿Cómo he llegado aquí?

—En ambulancia, *lah*. ¿Te crees que te ha traído hasta aquí la diosa? Es implacable con los médiums. Si de ella dependiera,

habrías seguido tirada en el suelo por la mañana. Por suerte el bloqueo desapareció. La diosa debió de espantar a los espíritus forasteros cuando te poseyó. Cuando se marchó, me metí en tu cuerpo y te saqué hasta la calle principal para que te encontraran. ¡Estabas sangrando! El doctor ha tenido que ponerte grapas como a una hoja de examen.

Le dolía la cabeza. Los recuerdos de la noche anterior se le aparecían a retazos, como una pesadilla. El rostro del cabecilla frente a ella, a tan poca distancia que podía ver cada gota de sudor, con sangre cálida de él empapándole las manos. El tipo que se había hecho pasar por un limpiador sollozando como un crío.

—¿Dónde está? —preguntó.

No hacía ninguna falta que especificara a quién se refería. La Ah Ma lo entendió.

—¿Y a mí qué me explicas? Ya no soy la médium. Se fue corriendo en el callejón, cuando terminó de jugar con aquellos hombres. —La Ah Ma sacudió la cabeza—. Estabas tan llena de sangre que el doctor creyó que te estabas muriendo. Lo que no sabía era que la sangre era de los otros. Tu madre casi se desmayó cuando te vio.

—¿Cómo?

Jess se incorporó, pero se arrepintió de inmediato. El movimiento desencadenó una serie de explosiones, un estallido de dolor que le recorría el cuerpo. Agachó la cabeza y se vio una escayola en el antebrazo derecho que le cubría la muñeca y terminaba justo antes de los dedos, y otra en el tobillo izquierdo, el que le había traicionado cuando estaba intentando huir.

Pero llevaba ropa limpia. Su camiseta desgastada y unos pantalones cortos, impregnados del aroma familiar del detergente que utilizaba Kor Kor.

—¿Ha venido mi madre?

Jess acarició la suave tela de los pantalones con la mano buena.

—El hospital llamó a tus padres. Tu madre te trajo ropa limpia. El vestido que llevabas lo ha tenido que tirar por la sangre. No quiso ni limpiarlo. —La Ah Ma resopló ante aquel despilfarro

—. No dejó de llorar en ningún momento mientras te limpiaba. Ella y tu padre estuvieron aquí horas, y luego se fueron a descansar. Anoche no durmieron. Estaban preocupados al ver que no volvías a casa. Tu madre es así, le falta fortaleza mental.

—Es fuerte —replicó Jess—. O lo era. Ha pasado unos cuantos años duros, ya está. —La idea de que sus padres estuvieran cuidando de ella la hizo sentirse una niña de nuevo, cuidada y a salvo. Deseó que no se hubieran marchado—. ¿Por qué no han esperado a que me despertara?

—Te han esperado —respondió la Ah Ma—. No se han ido hasta que no han hablado contigo.

—Ah, ¿ya me había despertado? —Jess no lo recordaba. Tal vez fuera por el traumatismo de la cabeza—. No me acuerdo de haber hablado con ellos.

—Porque no has sido tú la que ha hablado con ellos. Ha sido la diosa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jess, pero su cuerpo ya conocía la respuesta. Sintió un escalofrío y náuseas subiéndole a la garganta.

—No dejaba de llamarte, pero no sé dónde se había ido tu espíritu —contestó la Ah Ma—. Cuando abriste los ojos, era la diosa la que estaba detrás. No habló mucho. Estaba bastante confundida, o quizá cansada.

La diosa había permanecido en el cuerpo de Jess, hablando con sus padres mientras ella estaba extraviada. La idea le heló la sangre. A la diosa le correspondían callejones oscuros, hombres violentos, la noche y la desesperación. Se suponía que no debía presentarse durante el día. Se suponía que no debía apoderarse aún más de la vida de Jess.

—Has dicho que se fue después de que... —Jess tragó saliva—. Después de que se encargara de los que me secuestraron. —No quería pensar en aquellos hombres, ni en lo que habían intentado hacerle ni en lo que les pudiera haber hecho la diosa—. ¿Has vuelto a invocarla?

—¿Para que querría llamarla otra vez? Ya te he dicho que estaba intentando que tu espíritu regresara a tu cuerpo, pero ha

respondido ella. Esto es lo que pasa cuando no sigues el protocolo. A los dioses hay que invocarlos en condiciones. Respetar los rituales. Cuando ya no necesitas su ayuda, debes pedirle que se marche. Pero no lo has hecho. La has llamado cuando te ha convenido. La diosa no es un fontanero al que puedas llamar para que te arregle el váter.

Jess se aferró a la rabia con alivio, agradeciendo cualquier cosa que la distrajera del terror que le crecía en las entrañas.

—Yo no fui la que la invitó la primera vez. ¡Te recuerdo que fuiste tú! Yo solo la llamé cuando me atacaron.

—Yo también he sufrido. ¿Te crees que no sufro? —respondió la Ah Ma, dispuesta a no renunciar a ninguna batalla, aunque su oponente tuviera varios huesos rotos—. El Ah Kong perdía la cabeza cuando bebía. No le daba miedo nada. ¡Una vez cogió la plancha caliente y me la tiró a la cabeza! Estuvo a punto de matarme muchas veces.

»Pero *tahan*. No invoqué a la diosa porque tuviera miedo. Cuando les pides a estos espíritus que vengan, es como invitar a amigos a pasar la noche en casa. Si los invitas muy a menudo, empezarán a pensar que pueden presentarse cuando les plazca. Si dejas que esta hermana mayor se te meta dentro muchas veces, creerá que tu cuerpo es suyo. Y, además, tu cuerpo no sabrá distinguir entre tu alma y la suya.

La Ah Ma perdió el placer por la batalla.

—Ve con cuidado —añadió con gravedad—. La próxima vez que se te meta dentro es posible que tu espíritu no pueda volver. A veces pasa.

Jess la miró fijamente, petrificada. Sabía que su abuela tenía razón, incluso más que ella. Después de todo, había sido Jess la que había cruzado el umbral entre ella y la diosa, permitiendo que la aplastara ante la necesidad del momento.

La Hermana de las Aguas Negras se le había metido en la cabeza, pero no se había conformado solo con eso. Durante un tiempo, habían sido la misma persona. Jess había sentido el dolor, la ira y el hambre de la diosa. Un alma que había muerto de aquella forma jamás podría descansar en paz.

Ahora que podía utilizar a Jess para canalizar ese hambre, no se desprendería jamás de ella. Aquella furia sombría la consumiría hasta que no quedara nada. Tal vez su cuerpo perviviera, pero ella acabaría siendo algo tan insustancial como la muerta; un fantasma hambriento, exiliado de su propia vida.

—Ah Ma —susurró—. Tienes que ayudarme.

—¿Te crees que no te ayudaría si pudiera? —respondió la Ah Ma, malhumorada—. Aunque seas gay, no me escuches y riñas a tu abuela, sigues siendo mi nieta. Y le diste una lección a Ng Chee Hin. Después de lo que le ocurrió a sus hombres... ¡ja! No volverá a atreverse a hablar de cuentos de viejas. ¡Aprenderá lo que es el respeto!

»Pero no puedo hacer nada. ¿Cómo voy a enfrentarme a la diosa? Cabrón inútil. —Por el tono, era evidente que volvía a hablar de Ng Chee Hin—. Al final lo has derrotado, lo has dejado en ridículo. Pero por su culpa has acabado perdiendo mucho más. Ni siquiera sabrá lo mucho que has sufrido. Igual que tu Ah Ma en su momento.

Se refería al momento en que no era más que una joven miserable, poco mayor que Jess, pero ya viuda por decisión propia, abandonada por su amante y a cargo de dos niños.

Jess estaba en una situación muy complicada, pero no podía ni imaginarse lo que debía ser atravesar una situación así. Sintió una descarga repentina de afecto por su abuela; por aquella irascible y temible superviviente que jamás había dejado de detestar la mala mano que le había repartido la vida.

—No te estoy pidiendo que te enfrentes a la diosa —contestó Jess—. Necesito que me saques del hospital, ya está. —Echó un vistazo a la escayola de la pierna; la mera idea de salir de la cama se le antojaba aterradora—. No tengo claro que pueda caminar con esta cosa. Pero tú podrías ayudarme.

—¿Quieres que te posea y te ayude a andar?

—Es lo que hiciste para sacarme del callejón, ¿no? Aunque a mí me duela, tú no sentirás nada.

—Pero eso fue distinto. No tenía alternativa —respondió la Ah Ma—. Ahora estás en el hospital, a salvo, y el doctor te está

cuidando. Deberías descansar. Si te mueves de aquí, lo único que conseguirás será hacerte más daño.

—¿Me estás diciendo que me quede aquí y deje que se apodere de mí? Si tengo que elegir entre destrozarme la pierna o perder el alma, creo que voy a arriesgarme con la pierna.

—¿Quieres luchar contra la Hermana Mayor? —le preguntó la Ah Ma—. Después de que le entregaras la sangre de aquellos hombres, es muy poderosa. Incluso uno de los dioses mayores tendría problemas para vencerla. Puede que ni siquiera Tai Seng la pudiera con ella si le pidieras que la ahuyentara. ¿Crees que tú serás capaz?

Jess se estremeció, a pesar de que el aire acondicionado no estaba tan fuerte y ya empezaba a notarse pegajosa por el sudor bajo la ropa limpia. Hasta ese momento, se las había apañado para no pensar en los matones, pero ya no podía posponer más la pregunta.

—¿Qué les pasó a aquellos tipos? —Jess tomó aire con dificultad—. ¿Los maté?

—¿Tú te crees que volví a ver si estaban vivos o no? Me fui lo más rápido que pude.

—Ah Ma.

—No lo sé —respondió—. La diosa se ensañó con ellos. Se aseguró de que sangraran. Pero tampoco pudo jugar demasiado con ellos. Tu cuerpo no podía *tahan*. Igualmente, si se han muerto, se han muerto. ¿Por qué te preocupas tanto? La responsable fue la diosa.

Jess no las tenía todas consigo. En los retazos inconexos de la violencia de la noche anterior, había sido otra fuerza la que se había enfrentado a aquellos hombres, la que había golpeado, herido y apuñalado con una fuerza que ella no poseía. Pero el fiero triunfo que le había recorrido las venas, esa satisfacción vengativa... Había sido tan suya como de la diosa.

Se miró las heridas de las manos. Se las habían limpiado. Se imaginaba a su madre curándoselas con paciencia, dedicándole el mismo mimo a cada línea y milímetro de su piel. Pero las uñas seguían manchadas de sangre seca.

—No puedo vivir así —susurró Jess, antes de aclararse la garganta—. Tengo que hacer algo.

—Pero ¿adónde quieres ir? —preguntó la Ah Ma, levantando la voz. Quien no la conociera habría pensado que en ese momento estaba comenzando a perder los nervios. Pero Jess pensó: «Se está ablandando». Ya te lo he dicho: aunque te marches de Penang, no podrás huir de la diosa.

—No pienso huir —respondió Jess—. Quiero ir al templo.

—¿Por qué? Destruiste el altar. ¿De qué te sirve ir allí? ¿Quieres talar el árbol? ¿Ofender a más dioses?

—Solo quiero hablar con ella. ¿Vas a ayudarme o no? Y no te olvides de que te llevé ante Ng Chee Hin —añadió Jess—. Para que pudieras soltarle todo lo que pensabas de él.

Al recordarlo, su abuela no pudo evitar esbozar una sonrisa involuntaria. Intentó ocultarla, torciendo las comisuras de los labios, pero su rostro ya la había delatado, y las dos lo sabían.

Levantó las manos.

—Vale. Si quieres ir y romperte las piernas, ¿quién soy yo para impedírtelo? Pero si acabas maldita por no haber hecho caso de tu Ah Ma, ¡no me culpes!

—No, tranquila —contestó Jess. Si su plan no funcionaba, difícilmente podría culpar a nadie con los restos de su ser. Pero eso no se lo dijo—. Gracias, Ah Ma. Déjame que llame a Ah Yen. ¿Dónde está mi móvil?

La Ah Ma señaló una mesita a los pies de la cama, donde descansaba el móvil de Jess junto con un par de fiambreras de comida y una nota con la letra de su madre. Jess bajó torpemente por la cama y cogió el móvil, pero evitó mirar la nota. No podía permitirse ninguna distracción.

—¿Para qué quieres llamar a Ah Yen? —le preguntó su Ah Ma.

Jess estaba enfrascada buscando el contacto en la agenda del teléfono. Su abuela tuvo que repetir la pregunta antes de recibir respuesta.

—Para ver si está en casa —contestó Jess—. Tenemos que ir primero a casa de Ah Ku. Voy a necesitar el ídolo.

VEINTICUATRO

Yew Yen fue la única que recibió a Jess cuando llegó a casa de Ah Ku.

—Mis padres están echando la siesta —le dijo.

Era la primera vez que se veían en la vida real, sin contar con los encuentros que pudieran haber tenido cuando Ah Yen apenas era capaz de sostener la cabeza. Pero le resultaba familiar. Y no tanto por Facebook como por un indefinible parecido de la familia, algo en los rasgos de la cara y sus gestos que hicieron que Jess sintiera que la conocía desde hacía mucho más tiempo.

No tenía claro si Ah Yen estaba viviendo la misma experiencia de reconocer a Jess como su familia. Las dos escayolas y la muleta que se había agenciado en el hospital distraían demasiado. Le costó un buen rato que dejara de exaltarse con las heridas de Jess y volviera al tema principal: cómo estaba Ah Ku.

—Está bien —contestó Ah Yen—. La policía no le hizo daño. Está cansado, pero feliz de estar en casa.

—Me alegro —dijo Jess.

Ah Yen parecía preocupada.

—¿Qué vas a hacer con el ídolo?

Jess se había guardado la estatuilla bajo el brazo sin contemplaciones; era la única forma de sostener la figura y la muleta al mismo tiempo. Su prima parecía estar empezando a dudar si había hecho bien al habérsela entregado.

—Voy a devolverlo al lugar que le corresponde.

De hecho, no tenía claro lo que iba a hacer. Pero le había ofrecido a la Hermana de las Aguas Negras un sacrificio... y mucho más. No solo le había entregado la sangre de los hombres que la habían atacado por la noche, sino también su inocencia, sus manos limpias. Hasta ese momento, había sido una persona normal que

no había mostrado ningún indicio de violencia, que no sabía lo que era limpiarse la sangre de otra persona de la cara.

Le debía algo por esa pérdida, y tenía la intención de exigírselo a la diosa. ¿Y qué mejor lugar para encontrarla que en el templo del jardín?

El Grab ya la estaba esperando, así que rechazó la invitación cortés de Ah Yen de entrar y tomarse algo. Sin embargo, su prima la detuvo cuando hizo ademán de marcharse.

—*Nah*. Llévate esto.

Ah Yen sostenía un paño amarillo con caracteres chinos impresos en rojo.

—¿Qué es eso?

—Un amuleto. Póntelo en el bolsillo, o en el sujetador, donde quieras. Lo importante es que lo tengas siempre cerca. Si hay alguna pelea o algo similar, te protegerá. Está bendecido por Kuan Kong. Mi padre nos dio uno a todos.

Le contó la historia de una vez que Ah Ku casi tuvo un accidente.

—Estaba esperando en la calle y, de repente, un coche se salió de la carretera y se subió a la acera en la que estaba él. ¡Menos mal que no le dio! Mi padre llevaba el amuleto en el bolsillo. Cuando volvió a mirarlo, se había partido en dos.

Le hizo algo de gracia, pero sobre todo la conmovió.

—Gracias.

Estaba toqueteando el amuleto en el bolsillo cuando el coche paró en el patio de puestos de comida que había a las afueras del templo del jardín. Aún no había empezado la hora punta de las cenas, así que el lugar estaba en silencio, mientras los trabajadores extranjeros echaban la siesta con las cabezas apoyadas en las mesas.

El calor intolerable de las últimas horas de la tarde había remitido y el sol descendía ya por el cielo. La temperatura era suave, aunque aún no hacía fresco. Aquella era la hora en que la gente comenzaba a salir del trabajo y se iba al parque o a la playa.

El conductor del Grab le abrió la puerta y la ayudó con la muleta, pero Jess se percató de que estaba evitando tocar el ídolo.

Parecía malasio. Sin embargo, a aquellas alturas ya había aprendido que en aquella parte del mundo, seguir una religión concreta no significaba que no mostraras un sano respeto por los otros dioses.

Se aseguró de darle una propina en la aplicación antes de seguir su camino. Lo mejor era poner en orden sus asuntos terrenales mientras conservara el control.

O una parte, al menos. La Ah Ma era quien dirigía su cuerpo, obligaba a trabajar a músculos reacios y a los pesados pies a moverse, por mucho que se resistieran. El cuerpo le temblaba mientras ascendía por los escalones que conducían al templo, pero el dolor era una sensación amortiguada, como el ruido de una discusión en la casa del vecino; era fácil ignorarlo.

Al llegar a la parte superior y emerger hacia el espacio verde dominado por la higuera sagrada, tuvo la impresión de estar adentrándose en un sueño. Cerniéndose sobre los diminutos santuarios, el árbol tenía un aspecto monstruoso e incomprensible, como un alienígena brotado en otro planeta. Era como si las vides pudieran apresarte al acercarte a ellas, antes de retorcerte y estrangularte.

Dado que la frontera entre ella y la diosa se había difuminado, la visión de Jess se había aguzado hasta ver cosas que el resto de los mortales no percibían. Ya no necesitaba que la Ah Ma le abriera los ojos. Vio a los ocupantes habituales del templo con una claridad casi incómoda mientras el cielo azul daba paso al crepúsculo. Los espíritus flotaban por el jardín, merodeaban por los caminos, sobrevolaban las plantas... Salvo la higuera sagrada. Ni se acercaban.

Igual que la vez anterior, apenas les prestaron atención a Jess y la Ah Ma, por suerte. Bastante tenía con enfrentarse a una deidad ese día.

—Bueno, ¿qué?

Se había estado conteniendo desde que se habían marchado de casa de Ah Ku, hablando en susurros, como si temiera que el ídolo pudiera oírlos.

—¿Recuerdas dónde estaba el altar? —preguntó Jess.

No veía ni un solo resto del santuario destruido, pero su abuela la guio sin vacilar hasta la fisura exacta entre las raíces. Las vides habían recuperado el espacio y resguardaban el lugar del jardín y sus deidades y espíritus.

Ah Ku debía de haber pedido que se llevaran la baldosa de la base del altar. El único indicio de su pasada existencia era el rectángulo de tierra sobre el que había descansado, despojado de la maraña de hierbajos que cubrían el resto del lugar.

Balanceándose sobre la pierna sana, Jess se inclinó y colocó el ídolo agrietado entre las raíces. Tenía un aspecto pequeño y extrañamente vulnerable sin la protección del altar.

—¿Y ahora qué? —preguntó la Ah Ma—. Quieres rezarle, ¿no? Tendrías que haber traído incienso, fruta y demás. ¿Crees que la diosa te oirá si no presentas alguna ofrenda? Los dioses son como los humanos. No hay nada gratis.

—Me oirá —respondió Jess.

Sin embargo, al unir las manos para rezar, la duda la corroyó por dentro. ¿Qué le diría a la Hermana de las Aguas Negras, si es que se dignaba a aparecer? «Te he dado lo que me pediste. Estás en deuda conmigo.» Sonaba bastante menos convincente en su cabeza ahora que el árbol de la diosa se cernía sobre ella que en el hospital.

Cerró los ojos, intentando controlar el miedo. Tomó aire.

—Tienes que vaciarte —le dijo la Ah Ma—. Para que la diosa pueda venir.

Sin abrir los ojos, Jess contestó:

—Vale.

Otra respiración. El sonido del aire atravesándole las narinas le llenó los oídos, ahogando los murmullos de los espíritus, el chirrido de las cigarras y el trino ocasional de algún pájaro.

—Intenta no pensar en nada —añadió la Ah Ma—. Despeja la mente. Si empiezas a preocuparte por esto y lo otro, no podrás concentrarte.

—Que sí, ¡gracias!

Tardó un buen rato en redescubrir el silencio en su interior. Conjuró la imagen de la Hermana de las Aguas Negras en su

mente, el rostro ancho y ordinario, con esos ojos estrechos y la falta cauta de expresión.

Hasta ese momento, Jess no había caído en la cuenta de que el gesto inescrutable de la deidad no era una característica divina. Era un mecanismo de defensa. En vida, la diosa jamás se había podido permitir mostrarse tal y como era ni expresar libremente sus emociones. Ni en la muerte había perdido el hábito de protegerse. Era...

«Como yo», pensó Jess, sorprendida. Se estremeció al borde de aquella epifanía, ante una revelación que podía cambiarlo todo. El poder fue creciendo en su interior, como si de una burbuja dorada en expansión se tratase.

«Ven a mí —pensó, dedicando todo su ser a la invocación—. Ven ya...»

—Eh, ¿has vuelto? —dijo una voz masculina en malayo.

La ola se derrumbó sobre sí misma y el poder se disipó. Jess abrió los ojos de golpe.

Estaba preparada para insultar al tipo, ya fuera hombre, dios o fantasma, pero al verle el rostro, el «vete a la mierda» se le evaporó en los labios. Era el Datuk Kong, el que habían conocido en las obras y el que había salvado a Rijaul, el albañil migrante.

Tenía una expresión de preocupación.

—¿A qué habéis venido? ¿Sabes si está por aquí? —Se detuvo y entornó los ojos—. Oye, tú no eres la misma. ¿Qué te ha pasado?

—¿Por qué nos molestas? —le espetó la Ah Ma—. Esto no te incumbe. ¿Por qué no vuelves a tu altar y dejas de incordiar a la gente? ¿No tienes que *jaga* a los trabajadores, *meh*?

—El *hantu* no los ha molestado desde la vez que estuvisteis allí —contestó el Datuk—. Alguien vino y destruyó el altar. Desde entonces, ha ido de aquí para allá, buscando al culpable.

—Pero ¿está aquí ahora? —preguntó Jess.

—¡No hables con él! —le espetó su Ah Ma en hokkien, antes de bajar la voz—. ¿No has visto a todos esos espíritus? ¡Más te vale que no te oigan! Si se enteran de lo que estás haciendo, ¿crees que podrás reclamar de nuevo tu cuerpo? ¡Te aseguro que vendrán otras personas a arrebatártelo!

—¿De qué estás hablando? —había empezado a decir Jess cuando la Ah Ma la cogió del brazo.

No tenía nada que ver con las otras veces que su abuela la había tocado, o al menos lo había intentado. Esta vez le pareció real. Notó la palma fría y seca sobre su piel.

Mientras observaba la mano que la Ah Ma le había puesto en el brazo, Jess vio que la escayola de la mano derecha se había desvanecido, al igual que la del pie. El dolor de fondo que la había acompañado desde que se había despertado en el hospital había desaparecido milagrosamente.

Su abuela le puso una mano en el hombro y la giró para que pudiera contemplar su propio cuerpo, doblado sobre la muleta. Tenía el rostro pálido y magullado, y los ojos cerrados en actitud de rezo.

—¡Hostia puta! —exclamó Jess. Su cuerpo permaneció muy quieto; ni siquiera los labios se le movían. Miró a la Ah Ma y al Datuk, presa del pánico—. ¿Cómo hago para volver a meterme? ¿Cómo..., qué es eso?

Volutas de una bruma oscura se elevaban del ídolo de la Hermana de las Aguas Negras que había colocado en el recodo de las raíces. Mientras Jess las observaba, las volutas ganaron velocidad y densidad, hasta que la estatuilla estuvo rodeada de un humo que danzaba en el aire. Poco a poco, el humo se fue solidificando hasta unirse y formar una mujer.

La Hermana de las Aguas Negras había aparecido junto a la estatua y contemplaba el cuerpo encorvado de Jess. Podían verse las cinco marcas de los dedos de la diosa sobre la pálida nuca de Jess, rojas e inflamadas.

Era extraño. A pesar de que Jess hubiera adoptado la forma de un espíritu, sentía el pavor tan físico como siempre, y la bilis revolviéndosele en el estómago.

Pero no era momento de correr. Precisamente había venido para hablar con ella.

—Hermana —dijo con voz temblorosa.

La Hermana de las Aguas Negras se volvió hacia ella.

—Te he ofrecido un sacrificio —continuó Jess—. ¿Me

escucharás ahora?

La diosa le sostuvo la mirada durante un largo rato. Sonrió deliberadamente y, un instante después, se giró y echó a correr.

—¡Joder!

Jess salió detrás de la diosa, pero se detuvo al recordar que su cuerpo estaba arrodillado e indefenso entre todos aquellos espíritus.

—¿Podrían llegar a robarme el cuerpo? ¿En serio? —le preguntó a la Ah Ma.

—Tú vete —le respondió—. Yo me quedo aquí a protegerlo.

—No, vete con la muchacha —le dijo el Datuk Kong—. Ya vigilo yo el cuerpo. Me aseguraré de que no entre nadie.

Las dos lo miraron fijamente.

—Llevo mucho tiempo viviendo en Penang, ¿de verdad creéis que no entiendo el hokkien? Cuando me enfrenté al *hantu* para proteger a mis devotos, intentasteis ayudarme. No servisteis de nada —añadió—, pero el Datuk sabe que vuestras intenciones son puras. No te preocupes por tu cuerpo. No voy a permitir que nadie lo *kacau*. Luego, si tienes tiempo, a lo mejor puedes presentarme alguna ofrenda.

—¿Qué ofrenda quieres? —preguntó la Ah Ma.

—Quiero *nasi dalca* con *korma* de carnero y *kerabu kacang botol* —contestó el Datuk Kong inmediatamente—. Lo encontraréis en el puesto de Pak Din de la calle Jalan Jelutong. Buscadlo en el Waze. Y un *bandung*. —Una expresión de anhelo le cruzó el rostro—. ¡Ya ni me acuerdo de la última vez que me tomé uno!

La Ah Ma frunció el ceño.

—¿También quieres carnero? ¿Tú te crees que mi nieta tiene tanto dinero? Con el nasi ya debería bastarte...

—Trato hecho —la interrumpió Jess—. Vámonos, Ah Ma.

Otearon a la diosa mientras cruzaban el puente del estanque de las tortugas, cuyas turbias aguas reflejaban el cielo crepuscular. La diosa estaba bajo el tejado de zinc donde Ah Ku había agasajado a Jess con un té de crisantemo la primera vez que había visitado el templo. Estaba de espaldas a ellas, pero cuando Jess se aproximó, se giró y abrió los brazos.

Estaba sonriendo, inmóvil. Era la primera expresión real que Jess le había visto en el rostro, y pocas veces había visto algo tan maligno. ¿De verdad quieres enfrentarte a mí?, decía la sonrisa. En ese caso, recibiría lo que se le venía encima.

Jess vaciló y bajó el ritmo, pero la diosa la atraía como un imán al hierro. Un impulso irresistible la impelió hacia delante, mientras a sus espaldas la Ah Ma gritaba inútilmente.

—¡Para, para!

Se precipitó a los brazos de la diosa y la oscuridad se apoderó de ella.

Su madre y su padre estaban sentados en la sala de estar de Kor Kor, inclinados sobre un móvil.

—¿Qué pasa? ¿Ya os habéis cargado Facebook otra vez? —les preguntó Jess.

Era increíble lo mal que se les daban los móviles a sus padres, sobre todo teniendo en cuenta que no eran tan viejos. Sin embargo, cuando se volvieron y les vio las caras, supo que algo terrible había ocurrido. El corazón le dio un vuelco.

—¿Qué ha pasado? —dijo—. ¿Qué ha dicho el doctor?

El cáncer había reaparecido, lo sabía. Siempre había sido consciente de que nunca habían estado realmente a salvo.

Pero era imposible, porque el cáncer nunca se había marchado. Por un momento, había creído que la enfermedad de su padre estaba en fase de remisión. ¿De dónde había sacado aquella idea?

Notaba la cabeza extrañamente embotada. Los pensamientos se le confundían y sentía un dolor intenso en la nuca. Alargó el brazo para tocársela, pero apartó los dedos de inmediato. Notaba la piel delicada y en carne viva.

Su padre estaba enfermo, se recordó a sí misma. ¿Cómo había podido olvidarse? Por eso tenía tan mal aspecto y llevaba el sombrero que siempre se ponía durante la quimioterapia, porque le avergonzaba haber perdido el pelo, a pesar de las bromas de padre sobre lo mucho que se parecía a The Rock. En Malasia hacía demasiado calor para llevar puesto aquello, debería buscarse una

gorra o algo similar. ¿Por qué no se le había ocurrido antes?

Luego vio lo que sus padres estaban mirando y se olvidó de los sombreros.

Era una foto de ella, pero era la primera vez que la veía. Estaba con Sharanya, y lo que estaban haciendo era inequívoco.

La vergüenza la arrolló como una ola y la dejó sin aliento. Fue incapaz de hablar durante unos instantes, pero no le quedaba otra, tenía que conseguir quitarles aquel gesto de la cara...

—No soy...

«Yo», quiso decir, pero habría sido ridículo, porque obviamente que era ella.

—¿De dónde la habéis sacado?

Su madre se levantó. Tenía lágrimas en los ojos y la nariz roja. Se volvió hacia Jess con una expresión tierna y triste. Cuando estaba así, abrazaba a Jess y le lloraba en el hombro, como había ocurrido tantas veces desde que su padre perdió el trabajo y enfermó. Jess se preparó para eso, pero debería haberse preparado mucho más, porque lo que sucedió fue que su madre se abalanzó hacia ella y le dio un bofetón.

Jess se llevó una mano a la mejilla, atónita.

—¿Cómo se te ocurre hacernos esto cuando tu padre está tan enfermo? —le recriminó.

—No he hecho nada —protestó Jess.

Y no mentía, pensó, o no del todo; era algo bastante cercano a la verdad. Hacía meses que no veía a Sharanya, y apenas había sexteado en todo ese tiempo. Por lo visto, tener a tu padre enfermo y pasar por una crisis financiera familiar te mataba la libido sin contemplaciones, ¿quién lo iba a decir?

De todos modos, Sharanya la había dejado. Aquel recuerdo fue otro duro golpe, como si le echaran un jarro de agua fría por encima.

—Ya ni siquiera estamos juntas —se defendió Jess—. Mamá... ¡Mamá, escúchame!

Su madre le había dado la espalda, había vuelto junto a su padre y se había echado a llorar.

—Suficiente, ya basta —exclamó su padre, aunque no

quedaba claro a quién se dirigía.

Su madre siguió hablando en un imparable torrente de palabras.

—¡Qué falta de respeto! Los jóvenes solo pensáis en vosotros. Aunque no tengáis vergüenza, ¿es que ni siquiera podéis pensar en vuestra madre y vuestro padre?

—No lo sabe nadie —contestó Jess.

«Nadie importante», quería decir. Se había cuidado de mantener la relación en secreto frente a cualquiera que pudiera haber tenido contacto con los círculos de sus padres. Ni siquiera lo sabían todos sus amigos.

—La foto nos la ha enviado Kor Kor —dijo su madre—. Quiere que nos vayamos. Dice que no está dispuesta a que su familia se vea expuesta a este estilo de vida. ¿Cómo voy a culparla?

Jess tenía la sensación de estar perdiendo la cabeza. Nada de lo que decían tenía sentido.

—¿Mi estilo de vida? ¿Te refieres a estar en paro y no tener amigos?

Recurrió a la frivolidad para no tener que pensar en la puñalada del rechazo de Kor Kor. Jamás había llegado a preguntarse qué opinaría su tía sobre el hecho de que fuera gay. Era algo que esperaba en un país desconocido, fuera de los lugares a los que en algún momento habría estado dispuesta a viajar.

—Mirad, se ha acabado —continuó Jess—. Ya he terminado con esa parte de mi vida. Ahora lo que quiero es cuidaros. Por eso he vuelto a Malasia con vosotros.

—Ojalá no hubieras vuelto. Tendrías que haberte quedado en los Estados Unidos. Tuve que hacer algo muy malo en una vida pasada. No te crie en condiciones. Es culpa mía.

—No, *lah* —dijo su padre.

—Es culpa nuestra —insistió su madre—. Y, por si fuera poco, ¡nos fuimos a los Estados Unidos! Min estuvo expuesta al estilo de vida occidental demasiado pronto. Si nos hubiéramos quedado en Malasia, si hubiera crecido aquí, esto no habría pasado.

—Nos fuimos para poder darle una vida mejor, un futuro mejor. ¿Cómo íbamos a saber que nos saldría así?

—Papá —masculló Jess dolorosamente—. Lo siento. Pero no lo entendéis. Sharanya ni siquiera...

«Quiere estar conmigo», estuvo a punto de decir, pero su padre la cortó.

—No digas nada más —le espetó—. No quiero ni oírte.

Se tapó la cara con las manos y su madre le puso una mano en el hombro.

—Te duele, ¿verdad? —le preguntó ella con dulzura—. ¿Quieres tomar algo? He preparado té de hierbas, te traigo un poco. Tómatelo y luego tumbate y descansas un rato.

—No hace falta —farfulló su padre—. Me voy a dormir.

Jess hizo ademán de ayudarlo a levantarse, pero él apartó la mano con bastante delicadeza, antes de girarse hacia su madre y aceptar el brazo que le ofrecía. Anduvieron lentamente hacia las escaleras mientras Jess los observaba como una imbécil, vacía, sintiéndose como si la hubieran limpiado a golpes como una alfombra. La vergüenza era aplastante, insoportable.

Al principio, no oyó la voz. Pero entonces volvió a hablar.

«Utiliza el amuleto.»

Era la voz de la Ah Ma en su cabeza.

«¿Qué?», pensó Jess. Tenía la mirada clavada en los hombros hundidos de su padre y en la mano que su madre le había puesto en el brazo.

«El amuleto que te ha dado Ah Yen —insistió su Ah Ma—. ¡Úsalo! ¡Mírate el bolsillo!»

Jess recordó el tacto de la tela amarilla, emocionada por aquella pequeña muestra de apoyo por parte de una familiar que había conocido ese mismo día. El amuleto, claro... Metió la mano en el bolsillo.

Con todo, el amuleto debía de estar con su cuerpo, justo donde lo había dejado, rezando en el templo. No recordaba haber vuelto a casa desde el templo. ¿Qué había ocurrido? ¿Había encontrado a la diosa?

Levantó la cabeza y vio a la Hermana de las Aguas Negras observándola a través del cristal de las puertas correderas. La nuca comenzó a palparle.

Fue una sorpresa muda. La presencia de la Hermana de las Aguas Negras se le antojaba inevitable en un momento en que su vida al completo se había ido al traste. La diosa estaba en el mismo lugar en el que se había aparecido la última vez, cuando Kor Kor había tratado de expulsarla. Fue entonces cuando Jess le prometió un sacrificio.

Bien, y un sacrificio era lo que le había ofrecido. ¿Qué hacía allí ahora?

—Ojalá me hubiera muerto en los Estados Unidos —le dijo su padre a su madre con una voz queda pero horriblemente nítida.

—No, no —respondió su madre.

Jess se quedó paralizada mientras los ojos se le llenaban de unas lágrimas cálidas y humillantes. Pero ya tenía la mano en el bolsillo y rozaba el amuleto con los dedos.

El sueño se partió en dos y los recuerdos la arrollaron.

El cáncer de su padre sí estaba en fase de remisión. Nadie les había hecho jamás una foto desnudas a ella y a Sharanya, y, en cualquier caso, habría sido bastante imposible que le hubiera llegado a Kor Kor.

La Hermana de las Aguas Negras estaba manipulándola.

Jess cerró la mano en un puño alrededor del amuleto, antes de dar media vuelta y dirigirse hacia la diosa.

De repente, vio a su Ah Ma junto a ella, resollando.

—Llevo un rato gritando, y venga gritar, pero no me respondías. La diosa te ha bloqueado los oídos, ¿verdad?

—No te he oído —contestó Jess, consternada—. ¡Será puta!

La sala de estar parecía de pronto inmensa, pero Jess la cruzó de todas formas. El cristal de las puertas correderas, la reja de metal y los muros se fundieron en cuanto se abalanzó sobre la diosa y su cuerpo y el de la Hermana de las Aguas Negras chocaron. Las dos cayeron juntas al suelo.

La diosa era una figura diminuta y huesuda; había crecido comiendo arroz y poco más. Físicamente no tenía nada que hacer contra Jess, con su robusto cuerpo alimentado por la leche americana y la comida china que su madre le preparaba con todo su amor, un cuerpo que jamás había pasado hambre.

Huelga decir que las dos carecían de cuerpo físico, pero la diosa parecía haberse olvidado. Un gesto de terror le atravesó el rostro hermético. Se apartó de Jess y levantó los raquíuticos brazos para protegerse.

Jess estaba lo bastante furiosa como para ser capaz de cometer actos terribles, el tipo de reacciones que le resultarían impensables en su vida normal, pero que allí le parecían plausibles y aun necesarias. Como estrangular a una mujer que ya estaba muerta.

Pero el movimiento de aquellos brazos delgados la hizo detenerse. Le recordaron cómo había muerto la Hermana de las Aguas Negras, lo que había soportado. Hombres como el maestro Yap habían alcanzado la divinidad tras vidas veneradas, muertes serenas y ascensiones a manos del Emperador de Jade. Las mujeres como la Hermana de las Aguas Negras se convertían en diosas porque habían tenido unas vidas tan miserables y unas muertes tan terribles que la gente les rezaba para aplacar sus venganzas. Porque habían muerto con una furia que apenas podían saciar.

Aquel momento de empatía espontánea le dio suficiente tiempo a la diosa como para recordar que, en el fondo, no era más débil que Jess. Se la quitó de encima de un empujón y Jess cayó de lado, arañándose el hombro.

«No estoy dentro de mi cuerpo ahora mismo», pensó, y el dolor se evaporó.

Se puso en pie de un salto, pero la diosa ya se estaba escabullendo.

En un primer momento, Jess estaba persiguiendo a la diosa, pero, de repente, se vio corriendo a su lado, al aire libre. Los árboles se mecían en la oscuridad. El suelo estaba cubierto de hojas resbaladizas, empapadas por la lluvia. Las raíces emergían abruptamente del suelo y las obstaculizaban. Las ramas caídas se partían y rodaban bajo las plantas de sus pies.

Poco después, se fundieron en un solo ser y se vio corriendo sola por el bosque, con el corazón martilleándole en los oídos. Detrás de ella, un hombre gritaba y la insultaba.

—Inútil. Zorra. Puta. Te odio. Voy a matarte.

Había oído tantas veces aquellas palabras que ya no le afectaban. Lloraba mientras corría, pero por no los insultos, sino porque sabía lo que ocurriría a continuación.

No podía mantener el ritmo. Acabaría tropezando. La atraparía. Y luego...

Pero no era la primera vez que se encontraba en aquella situación. Había muerto aquella muerte muchas veces. La muerte implicaba verse cristalizada en un instante de horror, incapaz de liberarse, salvo cuando encontraba un alma viva que le diera un respiro. Cuando se adentraba en la mente de otra persona y ocupaba un cuerpo vivo y cálido, su terrible muerte le otorgaba poder, un poder que provenía del miedo y las creencias de los vivos.

Le gustaba que le pidieran favores: envenenar mentes sanas, destruir vidas, provocar accidentes. Lo mejor era cuando había sangre, la sangre que ella misma vertía, a cambio de la sangre que ella misma vertió y por la que jamás la habían compensado.

Tropezó con la raíz de un árbol, justo donde sabía que tropezaría. La ira le atenazó la garganta, una reacción aún más terrible cuando tomaba conciencia de que no le serviría de nada. Se desplomó y se golpeó la mejilla contra el tronco de un árbol, y la áspera madera le arañó la piel.

Porque eso era lo que ocurría siempre. Por eso jamás había podido salir adelante, perdonar, descansar. Su muerte era una deuda de todo el mundo. Haría que todas las almas pagaran la penitencia siempre que pudiera.

—Tienes que ayudarla a cerrarlo. No hay otra opción.

Aquella voz era nueva. La muchacha miró alrededor, confusa.

La que había hablado era una anciana enjuta, con aspecto firme y un rostro huesudo bajo un pelo gris recortado. Era la primera vez que estaba presente en la muerte de la muchacha y, aun así, le resultaba familiar.

Señaló algo con el dedo.

—Mira.

Estaba apuntando a la mano de la muchacha, quien se dio cuenta de que la tenía cerrada en un puño con tantísima fuerza que

los dedos se le estaban agarrotando. Abrió la mano y se vio un trozo de tela amarilla en la palma estampada con caracteres rojos. Un amuleto.

—Hazlo pagar por sus actos —le dijo la Ah Ma—. La Hermana Mayor te ayudó cuando aquellos hombres fueron a por ti. Ahora te toca a ti.

—No tengo ninguna arma —respondió Jess, o la Hermana de las Aguas Negras. En ese momento no tenía claro cuál de las dos hablaba.

La Ah Ma echó la vista atrás.

—Él lleva una.

El amante de la Hermana de las Aguas Negras apareció entre los árboles, moviéndose a gran velocidad a pesar de lo irregular del terreno. Estaba tan oscuro que casi lo único que lo delataba era el sonido: las ramitas partiéndose, la respiración entrecortada. Había dejado de gritar. Al acercarse, un rayo aislado de la luz de la luna le iluminó el rostro.

Era un tipo delgaducho y de aspecto ordinario. Jess no se habría vuelto a mirarlo si se hubiera topado con él por la calle. No parecía estar trastornado, ni siquiera especialmente enfadado. Tenía la cara tensa y una expresión de concentración.

La agarró sin miramientos y la abofeteó dos veces. La cabeza se le balanceaba con la fuerza de los golpes y el dolor se le extendió por el cuerpo, pero lo percibía como algo distante, de otra persona. Estaba buscando el cuchillo.

La empujó contra el árbol que la había hecho caer. Notaba los nudos del tronco en la espalda. «Es el mismo árbol —pensó—. La higuera sagrada. No brotó de su sangre. Ya estaba aquí antes.»

Las muertes trágicas eran sorprendentes. Generaban una mitología que arrastraba tras de sí árboles centenarios y muchachas por igual, cuya violencia reverberaba a lo largo de los años.

Al menos esta vez la muerte no sería la suya.

La luz de la luna destelló en la hoja del cuchillo cuando su marido lo empuñó. Ella alargó el brazo y agarró el cuchillo con la mano con la que sostenía el amuleto, envolviendo la hoja con la

tela.

El cuchillo se deslizó de la mano de su marido sin ofrecer resistencia alguna. Con una fuerza que jamás podría haber reunido antes de morir, le dio un rodillazo en el estómago y lo oyó jadear.

Mientras él flaqueaba, ella se lo quitó de encima y lo tiró al suelo, y la Ah Ma lo retuvo.

«¡Ahora, ahora! —pensó. La euforia la mantenía en pie. Tenía la sensación de ser capaz de volar—. ¡Pienso terminar con esto!»

El hambre le rugía en las entrañas, infinita y fiera. Se tomaría su tiempo. Se deleitaría con cada instante. Solo la angustia de él, postergada durante demasiado tiempo, calmaría la suya.

Jess observó a la Hermana de las Aguas Negras arrodillándose junto al hombre que la había matado, canturreando de alegría.

—Ayúdame, hermana —dijo la diosa.

Jess le entregó el cuchillo. El amuleto de Ah Yen cayó lentamente al suelo. Se centró en él, dejando que ocupara por completo su campo de visión, mirándolo con tanta atención que los caracteres chinos comenzaron a difuminarse.

Jess sentía los movimientos de la Hermana de las Aguas Negras en su propio cuerpo. Los músculos de sus brazos tensándose cuando la diosa alzó el cuchillo por encima del asesino. Saboreó el hambre de la diosa en su propia lengua. Cuando el cuchillo cayera y la sangre del hombre empapara la tierra, por fin estaría en paz.

Eso fue lo que pensó la diosa. Pero mientras Jess contemplaba el amuleto, la neblina de su mente pareció despejarse. Le resultó más sencillo desacoplarse de la diosa.

«Esto es un sinsentido», pensó.

La Hermana de las Aguas Negras estaba muerta, así como su asesino. No había solución posible. Era demasiado tarde.

¿Qué más daba? Jess no tenía por qué intervenir. Podía quedarse de brazos cruzados. No sería la primera persona cuyo asesinato hubiera permitido, probablemente, y él ya estaba muerto. Tal vez su sangre saciara a la diosa, por irreal que fuera.

Jess quería mantenerse al margen. Quería acabar con aquello lo antes posible. Y una minúscula parte de ella quería ver morir a aquel hombre, lenta y dolorosamente. Sería su venganza por todo

lo que le habían hecho a ella, a la Ah Ma, a su madre, a su padre y a todos los hombres que trabajaban bajo el sol de justicia en la obra...

Era como si no dejara de sumergirse en un abotargamiento venenoso, como si la vetusta furia de la Hermana de las Aguas Negras le enturbiara la mente. Se inclinó para poder tocar el amuleto, sentir la tela en las yemas de los dedos. Y así recuperó la claridad.

El asesino de la Hermana de las Aguas Negras no tenía nada que ver con todo ese sufrimiento, al menos en un cierto sentido. En otro, él y lo que representaba eran los culpables de todo. Pero si Jess sabía algo era que las herramientas de él —el cuchillo, la oscuridad, los secretos, la violencia— eran inútiles si se quería acabar con el sufrimiento. Por eso la Hermana de las Aguas Negras seguía atada al terrible instante de su muerte, incapaz de huir del suelo que había absorbido su sangre. Era como si alguien le hubiera lanzado una maldición, pero, en el fondo, se trataba de una jaula que había construido ella misma.

¿Quién había dicho eso? Poco importaba. Tenía razón. Jess debía encontrar una alternativa.

Tal vez la Hermana de las Aguas Negras fuera una deidad ahora, pero antes de su escabrosa muerte, no era más que una muchacha. Jess había sentido desde el interior su indefensión y su ira, su pena infinita. Si no hacía algo para solucionarlo, la muchacha que la Hermana de las Aguas Negras había sido una vez seguiría allí atrapada para los restos, enfrentándose a las sombras que creaba su propia mente.

—Hermana —dijo Jess—. ¡Hermana! —Le agarró la mano que sostenía el cuchillo y la apartó—. ¡Detente!

—¿Se puede saber qué haces? —le espetó la Ah Ma. Seguía reteniendo al hombre sin dificultades, como cabía esperar. La Ah Ma era un fantasma, pero el hombre era mucho menos que eso; era el recuerdo de una persona dentro del corazón de una chica muerta—. ¡No la interrumpas!

La Hermana de las Aguas Negras se giró hacia Jess. Volvía a mostrar el rostro circunspecto de la diosa, el mismo que había

observado a Jess aquella primera vez que había entrado en el templo, la que la vigilaba en casa de Kor Kor, la que la aterrorizaba en sueños. Y estaba hecha una furia.

El miedo le paralizó la voz. Pero...

«¿Qué es lo peor que puede hacerme?», se preguntó.

Recordó la espalda encorvada de su padre, la voz frágil al susurrar: «Ojalá me hubiera muerto». La Hermana de las Aguas Negras le había hecho cosas peores y había sido Jess quien le había ofrecido la munición. Aquella terrible fantasía era de Jess, y de nadie más.

Era suya, y eso significaba que podía sobrevivir a ella. Y lo mismo podía ocurrirle a la diosa.

—Hermana, está muerto —dijo Jess. Hablaba con una voz pequeña y temblorosa, apenas un hilo de sonido. Se aclaró la garganta y volvió a intentarlo—. Ya está muerto. ¡Escúchame!

—¿De qué estás hablando? —preguntó la Hermana de las Aguas Negras.

Intentó tirar de la mano, pero Jess se la sostuvo con firmeza, a pesar de que la nuca volviera a dolerle y le ardieran las marcas de la diosa.

—No puede hacerle daño a nadie —respondió—. Y tú a él tampoco. Se ha ido.

La Hermana de las Aguas Negras negó con la cabeza.

—¡Mientes! ¿Cuándo ha muerto? ¡Dímelo!

—Murió hace mucho tiempo. Hace más de cien años. Hermana, ha llegado el momento de dejarlo estar. Ya no hay nada que hacer. Lo siento.

—No te creo —replicó la Hermana de las Aguas Negras—. Me estás mintiendo.

Aunque por descontado que creía a Jess; lo contrario habría sido imposible. Sus almas se habían fundido hasta tal punto durante un breve lapso de tiempo que se habían convertido en una sola persona y mente. La diosa podía sentir que lo que decía Jess era verdad.

El hombre que había tumbado en el suelo desapareció. La Ah Ma parpadeó, desconcertada al verse despojada de su cautivo.

—¿Está muerto? —preguntó la Hermana de las Aguas Negras—. ¿De verdad?

—Sí —respondió Jess—. Y no va a volver. Estás a salvo.

La Hermana de las Aguas Negras miró fijamente a Jess.

—Se ha ido —repitió la muchacha, y ya no era una pregunta. Se le descompuso el gesto—. Pero yo lo quería. Lo amaba.

Su voz se había convertido en un lamento. Se llevó las manos al rostro y comenzó a darse golpes que generaban un ruido sobrecogedor en la penumbra del bosque.

Jess le agarró las manos para que dejara de hacerse daño. La muchacha lloraba con tanta desconsolación que había empezado a temblar. Jess la rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí. Su pelo olía a sudor humano y lo tenía mojado, porque Jess también estaba llorando.

—No pasa nada. Ya ha terminado todo —repetía Jess sin descanso—. A partir de ahora todo irá mejor.

VEINTICINCO

Cuando Jess visitó el templo del jardín por última vez, llevó consigo ofrendas. Porque a aquellas alturas algo había aprendido.

Antes de nada, se acercaron a la oficina de ventas, donde estaba el altar del Datuk Kong. Jess se había preocupado de ir en domingo para que la oficina estuviera cerrada. Las barritas de incienso habían ardido hasta no dejar más que las puntas en el incensario que había frente a la estatuilla, pero el espíritu no había caído por completo en el olvido. Le habían dejado un paquete de cigarrillos.

Jess desató la bolsa de plástico azul, que dejó escapar un delicioso aroma cálido hacia el aire. Había comido antes de ir hacia allí, pero el olor casi le hizo desear estar hambrienta. El *nasi dalca* de Pak Din estaba a la altura de las expectativas. Tenía todo el sentido del mundo que incluso a un espíritu se le hiciera la boca agua.

Dejó la comida delante de la estatua, depositando cuidadosamente una bolsa de plástico con un *bandung* rosa neón junto al arroz. Encendió el incienso que había traído y cerró los ojos, recordando la imagen del Datuk, aquel rostro afable y arrugado que dominaba el blanquísimo *baju*.

«Que aproveche», pensó. Pronunció la oración en inglés; había ido perdiendo el malayo a lo largo de las semanas que había pasado lejos de allí, aunque, por extraño que parezca, había conservado aquella facilidad mejorada con el hokkien.

Tal vez no fuera tan extraño. Su familia y sus amigos hablaban constantemente hokkien a su alrededor. Probablemente habría mejorado incluso sin la Ah Ma.

El templo del jardín era un remanso de paz bañado por la luz del sol. Apenas habían pasado unos minutos de la hora de comer y

el calor del sol era casi tangible.

Jess no pudo evitar sentir una punzada de aprensión al caminar entre los santuarios, pero no ocurrió nada. Ya no veía a los espíritus. Ninguna estatua cobró vida. Ni dioses ni fantasmas comenzaron a susurrarle al oído.

Encendió el resto del incienso en honor a Kuan Kong, agitándolo en el aire antes de colocarlo en el incensario que había frente al altar. Ahora, presentaba sus respetos a Kuan Kong siempre que tenía ocasión; oraciones breves cuando veía su ídolo en la parte trasera de un restaurante o supervisando la caja de una tienda. Sin embargo, hasta ese momento no había tenido la oportunidad de encender incienso por él, como agradecimiento por el amuleto.

Aún le quedaba una deidad por visitar.

Aminoró la marcha al acercarse a la higuera sagrada, pero lo único que sintió al cobijarse bajo su sombra fue el alivio de haberse protegido de los rayos del sol. Las hojas proyectaban sombras danzantes sobre la hierba. Una suave brisa levantaba las vides antes de dejarlas caer de nuevo.

Fue pisando con cuidado entre las raíces, rodeando el árbol. Y allí estaba, levantándose del suelo entre raíces que parecían ríos petrificados en miniatura: la Hermana de las Aguas Negras. Agrietada y maltrecha, pero en pie.

El ídolo ya no era más que una estatua; un hogar vacío. Alguien había dejado una ofrenda delante, un montoncito de naranjas. Deberían haber reservado la fruta para otra de las deidades del abarrotado jardín. La diosa no volvería.

Jess no rezó ni quemó incienso. Le había entregado a la Hermana de las Aguas Negras todo lo que podía darle y ella le había arrebatado todo lo que había deseado. Se quedó mirando el ídolo, recordando.

Había caído la noche cuando al fin se había despertado en el templo del jardín, con la muleta tirada en el suelo junto a ella, el día que se había escapado del hospital. Ah Ku estaba inclinado sobre ella, iluminándole los ojos con una linterna y gritando: «¡Ah Min, despierta!» a pocos centímetros de su cara. Sin dejar de

parpadear, ella había visto a sus padres detrás de su tío.

Había traído a toda la tropa: a su madre y a su padre, pero también a Kor Kor, Kor Tiao, Ah Kim y a una abochornada Yew Yen. Ah Ku le había dado una buena reprimenda a Ah Yen cuando se despertó de la siesta y se enteró de que Jess se había llevado el ídolo y se había ido sola al templo. Después de eso, había llamado a su madre y todos habían ido en masa a por ella.

Aquello había sido semanas atrás. Desde entonces, apenas había tenido para estar a solas. Habían hecho algunas excursiones en familia, al cine, a desayunar en algún kopitiam, a hacer pícnicos en la playa. Era consciente de la conspiración que habían pergeñado para entretenerla, como si fuera una niña pequeña.

Había accedido a todo, e incluso disfrutado de la sensación que le producía aquella profusión de afectos. Sabía que la estaban mimando. Kor Kor había sugerido que la exorcizara su pastora, pero el tema se había descartado sin que Jess pudiera opinar al respecto. Sospechaba que su padre había tenido algo que ver, pero no se había molestado en investigarlo. Tenía la sensación de estar recuperándose de algo más que de lesiones físicas.

Su empleo no retribuido para Kor Tiao había terminado de mutuo acuerdo, y tampoco podía decirse que hubiera estado ocupada desde entonces. Había llegado a la conclusión de que buscar trabajo y hacer algo con las fotos de Penang que había acumulado podía esperar a que no se sintiera como una mierda.

Aunque tal vez alguna deidad benigna se hubiese apiadado al fin de ella. Un día, mientras revisaba distraídamente sus correos electrónicos, vio que había reaparecido el empleo en la universidad de Sharanya.

Se lo había tomado como una señal. No había sabido nada de Sharanya desde el día que en discutieron, pero Jess había enviado la solicitud, sintiendo que, al mismo tiempo, estaba enviando una pregunta al universo.

La habían invitado a hacer una entrevista por videollamada, y ella había colocado estratégicamente la cámara para que no se le vieran las escayolas. Y le habían ofrecido el trabajo.

La primera vez que la llamaron había vacilado. Sus fantasías

sobre toparse con Sharanya en el campus y volver con ella se hacían añicos al enfrentarse a la realidad. ¿Pensaría Sharanya que la estaba acosando? ¿Acaso Sharanya acabaría mudándose a Singapur? Sí, probablemente. Era arrogante pensar que habría cambiado sus planes solo por lo que hubiera ocurrido entre las dos.

Jess se había pasado medio día discutiendo consigo misma antes de sentarse y enviar un correo en el que aceptaba el trabajo. Dar clases a singapurenses de primero no era precisamente su sueño, y Singapur no era el lugar donde habría soñado vivir, dejando a Sharanya aparte. Le iba a resultar tremendamente incómodo encontrársela allí, y sabía que era algo inevitable.

Pero era la única oferta que había recibido. Y ya había llegado el momento de seguir adelante, de hacer algo nuevo. Redescubrir qué clase de persona era cuando no estuviera acomodada bajo el abrazo ligeramente asfixiante de su familia.

Aquel correo había supuesto el fin de su letargo. Después de aquello, le escribió al Kassim, el albañil. Por lo visto, la ONG con la que trabajaba había lanzado una campaña en redes sociales sobre el accidente de las obras, en la que habían incluido las fotos de Jess de los andamios destruidos y una entrevista con Rijaul.

La publicación de Facebook se había compartido decenas de miles de veces. La ONG había denunciado públicamente a los medios principales por su silencio sobre el incidente, pero la situación había cambiado desde entonces. En la página de Facebook de la ONG, Jess se fue desplazando por los enlaces que redirigían a numerosos artículos de prensa sobre el escándalo. También había atraído la atención de los medios en Bangladés. Kassim y Rijaul incluso habían salido un par de veces en televisión.

La promotora había respondido con una rueda de prensa en la que Ng Chee Hin había hablado en nombre de la empresa. Jess se había estremecido al verlo.

Los obreros estaban valorando la posibilidad de tomar acciones legales. Habían comenzado a recaudar fondos. Jess había hecho una generosa donación al pensar en el sueldo que pronto estaría ganando.

Unos días más tarde, anunció que se marchaba.

Las cosas habían cambiado y Jess se sentía sorprendentemente bien consigo misma. Hasta las marcas que la diosa le había impreso en la nuca se habían ido difuminando hasta convertirse en pálidos óvalos, apenas distinguibles. A veces, pensaba que acabarían por desaparecer.

—¿Adónde quieres ir? —le preguntó su madre—. Tu padre tiene cosas que hacer, pero luego puede llevarte donde sea.

—Me apetece muchísimo comer *nasi dalca* —respondió Jess—. Yew Yen conoce un sitio donde lo sirven. Va a recogerme, así no me tiene que llevar papá.

Jess tenía terminantemente prohibido utilizar Grab u otros servicios de taxi. Si no la llevaba en coche un familiar o un amigo de la familia de confianza, no podía salir de casa.

Hasta el momento, la categoría de «familiar de confianza» no incluía a Ah Ku y su familia. Jess apenas los había visto desde que Ah Ku la encontró en el templo del jardín. Pero su madre tampoco podía prohibirle que se viera con su prima. Ah Yen no daba problemas; era joven, no tenía culpa de nada y estaba preparándose para ir a la universidad.

Su madre no estaba conforme.

—¿Cuándo has comido tú *nasi dalca*?

—Nunca, por eso quiero probarlo. No me queda mucho tiempo en Penang.

Le costó convencer a sus padres, pero al final le dieron permiso. Jess solo tuvo que mostrarles exactamente dónde estaba el puesto de Pak Din en Google Maps y prometerles que no estaría fuera más de un par de horas.

No le preocupaba. No estarían así toda la vida. De momento, les preocupaba lo que Ng Chee Hin pudiera llegar a hacerle.

Jess no le daba más importancia. Ng Chee Hin no le tocaría ni un pelo. Hasta ahora, no había respondido a lo que ella le había hecho a sus hombres, y Jess presentía que jamás llegaría a vengarse. La Ah Ma no se habría marchado si no hubiera estado convencida de que Ng Chee Hin había dejado de ser una amenaza.

Jess no había sabido nada de su abuela desde su último encuentro con la Hermana de las Aguas Negras. La había estado

esperando, atenta por si oía su áspera voz en los momentos de calma antes de que el sueño la venciera, o mientras se cepillaba los dientes mirándose en el espejo.

Pero la voz no había vuelto, ni siquiera cuando Jess había llevado una botella de coñac al columbario donde descansaban los restos de la Ah Ma. Por primera vez desde que llegó a Malasia, Jess estaba sola dentro de su cabeza.

Y no, no quería tener a su abuela en la cabeza. Pero le habría gustado cerrarlo. Un informe. Quizá una felicitación por cómo había solucionado lo de la Hermana de las Aguas Negras, unas palabras ambiguas y afiladas, que era como su Ah Ma decía las cosas buenas.

Pero no hubo nada. Después de todo, ¿qué sentido tenía que la Ah Ma hubiera seguido rondándola? El santuario de la diosa ya no existía y la deidad descansaba al fin. No quedaban deudas que pagar ni cuentas que ajustar. A Jess le iría bien.

Con el silencio de la Ah Ma, era como si Jess se hubiera marchado de sus dominios, de ese lugar repleto de dioses y fantasmas, espíritus y secretos, y hubiera regresado al reino mundano bañado por los rayos del sol en el que lo peor que podías llevarte del templo eran picaduras de mosquito.

Por lo general, prefería ese mundo.

Bajar por las escaleras fue lo peor. Jess avanzaba despacio, apoyando el peso en la pierna buena. Le exigía tantísima atención que hasta que no llegó al primer descansillo y levantó la cabeza no vio a Sherng plantado al pie de la escalera. Se quedó paralizada.

Sherng ya la había visto. Su expresión era de una consternación tan cómica que Jess estuvo a punto de soltar una carcajada.

Tras unos instantes, Sherng reorganizó el rostro y aquella expresión dio paso a un gesto amistoso e impersonal, como si hubiera visto a una antigua compañera de clase cuyo nombre no recordara.

—Casi no te reconozco con ese pelo —empezó—. ¿Qué estás haciendo?

Jess lo miró por encima de la parte superior del móvil.

—Grabándote. ¿A ti qué te parece?

No había intentado acercarse a ella. Buena señal.

—Pero ¿por qué...? —Sherng no era un idiota rematado. Se ruborizó al entender la situación—. No hace falta que me grabes. ¡No voy a atacarte!

—Bueno, pues me alegro.

Jess no guardó el móvil. Sherng carraspeó.

—Mira, he oído lo que pasó con los... Cuando visitaste la oficina de mi padre. Y lo siento.

Estaba intentando buscarle la mirada, pero Jess no apartó la vista del móvil. No quería perderse ni un solo detalle. Era casi imposible interpretar la expresión de Sherng.

—¿Piensas...? —Sherng hizo una pausa—. No vas a perjudicarme, ¿verdad?

Jess había decidido no perder la calma ni dejar que el miedo o la rabia se apoderaran de ella. Pero, en ese momento, la resolución se le fue de la cabeza.

—¿Que si voy a perjudicarte? —repitió ella—. ¿Cuántas grapas tienes tú en la cabeza? ¡A mí me pusieron siete!

—Los otros tampoco quedaron demasiado bien parados.

Jess entornó los ojos.

—¿Pretendes que me sienta mal por ellos?

—No, lo que digo es que... —Sherng levantó las manos en un gesto de frustración o disculpa. La pantalla del móvil captó también aquel matiz—. Lo siento. Olvídate de lo que he dicho.

Jess dejó pasar los segundos. No parecía que Sherng pretendiera marcharse.

—O sea, que los hombres de tu padre siguen vivos.

Sherng parpadeó.

—¿No lo sabías?

—¿Cómo iba a saberlo? Estaba liada recuperándome del traumatismo.

—No sé lo que sabes, Jess —replicó Sherng—. Ni de lo que eres capaz. Lo que le hiciste a aquellos hombres... Mi padre está acojonado.

Jess sintió algo relajándose en su interior. Por lo visto, sí que

estaba preocupada.

—¿En serio?

—Créeme, no tienes nada que temer por su parte —respondió Sherng—. Tuvimos una discusión gorda sobre la movida. Me hizo prometerle que no me acercaría a ti. Perdería los nervios como supiera que me he encontrado contigo.

—¿Se lo vas a decir?

—No, Jess. Ya la he cagado suficiente para toda una vida.

Jess dejó que el silencio respondiera por ella. Al menos Sherng ya no parecía esperar que lo perdonara.

—Puedo decirte por qué envió a aquellos tipos a por ti. ¿Quieres saberlo?

—Bueno, creo que es obvio. Lo cabreé.

—No fue por eso —dijo Sherng—. No habría... No fue solo porque lo cabrearas. Sé que no tienes ningún motivo para fiarte de mí, pero mi padre no es así. Lo asustaste. No quería arriesgarse a que airearas lo de..., bueno, lo de tu tío. Quiere que la empresa la herede yo. Lo tiene todo planeado.

Jess tardó unos instantes en procesarlo.

—Se pensaba que mi tío iba a... ¿a qué? ¿A enfrentarse a ti por la herencia?

—No me malinterpretes, a mí me da igual. Si tu tío tiene derecho a la herencia, me parece bien. Así se lo dije a mi padre. No se lo tomó bien. Este tema es importantísimo para él. Ya te dije que soy su mayor inversión.

Jess bajó el móvil.

—¿Y cómo te lo tomaste tú? —preguntó ella.

Ahora que lo miraba fijamente, le veía resignación en el rostro.

—Es mi padre —contestó con un suspiro—. ¿Qué quieres que haga? Mira, ¿podemos ir a algún sitio y charlar? Me estoy asando aquí.

—No, Sherng —respondió Jess, aunque sin crueldad—. No pienso ir a ningún sitio contigo.

Empezó a bajar de nuevo los escalones. Él subió y le dijo:

—Oye, déjame que...

—No —le espetó Jess.

Sherng se detuvo. Parecía abatido, pero también algo molesto por que no le permitiera recuperar la imagen que tenía de sí mismo como buena persona.

Jess sintió un ligerísimo placer, pero también le sirvió de recordatorio de que lo mejor era no pasarse de la raya. Que Sherng sintiera que le debía algo era una buena noticia, pero todo podía convertirse sin previo aviso en que él acabara resentido con ella por no perdonarle la deuda.

Al pasar a su lado, Sherng le susurró:

—Mi padre ha cedido, por cierto. Me quedo con el templo.

Jess se paró. Debería haber seguido andando, pero tenía curiosidad.

—¿No vais a esperar al juicio?

—El comité del templo no va a ganar —dijo Sherng—. Además, mi padre va a retirarse de la promoción. Ha decidido no correr el riesgo. Pero me ha prometido que conservará los terrenos del templo para dármelos a mí. Al principio no las tenía todas consigo, pero últimamente no ha habido incidentes con... Bueno, con la diosa. —Vaciló—. ¿Has tenido algo que ver con eso?

Jess sopesó la respuesta.

—Todo —contestó.

Sherng asintió y dejó escapar un largo suspiro.

—Le he dicho a mi padre que quiero contar con los sacerdotes para que hagan los rituales necesarios y recibamos la aprobación de los dioses —añadió—. Haremos todas las donaciones necesarias. Tenemos que estudiar la disposición, pero nos aseguraremos de conservar todos los altares. Queremos hacerlo en condiciones. —La miró de reojo—. ¿Qué te parece?

—Pues que ya no es cosa mía —dijo Jess—. Tendrás que hablar con mi tío. Probablemente tengáis mucho de qué hablar.

Sherng pareció entristecerse.

—Sabía que me dirías algo así.

Jess estaba a punto de moverse cuando él volvió a hablar:

—Sé que no te hizo demasiado gracia mi idea de convertir este lugar en una cafetería. Pero no te cierres, ¿vale? Ven a echar

un vistazo cuando acabemos. A lo mejor te sorprende.

—De hecho, me voy de Penang.

—Ah. ¿Y adónde te irás? ¿Vuelves a Estados Unidos?

Jess se encogió de hombros. No creía que pudiera encontrarla si le daba por buscarla, pero tampoco tenía por qué brindarle aquella información. Singapur no estaba tan lejos.

—Es por... ¿Te vas por mi padre?

—Me ha salido trabajo —contestó Jess.

—Ah, enhorabuena. Qué bien. Pero quiero que sepas que puedes volver cuando quieras, que no tienes por qué preocuparte de... eso. —La señaló con un gesto vago y extenso, como si pretendiera capturar todas sus lesiones: el tobillo roto, la muñeca fracturada, el incipiente trastorno de estrés postraumático, etc.—. Lo digo en serio. Siento muchísimo lo que pasó. No se repetirá. Pienso asegurarme personalmente de ello.

—Vale.

Jess sabía que esperaba algo más, pero no se veía capaz de darle las gracias, por mucho que fuera lo más prudente.

—Te habría enviado un WhatsApp para decírtelo mucho antes —continuó Sherng—, pero no tenía claro que quisieras seguir en contacto conmigo.

No tenía sentido contarle que se había cambiado de número. Lo descubriría en cuanto intentara contactar con ella, y, de todos modos, tampoco es que fuera a conservar el número de Penang mucho más.

—Tengo que irme.

—Ok. Vale —contestó Sherng.

Había llegado al pie de la escalera cuando él exclamó:

—Ojalá hubiéramos podido ser amigos.

Jess se giró hacia él.

—Pues sí —respondió, y se dio cuenta de que lo decía en serio.

Yew Yen la estaba esperando en el aparcamiento, canturreando una canción de pop coreana y editando selfis. Le enseñó uno a Jess en cuanto se montó en el coche.

—Qué gajo —comentó Jess—. Me gustan las orejas de gato.

Ah Yen arrancó el coche.

—He visto pasar a un chaval, parecía malayo. ¿Lo has visto? —le preguntó, antes de señalar un BMW plateado aparcado en un rincón sombrío del aparcamiento—. Creo que iba al templo también. Fijo que su padre es rico. ¡Mira qué coche!

Jess lo miró.

—No —respondió—. No lo he visto.

Jess llegó a casa al cabo de las dos horas prometidas. Ah Yen se quedó a tomar y picar algo, charlando afablemente con las visitas.

Sabía que lo suyo era sonreírles, poner algo de su parte, pero estaba demasiado inquieta como para mantener conversaciones de ascensor con nadie. Le quedaba un asunto pendiente ese día, lo último que se había comprometido a hacer. La tenía con el alma en vilo, aunque en el fondo no importaba si conseguía quitárselo de encima ya. Llevaba años postergándolo.

Con todo, y después de haberse preparado a conciencia, prefería quitárselo de encima. Renunció a socializar, se excusó y se escabulló hacia su habitación. Le echó un vistazo al móvil por primera vez en horas y vio que Sharanya le había enviado un mensaje.

Debía de ser la una de la madrugada donde vivía Sharanya. Era el tipo de mensajes que solo eras capaz de enviar a la una de la mañana.

Oye, siento no haber respondido a tus mensajes. Necesitaba tiempo.

He estado pensando un montón sobre nosotras. Me he dado cuenta de que había acumulado muchísimo rencor. No te decía nada porque sabía todo lo que estabas soportando. Quería darte espacio, porque creía que lo necesitabas. Pero también necesitaba espacio para mí. Y que tú me lo dieras a mí.

La verdad es que tengo la cabeza hecha
un lío. Seguramente estarás cabreadísima
conmigo por haber estado ausente tanto
tiempo. Lo único que quería decirte es que he
estado pensando en ti. Y que te echo de
menos.

A Jess le fallaron las rodillas. Se sentó en la cama y relejó los mensajes hasta que las palabras comenzaron a montarse las unas encima de las otras.

Yo también te echo de menos, escribió, y detuvo los dedos encima de la pantalla. «Yo también he tenido tiempo para pensar —quiso decirle—. Voy a mudarme a Singapur y he salido del armario con mis padres. ¿Podemos hablar?»

Pero eso todavía no era del todo cierto. Y había renunciado a las mentiras a partir de ese momento. Aquel era precisamente el objetivo principal.

Dejó el móvil y bajó al piso de abajo para ejercer de anfitriona.

Cuando regresó a la habitación más tarde, vio el móvil en la mesilla de noche. Sabía que no habría más mensajes de Sharanya —probablemente estuviera dormida—, pero no pudo evitar comprobarlo, por si acaso.

Nada nuevo. Jess estaba absorta en la pantalla del móvil, calculando la hora más temprana a la que podría despertarse Sharanya y mirar el teléfono, cuando su madre entró después de un breve golpe en la puerta.

—Min, ¿para la cena quieres...? ¿Qué es eso?

—¿El qué? —Jess siguió la visión de su madre. Había una polilla marrón enorme en la pared, junto a la ventana—. Ah.

Su madre detestaba los bichos de toda clase y condición, algo extraño teniendo en cuenta que era ella la que había crecido en aquel clima atestado de insectos.

Jess se puso en pie.

—Ya me encargo de ella.

—No, no hace falta —dijo su madre—. Déjala en paz.

—Tranquila, mamá. —Jess rebuscó en el escritorio un trozo de papel con el que recoger a la polilla—. No voy a matarla. Voy a ver si se va por la ventana.

—No hace falta. Lo mejor es que no la toques —le estaba diciendo su madre cuando su padre asomó la cabeza por la puerta.

—¿Qué pasa? ¿Por qué discutís?

—No estamos discutiendo, *lah* —respondió su madre.

—Iba a echar a esta polilla, pero mamá quiere quedársela como mascota —dijo Jess.

Como cabía esperar, su madre mordió el cebo.

—¿Qué mascota ni qué mascota? Lo que digo es que a estas cosas lo mejor es no hacerles nada.

—¿Qué decís de una polilla? ¿Qué polilla? ¿Esa? —preguntó su padre, aunque tampoco es que hubiera más entre las que elegir—. Tu madre tiene razón. Lo mejor es dejarla, no *kacau*. No te arriesgues.

—¿Arriesgarme a qué? —empezó a decir Jess, pero luego cayó en la cuenta—. Ah, es algún tipo de superstición, ¿no?

Hasta donde Jess sabía, todas las supersticiones chinas estaban relacionados con el dinero o la muerte, y las de la muerte era casi imposible conocerlas porque hablar de la muerte era tabú. Sus padres estaban siendo tan cautos que aquella debía de ser de las de la muerte.

—Se dice que si una polilla entra en tu casa, no la puedes perseguir ni matar —le explicó su madre al fin—. Son el espíritu de un fallecido, de tus antepasados.

—Ya —dijo Jess.

Se volvió hacia la polilla. Tal vez aquella era la idea que había tenido la Ah Ma de cerrar página. De ser así, se habría quedado a gusto. No parecía haber nada especial en aquella polilla. No era más que un insecto. Las alas le vibraban tenuemente, como si estuviera pensando en alzar el vuelo.

—¿Y si apagas la luz? —sugirió su madre—. A ver si ve la luz de la calle y se va volando. A las polillas les gusta la luz.

Jess apagó el aire acondicionado y la lámpara, y abrió la

ventana, y los tres se sentaron a esperar a la luz azul del crepúsculo, contemplando el suave temblor de las alas de la polilla. No mediaron palabra, según órdenes de su madre («si la polilla sabe que estamos aquí, se pensará que vamos a volver a encender la luz»).

Estaba tranquila, aunque algo aburrida. Jess creía que su padre se iría a ver la televisión o algo por el estilo, pero se quedó donde estaba, con las manos en las rodillas. Su silueta en la habitación en penumbra tenía la solidez de un pedrusco cubierto de musgo, algo que siempre había estado ahí y que seguiría muchos años más.

Jess apoyó la cabeza en el hombro de su madre e inhaló el limpia aroma del champú y los polvos de talco de lavanda. Deseó poder embotellar aquel momento.

Recordó la pesadilla que la Hermana de las Aguas Negras le había lanzado para intentar asustarla; sus padres dándole la espalda, descompuestos por el dolor.

Tal vez fuera un presagio. Y, aunque no lo fuera, aunque sus padres se lo tomaran mucho mejor de lo que Jess jamás podría llegar a imaginar, todo sería distinto después de aquella noche. Nada volvería a ser igual.

Pero sabía que sobreviviría. Ese era uno de los dones que le había ofrecido la Hermana de las Aguas Negras.

La respiración de su padre había cambiado, se había vuelto más profunda. Jess estaba a punto de tocarlo para ver si se había quedado dormido cuando su madre susurró.

—¡Mirad!

La polilla estaba batiendo las alas. Mientras la observaban, voló hasta el borde de la ventana, se detuvo y luego se adentró en la noche.

Su madre se rio, alegre como una niña.

—Nah, ¿lo veis? ¡Ha funcionado!

Su padre dio un respingo, resoplando.

—¿Mmm? ¿Qué?

—La polilla se ha ido. —Jess se acercó a mirar por la ventana. Había insectos zumbando alrededor de la farola, pero eran

demasiado pequeños como para que alguno de ellos fuera la polilla. Era como si se hubiera desvanecido—. ¿Quién creéis que era?

—*Aiyah*, son solo supersticiones, *lah* —respondió su padre—. Es lo que dice la gente. No significa que sea verdad.

—¿Qué te apetece cenar, Min? —le preguntó su madre—. Tu padre puede *tapau* algo, o podemos salir a cenar fuera. ¿Quieres quedarte en casa o quieres salir?

Jess sacó la mano por la reja para cerrar la ventana y se vio reflejada en el cristal. Se notó nerviosa, pero era mucho más valiente de lo que parecía, más valiente de lo que ella misma creía que era antes de oír por primera vez la voz de la Ah Ma.

Para renacer, antes tenías que morir.

—Mamá, papá. Tengo que contaros una cosa.

Agradecimientos

Durante el proceso de concepción y escritura de este libro, consulté determinadas fuentes sobre religión popular china y médiums espirituales, incluido *The Nine Emperor Gods* de Cheu Hock Tong y su obra sobre los Datuk Kong, *Confessions of an Ex-Taoist Medium: The Truth Revealed* y 界线 (Entre dos mundos) de Vincent Liow Ken Hua, dirigido por Ashley Thio. Sin embargo, a quien más le debo este libro es a la obra de Jean DeBernardi sobre el tema, especialmente su libro *The Way That Lives in the Heart: Chinese Popular Religion and Spirit Mediums in Penang, Malaysia*, que, entre otros regalos, me aportó el templo del jardín y el nombre de la Hermana de las Aguas Negras.

Quiero darle las gracias a mi agente, Caitlin Blasdel; a mis editores, Anne Sowards y Bella Pagan, así como a Rebecca Brewer, Miranda Hill, Georgia Summers y los amplios equipos editoriales de Ace y Pan Macmillan; a los Idlers by Bamboo por las sesiones de lluvias de ideas y valiosísimas charlas; a Seet Yan, Alina Choong y Maxine Lim por Rexmondton Heights, la verdad sobre el mercado inmobiliario de Penang y otras historias; a Kate Elliott por su revisión del inglés estadounidense; a Charis Loke por la revisión de un penangita; a mi madre y a mi padre por el muchacha que recogía látex e información sobre los terrenos en obras; a Helen Smith por el árbol genealógico de la familia Chan y detalles sobre la culebrilla; a Bernadette y a Martin Auger por cuidar del bebé para que yo pudiera escribir.

Y, por último, gracias a mi familia y a Peter, por todo lo que me das día tras día. Te quiero.

Black Water Sister
Zen Cho

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra.

Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Black Water Sister*

Diseño de la portada, Vasava

© © 2021 by Zen Cho

© © Víctor Ruiz Aldana, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.edicionesminotauro.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2023

ISBN: 978-84-450-1532-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**



¡Síguenos en redes sociales!

